

El pasajero

ULRICH ALEXANDER BOSCHWITZ

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

narrative sexto piso



EL PASAJERO

ULRICH ALEXANDER BOSCHWITZ

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS
POSFACIO DE PETER GRAF



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Der Reisende

Copyright © 2018 Klett-Cotta-J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger
GmbH, Stuttgart
All rights reserved
Publicado por acuerdo con Literarische Agentur Michael Gaeb, Berlín

Primera edición: 2019

Nota a la edición y posfacio
©© Peter Graf

Traducción
© José Aníbal Cam

Imagen de portada
© Riki Blanco

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
París 35—A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-17517-27-4

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

NOTA A LA EDICIÓN ALEMANA

La copia mecanografiada que sirve de base a este libro se realizó a partir de noviembre de 1938, justo después de los pogromos que tuvieron lugar en Alemania, la tristemente célebre Noche de los Cristales Rotos que dio inicio a la persecución sistemática de los judíos. Para entonces el autor, que tenía veintitrés años, había logrado huir del país. En Luxemburgo, y en parte también en Bruselas, escribió en pocas semanas esta novela sobre el comerciante judío Otto Silbermann y su peripecia vital. Esta copia mecanografiada, escrita originalmente en alemán, llegó a Fráncfort del Meno en la década de 1960, después de varios rodeos, y allí se conserva hoy, en el Archivo del Exilio de la Biblioteca Nacional de Alemania. Hasta febrero de 2018 no vio la luz en lengua alemana. Como entonces las circunstancias no le permitieron a Ulrich Alexander Boschwitz revisar su manuscrito de la manera habitual —con la ayuda de una editorial, un editor o un corrector—, se ha hecho ahora, ochenta años después de su redacción y con la autorización de la familia, una cuidadosa edición que dé la forma que merece a esta conmovedora e impresionante obra.

PETER GRAF

CAPÍTULO 1

Becker se levantó, dejó su puro en el cenicero, se abotonó la chaqueta y, con actitud condescendiente, puso su mano derecha en el hombro de Silbermann.

—En fin, Otto, cuídate. Creo que estaré de vuelta en Berlín mañana. Si ocurre cualquier cosa, me llamas a Hamburgo.

Silbermann asintió.

—Sólo te pido un favor —dijo—: no empieces a jugar de nuevo, tienes demasiada suerte en el amor. Además, pierdes... nuestro dinero.

Becker soltó una risa de fastidio.

—¿Por qué no dices mejor «tu dinero»? —preguntó—. ¿Es que acaso alguna vez, una sola...?

—No, eso no —se apresuró a interrumpirlo Silbermann—. Es sólo una broma, lo sabes, pero aun así sabes que eres imprudente. Una vez te pones a jugar, te cuesta parar, y si antes has cobrado ese talón...

Silbermann interrumpió la frase y continuó hablando en un tono más sosegado:

—Tengo plena confianza en ti. A fin de cuentas, eres una persona razonable. Pero me apena cada marco que pierdes en la mesa de juego. Y como socios que somos, que pierdas tu dinero me desagrada tanto como si fuese el mío.

La cara ancha y bonachona de Becker, que por un instante se había plegado en unas arrugas malhumoradas, se iluminó de nuevo.

—No nos engañemos, Otto —dijo en tono jovial—. Cuando pierdo, lo que pierdo es tu dinero, por supuesto. Yo no poseo ninguno —añadió, y soltó una risotada.

—Somos socios —repitió Silbermann con énfasis.

—Claro —dijo Becker, poniéndose serio de nuevo—. Entonces, ¿por qué hablas conmigo como si fuera tu empleado?

—¿Te he ofendido? —preguntó Silbermann, en un tono en el que se mezclaban cierta leve ironía y un débil temor.

—Tonterías —respondió Becker, adulator—. ¡Viejos amigos como nosotros! Tres años en el frente occidental, veinte años colaborando, unidos. Vamos, hombre, no puedes ofenderme, a lo sumo haces que me enfade un poco. —De nuevo le puso la mano en el hombro—. Otto —dijo ahora con voz enérgica—. En estos tiempos de inseguridad y en este turbio mundo hay sólo una cosa en la que uno puede confiar: la amistad. ¡La verdadera amistad entre hombres! Tenlo muy presente, viejo amigo, para mí tú eres un hombre, y un hombre alemán, no un judío.

—Lo soy, soy judío —dijo Silbermann, que conocía la predilección de Becker por las frases faltas de tacto y poco concisas y temía que éste pudiera perder el tren debido a su manera brusca pero sincera de desahogarse. Pero Becker tenía uno de esos momentos suyos de exaltación y no permitiría que le descontaran ni un solo segundo.

—Quiero decirte una cosa más —anunció sin prestar atención al nerviosismo de su amigo, al que tantas veces, quizá demasiadas, había abierto su corazón—. Soy un nacionalsocialista. Dios sabe que nunca te lo he ocultado. ¡Si fueras un judío como los demás, un auténtico judío, hubiera seguido siendo tu procurador, pero jamás me habría hecho tu socio! No soy el típico *goy* que se presta a dar reputación a un judío,¹ no lo soy ni lo seré nunca, pero tú eres un ario en el cuerpo de un judío. Estoy convencido. ¡En el Marne, el Yser, el Somme, nosotros dos, chaval! Que alguien venga a decirme que tú...

Silbermann miró a su alrededor buscando al camarero.

—¡Gustav, vas a perder el tren! —dijo, interrumpiendo al otro.

—¡Me importa un bledo el tren! —dijo Becker, sentándose de nuevo—. Quiero tomar otra cerveza contigo —dijo, emocionado.

Silbermann dio un breve puñetazo sobre la mesa.

—Por mí puedes seguir emborrachándote en el tren —replicó, alterado—. Tengo que acudir ahora a esa negociación.

Becker resopló, ofendido.

—Como quieras, Otto —respondió, transigiendo—. Si yo fuera antisemita,

no te aguantaría ese tono de sargento. ¡Por lo general, no se lo permito a nadie! Sólo a ti. —Entonces se puso de pie una vez más, cogió el maletín de la mesa y dijo, riendo—: ¡Y aun así insistes en ser un judío!

Con gesto de fingida admiración, sacudió la cabeza, hizo un nuevo gesto de asentimiento a Silbermann y abandonó la sala de espera de primera clase.

Su amigo lo siguió con la mirada. Silbermann comprobó con inquietud que Becker se tambaleaba un poco al caminar, chocaba contra las mesas y se mantenía recto como una vara, como hacía cada vez que estaba seriamente borracho. «No le ha sentado nada bien», pensó Silbermann. «Debió seguir en su cargo de procurador. Entonces era una persona digna de confianza, discreta y decente, un magnífico empleado. Pero no le sienta bien tener suerte. Si al menos no estropeará el negocio antes de cerrarlo. ¡Si no tuviera esa adicción al juego!». Silbermann frunció el ceño.

—La suerte lo ha vuelto ineficiente —murmuró con enfado.

Fue entonces cuando se acercó el camarero, tras haber estado buscándolo un buen rato en vano.

—¿Aquí se viene a esperar el tren o al camarero? —preguntó Silbermann en tono mordaz, pues era alérgico a todo cuanto oliera a desorden, y no estaba hoy de muy buen humor.

—Perdone —respondió el camarero—; es que en la sala de segunda clase un caballero se quejó porque creía estar sentado delante de un judío. Pero el hombre no era judío, sino sudamericano, y como sé algo de español, me llamaron a mí.

—Bueno, está bien —dijo Silbermann, levantándose. Apretó la boca hasta formar una finísima raya con ella, y sus ojos grises clavaron una mirada severa en el camarero, que otra vez intentó apaciguarlo.

—Se lo aseguro, el hombre no era un judío —insistió. Por lo visto, creía que su cliente era algún militante del Partido especialmente intransigente.

—No me interesa. ¿Ha partido ya el tren a Hamburgo?

El camarero miró al reloj instalado encima de la salida hacia los andenes.

—Las siete y veinte —dijo, como si pensara en voz alta—. El tren de Magdeburgo está saliendo ahora. El de Hamburgo parte a las siete y veinticuatro. Si se da prisa, podrá alcanzarlo. Ya me gustaría a mí poder echar a correr detrás de un tren, pero aquí... —dijo, y limpió con la servilleta algunas migas de pan dispersas sobre el mantel—. Lo mejor sería —añadió,

retomando el tema anterior— que los judíos tuvieran que llevar algún brazalete amarillo. Así por lo menos no habría confusiones.

Silbermann lo observó.

—¿De veras es usted tan cruel? —preguntó en voz baja y lamentó sus palabras en el preciso instante en que las decía. El camarero lo miró como si no hubiese entendido bien. Por lo visto, estaba asombrado, pero no abrigaba sospecha alguna, ya que Silbermann no mostraba ninguno de los rasgos por los que, según los expertos en temas raciales, se reconocía a un judío.

—A mí me da igual —dijo el hombre por fin, con cautela—. Pero sería bueno para los demás. Mi cuñado, por ejemplo, tiene cierto aspecto de judío, aunque es ario, claro. Pero tiene que estar dando explicaciones y demostrándolo a cada momento. A la larga, no se le puede pedir tal cosa a una persona.

—No, tal vez no —admitió Silbermann, que pagó la cuenta y se marchó.

«Increíble», pensó. «Sencillamente increíble...».

Tras salir de la estación, Silbermann subió a un taxi y puso rumbo a su casa. Las calles estaban atestadas de gente y había hombres uniformados por todos lados. Los vendedores de periódicos voceaban los titulares de sus diarios, y a Silbermann le pareció que tenían buena acogida. Por un instante, valoró si se compraba o no un periódico, pero desistió, pues creía estar al tanto ya, por anticipado, de unas malas noticias que seguramente le incumbían.

Tras un breve trayecto en el taxi, se vio delante del edificio donde residía. La señora Friedrichs, la esposa del conserje, estaba en la escalera y lo saludó cortésmente; en cierto modo, a Silbermann le alegró que su comportamiento no hubiese variado. Mientras subía la escalera de mármol forrada con una alfombra de felpa roja, cobró otra vez conciencia —ideas que últimamente se habían convertido en un hábito— de lo irreal de su existencia.

«Vivo como si no fuese un judío», se dijo, sorprendido. «En este momento soy un ciudadano bajo amenaza, aunque aún tenga dinero y hasta ahora no me hayan tocado un pelo. ¿Cómo se llega a una situación así? Vivo en un piso moderno de seis dependencias. La gente me habla y trata como si fuera uno de ellos. Casi llego a sentir mala conciencia, pero, al mismo tiempo, me entran ganas de gritarles la verdad —que soy judío, que formo parte de los otros— a esos embusteros, que actúan como si continuara siendo lo que he sido hasta ahora. ¿Qué fui? O mejor dicho: ¿Qué soy? ¿Qué soy en realidad? ¡Un insulto

con patas! ¡Y nadie nota que lo soy!

»Ya no tengo derechos. Sólo por decencia, o por hábito, muchos hacen como si los tuviera. Mi existencia se basa únicamente en la mala memoria de aquellos que la quieren destruir de forma definitiva. Me han olvidado; de hecho, ya me han degradado, sólo que la degradación no se ha consumado aún de cara al público».

Silbermann se quitó el sombrero y saludó a la esposa del consejero privado Zänkel con un «¡Buenos días, estimada señora!», justo cuando ésta salía por la puerta de su vivienda.

—¿Qué tal está? —preguntó ella en tono afectuoso.

—En principio, bien. Y usted, ¿qué tal está?

—Bastante bien, gracias. Como corresponde a una señora de edad.

Cuando iba a despedirse, le tendió una mano a Silbermann.

—Tal vez sean tiempos difíciles para usted —dijo aún, con gesto de compasión—. Tiempos terribles...

Silbermann se limitó a mostrar una breve y atenta sonrisa que era a la vez cautelosa y reflexiva y no implicaba aprobación ni rechazo.

—En principio, nos han asignado un extraño papel... —dijo por fin.

—Pero también es una época grandiosa —dijo ella, a modo de consuelo—. Tal vez se cometa una injusticia con ustedes, pero por ello mismo deben mostrarse ustedes justos, comprensivos.

—¿No es eso pedir demasiado, estimada señora? —le preguntó Silbermann—. Yo, por cierto, ya ni pienso, he perdido la costumbre. De esa manera se lleva todo mejor.

—A usted nunca le harán nada —le aseguró ella y dio un golpe resuelto en el peldaño con el paraguas que su diestra sostenía con firmeza, como insinuando que ella no permitiría que lo molestaran. A continuación, hizo un gesto para darle ánimos y pasó por su lado.

Al llegar a su apartamento, Silbermann le preguntó de inmediato a la sirvienta si el señor Findler había llegado ya. La mujer asintió, y Silbermann, tras haber dejado el sombrero y el abrigo, entró al despacho en el que lo esperaba su huésped.

Theo Findler estaba de pie delante de un cuadro que contemplaba con evidente mal humor. Cuando oyó que la puerta se abría, se dio rápidamente la

vuelta y dedicó una sonrisa al que entraba.

—¿Y bien? —preguntó, y frunció el ceño, como hacía cada vez que hablaba, lo cual le marcaba en la frente unas arrugas profundas que, según él, le conferían cierta importancia—. ¿Cómo está usted, querido? Temía ya que le hubiese ocurrido algo. Uno nunca sabe... ¿Ha pensado en mi última oferta? ¿Cómo está su esposa? Aún no la he visto hoy. Y Becker se habrá marchado a Hamburgo, ¿no?

Findler inspiró profundamente, estaba a punto de iniciar uno de sus monólogos.

—¡Ustedes dos son gente eficiente de la que uno puede aprender mucho! Ese Becker tiene un cerebritito de judío. ¡Jajajaja! ¡Lo conseguirá, lo conseguirá! Yo, con muchísimo gusto, habría participado en ese negocio, pero quien llega tarde, llega tarde, ¿no? Por cierto, ¿de dónde ha sacado ese cuadro horrible? No entiendo cómo puede alguien colgar un cuadro así. Ya no hay orden en las cosas. Ustedes son todos bolcheviques de la cultura. No crea que voy a añadir ni un solo billete de mil marcos a mi última oferta. De eso nada. No podría. Me toma usted por un hombre rico. Todos lo hacen. Si al menos supiera cómo la gente puede pensar algo así. ¡Pero si hasta los impuestos debo todavía! Y hablando de impuestos, ¿no podría conseguirme o recomendarme a un gestor fiscal competente? Entiendo algo del asunto, pero no tengo tiempo para ocuparme de ello como debiera. Ah, los impuestos, esos malditos impuestos. ¿Es que voy a sostener yo solo a todo el Reich? ¡Dígame! ¿No me dice nada? ¿Y bien? ¿Ha meditado ya sobre el asunto? ¿Acepta la oferta? En fin, creo que su mujer ha de tener algo en mi contra. No le he visto el pelo. Y no lo entiendo. ¿Acaso me toma a mal que no les hayamos saludado hace unas noches? Pero, caramba, ¡es que no podíamos! ¡Aquel local estaba lleno de nazis! Mi mujer me estuvo cuchicheando al oído que debíamos pasar a saludar. Pero la convencí de que Silbermann era un tipo sumamente razonable, demasiado quizá, que comprendería que no pudiera comprometerme por culpa suya. ¿Y bien? Dígame, Silbermann, hable de una vez. ¿Quiere vender la casa o no?

Findler parecía haber acabado de hablar; en todo caso miraba ahora a su interlocutor lleno de expectación. Los dos hombres tomaron asiento en torno a la mesa para fumadores, pero Findler se dejó caer en la butaca de un modo demasiado brusco, por lo que acabó frotándose la cadera izquierda con

expresión concentrada y dolorida.

—Noventa mil —dijo entonces Silbermann, sin reaccionar a las muchas preguntas y comentarios que el otro, como bien sabía, había dejado caer de forma anticipada para confundirlo—. Treinta mil en efectivo, y el resto garantizado por una hipoteca de segundo grado.

Como si hubiese recibido una descarga eléctrica, Findler se sobresaltó.

—No me venga con historias —exclamó, casi en tono ofendido—. Dejemos de contarnos chistes. Quince mil ahora mismo sobre la mesa. ¿Me oye? ¡Qué ocurrencia! ¡Treinta mil marcos! ¿Sabe una cosa? Si a mí me sobraran treinta mil marcos, sabría hacer con ellos algo mejor que comprar su casa. ¡Treinta mil marcos!

—Pero calcule tan sólo la balanza favorable por los ingresos de renta. Dado que el precio de compra es de todos modos ridículo, al menos he de tener un anticipo decente. La casa tiene un valor de doscientos mil marcos, y usted la compra por...

—El valor, el valor... —lo interrumpió Findler—. ¿Cuál cree usted que es mi valor? No tengo ninguno. Ninguna persona podría pagar lo que valgo, y al mismo tiempo a nadie se le ocurriría poner sobre la mesa un billete de mil marcos por mí. No soy vendible. Y su casa está en la misma situación. ¡Jajajaja! ¡Silbermann, se lo digo como amigo! Le compro su casucha, pero si no lo hago yo, se la llevará el Gobierno, y éste no le dará ni un céntimo.

El teléfono sonó en la habitación contigua. Silbermann sopesó por un instante si debía responder él mismo. A continuación, se levantó, se disculpó con Findler y abandonó la habitación.

«Tal vez acepte», pensó mientras levantaba el auricular. «En el fondo, este Findler es un tipo relativamente decente».

—¿Sí, quién habla?

Era la central de llamadas de larga distancia.

—Manténgase al aparato, le llaman de París —dijo la fría voz de una telefonista. Silbermann, nervioso, encendió un cigarrillo.

—Elfriede —llamó a media voz.

Su esposa, quien, como suponía Silbermann, se había quedado en el salón, entró abriendo la puerta sin hacer ruido y cerrándola luego a sus espaldas.

—Buenos días, Elfriede —la saludó, cubriendo el teléfono con una mano

—. He llegado hace cinco minutos, el señor Findler está ahí. ¿No quieres hablar con él?

Ella se le acercó y ambos intercambiaron un beso fugaz.

—Es Eduard —susurró Silbermann—. La llamada llega en el momento menos oportuno. Por favor, ve y charla un poco con Findler, de lo contrario nos oirá. Es casi un delito hablar por teléfono con París.

—Dale recuerdos a Eduard —le pidió ella—. Me gustaría tanto decirle unas palabras.

—Olvídalo —descartó él—. Ponen escuchas en todas las líneas, y eres demasiado poco precavida, hablarías de más.

—Pero podré decirle al menos buenos días a mi hijo, ¿no?

—Pues no, no puedes. Entiéndelo, por favor.

Ella lo miró con expresión suplicante.

—Sólo dos palabras —dijo ella—. Seré cuidadosa.

—No puede ser —dijo él, resolutivo—. ¡Hola! Hola... ¿Eduard? Buenos días, Eduard... —Silbermann señaló con la mano en dirección a la puerta del despacho. Su mujer salió—. Escucha —continuó—, ¿has podido conseguirnos ese permiso?

Hablaba muy despacio, sopesando cada palabra antes de pronunciarla.

—No —le respondió Eduard al otro extremo de la línea—. Resulta extremadamente difícil. No podéis confiar en que os lo concedan. Lo estoy intentando todo, pero...

Silbermann carraspeó. Creyó que debía mostrarse más enérgico.

—Eso no puede ser —dijo—. ¡O haces el esfuerzo o no lo haces! Ya deberías saber que el asunto es bastante serio. No me vale ese tono de desánimo.

—Sobrestimas mis posibilidades, papá —respondió Eduard, afectado—. Hace todavía seis meses, todo habría sido mucho más fácil. Pero entonces no quisiste. Y eso, a fin de cuentas, no es culpa mía.

—¿Nos vamos a poner a averiguar ahora quién tiene la culpa? —preguntó Silbermann, furioso—. Debes conseguir ese permiso. Puedo prescindir perfectamente de tus sabios consejos.

—Escucha, padre —dijo Eduard, indignado—. ¡Me pides que te baje una estrella del cielo, y ahora me increpas porque no he podido enviártela...!

Pero, en fin, ¿cómo estáis? ¿Cómo está mamá? Salúdala de mi parte. Me habría gustado hablar con ella.

—Consigue ese permiso lo antes posible —dijo Silbermann, insistiendo otra vez—. ¡No pido nada más! Tu madre te manda su cariño. Pero, lamentablemente, ahora no puede ponerse.

—En fin, lo conseguiré —respondió Eduard—. Al menos lo intentaré todo. Silbermann colgó.

«Es la primera vez en la vida que le pido algo a mi hijo», pensó disgustado, con cierta decepción. «¡Seguramente fracasará! Si tuviera algún amigo en París, alguien vinculado con el mundo de los negocios, me conseguiría el visado en un par de días, pero Eduard... No puedo pedirle eso. Sencillamente, no está acostumbrado a hacer nada por nosotros. Cuando uno, durante mucho tiempo, tiene a alguien que está siempre ahí para él, resulta difícil cambiar. Eduard está acostumbrado a que yo lo ayude, y ahora soy yo quien le pide ayuda. ¡Y esa nueva constelación no le complace!».

En ese momento, Silbermann sacudió la cabeza, avergonzado por sus reflexiones.

«Soy injusto», pensó. «Y, lo que es peor, me he puesto sentimental», se dijo, y regresó al despacho.

—Precisamente le estaba explicando a su mujer —le dijo Findler, dándole la bienvenida— que es muy poco prudente de su parte acudir a los antiguos locales. Si se encuentran allí con algún conocido mal dispuesto hacia ustedes, podrían tener grandes inconvenientes. Su esposa es aria, ella puede ir donde quiera, pero usted... Dios sabe que lo digo por su bien y sin estar de acuerdo con las circunstancias que hacen necesarios estos consejos. Lo mejor es que se queden en casa o en la casa de algún conocido. Es cierto que a usted no se le nota que sea judío, pero ¿para qué tentar al diablo? ¿Qué tal el señorito, su hijo? Espero que haya podido poner pies en polvorosa a tiempo. ¡Jajajaja! Qué tiempos tan locos, ¿no?

—Escúcheme, Findler —empezó diciendo Silbermann—. Le dejo la casa por veinte mil marcos de anticipo, así por fin podremos cerrar este trato.

—No diga tonterías. ¿Por qué querría usted tomarle el pelo al viejo Findler? En definitiva, en la frontera le quitarán el dinero. Por ser usted, estoy dispuesto tal vez a pagar un par de marcos por encima del valor que me merece esta choza. Pero no estoy dispuesto a regalarle nada al Estado, eso no.

—Bueno, por el momento no tengo intenciones de abandonar Alemania.

—Ah, muchachos, hagan lo que quieran. De verdad que les deseo algo mejor que las actuales circunstancias. La sangre de los judíos cohesiona ahora al pueblo alemán. ¿Por qué mi amigo Silbermann iba a servir de pegamento? No lo entiendo. Que se salve quien pueda. Eso lo entiendo.

—¿No piensa que están cometiendo un crimen monstruoso contra los judíos? —preguntó la señora Silbermann, a la que aquella frase («La sangre de los judíos cohesiona ahora al pueblo alemán») había horrorizado profundamente. Elfriede no perdía la costumbre de buscar un sentido moral en cualquier acontecimiento.

—Sin duda —dijo Findler con sequedad—. Pasan muchas cosas malas en el mundo. Y también algunas buenas. A veces les toca a unos, a veces a otros. Uno es tísico, el otro es judío, y los más desgraciados son las dos cosas a la vez. Así es. ¿A que no se imaginan la mala pata que he tenido en la vida? No se puede hacer nada.

—Sabía, señor Findler —dijo la señora Silbermann—, que no era usted persona de mucho tacto, pero que muestre un alma tan fría, tan... —dijo, atragantándose con la palabra «brutal»—, tan indiferente, es algo nuevo para mí.

Findler sonrió, impasible.

—Quiero a mi esposa y a mi pequeña hija. Con el resto de la humanidad sólo hago negocios. He ahí, en resumidas cuentas, mi relación con el mundo que me rodea. No amo a los judíos, pero tampoco los odio. Me son indiferentes, y los admiro por ser negociantes tan competentes. Si se comete una injusticia con ellos, lo lamento, pero tampoco me asombra. El mundo funciona así. Unos, cuando les toca, pierden, mientras que los demás salen ganando.

—¿Y si fuera usted judío?

—¡Pero no lo soy! He perdido la costumbre de flagelarme suponiendo lo que podría ser. Me basta con lo que es.

—¿Es que sólo piensa siempre en usted? ¿No siente la menor empatía por la tragedia de otras personas?

—¿Y quién se ocupa de mí cuando las cosas me van mal? ¡Nadie! Theo Findler no tiene a nadie más que a Theo Findler. Y los dos tienen que ser como uña y carne. ¡Jajajaja!

—Y dice usted amar a su esposa y a su hija —dijo la señora Silbermann, cada vez más acalorada—. Quien se muestra tan... tan brutalmente indiferente, tampoco podría...

—Escúcheme, estimada señora. Se está usted propasando. Tengo la piel dura y puedo aguantar muchas bromas, ¡pero no me gusta que me ofendan!

La señora Silbermann se puso de pie.

—Discúlpeme usted —dijo, y se despidió fríamente de Findler. Abandonó de inmediato el despacho.

—Dios, ¡qué sensibles están todos! —dijo Findler, riendo—. ¡Dios mío! Bueno, la gente sincera como yo ha de aguantar de todo. ¡Volvamos al negocio! ¿Dónde nos habíamos quedado, eh?

De nuevo sonó el teléfono.

—Veinte mil —exigió Silbermann—. El resto, con una hipoteca en segundo grado.

La puerta se abrió. La señora Silbermann le pidió a su marido que pasara a la habitación contigua. Estaba, por lo visto, muy alterada. El propio Silbermann no se sentía tampoco más tranquilo con esta nueva interrupción.

—Piénselo —le dijo todavía a Findler, antes de abandonar la habitación—. ¿Qué ocurre, Elfriede? —le preguntó a su mujer, que señaló el teléfono.

—Tu hermana está al aparato. Habla con ella. Te lo contará todo...

Silbermann agarró el auricular.

—¿Hilde?

—¿Sí? ¿Sí? —tartamudeó su hermana, nerviosamente—. ¡Han arrestado a Günther!

En un primer momento, la sorpresa impidió a Silbermann saber qué contestar.

—¿Por qué? —preguntó por fin—. ¿Qué ha ocurrido?

—Están arrestando a todos los judíos.

Silbermann acercó una silla y se sentó.

—Cálmate, Hilde, por favor —dijo—. Tiene que ser un error. Cuéntamelo todo con calma...

—No hay tiempo para eso. Te he llamado para ponerte sobre aviso. En nuestro edificio han arrestado a cuatro hombres. Si por lo menos supiera lo que pasa con Günther...

—¡Pero eso no puede ser! ¡No se saca de su casa a nadie sin antecedentes! ¡No se puede hacer! —Silbermann guardó silencio. «Sí que se puede», pensó. «Se puede»—. ¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó al cabo de un instante—. ¿O quizá prefieres venir aquí?

—No, no voy a dejar el piso. Aquí me quedaré. Y tú tampoco deberías venir, no serviría de nada. Hasta luego, Otto —dijo, y colgó.

Perturbado, Silbermann se volvió hacia su mujer.

—Escucha —le dijo en un susurro—. ¡Están arrestando a todos los judíos! Tal vez se trate sólo de una medida provisional para amedrentar a la gente. Pero, en todo caso, han arrestado a Günther. Bueno, eso ya lo sabes. —Silbermann calló un momento—. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué decisión te parece la correcta, Elfriede? ¿Debo quedarme? Tal vez se olviden de mí. En realidad, nunca me han molestado seriamente. Si al menos estuviera Becker aquí. Él tiene contactos en el Partido. En caso de urgencia, podría intervenir. Pero, en fin, si los arrestos son por órdenes de arriba, tampoco podría hacer nada. Y en lo que él regresa de Hamburgo pueden matarlo a uno a palos por una equivocación. ¡Bah, tonterías! No me pasará nada. En el peor de los casos, llamas a Becker y le pides que regrese de inmediato.

—Hace seis meses hubiéramos podido irnos de Alemania —dijo su esposa, pausadamente—. Nos quedamos por mí, porque yo no me veía capaz de partir. Si te pasa algo ahora, seré yo la culpable. Tú querías marcharte, pero yo...

—No digas bobadas —dijo él, rechazando sus autoinculpaciones—. Nadie tiene la culpa. ¿Acaso la persona que se olvida de ponerse a tiempo un chaleco antibalas tiene la culpa si luego lo matan de un tiro? Todo eso son tonterías. Además, tú estabas mucho más a favor de ese viaje que yo. De haber sido por ti, ya nos habríamos largado. Te habrías separado más fácilmente de tu familia que yo de mis negocios. Pero eso precisamente no podía ser. Ahora ya da igual el porqué y el cómo.

Silbermann le dio un beso y regresó a la habitación donde estaba Findler. Intentó mostrar la misma calma y el autocontrol de antes, pero algo en la expresión de su cara, una enorme tensión, una sonrisa de aspecto convulso, causaron perplejidad en el otro.

—Vaya. ¿Alguna novedad? —quiso saber Findler—. ¿Malas noticias?

—Asuntos familiares —respondió Silbermann y volvió a tomar asiento a

su lado.

—Bueno, bueno —dijo Findler, lentamente, y su frente se plegó, mostrando más arrugas que de costumbre—. Seguro que han sido malas noticias, ¿no? Las noticias relacionadas con la familia son siempre malas. Sé lo que es eso.

Silbermann abrió el estuche de cigarrillos que estaba sobre la mesa.

—¿Retomamos nuestro negocio? —preguntó con toda la calma de que fue capaz.

—Pues sí —respondió—. A decir verdad, me seduce muy poco. Ni siquiera sé si está permitido adquirir propiedades de los judíos. No tengo ni idea. Y si por usted fuera, me embaucaría antes de que yo cuente tres. ¿No?

Ese modo constante de preguntar «¿No?», testimonio de su actitud complacida y satisfecha de sí misma, iba llevando a Silbermann al borde de la desesperación.

—¿Quiere usted comprar la casa o hablar de la compra de una casa? ¿Qué quiere?

—Ay —exclamó Findler, estirándose en la butaca—. Me acaba de dar un tirón. ¿Qué le parece? Pues sí, como le decía... ¿No es preferible que esperemos a que se conozcan las nuevas disposiciones? El asunto me parece demasiado arriesgado. Compró una casa y después no puedo tenerla. El Gobierno tiene todo tipo de planes con ustedes, los judíos.

—¡Bueno, quince mil!

—No sé, Silbermann, en realidad no tengo idea de si debo hacerlo o no. Si lo prefiere, esperemos un par de semanas. Si no surge nada, siempre podré comprar la casa más adelante. Pero antes tengo que hablar con mis abogados.

—Pero, hace diez minutos...

—Bueno, me han entrado dudas. Tampoco me gustaría que tuviera usted más inconvenientes por vender la casa. Pero, sobre todo, no quisiera tenerlos yo.

—Para poner fin a esto: le dejo la casa en catorce mil marcos de anticipo. Pero tiene usted que aceptar ahora.

—¿Así? Bueno... Volvamos a hablar de ello mañana. ¡Catorce mil marcos es un montón de dinero, eso es seguro! No soy un desalmado, no quiero que me regalen nada. Pero también cabe preguntarse si en realidad la casa, para mí, vale esos catorce mil de anticipo. Aparte de eso, el pago se haría,

naturalmente, después de completada el acta notarial y del traspaso registrado en el catastro. Y, en caso de fuerza mayor, el acuerdo, evidentemente, quedaría anulado. Catorce mil marcos... ¿Cree usted que hago un buen negocio llegando a un acuerdo aquí, esta noche, sólo con un *shake hands*?

—Usted quería hacerme un anticipo de quince mil marcos, ¿y duda ahora con la oferta de catorce mil?

—Estoy pensando que podría hacer otros negocios con ese dinero, tal vez incluso mejores. Y en esta vida uno ha de velar por sus intereses. ¿No?

Findler suspiró con desahogo. Silbermann se puso de pie.

—No puedo influir en su decisión, claro —dijo Silbermann, visiblemente disgustado—. Pero como no tengo tiempo, le agradecería que decida de inmediato. De otro modo, puede considerar sin objeto mi oferta. Ahora mismo no sé si tiene usted verdadero interés en comprar.

—Bueno, no sea tan desagradable —respondió Findler, malhumorado—. Siempre lo he sabido: ustedes, los judíos, ni siquiera son tan buenos negociantes cuando tienen delante a un digno oponente, ¿no...?

Silbermann notó el placer con el que Findler se regodeaba en su orgullo de usurero. Tenía en la punta de la lengua alguna fea respuesta; quería decirle que él, Silbermann, no podía ni quería competir con chantajistas. Estaba acostumbrado a llevar sus negocios con decencia. Pero en ciertas circunstancias hasta el patán con menor imaginación se mostraba superior a la persona más decente e inteligente. Todo eso quería decirle; sin embargo, no llegó a lanzarle a la cara a su interlocutor todas las rudezas que le pasaron por la mente. Tampoco le dio una respuesta más moderada, lo que habría sido más razonable.

En ese momento llamaron violentamente a la puerta. Sin prestar atención a la expresión de asombro de su huésped ni dirigirle siquiera una palabra de disculpa, Silbermann salió a toda prisa de la habitación. En el pasillo se tropezó con su mujer.

—Tienes que marcharte —le susurró ella, nerviosa.

—De eso nada. ¡No puedo dejarte aquí sola!

Como no sabía qué hacer, caminó en dirección a la puerta del apartamento. Ella lo retuvo.

—A mí no puede ocurrirme nada si te marchas —le aseguró Elfriede, interponiéndose en su camino—. Duerme esta noche en el hotel. Hazlo

rápido... Márchate...

Silbermann reflexionó. Entonces llamaron de nuevo al timbre; unos puños golpearon la puerta.

—¡Abre, judío, abre...! —gritaba fuera una algarabía de voces. A Silbermann se le desencajó la mandíbula. Miró fijamente a la puerta.

—Voy a buscar el revólver —dijo, en un tono casi inaudible—. ¡Al primero que entre a mi casa, le pego un tiro! Nadie tiene derecho a entrar aquí por la fuerza. —Se disponía ya a pasar junto a su esposa en dirección al dormitorio—. Eso lo veremos, lo veremos —dijo.

De nuevo los puños golpearon la puerta, el timbre chirrió.

—¡Pero bueno! —exclamó Findler, que había salido al pasillo al oír los ruidos—. ¿Qué ocurre? Es una locura. Si esos tipos me encuentran aquí, en su euforia inicial, me tomarán por un judío y me sacarán los dientes a golpes. — Con la mano, se acarició la boca suavemente—. ¿No tiene usted una puerta trasera? —le preguntó entonces a Silbermann, que se había detenido y lo miraba ahora como si esperara de él ayuda y consejo—. ¡Ya puede ir usted endosándole su maldita casa a otro! —añadió.

—Voy a buscar mi revólver —repitió Silbermann de manera mecánica—, ¡y al primero que entre en mi casa, le pego un tiro!

—Bueno, bueno —le dijo Theo Findler en tono tranquilizador—. Calma. Es mejor que se marche. Yo hablaré con esa gente. Procure salir por la puerta trasera. Me quedo con la casa por diez mil marcos. ¿Está de acuerdo?

—Usted es... En fin, sí, estoy de acuerdo.

—¡Pues dese prisa! Lo necesito vivo para ir a ver al notario.

—¡Márchate! —le suplicó su mujer.

Volvió a sonar el timbre. Silbermann se preguntó por qué no derribaban la puerta a patadas.

—¿Qué va a pasar con mi mujer? —preguntó, desesperado.

—Confíe en mí —le dijo Findler, pavoneándose—. ¡Yo me ocupo de todo! ¡Pero procure marcharse ahora!

—Si le ocurre algo a mi mujer... ¡no tendrá la casa!

—Sí, sí, sí —lo aplacó Findler—; ¡pero si no desaparece usted ahora, pone a su mujer en peligro, y también a mí!

Findler se alisó la chaqueta, se sacudió con la mano derecha los hirsutos

cabellos, respiró profundo y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y bien? —preguntó con voz tronante—. ¿Qué ocurre?

—¡Abre, judío!

—¿Habéis visto acaso a un cargo del Partido que sea judío? —preguntó con voz ruda.

—¡Cierra el pico, cerdo! ¡Y abre!

Findler se dio la vuelta, se aseguró de que Silbermann hubiese abandonado ya el pasillo y se hubiese llevado el sombrero y el abrigo. Le hizo entonces una señal a la señora Silbermann para que se ocultara en su habitación y gritó:

—¡Soy un miembro del Partido! —dijo y abrió la puerta de golpe—. ¡Aquí no hay ningún judío! —anunció.

Tenía delante a seis o siete jovencitos. Por un instante, viendo su aspecto imponente, sintió miedo. Pero entonces metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar su carné del Partido.

—Todos los judíos mienten —dijo uno de los muchachos.

—¡Los Silbermann y sus camaradas! ¡Todos son judíos insolentes!

—Yo no soy Silber...

Theo Findler se dobló y cayó al suelo. Uno de los jóvenes le había propinado una patada en el estómago.

CAPÍTULO 2

Silbermann bajó corriendo la escalera de servicio.

«Estarán abajo, al acecho», pensó. «Ah, debí quedarme. ¿Qué va a ocurrir ahora con Elfriede?».

Por un instante pensó en darse la vuelta.

«Bueno, Findler está allí», se dijo para tranquilizarse. «No sé qué tendrá eso de bueno, pero, en fin, Findler es un tipo decente, después de todo. De haberme quedado, habría cometido un acto desesperado, sin duda. Oponer resistencia, tal vez hasta disparar de verdad. Sólo por hacer algo. Hay cosas que uno no puede tolerar. No habría servido de nada. Al contrario. Todo era puro miedo. Habría disparado por miedo, y lo sabía. Temía el campo de concentración, la prisión, pero sobre todo temía las palizas.

»La dignidad», pensó. «Un ser humano tiene su dignidad. No puede dejar que se la quiten».

Silbermann detuvo el paso de repente. Abajo había un hombre. De inmediato, adoptó una postura erguida y caminó con paso lento hacia donde estaba el individuo, que fumaba un cigarrillo al pie de la escalera. Sereno, le sostuvo la mirada. Al llegar junto a él, le pidió fuego. El hombre metió la mano en el bolsillo, sacó una caja de cerillas, encendió una y se la acercó.

—Tenga —le dijo el hombre, y a continuación le preguntó—: ¿Sabe si por aquí viven muchos judíos?

—No tengo ni idea —le respondió Silbermann, y él mismo se asombró por la indiferencia que denotaban sus palabras—. Pregúntele al portero. No soy de por aquí. —Entonces alzó el brazo e hizo el saludo—: *Heil Hitler!*

El otro se lo devolvió. Sin dejarse retener por más tiempo, Silbermann pasó de largo.

«No te des la vuelta ahora», pensó. «No camines ni muy rápido ni demasiado despacio, porque si uno se esfuerza por no llamar la atención, si levanta sospechas intentando no levantarlas, puede... ¡Oh, Dios! ¿Qué quiere esta gente de mí?».

Silbermann ya había salido del recibidor y estaba cruzando el patio. Mientras caminaba, se palpó por un instante la nariz.

«¡Qué importante eres!», pensó. «De ti depende ahora la libertad o el cautiverio, el modo en que vives, si es que vives. Acabarás matando a todo aquel que haya tenido la mala suerte de estar contigo».

Delante de la puerta del edificio se tropezó con otro hombre de aspecto sospechoso.

—¿Y bien? —dijo en tono resuelto, imitando involuntariamente a Theo Findler—. ¿A qué está esperando, eh?

El aludido se sobresaltó y adoptó automáticamente lo que alguna gente incontrolable llama control de sí mismo.

—Bah —dijo entonces el hombre en tono familiar y respetuoso—. Una pequeña cacería de judíos.

—Vaya —dijo Silbermann, dándose por enterado y aparentando que no le incumbía el asunto. A continuación, levantó el brazo con desgana para hacer el saludo nazi y pasó también de largo junto a este guardia sin dejarse retener. Cuando por fin llegó a la calle, se detuvo, a la espera.

«¿Qué estará pasando ahora ahí arriba?», se preguntó angustiado. «Si al menos supiera eso. Bueno, pero esa gente no iba a... Vaya si lo harían. De todos modos, Findler estaba allí».

De repente sintió un miedo enorme. Esos tipos podían llegar en cualquier momento, salir del edificio, detenerlo; alguno de los que montaban guardia podría haberse vuelto suspicaz entretanto. Silbermann echó a andar de nuevo con paso cada vez más rápido.

«Qué raro», pensó mientras cruzaba la calle, pues creyó estar más seguro en la otra acera. «Hace diez minutos todo giraba en torno a mi casa, a una parte de mi patrimonio. Ahora lo que importa es mi pellejo. Con qué rapidez puede cambiar todo... Me han declarado la guerra, a mí personalmente. Es eso. Acaban de declararme la guerra de forma definitiva y real, y ahora estoy solo. En tierra enemiga. Si al menos Becker estuviera aquí... Ojalá que el negocio no se estropee. Era lo que me faltaba. Debo disponer de ese dinero de

inmediato. Espero que Becker no lo pierda en la mesa de juego. Pero ¿qué digo? Él es el único en quien todavía puedo confiar. Si llegase a perder unos cientos de marcos, ¿qué importaría? Ahora se trata de algo más importante. No obstante, es preciso tener dinero. El dinero significa la vida, sobre todo en tiempos de guerra. Un judío sin dinero en Alemania es como un animal encerrado en una jaula sin comida, una situación sin esperanza».

Silbermann pasó por delante de una cabina telefónica. Entonces se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos.

«Voy a llamar», pensó, «así sabré lo que ocurre».

Le contentaba esa idea, pero se encontró con que la cabina estaba ocupada, así que tuvo que esperar. La dama hablaba en voz alta, y él podía oír lo que decía. Oyó algo acerca de un abrigo de piel que necesitaba un arreglo, de la película *Cartas de amor desde la Engadina* y de un tal Hans, que padecía una faringitis. Inquieto, Silbermann daba paseítos de un lado a otro. Finalmente, golpeó el cristal de la cabina en un gesto amonestador. La dama giró la cabeza hacia él, y su mirada lo impresionó tanto como para concederle otros cinco minutos de cháchara antes de volver a golpear el cristal.

Por fin tuvo el aparato a su disposición y se apresuró a marcar el número de su casa. Nadie respondió. Silbermann lo intentó otras dos veces, pero sin éxito.

«Findler estará negociando todavía», se dijo para tranquilizarse y colgó. «Resulta difícil quitarse a esos tipos de encima. De cualquier manera, ha sido estúpido llamar. Mientras esa gente esté ahí, nadie podrá decirme nada».

Marcó entonces el número de su abogado. Una voz femenina ahogada en lágrimas se puso al teléfono.

—Los señores no están en casa.

—¿Dónde puede estar el señor Löwenstein?

—No lo sé. —Hubo un breve silencio—. No está...

—De acuerdo, pero ¿usted quién es?

—Soy la sirvienta.

—Bueno... Por favor, dígame al señor Löwenstein que...

—Es preferible que vuelva a llamar —lo interrumpió la joven—. No se sabe exactamente cuándo estará de vuelta.

Silbermann colgó.

—Si esos tipos no han pasado también a llevárselo —murmuró—, entonces no sé.

Silbermann marcó el número de un comerciante judío amigo suyo, pero tampoco respondió nadie. Su consternación iba en aumento.

«Hilde tenía razón», concluyó, «han arrestado a todos los judíos, tal vez sea yo el único que ha conseguido escapar».

Llamó a su hermana.

—Soy yo, Otto —dijo—. Te hablo desde una cabina. En mi casa...

—No quiero saber nada, Otto —le dijo Hilde—. Nuestro piso está hecho una ruina. Si al menos hubiera estado aquí. Por mí, podrían haberme arrestado también. Ahora, en cambio, estoy aquí sentada, pensando en qué habrá sido de Günther. Un hombre de cincuenta y seis años. ¡Cincuenta y seis! Un hombre que no aguanta ya ninguna emoción fuerte. Esto es el fin...

—Claro que no, lo pondrán en libertad —intentó tranquilizarla Silbermann—. ¿Puedo hacer algo para ayudarte? Aunque no quisiera tener que ir ahora a tu casa. —En ese instante, se oyó un chasquido en la línea—. Hasta luego —dijo, alarmado—. Que estés muy bien, ya sabrás de mí.

Silbermann salió de la cabina y miró a su alrededor.

«Escuchan las conversaciones», pensó. «Pronto estarán aquí los agentes. ¿Es que ya no se puede ni hablar por teléfono?».

Silbermann subió a un autobús y se dirigió a la Estación de Silesia. Viajaba de pie, hacinado entre otros muchos pasajeros. Notó a su lado la presencia de dos jóvenes, una chica y un chico, que iban muy abrazados. Los observó, vio la cara distendida de la chica, luego la del chico.

«¡Paz!», pensó. «Ellos todavía viven en paz. Su insignificante existencia se ve respaldada por la de otros millones de personas como ellos, sus semejantes, y todos aman y odian juntos en mayoría. Pero al final tampoco les servirá de nada».

Silbermann pidió un billete y, después de pagarlo, examinó su cartera para comprobar cuánto dinero llevaba encima. Lo contó.

Comprobó con alivio que tenía ciento ochenta marcos. Sería suficiente para salir del país... si pudiera. Pero incluso si pudiera, pensó, no lo haría. Tenía que salvar su fortuna. No dejaría que se la arrebataran tan fácilmente. De eso nada.

«Si todo sale bien», pensó otra vez, lleno de esperanza, «Becker me traerá mañana ochenta mil marcos. Recibiré diez mil en efectivo por la casa», continuó calculando, «y, con un poco de suerte, podré vender la hipoteca con algún descuento».

Sonrió débilmente.

«Sigo siendo un hombre adinerado», resumió. «Algún que otro antisemita pobre, si es que hay auténticos antisemitas que sean pobres, querría cambiarse por mí, un judío rico, a pesar de todo». La idea le causaba cierto regocijo. «Habría que preguntarles, quizá», le pareció. «Pero ¿a santo de qué iban a querer cambiarse? A fin de cuentas, pueden arrebatarme el dinero y convertirse en antisemitas ricos».

El autobús se detuvo. Silbermann le compró un periódico a uno de los vendedores que se abrían paso a la fuerza. Con el ceño fruncido, leyó los titulares. «Asesinato en París». «Los judíos declaran la guerra al pueblo alemán». Afectado, enfurecido, arrugó el periódico y lo tiró.

«Sé que esto es la guerra», pensó. «Pero no sabía que la guerra la hubiera declarado yo. ¿Qué pésimo y viejo chiste es éste? El empleado de la caja asalta a unos bandidos y los hiere de gravedad. Para pagar al médico, éstos le roban la cartera. Y cuando el tiburón pilla la gastritis por hartarse de pececitos, les declara la guerra a estos últimos por considerarlos cómplices en un intento de asesinato contra su persona».

Silbermann encendió un cigarrillo.

«Resulta que un chico de diecisiete años, en lugar de quitarse la vida, ha disparado en la dirección desde la cual le llegaban tal vez los consejos de suicidarse. Y con ello, y con él todos nosotros, hemos agredido al Reich Alemán».

Silbermann bajó del autobús y se mezcló con la multitud que poblaba las calles hasta llegar al hotel en el cual se había alojado a menudo en el pasado, cuando vivía en un suburbio de la periferia que no tenía conexión nocturna por tren. Era el mismo hotel en el que solía almorzar cuando andaba por los alrededores.

Pasó por delante del portero, que lo conocía desde hacía años, y le incomodó la expresión impasible e indiferente del hombre que, quizá para no tener que saludarlo, volvió la mirada en dirección opuesta en cuanto Silbermann entró.

«Antes las cosas eran diferentes», recordó Silbermann, y sintió en el estómago, por un instante, una punzada hueca. Girando la cabeza en busca de alguna cara conocida, atravesó con paso lento el recibidor y entró en la sala de lectura. Había allí unos pocos caballeros, hombres de negocios en su mayoría, que esperaban a alguien mientras hojeaban los periódicos, consultaban los valores de la bolsa en las últimas páginas o se ocupaban en redactar alguna carta. Silbermann miró a su alrededor en aquel recinto amplio y cómodamente amueblado, y por un instante tuvo una agradable sensación de seguridad.

«Todo sigue igual», pensó. Y de inmediato, volviendo a su nerviosismo previo, se repitió la frase: «Todo sigue igual. Sin embargo, imagino que algo tiene que haber cambiado, y no sólo para mí».

Con recelo, miró hacia donde se encontraban los demás hombres.

«Ahí estáis, forasteros», pensó. «En vuestros países no es costumbre que a los ciudadanos pacíficos les asalten sus viviendas ni que se los lleven a la cárcel o a algún campo de concentración. En vuestra patria el presidente de un consejo de administración no lleva una ametralladora encima cuando pide un voto de confianza. Sin embargo, cuando sucede aquí, a vosotros os parece original. Porque a vosotros no os pasará nada, y el mismo hotel que se convierte en una jungla peligrosa para mí es para vosotros un hogar apacible en el que podéis alojarnos tranquilamente, de acuerdo con vuestros hábitos. Luego, cuando regreséis a casa, hablaréis de lo bien que se come en el Tercer Reich».

Silbermann tomó asiento, escogió un periódico inglés y lo hojeó, arrojando de vez en cuando miradas malhumoradas a las personas que había tomado por extranjeros. Entonces encendió un cigarrillo y se puso a leer un artículo. De repente tuvo la sensación de que alguien se le aproximaba y levantó la vista. Tenía delante al director del hotel, el señor Rose, al que conocía desde hacía muchísimo tiempo. La expresión afectada de su rostro le permitió a Silbermann intuir lo que aquel hombre iba a pedirle. No obstante, lo saludó con desenfado, le dio los buenos días y le tendió la mano. En un principio, Rose se esforzó por ignorarla, pero luego le dijo en un susurro:

—No, por favor.

Silbermann retiró la mano rápidamente. Tenía la cara roja, lo sabía, y le avergonzaba su propia vergüenza.

—Señor Silbermann —dijo Rose en voz baja y cortés, como se esperaba de un veterano de la hostelería como él en cualquier trance—. Esto me resulta sumamente embarazoso. Usted es para nosotros un antiguo y muy apreciado huésped. Pero... ¿Me entiende usted? No es culpa mía, y las cosas, seguramente, cambiarán, pero...

—Pero... ¿Qué ocurre? —preguntó Silbermann, que quizá ya sabía el punto al que quería llegar Rose, pero no tenía la menor intención de ser benévolo con él. Pretendía, más bien, exigirle una abierta confesión de lo que consideraba falta de carácter. La timidez del otro casi le hacía bien, al menos lo ayudaba a superar la suya—. ¿Pretende echarme? ¿Es eso? —preguntó por fin secamente, mirando al director.

—Por favor, no lo entienda de ese modo —le suplicó el señor Rose, al que le costaba estar a la altura de lo que le exigía la situación: incordiar de un modo tan brusco a un cliente muy estimado y solvente—. Siempre nos dio mucho gusto tenerle aquí tan a menudo como huésped de nuestro hotel —continuó diciendo Rose—; y si ahora he de pedirle esto, lo hago muy en contra de nuestra voluntad; esperemos que...

—Está bien, Rose —lo interrumpió Silbermann, al que las correctas maneras del otro le sentaban mejor de lo que quería admitir—. Entiendo.

Con un ademán de su diestra, rechazó cualquier otra explicación, hizo un gesto de asentimiento al director —que, a su vez, se inclinó en una reverencia—, se levantó sin prisa y abandonó el salón. Seguidamente, atravesó el vestíbulo del hotel, se detuvo un instante delante del portero —que ahora le dedicó también una breve reverencia, como si quisiera decirle algo—, y continuó su camino. Frente a la puerta giratoria del hotel se detuvo de nuevo.

«¿Adónde podría ir?», reflexionó. «Las pensiones para judíos habrán sido asaltadas por los hombres de las SA. Los hoteles baratos no son demasiado seguros; además, son locales de reunión de los nazis o algo parecido. ¿Tendré que dormir acaso en un garito de citas? Al menos alguno de éstos nos quedará. ¿En serio quedará alguno? Tampoco cabe arriesgarse, porque una persona sola que pide una habitación en uno de esos establecimientos levanta algunas sospechas. En fin, uno ahora puede levantar sospechas con cualquier cosa que haga».

Silbermann decidió ir entonces en busca del pequeño hotel en el que había alojado en ocasiones a algunos colegas de negocios venidos de provincias.

Tras haber estado esperando en vano el tranvía durante un rato, tomó un taxi. Cuando llegó al hotel, vio que junto a la entrada había un hombre de las SA, pero, tras vacilar un momento, pasó por su lado tranquilamente y entró al pequeño vestíbulo.

—Quisiera una habitación —le dijo al camarero que le salió al encuentro.

—¿Necesita que le recojamos el equipaje en la estación?

Era cierto: si uno iba a pernoctar en un hotel, necesitaba equipaje, de lo contrario llamaba la atención.

—No, gracias —respondió Silbermann, intentando parecer distraído—. ¿Podría ver antes la habitación?

El camarero, que también asumía las labores de portero suplente, tomó una llave del tablero, acompañó a Silbermann hasta el ascensor y subió con él.

—Qué mal tiempo hace —comentó.

—Sí —respondió Silbermann de mala gana.

—Disculpe la pregunta, caballero —continuó, a pesar de todo, el camarero—. ¿Hay mucho jaleo hoy en la ciudad?

—¿Por qué? —preguntó Silbermann, esforzándose por mantener la calma—. ¿Qué jaleo iba a haber?

—Nos han venido tantos huéspedes judíos... No sé si eso pueda traernos problemas.

—Ah, ¿sí? —gruñó Silbermann—. ¿Y cuál es el motivo? ¿Alguna nueva disposición que prohíba dar alojamiento a judíos?

—Eso es lo que no sé —respondió el camarero—. A mí, por cierto, me da lo mismo. Por favor.

El ascensor se había detenido en la cuarta planta.

«En realidad, podría volver a bajar ahora mismo», dijo Silbermann y salió al pasillo para que el camarero lo guiara hasta la habitación. En un principio se mostró indeciso, así que examinó la habitación de arriba abajo varias veces, siempre con la expresión malhumorada del huésped insatisfecho. El comentario del camarero le había generado inquietud y recelo. Daba mucho que pensar. Por fin Silbermann se quedó con la habitación, pues creyó que el peligro no sería menor en otros hoteles.

Volvió a bajar con el camarero, y éste, como había temido, le extendió el formulario de registro para huéspedes.

—Muy bien, muy bien —dijo con brusquedad, haciéndose el atareado—. Más tarde. ¿Cuál era el número de la habitación? ¿La cuarenta y siete...? Ya, cuarenta y siete...

Justo al salir del hotel, Silbermann tropezó en la calle con alguien.

—Perdone —gruñó con grosería, ya que sus últimas experiencias le habían hecho pensar que un comportamiento hosco y descortés era el mejor modo de protegerse.

—Disculpe usted —dijo la otra persona, con una voz exageradamente cortés, casi humilde. Y entonces, con asombro, añadió—: Pero Silbermann. Gracias a Dios, Silbermann. Es usted la primera persona con la que me encuentro.

Era Fritz Stein, el antiguo propietario de Stein & Co, un viejo amigo suyo del mundo de los negocios. Intercambiaron un apretón de manos. Pero, de pura emoción, Stein retuvo la mano de Silbermann con fuerza e ignoró sus intentos por recuperarla.

—¿Qué me dice? —preguntó Stein, y Silbermann se dio cuenta de que aquel hombre bajito y rechoncho estaba profundamente perturbado—. ¿Ya lo sabe?

Silbermann consiguió por fin liberar su mano.

—Lo sé todo —respondió, extrañado por el nerviosismo de su amigo, a pesar de que las circunstancias lo hacían comprensible, e intentó mostrarse tranquilo y atento.

—Entonces sabe más que yo —dijo Stein.

—¿Han estado también en su casa? —preguntó Silbermann, sonriendo.

—Con suerte, no —respondió Stein, que empezaba a abandonar su retraimiento tras encontrar a un compañero de penas con el que podía desahogarse—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó a continuación—. He estado varias veces a punto de llamarle en los últimos días para hablarle de un negocio. Pero, en fin, podríamos hablarlo ahora. Creo que es algo que puede interesarle.

—Escuche —dijo Silbermann, frenándolo, pero sorprendido por el cambio de actitud del otro—. ¿Cree que estoy de humor en este momento para hacer negocios? No tengo su constitución vital, querido.

—Usted no lo necesita tanto, digámoslo así. En mi caso, hace meses que el buitre de la quiebra da vueltas en círculo por encima de mi cabeza y grazna:

«¡Embargo, embargo!». La verdad es que me dan lástima mis acreedores: sus pertenencias han sido destrozadas en la vivienda de mi esposa, como si todavía fueran mías.

Después de un rato caminando de un lado a otro, se detuvieron delante de un escaparate.

—Lo admiro —dijo Silbermann, pensativo—. Es usted un tipo capaz. Si yo tuviera su optimismo, no tendría miedo —dijo y rio—. Saca usted beneficio hasta de la cuerda con la que le van a colgar.

—Pues esperemos que sí —se apresuró a responder Stein, muy animado—. ¿Cómo iba a pagar si no mi esposa su velo de viuda?

—¿De verdad que le van tan mal las cosas, o sólo bromea? No debería.

—Qué va, cada palabra la digo en serio —respondió Stein—. Como sabe, he vendido mi negocio, y ahora el comprador no me paga. ¿Qué se puede hacer en ese caso? Uno ha de salir a buscar la ganancia. Pero, volviendo a nuestro asunto, si quiere arriesgar usted treinta mil marcos...

—No, no —contestó Silbermann—. Olvídelo. Tengo ahora otras preocupaciones, en serio.

—Bueno, sí, usted lo tiene más fácil —comentó Stein lentamente—. Sólo ha tenido mala suerte. Pero yo no tengo ni para comer.

Silbermann lo miró sorprendido y sacó la cartera.

—¿Le servirían de algo cincuenta marcos? —preguntó—. Por desgracia llevo poco dinero encima.

—Por supuesto que me servirían. Deme. La semana que viene se los devolveré. De vez en cuando recibo algo del tipo que compró mi negocio, no son más que pequeños pagos a plazos, pero depende mucho de su estado de ánimo.

Stein se guardó el dinero.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó de nuevo y miró a su alrededor, con ganas de emprender algo.

—Yo debo llamar a Becker. Por desgracia, ahora está en Hamburgo.

—¿Qué tal va la venta de la casa? Dese prisa, si me permite el consejo.

Silbermann le habló de sus negociaciones. Stein asentía tras cada frase, como si supiera que todo iba a desarrollarse de esa manera.

—Lo tiene usted más fácil —repitió finalmente, con esa envidia callada

que implica un cumplido para el envidiado—. Su aspecto es tan ario. Al menos a usted la gente no le teme. A mí, en cambio, sí. No puedo girarme hacia ninguna parte, todos me evitan como a la peste. Siempre lo digo: la gente teme contagiarse de mi nariz judía —dijo Stein, riendo con amargura.

—Tengo aún dos amigos arios —dijo Silbermann—. Becker y Theo Findler.

—Hum. Me parece temerario que califique a Findler de amigo —dijo Stein, introduciendo un matiz—. Hasta ahora, nadie ha podido vanagloriarse de su amistad.

—Tal vez tenga usted razón, pero en estos tiempos es preciso imaginar la existencia de amigos, cuando a uno ya no le queda ninguno. Al menos tranquiliza un poco. Pero ¿qué pretende hacer ahora?

—He cogido una habitación ahí —dijo Stein, señalando el hotel del que Silbermann acababa de salir.

—Vaya, pues... Tal vez nos veamos todavía.

Los dos hombres se despidieron.

Silbermann siguió al otro con la mirada mientras se alejaba. Su modo de andar transmitía cierta tranquilidad, caminaba lleno de confianza, de vitalidad. Sus pies no se apoyaban rectos en el suelo, sino algo ladeados, y, al andar, su cuerpo se balanceaba de un modo casi imperceptible. Llevaba el sombrero hongo caído, como de costumbre, sobre la nuca, y, viéndolo ahora alejarse, Silbermann olvidó las circunstancias presentes y creyó estar en otra época; sentía como si él y Stein acabaran de cerrar un negocio, no muy bueno, pero tampoco demasiado malo, simplemente un negocio que los vinculaba y los mantenía juntos en un intercambio comercial.

«Una vez le garanticé un crédito de cincuenta mil marcos», recordó Silbermann con cierta nostalgia. «Stein & Co., gente seria, una compañía no demasiado grande, pero sólida. Y por ahí van sus escombros».

Silbermann entró a un restaurante para cenar algo.

«Debí invitar a Stein», pensó mientras examinaba el menú. «Pero también yo tuve miedo de su nariz judía».

Cenó con apetito. Cuando acabó de comer, encendió un puro y permaneció unos instantes en un apacible estado de calma, sin pensar en nada. Recordó entonces sus obligaciones y se dirigió a toda prisa al teléfono. Tras marcar el número de su casa, escuchó con intranquilidad creciente el tono de llamada

repitiéndose a breves intervalos. Pasaron varios minutos. Nadie respondió. Finalmente, colgó.

«Tal vez tenga algún problema el aparato», se dijo, buscando una explicación inofensiva. «Esas cosas ocurren a menudo. ¿Por qué no iban a ocurrir hoy?», reflexionó. «De todos modos, sería extraño».

Silbermann hizo un nuevo intento, pero con el mismo resultado. Cada vez más preocupado, se preguntó si no sería mejor, a pesar del peligro que implicaba para su mujer y para él mismo, pasar por allí e informarse directamente. Pero entonces tuvo la tranquilizadora idea de que a lo mejor su esposa, por motivos de seguridad, habría preferido no pasar esa noche en el piso, sino en casa de alguna amiga. En favor de esa hipótesis hablaba también la necesidad de protección y compañía que tenía Elfriede, la cual, en las circunstancias actuales, tendría que ser enorme. Sólo que en ese caso tendría que haberse puesto la sirvienta, pero Silbermann supuso que ésta, aprovechando la situación, se habría marchado al cine, por el que tenía gran afición.

De modo que, ya más tranquilo —aunque no calmado del todo—, marcó el número de una buena amiga de su mujer, creyendo que ésta podría estar allí. Cuando la señorita Gersch le comunicó que hacía semanas que no veía a su mujer, el dato no lo intranquilizó demasiado, ya que ello no excluía la probabilidad de su hipótesis. La señorita Gersch —según se enteraba ahora Silbermann— se había peleado con su mujer. No obstante, se mostró dispuesta a pasar de inmediato por su casa para, en caso de que Elfriede estuviera allí, hacerle compañía. Tal vez hasta se alegrara de tener ahora un pretexto para hacerlo. Para su tranquilidad, también le aseguró que, por lo que sabía, en las acciones que se estaban llevando a cabo, a las mujeres no les hacían nada.

Silbermann le pidió también los nombres y números telefónicos de las demás amigas de Elfriede, para llamarlas. Siempre había estado demasiado ocupado con sus negocios como para estar al tanto de con quién jugaba al bridge su mujer.

La propia señorita Gersch tampoco estaba del todo al corriente del círculo de amistades de la señora Silbermann. Pero cuando Silbermann llamó —sin éxito— a los números que ella le había facilitado, confiaba todavía en la posibilidad de que su mujer estuviera en casa de alguna conocida.

Para distraerse de la preocupación por Elfriede, pidió que lo comunicaran

con Hamburgo. La comunicación con el hotel Vier Jahreszeiten quedó establecida al cabo de pocos minutos. Era el hotel en el que Becker, que últimamente se permitía bastantes caprichos, solía alojarse desde fecha reciente. Silbermann tuvo que esperar un buen rato pegado al teléfono, y le enfadó no haber solicitado la llamada con cita previa, ya que seguía siendo un enemigo de todo gasto innecesario. Finalmente le dijeron que el señor Becker no estaba.

«Está jugando», pensó Silbermann, asustado. «Despilfarrando mi dinero, mi única garantía de vida». Abatido, salió del local para volver a su hotel.

«Debí hacerme con una maleta en algún sitio», pensó al entrar. «No tenerla causa una impresión funesta. Ojalá me tomen por un marido al que su mujer lo ha echado de casa. Las desgracias de esa índole se toleran, no son vistas como un delito.

»¿Debo dar mi verdadero apellido al registrarme?», pensó luego. «Si hicieran un control, me arrestarían de inmediato, pero si doy un nombre falso, estaría violando la ley. En fin, el propio Gobierno te obliga a delinquir».

En esta ocasión no le pusieron delante el formulario de registro, sino que le entregaron la llave de la habitación y le comunicaron que un tal señor Stein lo esperaba en el vestíbulo.

«Stein podría ser más considerado conmigo», pensó, pero de inmediato lo avergonzó su idea.

—¿Buenas noticias? —preguntó Stein, que estaba acompañado de otro hombre de aspecto también judío.

—Ninguna.

—Bueno, que no haya noticias es buena noticia. Pero ¿por qué no se sienta?

—Estoy sumamente cansado por culpa de todo este ajetreo, así que preferiría meterme en la cama y dormir.

Silbermann se despidió. Fue hasta el ascensor y subió a su habitación. Con él subió también un camarero que sostenía una enorme bandeja repleta.

—¿Han prescindido del portero? —preguntó Silbermann.

—Lo arrestaron esta mañana. Es que era judío.

Afectado, Silbermann guardó silencio. Al entrar en su habitación, se apresuró a cerrar la puerta por dentro y se tumbó en la cama a pensar.

«“Es que era judío”, oía de nuevo la fría explicación del camarero. “Era judío”. Con qué facilidad aceptaba aquel hombre ese argumento. Era como si, a su juicio, el arresto de judíos fuera algo del todo normal, un asunto cotidiano, como la propina que da un huésped. Habían arrestado a un judío, pero él era también judío. ¿Hacían falta más explicaciones? Según la opinión del camarero, no.

»No voy a quedarme aquí», decidió Silbermann, que se puso de pie de un salto y contempló la espaciosa habitación. «No podré dormir. Tal vez me saquen de la cama durante la noche, y si llega a haber escándalo y los huéspedes del hotel se sienten molestados y se asoman a la puerta, si preguntan a las camareras qué está ocurriendo, éstas les responderán: “Bah, no es nada. Están arrestando a un judío. Es todo”. A lo que tal vez ellos contesten: “De acuerdo, pero ¿hay que hacer tanto ruido para eso?”. A éstos lo único que les importa es dormir, y no quieren que los molesten.

»Pero, en fin, si me arrestan, daría igual lo que digan los otros y cómo lo digan. Bueno, no: no daría igual, porque si la indiferencia de los demás no fuera tan grande... En todo caso, no estoy seguro aquí. Me arrestarán, y quizá hasta me maten. Tal vez lo hagan sólo para que no moleste con mis protestas y no estorbe a esas buenas personas que tienen derecho a descansar. Porque ellos lo que quieren, ante todo, es dormir».

Silbermann caminó de un lado a otro por la habitación.

«No puedo sino preguntarme cómo es que aún estoy vivo. No creo que sea por un descuido. Aunque tal vez pretendan dejarnos en cueros para luego matarnos, para que la ropa no se manche de sangre y nuestros billetes de banco no se estropeen. Hoy en día se mata en términos económicos».

Estaba ahora delante del espejo. Se arregló la corbata y se pasó el peine de bolsillo por el cabello. A continuación, abrió con cautela la puerta de la habitación y miró hacia el ancho pasillo, donde no vio a nadie.

«Qué asustadizo soy», pensó, «casi creí estar oyendo pasos. Y eso que participé en una guerra mundial. Pero aquello era diferente. Eran muchos contra muchos. Ahora estoy solo y debo librar mi guerra a solas. ¿Acaso soy un conspirador? Cuánto me gustaría serlo. Al menos sabría cómo comportarme. Pero soy un hombre de negocios, sólo eso. No tengo el brío, no cuento con ese impulso externo. Es eso. Sólo tengo miedo, y ni siquiera puedo mostrar la risita cínica del ladrón que se ha hecho con un botín y tiene que

huir».

Silbermann exhaló un tenue suspiro y salió al pasillo. Con paso rápido, se acercó al ascensor y pulsó el botón. Al llegar de nuevo al vestíbulo, fue hasta donde estaba Stein, que seguía allí sentado con el otro hombre, comentando negocios pasados o tal vez futuros.

—Escúcheme, Stein —dijo Silbermann, presuroso—. Dejo este hotel. Al portero judío lo arrestaron hoy. Supongo que alguien del personal está en contacto con la policía o, lo que es peor, con el Partido. Es posible que nos echen encima a las SA.

—¿Adónde pretende ir entonces? —quiso saber Stein, que había acogido el anuncio de Silbermann con bastante tranquilidad.

—Aún no lo sé, pero no voy a quedarme aquí de ningún modo.

—Pues yo me quedo —le dijo Stein—. Esta noche no podré ya salir del Reich, y usted tampoco. ¿Qué sentido tiene salir por ahí como un chalado? Al final todo llega...

—Si es usted un fatalista, asunto suyo —lo interrumpió Silbermann—. Yo haré cuanto pueda para no caer en manos de esos tipejos.

—Ya, pero ¿adónde va a ir? En todos los hoteles será lo mismo. Es cuestión de suerte. Ni siquiera en el cementerio estaría ahora un judío a salvo de atropellos. ¿Qué va a hacer? —dijo y se encogió de hombros en un gesto de resignación.

—En fin, ¿viene usted conmigo o no?

—Escúcheme, Silbermann: para llevarme con usted, podría igualmente quedarse aquí, con mi nariz —dijo y rio, descartando la idea casi con desprecio—. ¿Piensa huir con mi nariz? Es absurdo.

—Usted podría ser sudamericano o italiano —intentó confortarlo Silbermann.

Stein hizo un gesto de rechazo.

—Podría, pero no lo soy. Tengo pasaporte alemán —dijo, negando con la cabeza—. No —añadió—. No tengo remedio. Debo procurar hacer mis negocios. Es lo único. En estos momentos, un judío rico aún vale algo más que uno pobre. De modo que no se deje retener. Adiós y que le vaya bien. Le llamaré en los próximos días, si es que esos tarados se han calmado ya para entonces. Me encantaría hacer ese negocio con usted, ¿sabe? Bueno, el negocio lo hará usted, pero me dará una comisión. Se lo digo: esos desgraces

de barcos que usted hace no son nada en comparación. El asunto es una mina de oro a cielo abierto.

—No creo que haga ningún otro negocio —dijo Silbermann, despacio—, pero puede usted llamarme en los próximos días. Con mucho gusto.

Silbermann pagó su habitación y justificó su partida de un modo más o menos convincente, aludiendo a un viaje impostergable; sin saber bien por qué, le dio una jugosa propina al camarero que también hacía las veces de portero y salió del establecimiento.

«Me voy a Hamburgo», se dijo, decidido, al llegar a la calle, de un instante para el otro. «Es lo mejor. Allí tengo a un amigo estupendo, Becker. Con él se puede hablar, y podría interceder. Seguramente lo de hoy fue sólo una acción descontrolada, y tal vez mañana el Gobierno explique que no estaba al tanto de nada. Aunque esté integrado por antisemitas, no deja de seguir siendo el Gobierno, y no puede permitir una cosa así. Uno debe sobrevivir a días como éstos, superarlos con los huesos sanos y el alma intacta. El que muere por un accidente deja de tener la razón, y quien sale ileso está en lo cierto. Y yo quiero tener razón».

Viajó en el tranvía hasta la estación del zoo. Por el camino, contó de nuevo el efectivo que le quedaba: noventa y siete marcos.

«Lo rápido que se va», pensó, asombrado. «De ciento ochenta a noventa y siete. Ahora es preciso ahorrar, al menos hasta que me reúna con Becker, porque no tener dinero en esta situación sería catastrófico».

Al llegar a la estación, Silbermann compró un billete para Hamburgo y se dirigió de inmediato al andén, aunque faltaba todavía una hora para que saliera el tren. En un expendedor automático, sacó un paquete de chicles, con la ilusión de que mascarlos lo tranquilizaría y distraería. Se metió en la boca una tableta tras otra y, con esmero, empezó a mover muy despacio la masa compacta que iba perdiendo su sabor a menta mientras pasaba de un lado a otro, con el movimiento constante de las mandíbulas, tal como había visto hacer a otros tan a menudo.

Sin encontrar en ello placer alguno, obedeciendo tan sólo a una obligación que él mismo se había impuesto, siguió mascando con esmero aquella masa, en un gesto de intencionada apatía. Mientras tanto, daba paseítos de un lado a otro a lo largo del andén. Intentó pensar en algo agradable, y acabó imaginando a su mujer ya metida en cama, durmiendo. La imagen, sin embargo,

dio pie a otra que, en lugar de tranquilizarlo, lo sumió en un nuevo estado de inquietud y miedo.

«Estará preocupada», pensó. «Por lo menos debo enviarle una nota».

Fue entonces hasta la sala de espera, se aproximó al mostrador y solicitó una tarjeta postal. Luego se sentó, pidió un café y empezó a escribir, al tiempo que seguía mascando con expresión preocupada:

Querida Elfriede:

He viajado a Hamburgo para una reunión. Estaré de vuelta mañana. No te preocupes. Estoy bien. He intentado llamarte, pero desgraciadamente no pude dar contigo. Espero que estés bien.

Un saludo afectuoso,

Otto

Echó otra ojeada al contenido de la nota y no encontró nada sospechoso, si bien no sabía qué hubiese podido escribir que despertara sospechas. Abandonó la sala de espera, atravesó la barrera para echar la tarjeta al buzón y regresó al andén. Allí retomó sus paseitos de un lado a otro. Tenía frío. Temblando, se frotó las manos. Había olvidado sus guantes en casa. Entonces vio aparecer a su lado a un oficial del Servicio de Seguridad.

«Policía ferroviaria», pensó, asustado. «Registrarán los trenes en busca de judíos». Hasta donde podía recordar, jamás había estado tan nervioso. ¿A cuántos hombres de las SS y las SA no habría visto a diario sin pensar nada especial ante su imagen, ya tan habitual? Ahora, en cambio, relacionaba cada uniforme consigo mismo, y a la vista de cualquier hombre del Partido, tenía de nuevo, de forma más intensa incluso —mucho más que cuando los nazis llegaron al poder—, la sensación de que aquellos hombres eran sus enemigos mortales por principio, que tenían poder sobre él.

Silbermann se puso de nuevo en movimiento. Tras haberse alejado unos veinte metros del hombre de las SS, se volvió para mirarlo. «¿Soy acaso más miedoso que otras personas?», se preguntó. «¿Cómo se sentiría uno de las SS si tuviera que deambular en territorio bolchevique, por ejemplo, y quizá hasta con un rasgo distintivo que lo identificara, como la nariz del pobre Fritz Stein?».

Esa idea —que justificaba su propio miedo y, a modo de consuelo, preveía

también el día en que sus enemigos tuvieran que sentirlo— le generó hasta cierta simpatía por su temor, empezó a verlo como su posible vengador, el que lo resarciría a él, que durante toda su vida había mirado con absoluta desaprobación y auténtico asco a ese partido de expropiadores. Así que, por unos instantes, se aferró a ese pensamiento que tanto lo satisfacía.

Desde una distancia prudencial, lanzó al confiado hombre uniformado una mirada que casi le decía: «Cuidado, aún puede pasar de todo».

El tren entró en la estación, y Silbermann, que se había detenido delante del cartel de segunda clase, se deshizo del chicle, que había seguido mascando concienzudamente, cosa que de repente le pareció una estupidez. A continuación, subió. Entró en un compartimento de fumadores y se sentó al lado de la ventanilla, en el sentido de la marcha; luego se puso a observar el andén, aún bastante vacío. Bostezó. Miró su reloj y comprobó que faltaba todavía bastante para que el tren partiera. No le agradaba la espera, porque creía que sólo conseguiría recuperar la paz interior cuando el tren se pusiese en movimiento.

«De todos modos, me alegra mucho poder hablar pronto con Becker», pensó. Sentía una necesidad creciente de verlo; más que anhelar reunirse con el hombre en sí, deseaba ver a su socio.

«Espero que aún esté despierto», pensó. «Pero si ya se ha acostado, tampoco importa. Lo despierto y ya está. Tengo que hablar con él hoy. ¿Cómo es posible que no me haya alertado? Él lo sabe siempre todo de antemano».

De repente, Silbermann tuvo una sospecha terrible.

«Él lo sabía. Y eso le conviene. Ahora me tiene en un puño. Podría despojarme de toda mi fortuna de una vez. Nunca me fié de él realmente. ¿Y si no es más que un timador como Findler? Se queda con la mitad de las ganancias, pero eso no le basta. Quiere todo el capital. Ya ha hecho algunas insinuaciones. ¿Cómo me dijo hace poco? “Necesito unos cimientos, Otto. Y si me paro a pensarlo, no los tengo”.

»Además, es nazi. Nunca lo ha ocultado. Tal vez sólo ha estado esperando el momento oportuno para dar el golpe y llevárselo todo. Es un jugador. ¿Cómo he podido confiar en un adicto al juego? Aunque, en fin: sólo un jugador empedernido se atreve hoy en día a trabajar con un judío».

Silbermann ya no se sintió capaz de seguir sentado. Salió al pasillo del tren y se asomó por una ventana. El aire fresco y frío le sentó bien.

«¿Cómo he podido pensar que Becker quiera engañarme?», se preguntó entonces. «Siempre ha sido un hombre decente, y nos conocemos hace media vida. Pero esta época hace que dudemos de todo y de todos. Sin embargo, no debería uno dejarse confundir».

Silbermann se apartó a un lado para dejar pasar a un matrimonio que, tras haber buscado en varios compartimentos, tomó asiento en el suyo. El hombre bien podía ser judío, le pareció a Silbermann, que se apoyó de nuevo en la ventana. Había pocos pasajeros en el tren, y a Silbermann le alegró que llegaran más personas a su compartimento.

«Podré dormir», pensó, y bostezó otra vez. «Estoy bastante cansado».

Poco a poco, el tren se puso en marcha, y Silbermann dejó el pasillo. Se acomodó en su asiento, cerró los ojos e intentó dormir. Sin embargo, a pesar de que el ritmo de las ruedas, que había tenido siempre para él un efecto adormecedor, le hacía ahora sentir un cansancio mayor del que ya tenía, se mantuvo despierto. De vez en cuando oía retazos de la conversación de sus compañeros de viaje, la cual, hasta donde pudo entender, giraba en torno a la crítica a un conocido común, a las ventajas y desventajas de viajar en avión.

Al cabo de diez minutos de un prolongado e infructuoso esfuerzo por quedarse dormido, Silbermann se incorporó. Notó entonces que el hombre que tenía enfrente llevaba en la solapa de su chaqueta la insignia de oro del Partido Nazi. Involuntariamente, frunció el ceño y lanzó al hombre una mirada malhumorada. Luego apoyó de nuevo la cabeza en el cojín de la cabecera, pero mantuvo los ojos abiertos, mirando hacia delante con expresión cansada, sin pensar en nada concreto.

«Mañana por la mañana llamaré de inmediato a Elfriede y le enviaré un telegrama», se propuso. «Por cierto, pude haber llamado de nuevo a la señorita Gersch. Y de Becker no he oído una sola palabra. Muy extraño. Estoy ansioso por saber si ha recibido el dinero. También debería escribir a Eduard, ese niñato no tiene ni idea de lo que está ocurriendo aquí, piensa que... ¿Qué habrá ocurrido en casa? ¿No debí enviar a alguien para que lo averiguara? Ahora, en cambio, estoy aquí sentado y no sé si le habrán hecho algo a Elfriede. Dios mío. Aunque Findler, ese tipo tosco pero digno de confianza, estaba allí. Findler, un tipo más bien conservador... Sí que lo es. Es de un convencionalismo falso, como todos esos golfos. Diez mil marcos de anticipo. ¡Es el colmo! Pero, en fin, Elfriede tiene dinero, gracias a Dios. ¿Cómo

acabará todo esto? Uno se siente desamparado, como un niño pequeño. ¿Quién lo hubiera pensado? Vaya cosa. En plena Europa. ¡En el siglo xx!».

El revisor llegó y pidió los billetes.

Por mera necesidad de hablar, porque ya lo sabía, Silbermann quiso saber cuándo llegarían a Hamburgo. El hombre que iba frente a él, el de la insignia de oro del Partido, fue más rápido que el revisor. Silbermann le agradeció la información y trabaron conversación. Tras intercambiar un par de comentarios sobre el clima, la velocidad de los trenes rápidos y los coches, el hombre de la insignia le preguntó si sabía jugar al ajedrez.

Silbermann asintió con docilidad, y el otro, sin tardanza, sacó del maletín que llevaba un tablero de viaje y empezó a colocar las figuras. Aquello era nuevo para Silbermann, pero en realidad no se le ocurrió ningún motivo por el cual eludir la invitación. Más bien creía que la posibilidad de pensar en otra cosa, gracias al juego, le ayudaría a animarse y relajarse. Además, el ajedrez serviría también de distracción al otro, obligándolo a guardar silencio.

Pronto se vio que Silbermann era, con mucho, el mejor jugador de los dos, y aunque éste sopesó por un instante la idea de dejar ganar al otro por mera precaución, no consiguió hacerlo, por lo que al cabo de una hora de lucha silenciosa le hizo jaque mate.

—Muy bien —dijo con expresión admirativa el hombre con la insignia de oro del Partido, y de inmediato empezó a explicarle a su mujer, que se había quedado dormida durante todo ese tiempo (pero que ahora se había despertado y examinaba a Silbermann medio adormecida) por qué había perdido los peones de rey, así como los errores por culpa de los cuales su contrincante lo había vencido.

—Si, en lugar de a G4 —dijo, dirigiéndose a Silbermann en actitud fervorosa—, hubiera movido la torre a A3, entonces usted... No, más bien yo tenía que haber hecho el enroque antes, pero entonces usted, con el caballo... No. Es obvio que tendría que haber retirado mi reina antes. No lo sé, la verdad. Normalmente juego mucho mejor. Pero estoy sumamente cansado, es eso.

Silbermann asentía a todo.

—Su salida me impresionó —añadió el hombre, en un tono de experto—. En fin, yo quería... Pero tal vez podamos jugar otra partida, ¿no le parece?

Al hombre se le notaba que quería corregir a toda costa su derrota.

—No sé yo si conseguiremos acabar antes de llegar a Hamburgo —señaló Silbermann.

—Juguemos una partida relámpago. Por cierto, permítame presentarme: me llamo Turner.

—Mucho gusto —respondió Silbermann con sequedad, y se quedó a la espera de la pregunta: «¿Con quién tengo el placer?».

«Pues le diré, simplemente, que me llamo “Silb”», decidió.

El otro, en cambio, no preguntó, de modo que comenzaron su segunda partida. Esta vez el hombre de la insignia se esforzó muchísimo, y de hecho consiguió sacarle a Silbermann una ínfima ventaja. Pero también Silbermann se concentró y jugó con una seriedad tan encarnizada, con tal fervorosa rabia, que parecía que de aquel juego dependiera algo extraordinario.

El rostro de su rival se enrojecía. El hombre fruncía los labios, guiñaba el ojo nerviosamente, daba repetidos codazos a su mujer para llamarle la atención sobre las distintas posiciones; en algún momento quiso rectificar una jugada, pero desistió al ver las cejas ligeramente enarcadas de Silbermann, realizó dos movimientos distintos de los que se había propuesto en un principio y, al final, tuvo que dar por perdida también esa partida.

—Es usted un jugador muy agudo —dijo, pero su voz ahora no denotaba ya tanta admiración, sino que tenía más bien un deje de reproche.

—He jugado mal —mintió Silbermann, en un tono hostil.

Sabía bien que en ese modo de poner límite a las propias capacidades había presunción y que ello implicaba una nueva humillación para el jugador menos dotado, quien por lo menos hubiese podido reclamar para sí el haber obligado al otro a hacer un esfuerzo.

El hombre se revolvía inquieto en su asiento, se examinaba las uñas, hasta que por fin echó una ojeada al estuche del ajedrez, que estaba a su lado, y dijo:

—A la tercera va la vencida. ¿Le gustaría darme mate una vez más?

—No estoy yo tan seguro de mi talento —objetó Silbermann, y con ello iniciaron su tercera partida.

«Seré razonable», se propuso Silbermann. «Perderé».

Pero volvió a ganar. Jugaron entonces una cuarta partida, una quinta, y cuando el tren hizo su entrada en Hamburgo, el hombre con la insignia de oro

había perdido seis partidas de ajedrez. Su respeto por Silbermann era para entonces casi ilimitado.

—Tengo que verle de nuevo —le rogó cuando se despidieron—. Hacía mucho tiempo que no me las veía con un jugador tan magnífico —dijo, y le entregó una tarjeta de presentación:

«Herrmann Turner, Ingeniero Jefe, Kleiststraße 14», leyó Silbermann. Miró el número de teléfono.

—Tal vez lo llame pronto —dijo, de buen humor.

—Hágalo, por favor —le pidió el otro con toda la devoción del jugador mediocre ante un grande del ajedrez al que se desea incitar a jugar.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se separaron.

«Un ser humano», pensó Silbermann, contento. «Un ser humano, sin duda, a pesar de su insignia partidista. Quizá no todo sea tan negativo. Es difícil que personas con las que uno puede sentarse a jugar al ajedrez, que pierden sin sentirse ofendidas ni ponerse insolentes, sean bandidos o asesinos».

Sus victorias ajedrecísticas lo habían reconfortado mucho, y cuando salió de la estación ya no tenía aquella sensación de ser un fugitivo, un individuo aislado y débil. Aún podía ganar, lo había demostrado. Pensó en tomar un taxi, pero luego decidió ir a pie, ya que no estaba demasiado lejos del hotel. Se tropezó con muy pocas personas en las calles, y hasta el tráfico parecía casi sumido en una siesta. Cuando llegó al paseo de la Jungfernstieg, se acercó a la orilla del Alster y contempló por un instante el agua gris. Observó los reflejos de luz que las farolas arrojaban sobre la oscura superficie flotante e inhaló, animado, el aire húmedo y frío.

«¿Qué está pasando en realidad?», se preguntó. «Es cierto que estamos teniendo dificultades, que nos importunan. Pero volverán a dejarnos en paz. Además, uno puede emigrar, sin más. Nada es tan grave, en definitiva, porque uno está vivo. Sí, estamos vivos... a pesar de todo».

CAPÍTULO 3

Becker estaba sentado a una mesa, a sus anchas y de muy buen ánimo, junto con dos oficiales de las SA; comía y bebía champán, lo cual, en los últimos tiempos, se había convertido en una costumbre muy grata para él cada vez que cerraba un negocio. Cuando vio a Silbermann aparecer y tomar asiento en la mesa de al lado, toda su cómoda tranquilidad se desvaneció y dio paso a un creciente nerviosismo. Lanzaba a su amigo miradas de enojo. «Ni se te ocurra acercarte a nuestra mesa», le advertía con los ojos, al tiempo que le preguntaba: «¿Por qué has venido? ¿Por qué me sigues? ¿En qué estás pensando? ¿Eh?».

Silbermann simuló no ver aquella expresión admonitoria y reprobadora en el rostro de su socio. Después de mucho examinar el menú, ordenó con voz despreocupada, pero algo vacilante, un filete de ternera y media botella de vino tinto. Había dormido toda la mañana y se había despertado hacía una hora, hacia la una menos cuarto.

La noche anterior había estado ocupado hasta las tantas. No había encontrado a Becker en el hotel y, tras una larga e infructuosa espera, había salido en busca de un sitio donde pasar la noche. No se había atrevido a pedir una habitación en el Vier Jahreszeiten. El *Heil Hitler* del portero nocturno le pareció expresado con demasiada devoción. Fue, por lo tanto, hasta una pensión para extranjeros que conocía, donde pudo dormir a pierna suelta. Sin embargo, cuando leyeron su nombre en el formulario de registro —que vino a llenar hacia el mediodía— dieron a entender que era mejor que, en el futuro, pasara la noche en pensiones judías. Aquella observación no contribuyó precisamente a mejorar su estado de ánimo.

Silbermann lanzaba a Becker miradas malhumoradas.

«He ahí ese hombre», pensó, «mi amigo —o al menos espero que sea mi

amigo—, y lleva toda mi fortuna en el bolsillo». Luego pensó que a lo mejor sus socios comerciales en Hamburgo habrían intentado enmendar las condiciones a última hora. «En realidad, todo estaba claro y acordado», se dijo, «pero no tan claro como para que no pudieran aparecer algunas nubes en el último momento». De todos modos, Becker era un negociante capaz y digno de confianza. Sin duda, era digno de confianza. Absolutamente. Siete mil marcos ganaban los dos con ese barco. En realidad, el asunto les había costado no poco trabajo y molestias, y si también hubieran asumido el desguace, habrían ganado mucho más. «Pero me daré por contento y satisfecho sólo cuando recupere mi dinero», pensó Silbermann, y se llevó la copa de vino a los labios.

«Éste ha sido mi último negocio en Alemania», se juró. Por ganar tres mil quinientos marcos, había arriesgado setenta y ocho mil. Silbermann sacudió la cabeza. «Nunca más», pensó. ¿Un negocio seguro? No era sino ahora cuando se daba cuenta. Mientras Becker tuviera su dinero en los bolsillos, no podía creer en la seguridad de ningún negocio. Pero sí que podía confiar en Becker. Eso sí.

Una vez más miró con ojos temerosos y atormentados al amigo sentado en la mesa de enfrente. ¿Por qué no se despedía con cualquier pretexto y venía a su mesa? ¿Qué tenía él que ver con esos hombres de las SA?

«¿Qué me autoriza a ofrecerle mi confianza?», caviló Silbermann. «No puedo permitirme ser tan confiado. Tampoco se puede ser desconfiado todo el tiempo, eso no. Pero sí precavido. ¿Precaución o confianza? Mi hermano Hans murió en la guerra por Alemania. También él estaba lleno de confianza. Pero, en fin, todo esto es absurdo. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?».

Becker se puso de pie.

«Ahora vendrá hacia aquí», se dijo Silbermann, y dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

Pero Becker, seguido de los hombres uniformados, pasó de largo junto a su mesa sin siquiera saludarlo. Por un instante, Silbermann se quedó atónito. Luego llamó al camarero. Pagó la cuenta, se levantó de un salto y, echándose por encima el abrigo, salió con prisa detrás de Becker, que acababa de salir del comedor. Lo vio de nuevo en el vestíbulo. Aún estaba en compañía de los dos SA y se ocupaba de pagar su cuenta. A continuación, se despidió ruidosamente y salió del hotel sin notar la presencia de Silbermann, que se

había detenido al verlo.

«Ahora sí que estoy acabado», pensó Silbermann, desesperado. «Si Becker me despoja de mi dinero, ¿qué pasará después?». No lo sabía.

Tras reflexionar brevemente, siguió a su socio, que charlaba tranquilamente con los hombres de uniforme y, flanqueado por ellos, se dirigía con paso sereno hacia una parada de taxis. De repente, Becker se detuvo, volvió la cabeza y vio a Silbermann, que, a diez pasos de él, lo miraba fijamente, boquiabierto y con ojos desorbitados. Becker hizo una mueca de enojo. Luego se llevó la mano al sombrero. Presuroso y aliviado, Silbermann le devolvió el saludo.

«Ahora debería abalanzarme sobre él y preguntarle qué ha hecho con mi dinero, en qué está pensando, o si se ha vuelto loco», pensó.

Silbermann dio un paso, pero se detuvo. Apoyó un pie en una pared y se puso a toquetear los cordones del zapato. De repente sentía miedo del otro, del poder que ahora tenía sobre él.

«Sólo confío en que no me arresten ni me golpeen, ¡eso no!», pensó Silbermann.

Cuando se incorporó otra vez, vio a Becker subir a un taxi con los dos SA.

—¡Pues vámonos a Berlín! —vociferó el amigo y saludó a Silbermann en un gesto de despedida.

«Gracias a Dios», pensó, suspirando a media voz, conmovido. «Becker, viejo y honrado amigo. Eres un tipo leal». Aquel arranque emotivo lo avergonzó de inmediato, del mismo modo que poco antes se había avergonzado de las sospechas dirigidas contra Becker. Decidió entonces que ninguna de las dos cosas había ocurrido.

Él también le hizo señas a un taxi y viajó hasta la estación con la esperanza de encontrarse a Becker allí o más tarde en el tren. Cuando hubo pagado al taxista, comprobó que sólo le quedaban dos billetes de veinte marcos. «Si no se tratase de Becker», pensó aliviado mientras subía las escaleras de la estación, «me moriría de miedo».

Silbermann se cuidó mucho de que Becker lo viera, así que subió a un vagón de tercera clase, a pesar de que su billete le permitía viajar en segunda.

«Que no sienta que lo vigilo», pensó con delicadeza, al tiempo que admitía que actuaba así por precaución, para no llamar la atención de los acompañantes de su amigo.

Su compartimento estaba repleto. Sin mucho interés, Silbermann examinó los rostros de sus compañeros de viaje. Tenía delante a un hombre que daba caladas a un puro de mala calidad y al que tomó por un viajante de comercio. Cuando el tren iba a partir, el fumador se puso de pie y se acercó a la ventana: no para despedirse de alguien, como había sospechado Silbermann, sino para cerrarla.

Al cabo de media hora el aire en el compartimento estaba impregnado de un humo corrosivo que afectó de tal modo las mucosas de Silbermann que a éste, cuando ya no pudo soportarlo más, no le quedó más remedio que levantarse y huir al vagón comedor. Tenía, además, un apetito enorme, ya que su filete se había quedado a medias en el plato de aquel restaurante. De modo que, envalentonado por la presencia de Becker y a sabiendas del dinero que este último llevaba encima, ordenó un copioso banquete. Después de comer, se quedó sentado en el vagón comedor, hojeando sin ganas una revista de la empresa Mitropa,² y las antiguas preocupaciones y pensamientos volvieron a su cabeza.

Unos veinte minutos antes de arribar a Berlín, regresó a su compartimento para recoger su sombrero y su abrigo y fue testigo involuntario de una conversación sobre política. El presunto viajante, el hombre que antes había cerrado la ventana, estaba empeñado en explicarles a los demás pasajeros cómo funcionaba la alta política.

Silbermann ocupó su puesto y se esforzó por no escuchar, porque lo que allí se decía le sonaba, en cierto modo, familiar. Sin mirar a su vecino de asiento, fijó la vista en la ventana, donde se veía pasar un paisaje lluvioso, y se dedicó a pensar en sus problemas. La incertidumbre sobre el destino de su mujer, sobre todo, lo sumía en una preocupación cada vez mayor. Había vuelto a llamarla a la hora de comer, pero en vano. En su inquietud, esos veinte minutos que faltaban para que el tren arribara a Berlín se convirtieron en una auténtica tortura.

«¿Qué habrá sido de Elfriede?», se preguntaba lleno de temor, sin comprender cómo había podido marcharse a Hamburgo sin antes haberse procurado alguna certeza. «Y a Becker debo sujetarlo como sea», se dijo, agobiado por su otro gran problema. Para distraerse, atendió entonces a lo que decía la voz del viajante, ronca a causa de tanto hablar y tanto fumar.

—A hierro y sangre —promulgó—, así hacemos nosotros política. —

Satisfecho de su afiliación, se le llenaba la boca cuando pronunciaba aquel «nosotros», como si él mismo fuera un eslabón imprescindible en el Gobierno del Reich—. Antes los judíos decían que Alemania debía ser europea — continuó, alzando la voz—. Pero hoy somos nosotros los que decimos: «¡Europa ha de ser alemana!».

Los demás lo escuchaban en silencio y con aprobación, aunque también con cierta expresión impasible.

—¿No es preferible que abramos una ventana? —preguntó por fin alguien, en tono humilde.

—De eso nada —dijo el viajante—. Tengo un fuerte resfriado.

Pero aquella humana confesión lo despojó de buena parte de su aureola, por lo que, contraviniendo sus enérgicas protestas, alguien abrió una ventana. Bastante enfadado por ello, al parecer, el viajante se dispuso a iniciar sin ton ni son una extensa y brutal diatriba contra los judíos.

Silbermann se levantó, se puso el abrigo y salió del compartimento. «Me reuniré con Becker en la oficina», decidió, y echó a andar, rápido, por los pasillos del tren en dirección al primer vagón, a fin de ser uno de los primeros en salir para no encontrarse con su amigo.

Apenas se detuvo el tren, bajó y se apresuró a abandonar el andén. Al llegar al vestíbulo inferior, se dirigió a una cabina telefónica, en un nuevo intento de hablar con su esposa. Tal como había temido, nadie respondió al teléfono en su casa.

La señorita Gersch, a la que sí pudo localizar, le informó que por desgracia había tenido una visita inesperada la noche anterior y no había podido pasar a ver a Elfriede. Hoy al mediodía, sin embargo, había estado allí, pero, tras llamar al timbre, estuvo esperado en vano delante de la puerta durante diez minutos.

Muy deprimido por la noticia, Silbermann quiso saber si había podido preguntar algo a los vecinos. No, no lo había hecho, pero estaba más que dispuesta a pasar de nuevo por allí.

—Gracias —le dijo Silbermann—, yo mismo iré. No aguanto más esta incertidumbre. Tengo que saber a toda costa lo que ha ocurrido.

—Me imagino cómo se siente —le dijo ella—. En mala hora se le ocurrió a mi tía pasar por aquí precisamente ayer. Pero llámeme esta noche a las nueve. En este momento no puedo salir de casa, lo siento, pero hacia las siete

podría ir de nuevo allí. Por cierto, hoy he oído decir otra vez que a las mujeres no les ha pasado nada, sólo han arrestado a los hombres. De modo que no tiene de qué preocuparse. Espere tranquilamente hasta hoy por la noche. Si va usted hasta allí, podría tener algunos inconvenientes. Algún vecino podría reportar su regreso...

—Bueno, en todo caso, se lo agradezco mucho —la interrumpió Silbermann—. Con su permiso, la llamaré otra vez esta noche. Hasta pronto.

Su inquietud no disminuyó gracias a las palabras de consuelo de la mujer. Decidió telefonar de nuevo a su hermana. Hilde estaba en casa, pero tenía tanto miedo que apenas se atrevió a hablar. A su propuesta de reunirse con ella a pesar de todo, reaccionó sobresaltada.

—En tu situación, no podemos encontrarnos en la ciudad. De todos modos, no puedo salir de casa. Pienso que todavía pueden dejar en libertad a Günther. Me sobresalto cada vez que llaman al timbre, pensando que es él. No podrán retener por mucho más tiempo a un hombre de cincuenta y seis años. Y cuando él vuelva, yo tengo que estar aquí.

—Pero...

Silbermann tuvo intenciones de decirle que eso no ocurriría tan rápido, pero se calló. ¿Por qué destrozar sus esperanzas?

—¿Conoces a algún abogado ario que pueda interceder en su favor? —preguntó a su vez.

Sí, Hilde conocía a uno.

—¿Y tienes dinero?

También tenía.

Silbermann se despidió de su hermana.

«¿Adónde voy ahora?», reflexionó. «Sería una imprudencia dejar que Becker siga paseándose por ahí con ochenta mil marcos. Ya fui bastante estúpido permitiendo que retirara esa suma, pero con un socio y amigo es preciso tener ese grado de confianza. ¿De verdad es preciso? En fin, ya está hecho. Pero es hora de quitarle ese dinero, de lo contrario se acostumbrará a llevar esa agradable suma encima y luego no podrá ya separarse de ella. Por otro lado, lo que de verdad tendría que hacer ahora es ir de inmediato a nuestra casa», se dijo, intentando decidir por fin si le daba o no a Becker esa ventaja.

»También es por el bien de Elfriede», se dijo. «Pero bueno, si ella no está

en casa, si, lo que es más probable, está en casa de una amiga, mi presencia entonces no servirá de nada. En el caso de Becker, sin embargo, mi ausencia puede implicar un daño considerable. Además, si Elfriede está ahora en casa, también lo estará dentro de una hora. Me he metido en una espiral de miedo sin tener motivo alguno para ello».

Ésos fueron, por un rato, sus volubles argumentos. Pero entonces recordó otra cosa: Findler. Aunque desde el principio supuso que no encontraría el número de teléfono, lo buscó minuciosamente en el apéndice de la guía telefónica. Findler se había marchado hacía seis semanas de la casa de huéspedes en la que había residido hasta entonces. Con el propósito de tener mayor movilidad y poder mantener su tren de vida con menos gastos, se había mudado a un piso propio. Y aunque anteayer mismo Silbermann había anotado su número con lápiz rojo en uno de sus numerosos cuadernos de apuntes —que sólo aparecían cuando era preciso anotar algo, pero nunca cuando correspondía verificar lo anotado—, ahora no era capaz de recordarlo, mucho menos si no lo encontraba en la guía telefónica.

En vez de eso, intentó llamar a la firma Kraus & Söhne, con la que Findler compartía oficina por razones técnicas relacionadas con el alquiler: solía estar allí todas las mañanas entre las diez y las doce. Había ocupado el despacho más pequeño de unas oficinas ya de por sí pequeñas, y en él se le encontraba siempre a disposición de quienes buscaban un préstamo y poseían avales, aparte de llevar desde allí la gestión de sus propiedades. Pero la línea estaba ocupada, y, tras dos minutos esperando al aparato, Silbermann, que había vuelto a acordarse de Becker, salió a toda prisa de la cabina telefónica.

«Hace tiempo que tenía que haber llamado a Findler», pensó Silbermann mientras salía de la estación y caminaba en dirección a un taxi. «Claro que he olvidado su número. La desmemoria es la madre de todas las desgracias».

Le ordenó al taxista que condujese lo más rápido posible, y al cabo de diez minutos el coche se detuvo delante del edificio de oficinas en el que se hallaba su propia empresa. Pagó, entró al edificio y, al pasar, se cercioró de que el cartel con el nombre de «Becker Schrott G.m.b.H.» estuviera en su sitio, una costumbre que había adquirido desde la ocasión en que alguien empleó un destornillador para robarlo. Se dirigió hasta el ascensor y lo llamó, aunque, como podía ver, el aparato ya estaba bajando.

«¿Estará Becker allí?», pensó.

El ascensor se detuvo, y una empleada suya, la señorita Windke, salió de él, tal vez con el fin de resolver algún asunto.

—Buenos días, señorita Windke —saludó—. ¿Está ya el señor Becker?

—No —respondió la empleada, que lo examinó bastante sorprendida, según le pareció a Silbermann—. El señor Becker acaba de telefonar para decir que llegaría dentro de veinte minutos.

Silbermann le dio las gracias y entró al ascensor. Se disponía a cerrar la puerta cuando recordó de repente la expresión de perplejidad de su empleada. «¿Qué le pasa a esa mujer?», pensó. «Bueno, estará sorprendida de que no me hayan detenido aún». Silbermann la siguió con la vista.

«¿Cómo me atrevo todavía a poner un pie en mi propio negocio?», se preguntó. «¿Qué pasa si la señorita Windke llama ahora a su novio? Ése es de las SA, sin duda. En general, creo que la tal Windke siempre ha tenido algo en mi contra. Bah, tonterías. A mí eso qué me importa. Es ridículo. ¡Todavía tendré derecho a entrar a mi propia empresa!».

Silbermann cerró la puerta del ascensor, pulsó el botón y subió. Sin embargo, detuvo el ascensor en la primera planta.

«Es preferible que no lo haga», pensó. «Es más razonable que espere a Becker en el Café Hermann. Uno nunca puede estar seguro... No me gustó nada la cara que puso la Windke».

Silbermann bajó de nuevo.

«Qué tiempos éstos», dijo, suspirando, al abandonar el ascensor. A continuación, salió del edificio y, al pasar, volvió a leer el cartel de la firma: «Becker Schrott G.m.b.H.».

«Becker», pensó. «¡Claro! ¡Pronto no tendré ya nada que venir a buscar aquí! Mis magníficas oficinas. No hace ni quince días que encargué el escritorio que necesito. También hice instalar una nueva centralita de teléfonos. Tres mil marcos he invertido este año en material de oficina, máquinas de escribir y otros trastos similares. Y estoy seguro de que habríamos podido hacer el negocio con la firma Heppel A. G. Llevo cinco meses trabajando en ello. Sin embargo, el verdadero negocio empieza ahora, y el crédito del Dresdner Bank también me lo habrían dado. ¡Todo esto es una porquería! ¡Ahora Elmberg & Co. se hará con todo el negocio! Si lo hubiera vendido todo hace un año... Pero no, estuve años tras año sentado cómodamente en el despacho sin tener ni idea, creyendo que nada cambiaría.

¡Sí, señor!».

Con expresión afligida, Silbermann cruzó la calle y entró al Café Hermann, donde solía desayunar a media mañana y tomar un café por la tarde. Pidió una cerveza y se puso a observar atentamente la acera de enfrente, dando inicio a una media hora tormentosa.

Con tal de no perder su sitio al lado de la ventana, desistió de la idea de llamar a Becker a su casa. Le parecía bastante probable que su socio hubiera cambiado de opinión y no pasara ese día por las oficinas, que sólo llamara para ponerse al corriente de cualquier novedad.

«Y yo aquí sentado, delante de mi propia firma», se dijo Silbermann, acalorándose. «Y ni siquiera me atrevo a entrar. ¡Pero es mía! ¡Me pertenece sólo a mí! La levanté con años de duro trabajo, y ahora... ¡Ahora cualquier aprendiz es más dueño y señor de ella que yo mismo! No puedo echar a mis empleados a conveniencia, pero ellos sí que pueden, si les viene bien, denunciar a su jefe en cualquier momento y enviarlo a un campo de concentración. Como un parásito o un pedigüeño se siente uno delante de gente a la que uno le paga: “¿Qué tal se encuentra hoy el aprendiz Werner?”. Pronto habrá que preguntar en ese tono. “¿Ha dormido bien el señorito? ¿Está de buen humor? ¿O quizá está enfadado y le disgustan todas mis cualidades, la de ser humano, la de judío, la de jefe? ¿Acaso su quinceañero sargento de las Juventudes Hitlerianas le ha hecho alguna advertencia que me atañe?”».

Silbermann rio enfurecido.

«¡Y la tal señorita Windke!», pensó a continuación. «¡Que consigue un aumento de salario tras otro, y todo porque su prometido es un *Führer* en miniatura! ¡En el fondo, ni siquiera tendría que tomarse la molestia de hablar conmigo, porque nadie puede exigirle que lo haga! ¡Si lo hace es por dar una muestra de su generoso talante!

»¡Y Klissnik, el contable, tan poco dado a las muestras de debilidad que implica toda deferencia, motivo por el cual el tipo se da el lujo de llegar tarde a la firma un día de cada tres! ¡Es ario y puede permitírsele! ¡Y a cambio pide un aumento de salario, y lo más probable es que haya que dárselo! ¿Qué más puedo hacer para lograr el bienestar de mis empleados y mantenerlos contentos? ¿Por qué no hacerlos a todos socios de la firma?».

Enfurecido, Silbermann dio unos golpecitos con los dedos en el cristal. «Se acabó», gruñó. «¡Cerraré la empresa! ¡Estoy harto!».

En ese instante, la bien conocida gabardina de su amigo apareció al otro lado de la calle. Silbermann, que ya había pagado su cerveza, se puso de pie rápidamente, salió a toda prisa del local y fue al encuentro de Becker. Cuando éste lo vio venir, se detuvo y lo esperó en actitud tranquila.

—¡Vaya horas que he pasado! —se quejó Silbermann al llegar junto a él —. No puedes hacerte una idea. ¿Ha funcionado?

Ambos hombres se estrecharon la mano.

—¿Subes conmigo? —le preguntó Becker, que de inmediato se respondió —: Bueno, mejor que no.

Fueron hasta el café del que Silbermann acababa de salir. Mientras caminaban hacia allí, Becker le habló del viaje, de lo que habían bebido, de lo agradable que había sido todo y de la pena que implicaba que Silbermann no hubiese podido conocer a los dos nazis, que, aunque rabiosos antisemitas, eran tipos magníficos.

Se sentaron. Becker cruzó los brazos sobre el pecho, miró a Silbermann con ojos expectantes y dijo en un tono casi despreciativo:

—¡Bueno, habla! ¿Por qué me seguiste hasta Hamburgo? ¿Acaso te entró miedo?

—¿Tienes el dinero? —quiso saber Silbermann, sin prestar atención a las preguntas.

—Primero cuéntame qué está pasando contigo —le exigió Becker, con ganas de trifulca.

—¿Es que no has oído hablar de las persecuciones a judíos?

—Ah, ya... Esos incidentes...

—Nos asaltaron en nuestra propia casa. Yo pude huir a tiempo, Findler estaba allí y detuvo a esos tipos.

—¿No me digas? —tomó nota Becker, con indiferencia—. Bueno, lo principal es que no te ha ocurrido nada. ¿Por fin le vendiste la casa a ese viejo usurero de Findler?

—¡Diez mil marcos de anticipo!

Becker hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero ¿qué pasa contigo? ¡Diez mil marcos de anticipo!

—Bueno, pero cuéntame: ¿cómo fue todo? ¿Por qué no permitiste que te hablara y te marchaste con esos dos nazis?

—Vayamos por orden —empezó diciendo Becker, para iniciar su relato—: En fin, esos judíos chatarreros han puesto algunas dificultades, claro. ¿Lo entiendes? Debido a los disturbios y demás. Ya conoces a esos chanchulleros. Entonces me dije: «Becker, nunca estarás al nivel de esta gente», así que llamé rápidamente a un amigo mío de Berlín, y éste se me presentó en Hamburgo con otro individuo. Esta mañana, cuando esos tipejos vieron los uniformes, las cosas funcionaron a la primera. ¡Querían firmar de inmediato! Y por supuesto que subí el precio otros cinco mil. Ya ves. ¡Así hago yo mis negocios! Los cinco mil los consideraré gastos de desplazamiento. Becker rio con orgullo y le puso cuidadosamente su ancha y pesada mano en el hombro a Silbermann, que se la sacudió de encima con enfado.

—¡Has chantajeado a esa gente! —exclamó.

—¿De qué otro modo pretendes hacer negocios con esos judíos? —preguntó Becker, ofendido—. Me contaron que querían salir de Alemania, que habían arrestado a sus parientes, toda esa palabrería. Yo lo escuché todo con absoluta calma y al final les dije: «¡Pero ustedes han comprado el barco, ahora tienen que llevárselo! Y contra un cheque avalado por el Banco del Reich». «Sí», me respondió el viejo Levi, ya conoces a ese adulador. «Pero no sé si aún podremos hacer negocios juntos. Si interviene el Gobierno, eso ya es causa mayor, no se puede hacer nada». «A mí eso me importa un bledo», le respondí yo. «¡El barco tienen que llevárselo!». «Tendría que informarme antes», dijo el viejo Levi, haciéndose de rogar. Fue entonces cuando me apresuré a llamar a los chicos, y ya ves: de pronto todo fue como la seda. Burro que soy, debí pedirles diez mil marcos más. Estaban tan cagados de miedo que me hubieran extendido de inmediato un cheque de caja, cuando en realidad suelen sacar tajada con dos días de interés. Pero ya los conoces. Primero su palabrería insolente, pero ¡cuando les das duro, no hay nada detrás! Meros gañidos.

—No te has comportado de un modo muy decente que digamos —le dijo Silbermann con acritud.

—¡No voy a dejar que un cochino judío me arruine! ¿Qué me importa que ahora tengan dificultades? ¿Por qué hacen esas canalladas de matar al secretario de una embajada, etcétera? Si disparan, tienen que contar con que les devolverán los tiros. La bala alcanza entonces al primero que anda por ahí y asoma su jeta de tonto. Y te lo digo: aunque haya tres pogromos, no voy a

dejar que un judío me time. ¡Que no vengan pidiéndome lástima!

—Te olvidas del todo que estás aquí sentado delante de un judío —le dijo Silbermann, algo agitado—. Has estado sólo dos horas con esos tipos del Partido y ya te comportas como un... cerdo.

—Bueno, es suficiente —dijo Becker, y sus ojos se proyectaron hacia delante, fuera de sus órbitas, como sucedía cada vez que estaba furioso—. Ya no eres mi sargento, ¿entendido? Los tiempos han cambiado. Te he aguantado un montón de cosas, más que a cualquier otra persona. Pero que siempre haya tenido consideración no te da derecho a mostrarte insolente. Eso es típico de los judíos. ¿Tú de qué vives, amiguito? ¿Quién ha cerrado aquí los últimos negocios? ¿Qué sería de ti si yo no fuera tan decente y tirara del carro? ¿Crees que me impresionas con tu boca? ¡Yo también tengo una! ¡En fin, ya lo he soltado!

—Gustav, tienes que enviar de vuelta esos cinco mil marcos. ¡Eso es puro chantaje!

—Pero que haya salvado tu capital, eso no lo es, ¿cierto? Los judíos hacen piña, siempre lo he dicho. ¡Por miedo a que un judío pierda su pasta, un multimillonario para más señas, quieres ahora quitarme el mío! ¡Eso también es tan típico!

—¡Pero Gustav! ¡Sé razonable por un instante! ¿Es que ahora, ya viejo, quieres convertirte en delincuente?

—No me vengas ahora con la moral, amiguito. Hago lo mismo que hacen otros. Todos aprovechan su oportunidad, ¿y tú me vienes con idealismos? ¿Es eso? ¿Es que no habéis hecho vuestro agosto con la mala suerte de otros? Pues ahora tenéis mala suerte, nos toca ganar a nosotros. Pero es distinto, ¿verdad? Pues no, querido. Es más que justo. Sois más pícaros, cierto, pero nosotros tenemos puños más fuertes y somos mayoría. ¡Ya puedes irte alegrando de que no te denuncie! Así que no me vengas con cuentos. ¿Crees que no recuerdo cómo te aprovechaste de mí al principio? Cuando era procurador, estuve ganando trescientos marcos una eternidad. ¿Y cuánto ganabas tú? ¡Yo lo sé!

—¡Eres la persona más desagradecida que he conocido nunca! Ya me gustaría saber lo que habría sido de ti si no te hubiera dado empleo en mi empresa en cuanto acabó la guerra. ¿Y ahora me reprochas que yo, el jefe, ganara más que tú? A fin de cuentas, yo trabajaba con mi dinero, ¿cierto? No con el tuyo.

—¿Y de dónde sacaste tu dinero?

—De mi padre y de mi trabajo. ¡Creo que puedo decir muy alto que me lo he ganado!

—Pues yo empiezo a ganar dinero ahora. Durante muchos años tuve que presenciar cómo vivían los otros. ¡Pues yo empiezo a vivir ahora! ¡Debí exprimirle cincuenta mil marcos al viejo Levi! ¡Fui un imbécil! —Becker se alteraba cada vez más—. Uno es demasiado decente. Demasiado. Porque no nos ponemos a vuestro nivel, al nivel de los judíos. Eso es.

En vista de aquel odio espontáneo, aunque no del todo inconsciente, Silbermann tardó un rato en encontrar la respuesta adecuada.

—Me conoces desde hace veintitrés años —dijo pausadamente—. En tiempos de guerra y de paz...

—¡No me vengas con la cantinela de siempre!

—Gustav, si no se tratase de ti, tal y como están las cosas, si tuvieras carácter, entonces...

—¡Deja de decir sandeces! No creas que soy tan estúpido. ¡Ahora se ve cuál es tu actitud! ¡Por beneficiar a un viejo judío rico e indolente pretendes saquear a tus amigos! ¡Amigos! La gente como tú no puede tener amigos, a menos que esos amigos sean judíos.

—¿Has bebido más de la cuenta? ¿O acaso perdiste dinero en el juego? Gustav, ¿qué pasa contigo? Este arranque de indignación moral me hace llegar a la conclusión de que tienes entre manos otra gran canallada.

—¿Canallada? Me importa un bledo cómo te lo tomes. Sólo quiero dejarte bien clarito que nuestra amistad ha terminado. A partir de ahora cada uno hace sus propios negocios. ¡Aquí se separan nuestros caminos!

—Pero, en serio, ¿qué está pasando contigo, Gustav? A mí no puedes engañarme. ¿Crees que no me doy cuenta del esfuerzo que haces para parecer enojado?

Tal vez hubiese sido mejor que Silbermann no hubiera dicho tal cosa, porque entonces la ira de Becker fue realmente en aumento. Su rostro se enrojeció de un modo preocupante, pero al cabo de un rato consiguió controlarse.

—¡Esto ya es demasiado! —replicó con fingida tozudez—. Me has ofendido... Estuviste siguiéndome... Desconfiaste de mí... ¡Por lo menos en eso debiste de estar en lo cierto! ¡Porque ahora se acabó! ¡Se acabó! Puedes

quedarte con la Becker Schrott G.m.b.H. Renuncio a mis participaciones, ni una quiero conservar, aunque haya dado mi nombre. Ocúpate de suprimirlo lo más pronto que puedas, si me haces el favor. ¡Sí! Y los ochenta mil marcos, nos los dividimos. Eso es lo más sencillo. A cambio te quedas con todas tus participaciones. Con eso, todo entre nosotros habrá acabado.

Dijo aquello con toda la acritud de la que fue capaz, pero le temblaba la voz, y a Silbermann, al que aquella osada propuesta dejó atónito en un principio, le pareció que el otro se forzaba de un modo casi desesperado a asumir cada una de sus mezquindades. Era como si Becker obedeciera más a la obligación de estar a la altura de los tiempos y no a su verdadera voluntad, a su propia convicción.

—Gustav —le dijo Silbermann en voz baja—. ¿Por qué ese afán por convertirte en un canalla? No te pega nada.

—Eso te lo dices a ti —respondió Becker, cambiando ahora a su tono normal de voz—. ¿No tengo derecho acaso? Un hombre tiene una única oportunidad en la vida. ¡Yo hasta ahora no había tenido ninguna! Y tengo que aprovecharla.

—Estás loco —dijo Silbermann—. ¡Eres un embustero patético!

—Cierra el pico, anda. Si yo quisiera ser cruel, podría decirte: «¡Judío!». ¿Estás de acuerdo con la propuesta de separación? Si no lo estás, pues simplemente me quedo con todo. Otro en mi lugar lo haría así, sin duda. Pero tengo un corazoncito blando.

—¿Pretendes robarme el dinero que te he confiado y que es mío?

—El cheque está emitido a mi nombre.

—No hablo del cheque, no te hagas el tonto. He confiado en ti, Gustav. Todavía lo hago. Así que deja esos chistes ridículos de una vez.

—¿Chistes? Sé que tienes mucha labia. Como todos los judíos. Pero mi propósito es firme. ¡No me vas a disuadir!

—¡Aún hay leyes!

Becker rio con desprecio.

—Si pretendes amenazarme —dijo—, te advierto que sé hacerlo mucho mejor que tú.

—Gustav, lo que me importa no es el dinero... Bueno, sí, también, pero se trata de mucho más. ¡Créeme! Lo que me importa realmente es que no soporto

ver cómo un hombre como tú se convierte en un miserable chantajista y un canalla. Tiene que haber gente que, a pesar de todas las circunstancias, siga siendo decente y humana, que no se convierta en un cerdo sólo por ver un lodazal en el que pueda revolcarse.

—Yo soy una persona decente —dijo Becker, sin convicción—. ¡Exijo que se me tenga por tal!

—En todo caso, lo fuiste alguna vez. Dime una cosa: ¿eres capaz de faltar a tu palabra tan fácilmente?

—¿Qué palabra? No sé de qué palabra hablas. Y no hables tanto. O tomas mi oferta o la dejas.

—¡Descartada! Aceptar que un ladrón te devuelva la mitad de tu propiedad es convertirte en su cómplice.

Becker se puso de pie de un salto.

—¡Le advierto entonces que no hay trato! —exclamó, gruñendo.

—Te meteré a la cárcel —le aseguró Silbermann, que estaba tan alterado que ya no medía sus palabras—. Le contaré a toda la gente que conozco esta canallada, el chantaje que me estás haciendo. Te denunciaré ante tu propio Partido. Ellos te quitarán tu dinero. Porque son ellos los únicos con derecho a robar a los judíos. No admiten ninguna competencia desleal. ¡Ya me conocerás, ladrón descarado!

—Siempre supe que eras un golfo mezquino —replicó Becker, que había vuelto a sentarse y retomaba ahora el familiar tuteo—. ¿Sabes lo que eres en realidad? Un mezquino judío nervioso que tiembla ahora por su dinero. Si yo fuera como tú, no te daría ni un céntimo, haría que te llevaran a un campo de concentración. Desde allí podrías presentar tu denuncia todas las veces que quisieras.

—¿Recuerdas lo que me dijiste ayer, Gustav? ¡Hablaste de amistad!

—Ya se ha visto qué clase de amigo eres tú. ¿Por qué siempre he de ser yo el que haga el papel de decente y estúpido?

—Ni tú mismo crees en lo que dices.

—Pero a ti sí que debo creerte, ¿no? Eres un cerdo adulador. ¿Quién hizo una declaración de la renta falsa? ¿Eh? ¿Quién compró la vivienda de la Kantstraße por una ganga en la época de la inflación? ¿Fui yo acaso? ¿Recuerdas que fuiste el único que pudo tomarse unas vacaciones en 1917? Y todo porque suscribiste algunos préstamos de guerra. Por eso. Nosotros, los

demás, no pudimos especular con esos préstamos...

—¿No lo hubieras hecho tú también si hubieses podido? ¡Dime! ¿O también vas a hacerme responsable de las diferencias sociales, reprocharme que tuviera dinero? ¿Piensas legitimar tu robo con eso? ¿Tu corazón sufre por esa pequeña injusticia y por eso quieres ahora orquestar tu gran canallada? ¿Qué me reprochas: ser un capitalista? ¿Tú? ¿Tú, que quieres serlo con todos los medios a tu alcance, aun los más sucios? No te hagas el tonto, Gustav. Basta con que te hayas vuelto un canalla.

—Aprovecho la ventaja en la que me pone mi situación, del mismo modo que tú aprovechaste la tuya. Eso es todo —respondió Becker serenamente.

—Hay egoísmos legítimos y egoísmos ilegítimos. ¡Existen límites!

—¿Me vas a decir ahora lo que es legítimo y lo que no? Todo lo que tú hiciste estuvo bien, y todo lo que yo hago está mal, ¿es eso? Pues te lo repito: ¡sólo estoy aprovechando mi situación!

—Mi situación entonces también era lo suficientemente ventajosa y tuve la posibilidad de robar alguna que otra cartera. ¡Pero no tengo que reprocharme tal cosa!

—¡Siempre fuiste rico, amigo! Que un gran comerciante no robe una cucharilla de plata no es algo de lo que pueda presumir.

—Precisamente. Pero no estoy hablando de cucharillas de plata. No te me hagas el ingenioso, Gustav, resulta insoportable. Sabes muy bien que sólo he hecho negocios limpios, inobjectables, que siempre me he comportado de forma correcta.

—¿Y yo no? Con más decencia incluso que tú. Siempre. ¡Ni siquiera he querido meterte en la cárcel!

—Tampoco podrías. No tendrías ningún motivo.

—En 1930 pagaste cuatro mil marcos de menos en impuestos. En 1926 fueron incluso nueve mil.

—En primer lugar, eso no es cierto. En segundo lugar, todo el mundo lo hace.

—A mí siempre me descontaron los impuestos de mis trescientos marcos.

Silbermann encendió un cigarrillo.

—Eres un canalla, y lo sabes —dijo, exhausto—. Porque, aunque yo haya dejado de pagar ciertos impuestos, eso no te da derecho a abusar de mi

confianza. A fin de cuentas, tú tenías conmigo una amistad, y yo nunca he sido amigo del Fisco. Hasta la persona más decente prefiere pagar menos impuestos y no más. Sólo un criminal como tú...

—Le advierto que no vuelva a faltarme. Y ahora le pregunto por última vez: ¿está de acuerdo o no? Si no acepta mi propuesta, depositaré el monto total ante un notario hasta que se efectúe la partición. Poseo el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Podría disolver la sociedad, sin más. Los haberes de la sociedad se dividirían de un modo o de otro.

Silbermann intentó una vez más que el otro cambiara de actitud.

—Gustav —dijo pausadamente—. ¡No puedes hacer eso! Mira, es...

Becker se levantó con gesto teatral.

—Doy por terminada nuestra conversación —dijo en tono formal—. Iré ahora mismo a ver al notario y depositaré el dinero. Me veo ahora mucho más motivado y obligado a hacerlo, teniendo en cuenta que conozco sus intenciones de marcharse al extranjero. Existe, por lo tanto, el riesgo de que, si preserva la capacidad para disponer de esos activos, los transfiera fuera del país. De esta manera, su parte quedará abonada en una cuenta bloqueada. ¡Hasta la vista, señor Silbermann!

Becker, en efecto, hizo ademán de alejarse.

—Acepto —dijo Silbermann—. Pero nunca entenderé cómo puedes..., cómo puede usted hacer algo así. Me está robando, y es usted el único que se ensucia. ¡Al diablo!

Becker se puso visiblemente nervioso.

—Deje ya sus estúpidas habladorías —gruñó de mal humor—. No me tome por alguien tan sentimental. El dinero no huele —bromeó—. Si oliera, olería a usted, y yo no lo tocaría.

Dejó entonces su maletín encima de la mesa y, sin dejarse interrumpir por el otro mientras escribía, se puso a redactar un contrato de partición. De vez en cuando echaba una ojeada a su libreta de apuntes, lo que a Silbermann le hizo sospechar que ya había discutido antes los pormenores de cada punto con un abogado, prueba de que coqueteaba con la idea desde hacía mucho tiempo.

—En realidad, sólo le correspondería cobrar cuarenta y un mil marcos —dijo Becker al cabo de un rato—, ya que posee sólo un cuarenta y nueve por ciento de las participaciones.

—Sí, y usted posee un cincuenta y un por ciento por el que no ha pagado ni

un penique, y que debía administrar como agente fiduciario, según nuestro acuerdo.

Becker, irritado, alzó la pluma.

—¿Algún comentario más? —preguntó con acritud.

—¡Legal es solamente el acuerdo de sociedad! Eso debería saberlo. ¿O pretende acaso declarar ante un tribunal y decir que el acuerdo era una ficción?

—¡Déjese de historias, amigo! Todavía puede ocurrirle que yo no...

—¿Qué? ¿A ver? —preguntó Silbermann—. Si se llega a un juicio, lo perdería de un modo estrepitoso. Puede estar seguro. A fin de cuentas, está toda la correspondencia. Tengo todavía la carta en la que usted reafirma nuestro acuerdo verbal. La tengo incluso aquí... Espere... Así es... La tengo conmigo.

Becker arrojó la estilográfica.

—Qué bien que me venga ahora con eso —dijo—. Estoy de acuerdo. Vayamos a juicio. Si usted lo gana, suponiendo que al final lo gane, ¿qué sacaría de ello? En primer lugar, lo alojarían en un campo de concentración, eso es seguro, pondría la mano en el fuego; y luego, ¿qué pasaría con su dinero? Le bloquearían la cuenta, todo quedaría bloqueado, y en lo que el proceso pasara por las tres instancias, los patrimonios judíos habrían sido confiscados desde hace mucho tiempo. Además, le cargarían una multa de mil millones. Pues sí, probemos a ir a juicio.

Becker se levantó.

—Idiota —dijo Silbermann con desprecio—. Seguramente me pedirá ahora que le anime a hacerlo, ¿verdad?

Becker se sentó de nuevo.

—Usted debería controlar esa boca —dijo, y continuó escribiendo y refunfuñando—. No le permito sus groserías. Usted... ¡Usted me resulta demasiado ordinario!

A pesar de su enfado y de su aflicción, a Silbermann no le quedó más remedio que soltar una risotada. Becker concluyó su borrador y se lo entregó a Silbermann para que le echara una ojeada. Éste lo repasó al vuelo y dijo:

—Domina usted la parte técnica del latrocinio tan bien como la teórica. ¿Se lo firmo o lo hacemos a través de una notaría?

—Son ya las seis y media —comprobó Becker—. Ya no llegamos a tiempo al notario, pero si me firma el acuerdo y el recibo (porque, evidentemente, le daré un recibo), y si me entrega esa carta, le liquido ahora mismo su parte. El manto de la sociedad puede conservarlo si mi nombre desaparece de ella. La firma apenas tiene ya pasivos, en todo caso éstos se cubren plenamente a través de cuentas corrientes y cuentas postales. Con los pagos atrasados podrá divertirse un poco. No creo que consiga usted que Ollmann le pague, cuando ya no le queda nada... Por lo demás, no creo que quede ninguno. Usted ha ido desmantelando el negocio de manera metódica. Si por usted hubiese sido, me pasaría medio año sin cobrar un penique, y usted estaría en París. No soy del todo tonto.

—Yo no he desmantelado nada: invertimos todo el capital para... Pero, en fin, no tiene ya sentido hablar de ello. Aquí tiene su carta.

Becker abrió su maletín, sacó varios fajos de billetes de banco y empezó a contar.

—Cuarenta y un mil quinientos marcos —dijo al acabar—. Al final le doy un cincuenta por ciento. Cuéntelo, por favor.

A continuación, se inclinó sobre la mesa donde estaba Silbermann y le susurró confidencialmente:

—Procure cruzar la frontera.

—Ahórrese sus consejos —protestó Silbermann.

Cuando la transacción quedó finalizada, Becker soltó un suspiro:

—No te enfades, Otto —dijo, en una recaída repentina en el tono de su vieja amistad—. Si realmente empiezo a obtener ganancias, ya conoces mi sistema: recibirás tu dinero con intereses. Ayer perdí nueve mil marcos porque tuve que concluir antes de tiempo. Ahora estoy recuperando cada penique que alguna vez perdí.

Silbermann se levantó bruscamente.

—Para ser un auténtico canalla —le espetó—, le falta a usted madera. Y para ser una persona decente, sobre todo para ser un amigo, me resulta usted decididamente demasiado obsceno.

Dicho esto, Silbermann abandonó el café. Becker se quedó mirándolo, afectado.

«Al judío no le falta razón», pensó. «Pero yo tengo que pagar de una vez mis deudas. ¡Y no puedo quedarme con el dinero de esa gente!».

Esa última consideración moral lo tranquilizó de nuevo.

«Una pena», pensó al abandonar el café. «Fuimos amigos durante tantos años... ¡Pero lo enmendaré!».

CAPÍTULO 4

Los billetes eran muchos y abultaban demasiado en los bolsillos de Silbermann, por lo que, tras abandonar el café, entró a una tienda para comprarse un maletín. Al salir, se dio cuenta de que faltaban cinco minutos para las siete, así que corrió hasta la oficina de Correos más próxima, se acercó al mostrador de los telegramas, cogió un formulario y redactó uno para su mujer. Como le parecía peligroso regresar a su piso, le pedía que se vieran en una pastelería.

Al salir de Correos meditó sobre lo que iba a hacer con los cuarenta y un mil quinientos marcos rescatados. Decidió no darle más vueltas al incidente con Becker y a la enorme decepción que le había deparado su antiguo amigo, pero eso no le impidió que lo asaltaran ideas sombrías y dolorosas.

Viajó con el tranvía hasta el local en el que esperaba a su esposa. Tenía la extraña certidumbre de que Elfriede vendría. En cuanto llegó, dejó el sombrero y el abrigo encima de una silla y se dirigió al lavabo para reacomodar el dinero que llevaba en el maletín. Al salir de nuevo a la sala, se dio cuenta de que el lugar estaba lleno de hombres uniformados, así que, involuntariamente, apretó el maletín contra su cuerpo. Transcurrió una media hora. Silbermann había bebido ya su tercera taza de café y se sentía cada vez más nervioso.

«Ojalá entregasen el telegrama de inmediato», pensó. «¿Cuánto tarda una entrega habitualmente? Debí informarme. Si lo ha recibido, podría estar aquí en cinco minutos. Si es que estaba en casa, claro. En algún momento habrá tenido que volver. Esperaré otra hora», conjeturó, pero, al echar una ojeada al reloj, se dio cuenta de que ya habían pasado treinta y cinco minutos.

«¿Qué hago ahora?», caviló. «Siguen persiguiendo a los judíos. No puedo quedarme en mi casa ni siquiera por una noche. ¡Mucho menos con cuarenta y

un mil marcos!

»Tenemos que irnos al extranjero, pero en ningún sitio nos dejarán entrar. Con este dinero podríamos forjarnos una nueva existencia, pero ¿cómo sacarlo del país? ¿De contrabando? No tengo nervios para eso. ¿Me quedo entonces? ¿Me marcho? ¿Qué hacer? ¿Debo acaso arriesgarme a pasar diez años en la cárcel por traficar con divisas? Pero ¿qué otra salida me queda? Sin dinero me moriría de hambre ahí fuera. Todos los caminos, absolutamente todos, te llevan a un abismo. ¿Cómo puedo enfrentarme al Estado?».

—Mozo, tráigame un vaso de agua, por favor.

«Otras personas fueron más listas. ¡Los otros son siempre más listos! Si me hubiese aclarado a tiempo sobre mi situación, hubiera podido salvar mi dinero. Pero todos me transmitieron tranquilidad, sobre todo Becker. ¡Y yo, tonto de mí, dejé que lo hicieran! Por eso estoy ahora aquí, atrapado. Al último que se lo coman los perros. Es un buen proverbio. Y esta vez soy yo, justamente, el último. Pero ¿no viven acaso otros seiscientos mil judíos en este Reich que ha ampliado sus fronteras? ¿Cómo lo hacen? Bueno, sabrán arreglárselas. Los demás siempre lo entienden todo mejor que yo. ¡Sin embargo, tampoco es que haya nacido ayer! Tal vez, al final, todo sea la mitad de terrible, quizá no sea más que una psicosis. Pero no, debería reconocer de una vez mi situación: todo irá a peor. ¡A muchísimo peor! No puede uno asombrarse de que sea un personaje de la calaña de Becker quien te haga ver las cosas claras. Ese bandido. Pero, en fin, ¿de qué sirve acalorarse? ¡Hay que largarse de Alemania! ¡Pero tampoco te dejan entrar en ningún país! Tendría que dejar el dinero aquí, de lo contrario debo declararlo. ¡Es para volverse loco! Si uno emprende algo, comete un delito; si no hace nada, te castigan con mayor dureza. Exactamente como en la escuela. Si uno hacía por sí mismo las tareas de matemáticas, te calificaban con un insuficiente; si las copiabas, te calificaban con un notable; pero si te sorprendían copiando, o si uno era del todo sincero y ni siquiera intentaba encontrar una solución, te suspendían. Los resultados finales parecen siempre equilibrarse».

Silbermann sonrió con tristeza y encendió un cigarrillo.

«De todos modos, tendré que intentar salir», pensó, y exhaló un suspiro. «¡Pero en mi huida daré de bruces con alambradas de espino! Lo veo venir».

Silbermann echó mano entonces de su maletín y, para sentirse más tranquilo, se lo puso detrás de su espalda, pegado al respaldo de la silla en la

que estaba sentado.

«Cuarenta y un mil marcos», pensó. «¡No es poca cosa! Incluso en el Tercer Reich. Puedo decir que he tenido suerte de haber podido rescatarlos. Si hubiera hablado de un modo razonable con Becker, habría podido sacar algo más. Pero ¿quién puede mantener el control ante una canallada como la suya y calcular fríamente?».

Sin ser del todo consciente de ello, llevaba algún tiempo observando a una mujer muy atractiva de unos treinta años que estaba sentada a unas pocas mesas de él. La mujer le dedicó una débil sonrisa, lo suficiente para animarlo.

«Hum», se dijo Silbermann, y apartó la mirada. «Es mi tipo», le pasó por la mente. «Muy guapa, encantadora...». Recordó entonces días hacía tiempo desaparecidos, cuando era todo un «picaflor». Entonces, sin quererlo, volvió a observar a la mujer. «Mi disciplina interior se relaja», pensó. «¡Mala señal! Una cara bonita me hipnotiza, y además me dejo engañar por cualquier imbécil. ¿Acaso empiezo a chochear? ¿Me está sonriendo o sólo me lo imagino? Pues habrá que comprobarlo. Ahora se gira. Y no le falta razón, caramba. No sólo estoy casado, sino que tengo suficientes preocupaciones».

Con cara seria, volvió a soltar un suspiro, lo que le granjeó una atenta mirada de ella. «¡Todo lo asocian con ellas! ¡Todo!», pensó, divertido, pero también con cierto deje de reproche. «¿A santo de qué iba un hombre a suspirar si no es por causa de una mujer?».

Silbermann miró el reloj.

«¿Dónde se ha metido Elfriede? Intentaré otra vez localizar a Findler», decidió, y se puso de pie. Pasó junto a la mujer, pero esta vez ella no sonrió. A él le pareció incluso bien. Al llegar al teléfono, buscó en la guía el número de la casa de huéspedes en la que Findler vivía antes. Contestó una empleada que, según pudo comprobar, no sólo no conocía el nuevo número de Findler, sino siquiera tenía idea de su existencia. Silbermann le pidió que preguntara, pero la dueña de la casa de huéspedes —quien tal vez hubiese podido proporcionar alguna información— no estaba, y los demás empleados no sabían nada.

La conversación telefónica, en su tira y afloja, duró unos diez minutos, y cuando acabó, Silbermann se apresuró a volver al café, todavía con la esperanza de que su mujer hubiese llegado. De eso nada.

La mujer vestida de verde también se había marchado entretanto, un hecho

del que Silbermann tomó nota sólo fugazmente, pero que sumó una nueva nota de congoja a su estado de ánimo.

Le parecía que el local se había vaciado, y ahora la espera se le hacía insoportable. Comprobó entonces, horrorizado, que al levantarse para dirigirse al teléfono había dejado su maletín sobre la silla, donde ahora lo vio. Le preocupaba la facilidad con la que olvidaba las cosas, y esa nueva preocupación le hizo olvidar también a la dama del vestido verde. Lanzó entonces unas miradas temerosas a los demás clientes y se dio prisa por meter una parte del dinero en los bolsillos de su traje, para evitar al menos una pérdida total.

Habían dado ya las ocho. Silbermann pidió una tabla de embutidos y quesos y comió con buen apetito. Pero cada vez que se abría la puerta del local se sobresaltaba y volvía la cabeza esperanzado, aunque dando por sentado siempre, al mismo tiempo, que se llevaría una nueva decepción. Veinte minutos pasadas las ocho había acabado de comer y llamó al camarero para pagar.

«Me marchó», decidió. «Debo saber, sencillamente, lo que ocurre». Recordó que a eso de las nueve podría llamar a la señorita Gersch, pero, tras vacilar un instante, se marchó. Era tan grande su impaciencia que en lugar de recorrer a pie la corta distancia hasta su casa, cogió un taxi.

Delante de su edificio estaba el hijo del portero, un chico de dieciocho años que vestía el uniforme de las SA. Cuando éste vio a Silbermann bajarse del coche, dio media vuelta y entró en el edificio.

«Mala señal», le pareció a Silbermann, que se detuvo a pensar por un instante. «En todo caso, debo darme mucha prisa y abandonar el piso cuanto antes», concluyó.

Corrió escaleras arriba a toda velocidad. Pulsó el botón del timbre varias veces y, al no oír pasos, decidió por fin abrir él mismo la puerta. Desconcertado, contempló el reguero de cristales rotos sobre la alfombra. Luego comprobó que habían destrozado el gran espejo del pasillo.

«La tarjeta de visita de los miembros de la raza superior», se dijo, enfurecido, y corrió al comedor.

Al parecer, los visitantes del día anterior no habían llegado hasta allí: no se veían daños en los muebles ni habían destrozado las fuentes de cristal, tan tentadoras para unas manos robustas.

—¡Elfriede! —gritó Silbermann, tocando la campanilla que servía para llamar a la criada. «Por supuesto que se han marchado. Lo sospechaba», pensó, y una vez más pronunció el nombre de su mujer. Abrió entonces la puerta del salón. En aquella habitación habían entrado arrasando, se notaba. Había cristales rotos por todo el suelo. Vio la vajilla rota esparcida por la alacena. Silbermann llamó otra vez:

—¡Elfriede!

Entonces le parecieron absurdas esas llamadas. «Elfriede no está, se la han llevado, tal vez le hayan hecho daño. Y yo me marché a Hamburgo; allí almorcé, bebí café, estuve parlotando, negociando. ¡He estado en muchos sitios, menos aquí, donde me correspondía estar!».

Caminó hacia la parte trasera del piso buscando a la empleada, la llamó, echó una ojeada en la cocina y en su habitación, pero, obviamente, ella tampoco estaba. «¡Obviamente no!». ¿Cómo pudo ocurrírsele la idea de que todo seguiría igual, que todo seguiría su curso normal y que sólo el teléfono no funcionaba? «Me acomodé», se dijo, gimiendo, al tiempo que continuaba hacia el dormitorio y el vestidor. «¡Mi optimismo es pura cobardía! Si por lo menos hubiese regresado antes, pero no, en lugar de ello fui a reunirme con Becker, como si no hubiera podido dejarme engañar más tarde. ¿De qué me sirven ahora mis cuarenta y un mil marcos?».

Miró los objetos dispersos por el suelo, las mesas y sillas volcadas, vio los cuadros rajados a cuchillo y las cortinas arrancadas. Entonces, presa de una rabia incontenible y desesperanzada, propinó una patada a la pila de libros que estaba delante de la estantería y éstos salieron volando en todas direcciones. Silbermann se dejó caer en una butaca de cuero que había resistido los intentos de devastación y se puso a mirar al suelo inexpresivamente.

—Esto es el final —murmuró—, el triste final.

Ni siquiera él sabía lo que quería decir con eso. En la alfombra brilló algo. Lo recogió. Era una insignia del Partido que habría perdido alguno de los intrusos. Contempló la pequeña cruz gamada.

—Asesino —susurró—. Eres un asesino...

Guardó el objeto en el bolsillo de la chaqueta.

—Es una prueba —se dijo a sí mismo en voz alta—. ¡Es prueba suficiente! Se llevó la mano al bolsillo y agarró con fuerza la insignia, como si

quisiera aplastarla. Acto seguido la sacó y la contempló de nuevo. Se levantó de la butaca.

—Ahora quiero estar convencido —dijo—. Quiero asegurarme de todo y luego...

No supo qué más decir. Vio entonces que habían forzado su escritorio y que faltaba el dinero allí guardado.

—Sí, claro —dijo—. Por supuesto —repitió, como si aquello le proporcionara una gran satisfacción. Pero de inmediato se sintió presa del desconsuelo.

«Si me hubiera quedado...», pensó de nuevo. «¡Si me hubiera quedado aquí, las cosas jamás habrían llegado a este extremo! Habría hablado con esa gente, les habría dado dinero. Porque ¿qué otra cosa quiere esa gente? Eso y nada más. Nunca en mi vida he desplegado actividad política alguna. Sólo en una ocasión compré un periódico prohibido, pero eso nadie lo sabe».

De pronto recordó algo. Se dirigió a toda prisa hasta el comedor y levantó la enorme fuente de Delft que estaba sobre el aparador. Allí debajo encontró la carta. En su emoción, al romper el sobre dañó también el papel que estaba dentro. Acercó una de las altas sillas talladas, tomó asiento y leyó:

Querido Otto:

Esta gente acaba de irse del piso, pero piensan volver. He llamado al médico de inmediato. Al señor Findler lo han herido de gravedad. Salgo esta noche para casa de Ernst en Küstrin. No sé bien qué debo hacer, pero no voy a quedarme aquí ni una hora más. He cogido el dinero que estaba en el escritorio. Le entregaré las llaves del piso a la señora Fellner y contrataré en Küstrin a un transportista para que venga a recoger las cosas. Por favor, escribe *cuanto antes* a la dirección de Ernst, pero no vengas. En las ciudades pequeñas, a los judíos los tratan peor. ¡¡¡Lo mejor sería que te marcharas directamente a reunirse con Eduard!!! Yo podré viajar más tarde. Escribe, por favor, de inmediato, porque estoy terriblemente preocupada por ti...

El final apenas podía descifrarse.

—En realidad, tendría que alegrarme —se dijo Silbermann en voz muy baja—. ¿Por qué no me alegro?

«En fin, ella tiene el dinero», pensó a continuación. «¿Por qué esa gente no lo robó? Los intrusos y ladrones roban. ¿Por qué no lo han hecho entonces?». Silbermann negó con la cabeza: «No lo entiendo. Todo esto es tan irreal. Llegan unos tipos, entran en la casa, expulsan a sus inquilinos... Tendrían que haber robado algo».

Se puso de pie.

«No obstante, es grato», se obligó a pensar. «Todo está bien», se dijo. «No ha sido más que una falsa alarma. Elfriede está en un lugar seguro... Y yo iré a reunirme con Eduard, por supuesto. Si uno lo piensa bien, debería estar dando brincos de alegría por la suerte que he tenido».

Silbermann se sentó de nuevo. «Tengo que verificar que no hayan robado nada», se propuso. «Su interés tiene que haber sido ése, ¿no? ¿O es puro odio? Pero... esa gente no me conoce de nada. ¿Cómo puede ser que entonces, de repente...? ¿En un solo día? ¿Cumpliendo órdenes? Qué raro».

Silbermann caminó por el piso.

No, hasta donde podía ver no habían robado nada, se habían dedicado a destruir. «El Gobierno», pensó, «sabe por qué hace estas cosas. Necesita dinero. Pero esta gente, ¿por qué lo hace? ¿Por qué?».

Entonces recordó a Findler. «Pobre tipo», pensó. «Negociar con el entorno no siempre es agradable». Aunque no le pareció nada elegante de su parte, Silbermann no pudo sino reír.

Había llegado al dormitorio y se dejó caer en la cama. «Tengo que irme», pensó y cerró los ojos. «Ah, pero quisiera quedarme, dormir... ¿Y ahora, qué hago? ¿Me voy a la frontera? Nunca estaré preparado para tal cosa. No podré hacerlo. Cruzar la frontera de forma clandestina...». Se estremeció sólo de pensarlo. «¿Qué quiere toda esa gente de mí?», se preguntó luego en voz baja. «Yo no quiero otra cosa que vivir en paz, ganarme el sustento... ¡La frontera! La frontera y yo. ¡Dios mío!».

Se puso de pie de un salto.

«Ahora ya no hay otro remedio», pensó. «¡No es momento para la resignación! ¡Tengo que dominarme!».

Decidido a todo, se estiró con gesto enérgico la chaqueta y se dispuso a hacer la maleta. Metió en ella sólo lo imprescindible para el viaje, y su ánimo se llenó otra vez de confianza. Al cabo de un cuarto de hora, al terminar, caminó otra vez por el piso para despedirse. «Aquí llevamos una existencia

tan grata y cómoda», pensó, «y ahora hay que dejarlo todo y huir de esa vida anterior, y todo porque..., porque...».

Silbermann suspiró y, dejándose llevar por su aflicción, se sentó de nuevo en una silla. Sólo la campanilla de un tranvía que pasaba lo hizo desperezarse y retomar su plan anterior.

De un cajón lateral de la estantería de libros, oculto tras un paquete de revistas, sacó documentos y papeles entre los que se encontraba su carné militar, los carnés de las asociaciones y gremios judíos y la copia del registro de la propiedad de su edificio.

A este último documento le dedicó una mirada afligida. «Esto fue dinero en otro tiempo», pensó. «Siete mil marcos de rentas por alquiler. Yo, burro que soy, hice pintar todo el edificio hace un año. Podía habérmelo ahorrado».

A continuación, Silbermann se esforzó en apartar a un lado aquellos oscuros pensamientos. «Es muy sencillo», pensó. «Vuelvo a ser un soldado. Me han declarado potencia enemiga. Sólo que ahora mi misión consiste en pasar clandestinamente, con mi maletín, a través de las líneas alemanas y francesas».

De ese modo intentaba dar cierto significado irónico y teatral a las nuevas circunstancias. Pero por refrescantes que fueran esos pensamientos, su estado de ánimo se negaba a remontar.

Metió los papeles en el maletín y sacó seis mil marcos para guardarlos en la maleta. Luego consideró la posibilidad de llevarse también, por lo menos, sus trajes, el abrigo de piel de su esposa y sus vestidos de noche, pero desistió, ya que tenía el presentimiento de llevar demasiado tiempo dentro de la vivienda.

«Perdemos tanto», dijo, consolándose, «que eso ya no importa». Se dio por satisfecho con cerrar las puertas y los cajones y llevarse la llave. «Lo más importante, seguramente, lo he olvidado», pensó mientras recorría por cuarta o quinta vez el piso, maleta en mano. «¿Se habrá llevado Elfriede sus joyas? Eso debió de habérmelo escrito, ahora tengo que... Yo no entiendo de esas cosas!».

Había llegado ya al pasillo de la entrada cuando puso la maleta en el suelo y corrió de vuelta al dormitorio. Abrió de golpe los cajones de la mesilla de noche, pero no encontró nada, aparte de una factura de la leche. Fue luego hasta el vestidor, forzó la puerta del botiquín, ya que no encontraba la llave, y

buscó el estuche que Elfriede acostumbraba a guardar allí. No encontró nada. Aliviado, suspiró. «Se las ha llevado. Claro, una mujer nunca olvida sus joyas, ni siquiera cuando está en grave peligro de muerte. Pero está bien que haya pensado en eso. Si llegara a ocurrirme algo, puede vivir de ellas durante un tiempo... Hasta que yo me asiente de nuevo fuera del país».

Silbermann salió de la vivienda. Lentamente, muy tranquilo en apariencia, bajó las escaleras.

«Si al menos ya estuviera abajo», deseó. «Si estuviera ya sentado en el taxi... ¡Ojalá que el hijo del portero no esté en la entrada!».

Allí estaba.

Silbermann se quitó el sombrero; el chico alzó el brazo.

—Salgo de viaje por un par de días —creyó tener que explicarle Silbermann—. ¿Puede decirle a su madre, por favor, que le agradecería mucho que cuidara un poco del piso? —Su voz sonaba tomada y ronca.

El joven no le respondió, sólo lo miró con descaro, según le pareció a Silbermann, casi de un modo insolente.

Silbermann metió entonces la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte marcos.

—¿Podría entregárselos a su madre? ¿Por las molestias?

El chico, en cambio, pareció tomarlo como un intento de soborno. Se dio la vuelta sin decir palabra y lo dejó allí plantado para, a continuación, entrar en el edificio con una exagerada actitud de dignidad.

Sin comprender, Silbermann lo siguió con la mirada. «He ahí uno que está lleno de odio», pensó, consternado; pero de inmediato se encogió de hombros y se apresuró a llegar a la parada de taxis más próxima.

«¿Adónde voy a ir ahora?», pensó. «Uno tiene que saber adónde quiere ir. Todos necesitamos un destino. ¿Francia? Sí, sería lo ideal. Pero ¿cómo entrar al país? ¿A través de Suiza, tal vez? Como si fuera tan fácil entrar en Suiza. ¿Luxemburgo? No, Goldberg lo intentó la semana pasada, sin éxito, y es más joven que yo. Si él no pudo... En fin, ¿adónde voy? Por ahora estoy en libertad, he salvado parte de mi patrimonio, y aun así no sé qué hacer. Sigo atrapado. Para un judío, el Reich entero no es más que un enorme campo de concentración.

»¡Si me hubiera agenciado un visado a tiempo! Pero ¿quién podía prever esto? Y Eduard se toma su tiempo... Yo tendría que haber... ¿Haber hecho...

qué? ¿Conseguir un pasaporte con una J enorme de color rojo en la primera página? Al menos tengo dinero. ¡Gracias a Dios!».

Fue hasta la estación de Charlottenburg.

«Primero conseguiré una guía de ferrocarriles», decidió. «¡Y luego ya se verá! Tomaré el primer tren que salga. Bueno, no, tampoco eso. Tengo que saber adónde. En fin, viajaré en dirección a Francia. Primero a Renania, así estaré más cerca de mi meta. Esta noche dormiré en el tren.

»Por cierto, mañana podría llamar de nuevo a Eduard. Tal vez en este tiempo haya... En fin, es poco probable, pero tampoco imposible. En ese caso, se haría todo de forma legal. De otro modo, no será posible. No soy un aventurero. Soy un comerciante, lo mío son las negociaciones. ¡Esta época exige demasiado de mí!».

Se alegraba de que al menos su mujer hubiera sido la primera en escapar de todas aquellas molestias. «Ella tiene a su hermano», pensó. «Eso está muy bien. ¡Ya me gustaría a mí tener a alguien!».

Silbermann dejó su maleta en la consigna de equipajes y estudió con gran atención los horarios de salida de los trenes. Su dedo se deslizó por las líneas. Finalmente creyó haber encontrado el tren adecuado.

—Aquisgrán, 11:48, salida desde la estación de Potsdam —dijo en voz baja.

«Aquisgrán...», pensó. «Eso está cerca de Bélgica. ¡Pues me voy a Aquisgrán! Al menos no va a perjudicarme. Una vez en Bélgica, podría entrar a Francia. Y en Aquisgrán puedo pensármelo un poco más y elegir la frontera menos problemática».

Compró una novela en un quiosco y, tras validar el billete de primera clase para Aquisgrán, pasó a recoger su maleta y fue hasta el andén de los tranvías urbanos. Al cabo de sólo dos minutos hizo su entrada el que le acercaría a Potsdam y Silbermann se subió a él.

En cuanto colocó su maleta en el portaequipaje y acomodó el maletín a sus espaldas, se puso a leer el libro recién comprado con el propósito de distraerse y sosegar. Sin embargo, aunque aquella novela policíaca estaba escrita con cierta fluidez y ya desde las primeras páginas se hablaba del hallazgo de dos cadáveres —y aunque Silbermann, por lo general, siempre se había mostrado dispuesto a involucrarse en ciertos crímenes literarios, mostrando igual interés por cualquier asesinato que por los asaltos a bancos y

el tranquilizador arresto de algunos delincuentes—, el extraño hallazgo de esos cadáveres sobre el puente del Támesis no consiguió distraerlo ahora de sus preocupaciones y problemas. A cada instante agarraba su maleta y se cercioraba de que su maletín estuviese todavía allí. Al final, apartó el libro.

«Debí meter la cubertería de plata en una caja de cartón», pensó. Ahora recordaba, además, que habría tenido que buscar el cofre de su mujer en el escritorio, pues sabía que ella estaba siempre buscando escondrijos que pasaran inadvertidos ante los ojos de cualquier posible «intruso». En una ocasión había ocultado el estuche detrás de los platos de la estantería más baja del mueble. Silbermann se tranquilizó suponiendo que Elfriede, al llevarse el dinero del escritorio, no habría olvidado las joyas.

«¿Y qué será de mi empresa?», se preguntó, para, de inmediato, pasar a calcular cuánto dinero había perdido en total. Aquel desagradable balance, sin embargo, se vio interrumpido por una nueva reflexión: el modo de sacar de Alemania el dinero rescatado. «Aunque no estén registrando a nadie en la frontera, a mí me someterán a un registro», profetizó. «Estoy muy nervioso. Además, no es posible ocultar cuarenta y un mil marcos en el cuerpo».

Pero su intención era cruzar la frontera de forma ilegal, por supuesto. ¿Acaso el viejo Wurm no le había contado hacía poco el caso de dos judíos de Breslavia que habían sido asesinados al cruzar la frontera? No, se lo había dicho su abogado, Löwenstein. ¿Por qué le contaba esas cosas? ¿Como si uno, de todos modos, no supiera lo que estaba pasando! Además, prefería que le dispararan a seguir viviendo eternamente en esa situación. Aunque también podían arrestarlo, y en ese caso lo enviarían a un campo de concentración, le confiscarían su capital, y a la cárcel... ¿Qué sería entonces de su mujer?

Se preguntó cómo habría acogido Ernst a Elfriede. A fin de cuentas, el hermano de su mujer era un nazi. Probablemente ahora tuviera miedo a comprometerse por culpa de ella. Pero, en definitiva, era su hermano, y siete años atrás lo habían ayudado a sanear sus cuentas gracias a un aval. De otro modo, con lo imprudente que era, habría entrado en bancarrota. Pero daba igual. «En todo caso, me debe algo», pensó Silbermann.

Había llegado a su destino y bajó del tren. Sólo cuando éste se puso de nuevo en movimiento se dio cuenta de que se había dejado allí la novela policíaca. La pérdida lo alteró. No le importaba tanto no poder enterarse ya de las circunstancias humanas que provocaron aquel doble asesinato sobre el

punto del Támesis, pues para entonces ya había olvidado hasta el título del libro. (Recordaba tan sólo que la palabra «secreto» aparecía en la portada). Lo que en realidad lo atormentaba era más bien el hecho de haberse sorprendido hoy en dos ocasiones en tal situación de despiste, lo que lo obligaba a suponer que su nerviosismo podría acarrearle otras pérdidas, quizá más sensibles.

Mientras caminaba hacia el andén de donde saldría el tren de Aquisgrán, pensó que tendría que haberse despedido de su mujer.

«Es como el naufragio de un barco», pensó, «como la erupción de un volcán, un terremoto regulado. Sí, la tierra tiembla, pero sólo bajo nuestros pies».

Tras subir la escalera y cruzar la barrera de acceso al andén, se sentó en un banco a esperar su tren.

«El miedo que tendrá», pensó. «Tengo que escribirle de inmediato. Menos mal que es aria, a ella no puede pasarle nada». Recordó entonces que tampoco le había dicho adiós a su hermana ni se había interesado más por el destino de su cuñado Günther. «Soy, sin embargo, una persona familiar», se dijo, asombrado. «Pero, a fin de cuentas, todos somos unos egoístas redomados».

Silbermann no tenía ahora ningunas ganas de llamar de nuevo a Hilde, su hermana. «Me deprime mucho», pensó. «Estaríamos hablando de lo uno y de lo otro, pero ni ella puede ayudarme a mí ni yo puedo ayudarla a ella, así que, al final, lo que hacemos es maniatarnos mutuamente. ¿Para qué? ¡Ya resulta todo bastante difícil! Mañana le escribiré y le enviaré dinero. Podrá necesitarlo muy pronto, ya que ahora lo más seguro es que Günther no reciba su pensión, o se la descuenten de los gastos de estancia en un campo de concentración. En realidad, no puedo quejarme», pensó, y soltó un suspiro.

«Tal vez debería partir el dinero y dejarle a Elfriede diez mil marcos. Quién sabe cuánto tiempo tenga que permanecer todavía en el país. Pero, en ese caso, acabarán quitándoselos, o Ernst la convencerá para que se los entregue con el fin de llevar adelante alguno de sus negocios ficticios. Además, a Elfriede no le quedará más remedio que seguir mis pasos en los próximos días. ¡Cuando yo esté en el extranjero, le conseguiré la visa! Mientras ella siga en Alemania, yo no tendré una hora de sosiego. La gente me ayudará. ¡Cualquiera lo entiende! En una semana conseguiré lo que no ha logrado hacer Eduard en la vida.

»En cambio, si le dejo el dinero, intentará pasarlo de contrabando, y ella es tan poco diestra en eso como yo. En cualquier caso, sólo cometeríamos errores. Todo está mal, todo. Aunque yo consiga sacar el dinero al extranjero, no puede descartarse la posibilidad de que a Elfriede la retengan como rehén hasta que yo me presente con el efectivo. Tal vez la arrastre conmigo a la catástrofe. Lo mejor sería quedarme esperando los próximos días en Aquisgrán o en Dortmund, o viajar más tarde de vuelta a Berlín para intentar conseguir un visado. Pero también sería inútil».

Silbermann se sintió tan perdido que, al llegar el tren, siguió sentado en el banco como si nada.

«¿Qué quiero hacer?», se preguntó. «¿Qué salida me queda? Sólo acabaré cometiendo una estupidez».

Por otro lado, tampoco podía quedarse sentado en el andén, y al menos la esperanza de poder dormir un poco lo invitó a subir al tren. Viajaba en primera clase, pues creía estar en ella mejor protegido del recelo y de las molestias que pudieran derivarse de cualquier sospecha. Tras echar una ojeada en varios compartimentos medianamente ocupados, tomó asiento en uno para fumadores que estaba vacío. Se sentó y cerró los ojos.

«Dormir», pensó, «dormir y nada más...».

Silbermann no se había atrevido a tomar un coche dormitorio. Tumbado en una cama y dormido profundamente, quedaba más expuesto e indefenso. Eso había pensado. Habían transcurrido algunos minutos cuando la puerta del compartimento se abrió y el revisor jefe les mostró devotamente sus asientos a dos caballeros.

—*Heil Hitler* —dijo una voz animada.

—*Heil Hitler* —saludó Silbermann, despertando con brusquedad de su modorra y haciendo un esfuerzo por dominarse. Con un gesto enérgico, volvió el rostro hacia la ventanilla para que no se le notara su mueca de miedo. No eran, por lo demás, hombres de la policía secreta, como había sospechado en un principio, sino viajeros comunes y corrientes.

—¿Ha visto? —preguntó uno de ellos—. Toda la primera clase está repleta de judíos. Israel entero se va de excursión.

—¡No me diga! —exclamó el otro, sorprendido—. ¿En serio? No me fijé.

Silbermann empezaba a sentir un gran malestar.

—Tal vez sean sólo imaginaciones mías —continuó el que había hecho el

comentario—. En todo caso, esta mañana, en el tren que me trajo de Múnich, conté a unos veinte sujetos.

—¿Y qué va a hacer esa gente? —preguntó el otro, sin mostrar interés—. ¿Tiene usted los papeles? Quisiera repararlos otra vez.

El otro rebuscó en los bolsillos de su abrigo y sacó por fin un manuscrito que le entregó a quien, según pudo colegir Silbermann por la actitud de ambos, era su jefe, que empezó a leer con actitud satisfecha.

—¿Está todo preparado? —preguntó entonces, mientras hojeaba el documento—. ¿Vendrán a recogernos a la estación? Y la prensa, ¿ha sido informada adecuadamente? ¿Lleva usted encima alguna foto decente mía? La *Kölnische Illustrierte* ha sacado hace poco una imagen mía en la que parezco un anciano. Ocúpese, por favor, de que no me conviertan en un viejo antes de tiempo.

Diligente, el otro sacó de su portafolio unas fotos y se las entregó. Su jefe las examinó.

—Esta foto, ni hablar. En esta otra todavía tengo bigote. Caramba... ¡Sí, ésta de aquí!

—Sí, señor —aprobó el otro—. Era la que yo quería usar. Por el uniforme de las SA.

Su jefe siguió leyendo el manuscrito.

—Hay que hacer otra copia —dijo al cabo de un rato, cuando el tren ya se había puesto en movimiento—. Aquí, en lugar de «el gigantesco cometido europeo que tiene el nuevo Reich», dice la «misión europeísta». Hay que eliminar esos extranjerismos. Y en lugar de la palabra «cultura» debe poner... Espere... Había encontrado una expresión para ello. ¿Cómo era?

—¿Nobleza de espíritu? —se apresuró a preguntar el otro.

—¡Qué va! ¡Piense un poco!

—¿Educación popular?

—¡No!

—¿Espíritu patriótico?

—¡Nada de eso es de mi cosecha! ¡Encontré una expresión para ello! ¡Recuérdela, por favor!

Silbermann se levantó y abandonó el compartimento. Esta vez no olvidó llevarse el maletín.

«Conozco al flaco», se dijo. Creía recordar haber visto fotos suyas, pero no se acordaba del nombre. Lamentó entonces ese nerviosismo involuntario que lo había impelido a salir. «De ese modo, habría podido escuchar aquello», pensó, al tiempo que intentaba descifrar qué nueva palabra podría haber creado aquel caballero para referirse a la cultura. Silbermann regresó al compartimento.

Sin embargo, o bien los tipos habían encontrado la palabra perdida o el supuesto poeta había renunciado a la búsqueda. Tal vez en su apuro habría, sencillamente, renunciado del todo al término «cultura». En todo caso, ahora los dos hombres se mantenían en silencio. Transcurridos unos diez minutos, apareció de nuevo el revisor jefe, abrió la puerta y dijo con voz servicial:

—¡Todo está listo!

Los dos hombres se levantaron y salieron del compartimento, llevándose sus efectos de viaje y dirigiendo un saludo cordial hacia donde estaba Silbermann. Tal vez sólo estuvieran esperando a que les prepararan las camas.

A Silbermann le alegró mucho hallarse solo. Corrió las cortinas, extendió un periódico en uno de los asientos para colocar los pies y se tumbó.

«Toda la primera clase está llena de judíos», pensó todavía mientras se quedaba dormido. «Si todo fuera bien...».

No pudo dormir muy profundamente. Se despertó varias veces asustado y desconcertado, mirando a su alrededor en el compartimento, en el que había dejado la luz encendida, hasta que se quedaba dormido otra vez.

El tren se detuvo y luego reemprendió la marcha. Alguien abrió la puerta y miró dentro. Era un hombre vestido mediocrementemente, como notó Silbermann de inmediato, al que el tirón del tren al arrancar había despertado. Le pareció que el recién llegado tenía cierto aspecto perturbado. Tampoco causaba la impresión de ser un viajero habitual en primera clase. Después de quitarse cortésmente el sombrero delante de Silbermann, el hombre tomó asiento frente a él junto a la ventanilla.

—Perdone —le dijo, en un tono casi sumiso—. ¿Le he despertado? Puede seguir durmiendo tranquilamente. Yo también me acomodaré.

A continuación, se quitó la chaqueta, la colgó cuidadosamente del gancho, volvió a quitarse el sombrero, que se había puesto después de saludar, y lo dejó arriba, en la rejilla del portaequipaje.

Silbermann bostezó.

—Estoy ya bastante espabilado —dijo, sacando su paquete de tabaco del bolsillo—. ¿Fuma?

El otro le dio las gracias y tomó un cigarrillo. Involuntariamente, Silbermann le vio la mano. Estaba roja, agrietada, varias uñas se habían partido y luego habían crecido torcidas. También le llamó la atención que aquel pasajero no llevara maleta.

«Tal vez sea un ratero al que persiguen», pensó por un instante. Pero luego observó el rostro colorado y temeroso del hombre que tenía delante y, al ver sus ojos pardos, creyó estar en presencia de un trabajador judío en plena huida. Le pareció poco probable que aquel hombre bajito y de aspecto pequeñoburgués pudiera ser un estafador; no obstante, Silbermann decidió asegurarse.

—Malos tiempos éstos —dijo, arrastrando sus palabras.

El otro lo miró con recelo.

—¡Ya lo creo! —dijo el recién llegado, dándole la razón con cierta firmeza, para, de inmediato (tal vez con el fin de tomar precauciones y de neutralizar su gesto de aprobación), añadir—: Bueno, según lo tome uno.

—¿Viaja por negocios? —quiso saber Silbermann con cortés simpatía.

El hombre se rascó un pie, en algún sitio por debajo del tobillo, y se inclinó tanto para ello que no se le podía ver la cara.

—Sí —gruñó, para luego incorporarse y, sin mirar a Silbermann, decir—: En fin, buenas noches.

—Buenas noches —respondió Silbermann.

—¿Apago la luz? —preguntó el otro.

—Por mí puede quedarse encendida.

—Por mí también.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos, pero entonces el otro pasajero le preguntó en voz muy baja, como si temiera que Silbermann estuviera ya durmiendo:

—¿Cuándo cree que llegaremos a Aquisgrán?

—Pienso que a eso de las doce —respondió Silbermann, quien, involuntariamente, también le habló entre susurros.

—Muchas gracias.

Otra vez transcurrieron varios minutos. Fue entonces Silbermann el que le

preguntó al otro si le importaba que abriera la puerta del pasillo para dejar salir el humo. Como si hubiera oído una orden, el hombre se levantó en actitud diligente.

—Con mucho gusto —dijo, y abrió la puerta unos diez centímetros. Luego tomó asiento y, envalentonado al parecer, preguntó—: ¿Viaja al extranjero?

—No —contestó Silbermann—. ¿Y usted?

—Yo tampoco —se apresuró a decir el otro—. Viajo por negocios —añadió rápidamente, como si ya hubiera olvidado la pregunta de Silbermann y su propia respuesta, como si su viaje de negocios fuera obligada premisa de su permanencia en el país.

—Ah, bien —dijo Silbermann, intentando en vano retener la mirada del otro, que tenía el rostro vuelto hacia él.

—¿Cuál es su ramo? Si me permite la pregunta...

«Le doy miedo», pensó Silbermann. «¡Pero tengo que saber! Si no es un fugitivo, entonces es un delincuente. Y no quisiera dormir con un delincuente en el mismo compartimento. Llevo toda mi fortuna en ese maletín».

—El de los muebles —respondió el otro rápidamente.

«Demasiado rápidamente», según le pareció a Silbermann, que empezaba a recelar.

—¿Trabaja para una buena filial? —preguntó.

—Sí, sí —dijo el hombre y miró por la ventana.

—Pues pensé que era usted el jefe...

Nervioso, el hombre lo miró.

—¿Qué pensó? —preguntó.

—Bueno, pensé que... Ya que viaja usted en primera clase. Son muy pocos los viajantes que pueden permitírselo. Hará usted muy buenos negocios.

«Soy como un maldito juez de instrucción», pensó Silbermann. «¡Con lo fácilmente que esta situación podría invertirse!». Sin embargo, en ese momento se sentía el más fuerte, y estaba decidido a informarse, sin compasión.

—Normalmente viajo en segunda —dijo el hombre, como impelido a dar una explicación—. Pero me dijeron que no había sitio en segunda clase. Por eso viajo en primera.

«Así se pillan a un mentiroso», pensó Silbermann. «Si este hombre tuviera

un ápice de imaginación, no me vendría con semejante estupidez. En segunda clase hay tantos asientos libres como uno quiera. ¿Por qué ha respondido a mis preguntas? ¿Por qué miente? ¿Por qué justifica lo que se vuelve improbable de tan obvio? No es un estafador, es demasiado torpe para serlo. Sólo gente que está acostumbrada a decir la verdad comete tal torpeza cuando se ve obligada a mentir. ¡Un trabajador judío, por supuesto! ¡Mi primera impresión era cierta!».

Silbermann miró fijamente al otro.

—¿Es usted judío? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué cree eso? —preguntó el otro, perturbado, y pudo notársele cuánto le hubiera gustado levantarse y escapar de aquel interrogatorio, sólo que tal vez le faltara valor para hacerlo.

—¡Lo es! ¡Es usted judío! ¿Tiene ya algún destino? ¿Sabe adónde quiere ir?

Por un instante, el otro guardó silencio, pero luego preguntó de nuevo:

—¿De dónde infiere usted que soy judío? ¿Tengo acaso aspecto de serlo?

—No necesariamente —dijo Silbermann, que ahora no tenía duda alguna de su impresión, y, en su fuero interno, estaba muy orgulloso de sus habilidades psicológicas. Le sosegó tanto saber que su suposición era la correcta, que se dispuso a acomodarse de nuevo para dormir.

Aquellos preparativos, ya no relacionados con él, parecieron animar a su interlocutor.

—Asaltaron mi negocio —empezó diciendo, entre susurros. Luego se puso de pie de un salto y cerró la puerta, a pesar de que no había nadie en el pasillo—. Tenía una carpintería —continuó. Por un instante se detuvo y preguntó—: Pero, dígame, por favor, ¿cómo supuso que yo era judío? ¿Lo es usted?

En esa pregunta inevitable había esperanza y miedo.

—Transmitía usted tal nerviosismo... —dijo Silbermann.

—¿Es usted ario? —quiso saber el otro nuevamente. El hecho de que Silbermann no respondiera a su pregunta le hizo pensar en la posibilidad de haber encontrado a un compañero de desgracias.

—También soy judío —respondió Silbermann.

—Gracias a Dios —dijo el hombre, aliviado.

—¿Adónde piensa ir, pues? —preguntó Silbermann.

Era el turno del otro para mostrarse desconfiado.

—No quiero ir a ninguna parte —respondió, con gesto evasivo—. Sólo estoy viajando, sin más. Me recomendaron viajar en primera clase porque era más seguro, pero no ha sido un buen consejo. Llamo mucho la atención, lo noto. Volveré mañana a Magdeburgo. Seguro que para entonces el ambiente se habrá tranquilizado.

—¿No quiere marcharse al extranjero? —preguntó Silbermann.

—No, no —se apresuró a responder el otro—. Me quedo en Alemania. ¡Después de todo, soy alemán!

—Buenas noches —dijo Silbermann.

Por un momento tuvo la esperanza de que el otro le diera algún consejo útil, pero comprendía que no era posible reclamar confianza sin mostrar confianza, y él no se sentía proclive a dar tal paso. Intentó quedarse dormido, pero al cabo de unos minutos el otro empezó a hablar de nuevo:

—¿Ha podido rescatar su dinero? —preguntó en voz baja.

Silbermann gruñó unas palabras incomprensibles.

—En el caso de tener dinero... —dijo el hombre—... sería más fácil...

—¿Qué sería más fácil? —preguntó Silbermann, incorporándose, interesado, y encendió otro cigarrillo.

—Bueno..., eso...—dijo el otro, vacilante.

—No le entiendo del todo —comentó Silbermann, que en realidad creía entender perfectamente y veía renovadas sus esperanzas.

—Yo sólo he podido llevarme cien marcos, y con eso no se llega al extranjero... Si uno tuviera esa intención, claro.

—¿Quiere, entonces, marcharse al extranjero?

—¿Y usted?

—Tal vez. ¿Conoce alguna vía?

—Mire, no nos conocemos. Quiero decir que, aunque conociera una vía... ¿Entiende lo que le digo?

Silbermann sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Ante todo tendría que saber de qué se trata —dijo, adoptando la actitud del hombre de negocios—. Todo lo demás se podría arreglar.

El otro reflexionó un momento y miró a Silbermann, indeciso. Tenía sus dudas, pero reconocía que ahora, después de que él lo hiciera, su interlocutor

tendría que poner sus cartas sobre la mesa.

—Me han dado una dirección. Se supone que allí hay alguien que puede hacer algo. Pero, por lo que he oído, pide demasiado dinero. Además, es un nazi.

—Pero ¿cree usted que existe la posibilidad real de llegar al extranjero por medio de ese hombre? No sé si servirá en mi caso, por supuesto, pero me interesa el asunto de forma general.

—Se dice que, antes de llegar a la frontera, les quita a las personas todas sus pertenencias, cuantas cosas de valor lleven consigo. Con él está uno expuesto a su piedad o su impiedad. ¡Pero te lleva al extranjero!

—¿Y quién es... ese hombre?

—Eso no lo sé con exactitud; además, como ya le he dicho, yo a usted no lo conozco de nada...

Silbermann asintió.

—Es verdad que no —admitió—. Claro que podría proporcionarle la prueba sin dificultades; demostrarle quién soy y que también soy judío, pero no sé si...

—¿Qué no sabe?

—Si tiene sentido.

—Oh —exclamó el otro con ímpetu, y se le notó que, tras haber revelado tantas cosas, estaba ahora exigiendo una prueba de confianza—. De algún modo, podríamos ayudarnos mutuamente. Usted tiene dinero, y yo conozco una vía que yo mismo no podría usar si no dispongo de dinero. Podríamos complementarnos.

—Pero si, como usted dice, a uno lo saquean en la frontera, entonces a mí no me seduce nada su hombre.

—¿Es que lleva tanto dinero encima?

—No, por supuesto que no.

—Bueno, yo le he dicho todo lo que sé. ¡En cambio usted no me dice nada! ¿Es que no confía en mí?

—Sí, claro, pero como usted mismo recalcó hace un momento... apenas nos conocemos. Además, es bastante dudoso que pudiéramos sernos de utilidad si nos conociéramos mejor.

—Mi nombre es Lilienfeld, Robert Lilienfeld.

—Silbermann.

—En fin, señor Silbermann —dijo Lilienfeld, haciendo acopio de valor—. Me fío de usted, aunque sea porque le necesito con urgencia. Preste atención: los dos podríamos bajar del tren en Dortmund e ir a ver a ese hombre. Usted lo conoce gracias a mi mediación y paga por mí.

—Podríamos ir, claro. Y también le daría el dinero. Pero pagaría usted mismo.

—Estoy de acuerdo.

—Y dado el caso de que uno tuviera algún dinero más y necesitara que se lo envasen con posterioridad cuanto antes, ¿sabría usted cómo sacarlo?

—No puede usted llevar nada consigo —protestó Lilienfeld—. Bajo ningún concepto debe usted llevar encima más de diez marcos. De lo contrario, puede que nos detengan a todos por tráfico de divisas. Además, ya le dije: hay que contar con que ese hombre nos registre antes de cruzar la frontera. En el mejor de los casos, le quitaría su dinero.

—¿No sabe usted qué otras vías...?

—¡Ni idea! Pero no le diga a ese hombre que tiene usted dinero. No se esconda nada en el cuerpo. ¡Tampoco objetos de valor!

—Pero...

—¡Tiene uno que contentarse con poder salvar el pellejo!

—Ya, pero con el pellejo sólo no se puede vivir en el extranjero. ¡Se necesita dinero! ¿O se figura que a los judíos les dan de comer allí gratis?

—Ya encontraré un trabajo —le aseguró Lilienfeld, esperanzado.

—Hasta donde sé, los inmigrantes no pueden trabajar sin un permiso especial, y hasta que lo reciben, pueden llegar a morir de hambre.

—¡Ya se verá!

—No —respondió Silbermann con firmeza—. ¡Para mí no es una opción!

Lilienfeld se levantó de un salto.

—¿Y cómo voy a pagarle al hombre? —preguntó, exaltado—. ¡No tengo los doscientos marcos! ¡De ello depende mi vida! Si al menos hubiera viajado en tercera clase...

—¡Tranquilícese! —lo interrumpió Silbermann, irritado—. ¡Tendrá esos doscientos marcos! A cambio, me dará usted la dirección del hombre. Tal vez tenga que recurrir a él más tarde.

Lilienfeld arrancó una página de su cuaderno de apuntes y escribió con letras grandes y algo torpes el nombre y la dirección. Parecía haber ganado verdadera confianza en Silbermann. En todo caso, le entregó el papel a pesar de no haber recibido aún el dinero por la mediación.

—Hermann Dinkelberg, Bismarckstraße 23 —leyó Silbermann a media voz—. ¿Basta con esto? —preguntó—. ¿O tengo que dar la referencia de alguna otra persona?

—No es necesario. Diga solamente que quiere viajar al extranjero, y si él le preguntase por el dinero que tiene, dígame que doscientos marcos. ¡Puede dárselos de inmediato, porque seguro que le pasará al otro lado de la frontera!

Silbermann guardó el papel en el maletín y le entregó al otro tres billetes de cien marcos.

—Necesitará un poco de dinero —le dijo—. Si lo prefiere, podrá devolverme más tarde esos cien marcos.

—No, no —rechazó el maestro carpintero—. ¡Sólo necesito exactamente doscientos marcos! ¿Qué hago con el resto del dinero? Mañana por la tarde abandono Alemania. Después ya no podré deshacerme del efectivo, y si intento llevármelo, me meteré en aprietos. Es un gesto generoso de su parte, y bienintencionado, se lo agradezco. ¡Pero es preferible que se lo quede! —dijo, y le devolvió el billete sobrante.

—Es la primera vez que me pasa algo así —dijo Silbermann, negando con la cabeza.

—¡También a mí! Pero ahora es mejor que intentemos dormir un poco. Mañana me espera una caminata fatigosa. Un placer haberme encontrado con usted. Es un soplo de dicha entre tanta desgracia.

—Si fuera así siempre, la desgracia no duraría nunca tanto tiempo —dijo Silbermann en tono pesimista.

—No hay que desesperar —le respondió Lilienfeld, acariciando con cuidado su cartera—. Ya ve cómo me van las cosas...

—¡Usted tiene una situación envidiable! Puede moverse libremente. Yo, en cambio, tengo que cargar con mi dinero. Y eso, en las actuales circunstancias, es un lastre.

—Pues déjelo en Alemania.

—¿Y de qué voy a vivir en el extranjero?

—¡Tendrá que trabajar!

—¡He trabajado toda mi vida, amigo mío! Soy comerciante, y un comerciante no es nada sin un capital. Un trabajador lo tiene más fácil hoy en día.

—Ahí fuera tendrá que empezar de cero.

—Eso se dice muy fácil. No soy joven. ¡Y tengo que ocuparme de mi mujer y de mi hijo!

—Sí, sí —dijo Lilienfeld—. Es terrible... —Casi satisfecho, soltó un suspiro.

Silbermann se dio cuenta de que no se dormiría de nuevo tan fácilmente. Apartó a un lado las cortinas de su ventana y miró hacia fuera, contempló la luz pálida del próximo amanecer, estuvo observando un rato el paisaje, los campos pelados, los pequeños bosques, algunas casas aisladas, el cuadro monótono de aquella tierra llana en el otoño. Luego se estiró un poco y apagó la luz, pues ya había aclarado lo suficiente.

—¿Qué hora es? —le preguntó a su compañero de viaje, que tampoco se había dormido y mantenía sus grandes ojos pardos clavados en Silbermann, siguiendo con interés somnoliento cada uno de sus gestos.

—Las seis y media —respondió Lilienfeld.

—Estoy muerto de cansancio, pero no puedo dormir —le explicó Silbermann—. Tengo en la boca del estómago una sensación de catástrofe.

—Eso es por no haber tomado aún un café —dijo Lilienfeld y se dio la vuelta para intentar seguir durmiendo.

Silbermann volvió a mirar a través de la ventana.

«Ya he viajado alguna vez por estos parajes», pensó. «Fue cuando hicimos nuestro viaje de bodas».

Para distraerse, intentó evocar aquella época y las circunstancias de entonces. Lo habían ascendido recientemente a suboficial y le habían dado ocho días de permiso para la boda. Cinco días los había consumido en los preparativos. No partieron hasta la noche del sexto día. Recordaba todavía, con exactitud, los detalles, y hasta tenía vivo en la memoria el vestido que llevaba su mujer durante aquel viaje, su aspecto de entonces. Estaba muy nerviosa. Nunca después la vio reír y llorar tanto como durante aquel viaje. Había sido una manera de aferrarse el uno a la otra, casi de un modo obsesivo, según le parecía ahora. Pero las circunstancias no eran las favorables para un

inocente viaje de bodas. Estaban en guerra.

¡Los descabellados planes que había forjado Elfriede entonces! Pretendía no dejarlo regresar al frente, sino huir con él a Suiza. Sabía, sin embargo, que aquello era imposible, pero quería precisamente que la contradijeran y la consolaran. Él le prometió que la guerra no duraría mucho más, y entonces ella se puso a llorar: «Sí que durará», dijo. Eso lo incitó a explicarle de manera pormenorizada por qué los enemigos de Alemania estaban entonces más cerca del colapso o lo seguro que se estaba en un refugio subterráneo.

Ella acabó por creerle, y entonces todo fue maravilloso, pero el miedo al momento de la separación minaba cada momento de felicidad. Al final, como por un acuerdo tácito, sólo hablaron de los dos días que estaban por venir, que sólo les pertenecían a ellos; hablaron de lo que querían hacer, pero que luego no hicieron, ya que la boda era para ellos más importante que el viaje.

«Éramos tan felices e infelices al mismo tiempo, que no podíamos diferenciar bien un estado del otro», pensaba ahora Silbermann, lleno de sentimientos que se agolpaban y entremezclaban.

El último día había sido una tortura, y al final los dos quedaron a la espera del momento de tener que separarse. A Silbermann, en retrospectiva, no le parecía tan mal, porque entonces eran jóvenes, todavía podían confiar en el futuro, y a pesar de todo habían conseguido vivir el instante.

«Qué feliz era», pensó Silbermann, con una leve sensación de envidia de sí mismo.

Entonces salió del compartimento, dio un paseo por el pasillo y regresó, tomó asiento de nuevo y se puso a observar al carpintero, que se había quedado dormido y se movía ahora inquieto bajo su mirada, hasta que se despertó. Antes de abrir los ojos, su mano palpó el bolsillo del pecho donde guardaba el dinero y, probablemente, su pasaporte.

—¿Llegaremos pronto a Dortmund? —preguntó en voz baja.

—Tiene tiempo —respondió Silbermann—. Puede dormir tranquilamente.

Pero Lilienfeld se incorporó.

—No sé —dijo—. Me siento muy inquieto. Tengo una sensación extraña. Deberíamos tomar un aguardiente. Uno no está preparado para un acoso de esta índole. A esta hora, por norma, ya he barrido mi local y levantado la persiana. Como tuve que despedir a los oficiales, el negocio empezó a ir muy mal, y el aprendiz no llegaba hasta las ocho. ¡Vaya tipo tan torpe!

Lilienfeld miró entonces a Silbermann:

—Hablo mucho, ¿verdad?

—¡Qué dice! —respondió Silbermann—. Continúe, me sienta bien escucharle.

—Le dije a ese chico cientos de veces —continuó Lilienfeld— que no pusiera la mano en la tabla cuando pasara el cepillo. ¿Qué cree que hizo? ¡Al final un día el aparato se le resbaló! El mocoso estuvo un mes dando vueltas por ahí, sin poder trabajar. Pero ya podía uno decirle las cosas cien veces. No te escuchaba. ¡Por lo demás, era un buen chico! Tengo curiosidad por saber si va a encontrar un nuevo empleo como aprendiz. Todavía tengo que enviarle su certificado. Cuando le dije que me marchaba, quiso acompañarme. También es judío, por cierto... Estoy muy intranquilo, ¿sabe? He soñado con la guerra por primera vez en mucho tiempo. Estaba enganchado a una alambrada de espinos y me congelaba. ¡Qué sensación! ¡Ya le digo!

—Es que yo apagué antes la calefacción —le explicó Silbermann—. A mí, por cierto, estos últimos días también me han recordado la guerra. No es para extrañarse.

—¿No cree que deberíamos pasarnos a la segunda clase? —preguntó Lilienfeld—. ¿No estaremos más seguros?

—¡Bueno, si pasa el revisor y tiene usted un billete de primera clase se vuelve mucho más sospechoso!

—Pero rodeado de mucha gente uno se siente siempre más tranquilo. Al menos a mí me pasa... ¿Habrán gente de la policía secreta en el tren?

—No lo sé.

—Tal vez deberíamos bajarnos y continuar con el siguiente tren en tercera clase, ¿no?

—¿Y qué provecho piensa sacar de eso? No estará más seguro allí. En todo caso, alguien podría involucrarlo en una conversación, lo cual no se lo desearía... Además...

—... he pagado por ir en primera clase —dijo Lilienfeld, concluyendo decididamente la frase de Silbermann—. No había viajado en primera clase en mi vida. ¡Si al menos pudiera viajar tranquilamente en tercera clase hasta el final de mis días! —Miró a su alrededor en el compartimento, admirado—. Todo muy elegante —dijo—. ¡Pero muy caro! Para usted, seguramente, no es nada nuevo, ¿verdad?

—Normalmente he viajado siempre en segunda clase —respondió Silbermann, y en ese momento ni él mismo comprendía por qué había estado todos esos años viajando en segunda clase, teniendo en cuenta que un hombre como Lilienfeld viajaba en tercera—. También por mis socios en los negocios —añadió casi a modo de disculpa, frunciendo el ceño por la extrañeza que le causaba su propia explicación.

—Bah, ustedes lo tienen fácil —dijo Lilienfeld, anhelante—. Saben escurrirse de todo. ¿Es usted millonario?

Silbermann sonrió.

—No, no realmente —dijo.

—Pensé que sí. Tiene el aspecto. Tan tranquilo. Los ricos suelen tener caras serenas y sin arrugas, ¿no cree?

—Bueno, hay diferencias, del mismo modo que hay preocupaciones de distinta índole. Si no se tienen unas, se tienen otras. ¿Acaso estoy ahora en una situación mejor que la suya?

—¡Ahora tal vez no, pero normalmente sí! Y me alegro por usted. ¡No siento envidia de nadie! A lo sumo de mi hermano, que está en Sudamérica. Él sí que consiguió salir de Alemania y gana ahora muy buen dinero. Pero también pasó por lo suyo. Todos lo tenemos difícil. Usted seguramente también... Me alegra que sea usted un hombre rico. ¿De dónde hubiera sacado yo, si no, los doscientos marcos?

—¡A mí me han robado doscientos mil marcos, si cuento mi casa! —dijo Silbermann, más para sí mismo que para su interlocutor.

—Doscientos mil marcos —dijo el otro, suspirando—. Y yo pensando que no debí pedirle esos doscientos marcos a cambio de una simple dirección. Pero ¡doscientos mil marcos! ¿Cómo debe sentirse? Me lo imagino. Yo también habré perdido unos cinco mil o seis mil marcos, que era el valor de mi negocio. En fin. Tiene que ser espantoso. Hubiera sido mejor, en ese caso, no tener nada, me parece. ¡Y todavía pretendía usted regalarme cien marcos extra! Eso demuestra que es usted una persona noble. Pero piense también que ahora eso ya no importa.

—Tal vez —dijo Silbermann, esforzándose por contener una sonrisa.

—Pero usted lo hizo con buena intención —dijo Lilienfeld—. Tiene usted que estar desesperado, si ha perdido doscientos mil marcos... ¡Creo que me mataría!

Silbermann negó con la cabeza.

—No es tan importante la cantidad de dinero —dijo—. También usted ha perdido su negocio...

—Sí, mi bonita tienda —lo interrumpió Lilienfeld con tono nostálgico—. Tenía dos escaparates, ¿sabe? Pequeños, claro. ¡Pero resultaban muy útiles! ¡Hice hasta asientos para la iglesia, a pesar de ser judío! ¡La comunidad judía, por cierto, me debe todavía trescientos marcos!

Por un instante, Lilienfeld pareció quedarse absorto en sus pensamientos.

—¡Todo perdido! ¡Todo a la vez! Me rompieron los cristales de los escaparates, y el dueño del edificio me rescindió el contrato de alquiler. Y luego hasta querían arrestarme. ¡Si al menos hubiera podido cargar con mis herramientas! Se lo llevaron todo, todo...

Lilienfeld apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Ni siquiera pude llevarme el traje de domingo! —añadió con voz sorda.

—Ya ve, no estoy peor que usted —dijo Silbermann, retomando el hilo de la conversación—. No hay una gran diferencia entre perder doscientos mil marcos o el propio negocio. Yo sólo pude salvar un poco de dinero.

Lilienfeld alzó la vista.

—¡Pero eso le dificulta ponerse a resguardo!

Al parecer, no le cabía en la cabeza aceptar que el otro estuviera en una situación menos lamentable que la suya.

—A resguardo —dijo Silbermann—. ¡Sin dinero no hay resguardo que valga!

—Pero ahora el dinero tampoco le asegura nada. Al contrario, le pone en peligro.

—Todo tiene dos caras —admitió Silbermann, soltando una carcajada—. Me parece muy original que estemos aquí compadeciéndonos mutuamente y tratando de convencernos de que el otro está en una situación peor, como si eso fuese un consuelo.

—Bueno, yo no le compadezco en absoluto —replicó Lilienfeld—. ¡En absoluto! A usted siempre le ha ido bien, a mí no. He pasado por muchas cosas. ¡Pero también por eso ahora para mí es más fácil!

—¿Se da cuenta? —dijo Silbermann, riendo—. ¡Para usted es más fácil!

—Bueno, no hace falta que se ría. Las cosas son así. Yo no he perdido doscientos mil marcos, y tampoco necesito pasar dinero a través de la frontera. ¡Estoy la mar de contento por eso!

—Es usted una persona simpática —dijo Silbermann, sonriendo satisfecho—. ¡Lo es, de veras!

—Usted tuvo siempre una buena situación, ¿cierto?

—No es tan sencillo responder a esa pregunta. En cierto sentido, tiene usted razón, pero, de otro lado, también yo participé en la guerra.

—La guerra no tuvo nada de bueno —admitió Lilienfeld—. Pero tampoco fue tan terrible. ¡Éramos siempre muchos! Ahora, en cambio, estamos solos. Ya no hay nadie que imparta instrucciones, ni tampoco un orden al que atenerse. Tiene uno que andar, pero nadie te indica el camino. Vivimos bajo coacción, peor que cuando gobernaban los prusianos. ¡La guerra no tuvo nada de bueno, claro que no! Pero éramos soldados. Un soldado entre otros soldados. ¡Ahora no somos más que inmundos judíos y los otros son arios! Ellos viven en paz y a nosotros nos acosan. Sólo a nosotros. ¡Eso es lo terrible! Los demás carpinteros siguen viviendo como antes y hacen sus negocios. ¡Yo, en cambio, tengo que largarme! ¡Eso es! ¡La guerra era una vivencia terrible, pero no sólo para nosotros, no sólo para mí! Había una comunidad. Nos incumbía a todos.

—¡Pues alégrese de no pertenecer ahora a esta nueva «comunidad»! No es posible concebir una peor, más estúpida y brutal. Una buena minoría será siempre mejor que una mayoría mala.

—¡Eso dirá usted! Pero yo estuve sentado en mi tienda viéndolos desfilarse con sus banderas y su música. En algunos momentos tuve ganas de llorar. Se lo aseguro. Todos eran antiguos conocidos míos. Toda la asociación de veteranos, el club de skat, el gremio. Todos antiguos amigos. Y uno se ve de pronto solo. Nadie quiere tener nada que ver contigo, y cuando te tropiezas con uno en la calle, es preferible que tú mismo desvíes la mirada para no tener que ver cómo la desvía el otro. Por eso no me atrevía a ir a ninguna parte. Siempre pensaba que me encontraría con alguien y volvería a sentir esa desazón. Con alguno fui a la escuela, con otro solía estudiar, alguno era de la misma peña... ¿Y ahora? ¡Ahora uno se ha convertido en aire! ¡Un aire pestilente!

—¡Eso recaerá en los otros!

—Da igual en quién recaiga. He sido yo el que ha pasado por esa tortura. Me han pintado el escaparate una docena de veces con consignas como «Itzig»³ o «Judío», y luego he tenido que borrarlas con todo el vecindario viendo la escena. Y la mayoría de las veces lo hizo Willi Schröder. En una ocasión llevé a su padre a juicio, porque no quería pagarme. Uno no es un estúpido. Y esas cosas no pasan sin dejar consecuencias. ¿Qué va a ser de todo esto? ¡Dígame! Uno no podrá librarse más de esa sensación que ya se ha instalado ahí. Si yo fuera un judío practicante, diría: «Me importa un bledo». Pero no lo soy. ¡Estuve en la guerra! ¡Que no me venga nadie con cuentos! Uno, además, se vuelve hipersensible y en todo huele alguna canallada. Pero lo único que uno quiere es tener tranquilidad y hacer su trabajo, tomarse una cerveza por las tardes, jugar una buena partida. Como todo el mundo. Nadie puede venirme con cuentos acerca de las pruebas y del pueblo elegido. Todo eso me importa un comino. ¡Soy carpintero, y eso me basta! ¡Pero ahora tienes que dejar que te traten como a un asesino o a un ladrón! ¡Sólo falta que te escupan!

Lilienfeld miró hacia delante con expresión triste.

—Y todo porque uno es más razonable —dijo a continuación, convencido y aliviado.

Parecía esperar que Silbermann le diera unas palmaditas de aprobación en el hombro y le dijera: «¡Ánimo, Lilienfeld, ánimo!»). Pero Silbermann, al que el relato del otro había conmovido intensamente, no pudo sino reír con sorna por aquella conclusión tan ingenua.

—¡Qué ganas de tomar un café! —anunció Lilienfeld, tras haberse explayado, temiendo quizá sumirse en un estado de melancolía—. ¡En la próxima estación voy a bajar sin falta a tomar un café! Y un aguardiente. Estoy acostumbrado. Por cierto, ¿cuándo abren el vagón comedor?

—No sé, creo que sólo lo acoplan en Dortmund. Podríamos caminar por el tren y echar un vistazo.

Ambos se levantaron y salieron al pasillo. Delante del compartimento de al lado vieron a un hombre de pie junto a la ventana. Con un gesto de cortesía, entró de nuevo a su compartimento para hacerles sitio, y ellos pasaron de largo.

—Ojalá que no haya oído nuestra conversación —dijo Lilienfeld, cuando

ya el hombre no podía oírlos—. Habló usted muy alto. Uno tiene que ser precavido. Me han dicho que estos trenes están llenos de espías.

Cruzaron todo el vagón de segunda clase, que estaba unido al de primera y cuyo pasillo estaba desierto. Luego atravesaron dos vagones dormitorio en los cuales sólo se tropezaron con un miembro de la tripulación y llegaron finalmente a un vagón de tercera clase. El pasillo estaba lleno de gente fumando, charlando o mirando por la ventana.

Lilienfeld se detuvo en el empalme entre los vagones, que se movía de un lado a otro bajo sus pies, y sostuvo a su acompañante por el brazo.

—Yo no sigo —le dijo en un susurro—. ¡Hay muchos arios aquí!

—Pero ¿por qué ese miedo? —le preguntó Silbermann.

—¿Por qué? Ayer mismo me asaltaron la tienda. Pase usted por todo lo que he pasado yo. ¡Pensará distinto entonces!

—¡Tonterías! —respondió Silbermann—. Uno sólo necesita seguir su camino tranquilamente. A usted no se le nota que es judío.

—¡Usted, en cambio, lo vio enseguida!

—Sólo porque se mostraba muy inseguro.

—En fin, yo me doy la vuelta —anunció Lilienfeld—. ¡No necesito poner a prueba mi coraje por una taza de café! Es bonito ser valiente, pero más vale la tranquilidad.

—¿Qué puede ocurrirle?

—No lo sé. Basta con que se encuentre uno con algún conocido y se ve en un problema. No creo que me encuentre con ninguno, pero ¿y si ocurriese?

Se dieron la vuelta.

—No le entiendo —le dijo Silbermann mientras regresaban—. Antes quería viajar en tercera clase para estar entre otras personas.

—Es una psicosis mía —dijo Lilienfeld, explicándose—. Siento como si estuviese marcado... Creo, además, que los judíos tienen prohibido entrar en los vagones comedor.

—Nos tienen prohibido hasta vivir —respondió Silbermann—. ¿Se atenderá usted a ello?

Lilienfeld no volvió a hablar hasta que estuvieron de vuelta en el compartimento.

—A veces me siento desalentado —dijo, algo avergonzado de su propia

explicación—. Había días en que ni me atrevía a salir de mi tienda, del miedo que tenía a que me agredieran o insultaran. Aunque el negocio iba mal, ni siquiera salía a buscar nuevos encargos. ¿Sabe? A veces tengo la sensación de que ya nada se arreglará. ¡Nada!

—Bueno, bueno —dijo Silbermann, dándole ánimos—. Su magnífico optimismo de hace un rato me gustaba muchísimo más. ¡No se venga abajo ahora! En la guerra pasó usted seguramente por situaciones más peligrosas. Pero fue afortunado, salió sano y salvo de esa experiencia. Tal vez dentro de una semana tenga usted un nuevo empleo en el extranjero, y habrá dejado todo esto atrás. ¡No decaiga ahora, querido! ¡No se desanime! Mire siempre de frente al objetivo, y lo conseguirá. ¡No puede darse el lujo ahora de caer en la impotencia! ¡Sólo más tarde, una vez digerido, podrá ponerse melancólico!

—Tiene razón —dijo Lilienfeld mucho más sereno—. ¡Si quiere, podemos volver!

«Qué poder tan grande el de las palabras vacías», se dijo Silbermann, quien en absoluto se sentía del modo en que le había hablado a su compañero.

—No, no —dijo—. Dejémoslo. No deja de tener razón. Es probable que pronto pase un camarero, de lo contrario tomaremos juntos una taza de café en la próxima estación.

—¿Cree que lo lograré? —preguntó Lilienfeld, otra vez muy afligido.

—¿Qué?

—Quiero decir: ¿lograré cruzar la frontera? ¿No me atraparán? Es igual de probable que, estando del otro lado, caiga en manos de algún gendarme y me envíen de vuelta. En ese caso, me quitaré la vida.

—Caramba —dijo Silbermann con fingido vigor—. ¡Deje ya esos titubeos! Y no coqueteo más con ideas descabelladas. Si no le sale bien a la primera, le saldrá bien a la segunda. ¡De verdad que no le entiendo!

—¿No tiene usted miedo? —dijo Lilienfeld, defendiéndose.

—Sí, claro que lo tengo. ¡Pero no me dejo vencer por él! —respondió con rotundidad.

CAPÍTULO 5

Con paso inquieto, Silbermann caminaba de un lado para otro en la oficina de Correos. Esperaba la conferencia telefónica que había pedido. Para no resultar sospechoso, se esforzaba por mostrar una expresión serena y bienhumorada.

Había llegado a Aquisgrán hacía una hora, había dejado su maleta en consigna y se había llevado el valioso maletín, que ahora portaba bajo el brazo. Cuando Lilienfeld se separó de él en Dortmund, dándole las mayores muestras de apoyo, le había quedado tiempo para escribir una larga carta a su esposa y otra a su hermana en las que se limitaba a la información más esencial. Además, había mandado un telegrama a su mujer para tranquilizarla.

«Al menos he puesto algo de orden en mis asuntos», pensó Silbermann mientras daba paseítos, y le pareció agradable y tranquilizador el hecho de haberlo hablado todo por carta, a pesar de no haber solucionado nada.

Ahora llevaba diez minutos esperando esa llamada, y poco a poco empezaba a llenarse de temor. Pensó que quizá su hijo no estuviera en el hotel, o a lo mejor habían decretado alguna nueva disposición relacionada con las llamadas al extranjero y estarían dando parte a la policía.

«¿Qué hago si me detienen y me preguntan por el propósito de la llamada? Tal vez me registren, y entonces encontrarán el dinero. Resultaría más que sospechoso, sobre todo estando en una ciudad cerca de la frontera. “¿Para qué necesita aquí cuarenta mil marcos?”, me preguntarán. ¡Me confiscarán el dinero y me enviarán a un campo de concentración!».

Su miedo lo contrariaba, y culpaba de ello a Lilienfeld. Para recuperar su mohín despreocupado, empezó a tararear algo.

En ese momento, el empleado de Correos le hizo una seña para que se acercara. Era un gesto muy amable de su parte. Aunque estaba delante de él,

podía haberle gritado, con aires de importancia: «¡La llamada a París!». Muchos ojos se habrían vuelto entonces hacia él.

Silbermann entró en la cabina, se llevó un cigarrillo a la boca y se disponía a encenderlo cuando recordó que habría de mantener la puerta abierta durante la conversación para que el humo saliera. No arrojó la cerilla hasta que se hubo quemado los dedos.

—¿Sí?—dijo Eduard—. ¿Papá?

—Sí, buenos días. ¿Cómo estás? Acabo de quemarme los dedos con una cerilla.

—¿Cómo estáis vosotros? ¡Estaba muy preocupado!

—Estoy en Aquisgrán —le informó Silbermann, con tono significativo—. Mamá está en Küstrin, con el tío. ¿Tienes por fin el permiso?

—¡No! No lo tengo. No lo dan tan rápido. Y es poco probable que lo consiga pronto. Lo he intentado todo, pero... Bueno, me alegra que hayáis..., que hayáis conseguido... Me alegra poder oír tu voz.

—Pues es probable que no vuelvas a oírla tan a menudo.

Con la cara compungida, Silbermann se frotó el índice quemado contra el frío metal de la cabina telefónica.

—¿No podrías viajar a Bélgica, papá? ¿O tal vez a Holanda? Allí podrías esperar.

—Imposible. Mi única esperanza era realmente que tú lo hicieras posible. Pero tú no eres el Estado francés. Eso lo entiendo. Seguro que has hecho cuanto estaba en tu mano.

—Lo seguiré intentando una y otra vez. Tal vez lo acabe consiguiendo en algún momento. Pero me alegra que estés en Aquisgrán.

—Bueno, no es motivo para alegrarse.

Pensativo, Silbermann contempló su dedo quemado. Le dolía tremendamente, y a pesar de todas las demás calamidades, ese dolor acaparaba buena parte de su atención.

—Sí, señorita, la conversación no ha acabado... En fin, Eduard. Vamos viendo..., ¿sí? Que todo vaya bien... Te mandare un par de muestras.

—¿Qué muestras?

—Pues eso, muestras —dijo Silbermann con voz enérgica.

—No te preocupes, papá. Todo va a salir bien, de un modo u otro.

—Esperemos que sí. Me duele tanto el dedo, que estoy contentísimo.

—Pareces muy confiado, cuando...

—Tonterías. Uno puede tener preocupaciones y dolores al mismo tiempo. Crees entonces que no hay demasiadas posibilidades, ¿verdad?

—¿De qué?

—De obtener el permiso, claro. ¡No seas tan estúpido!

—Posibilidades puede haber alguna, pero...

—Está bien. ¡Veo que no debo hacerme ilusiones! ¡Sin embargo, para mí todo depende de eso! ¡En fin! *Adieu!*

—Hasta pronto, papá. Yo haré...

—Hasta luego.

Silbermann salió de la cabina telefónica. El dolor del dedo había disminuido. De repente, a pocos metros, apareció un hombre.

«Ah», pensó con tranquilidad, casi con indiferencia. «¡Ha llegado la hora, van a detenerme!».

—¿Dónde está la salida? —le preguntó el hombre.

—A mano derecha —respondió Silbermann, sin pensar, sin saber. Simplemente, creyó en la necesidad de librarse de inmediato de aquellos ojos que lo miraban con expresión pensativa.

Caminó hasta un banco y se sentó. Todo el desaliento se apoderó en ese momento de él.

«Esto va mal, por supuesto», pensó. «¿Cómo pude creer que lo lograría? No lo entiendo».

Se apoyó en el respaldo del banco y miró con indiferencia y desinterés a las personas que lo rodeaban.

«Aquí estamos», pensó. «En Aquisgrán, con cuarenta mil marcos, cuarenta y un mil incluso, con las manos llenas, como suele decirse, pero sin salida, sin ninguna meta».

Le asombraba haber esperado algo de aquella llamada. «Si al menos le hubiera infundido algo de ánimo», pensó. «Pero justo en ese momento tuve que quemarme el dedo. ¿Cómo pude pensar que Eduard conseguiría algo? Lo mejor hubiera sido dejarme arrestar, como los demás. Es probable que en una celda uno tenga más tranquilidad que en libertad. Por lo menos se puede dormir y descansar. De este modo está uno en tensión, se viene abajo de

nuevo, corre de un lado para el otro y no avanza un paso».

Silbermann se puso de pie y abandonó la oficina de Correos. Se dirigió a un quiosco y compró cuatro periódicos distintos. Entró a una pequeña taberna, pidió una cerveza y fue hasta el lavabo. Una vez allí, desplegó los periódicos que acababa de comprar, sacó de su cartera cuatro billetes de mil marcos y puso uno entre las páginas de cada periódico; luego plegó de nuevo las páginas, se las metió en el bolsillo y regresó al local. Llamó al camarero, pagó la cerveza y fue a una papelería, donde se hizo de cinta adhesiva, y preparó para el correo los periódicos que pretendía enviar a la dirección del hotel de Eduard. A continuación, regresó a Correos y entregó su envío en uno de los mostradores.

Cuando hubo concretado el plan que había concebido con gran cautela y astucia mientras hablaba con su hijo, se apresuró a abandonar la oficina de Correos y regresar a la estación de tren. Decidió que viajaría a Dortmund y probaría allí su suerte con aquel traficante de personas del que Lilienfeld le había hablado, el tal Dinkelberg. Esta vez sacó un billete de segunda clase, pues creía que estaría más seguro en ella que en cualquier otra. Llamaría menos la atención, ya que la idea de que eso pudiera ocurrir se había convertido, entretanto, en una terrible obsesión. Tampoco podía dejar de pensar en la manera de dar a su aspecto una apariencia inofensiva por medio de su actitud y sus ademanes. Tenía la sensación de que su inquietud interior se translucía de algún modo.

Su tren partió unos pocos minutos después de que comprara el billete. En su compartimento viajaban varios oficiales, pero él no les prestó demasiada atención, ni a ellos ni a su conversación, sino que se quedó dormido al instante. Se despertaba sobresaltado cada vez que el tren se detenía, averiguaba el nombre de la estación y volvía a dormirse.

—¿Adónde se dirige? —le preguntó finalmente el capitán que iba sentado a su lado.

—A Dortmund —respondió Silbermann.

—Pues duerma tranquilamente un rato más, le despertaremos cuando hayamos llegado.

—Muy amable —agradeció Silbermann.

«Muy amable», pensó mientras se dormía otra vez.

Más tarde, cuando lo despertaron, se puso a gritar muy alterado:

—¡Mi maletín! ¡¿Dónde está mi maletín?!

Los oficiales rieron.

—Lo tiene al lado —le dijo el capitán, un hombre de aspecto satisfecho y bien alimentado—. ¿No llevará usted consigo todo su patrimonio, verdad?

—No, claro que no —se apresuró a contestar Silbermann—. Sólo papeles. Papeles muy importantes, por cierto.

—Un correo secreto que se duerme —bromeó un teniente.

—Jajajaja —rio Silbermann, esmerándose—. Bueno, estando rodeado de oficiales alemanes, un correo secreto puede echarse tranquilamente a dormir. Pero yo soy sólo un comerciante. Muchas gracias, caballeros. *Heil Hitler!*

Silbermann abandonó el compartimento. Cuando ya estaba en el andén, oyó una voz que lo llamaba:

—¡Oiga! ¡Oiga, señor correo!

Aterrorizado, se dio la vuelta.

—Ha olvidado usted su maleta —dijo el teniente riendo, y se la alcanzó a través de la ventana.

Silbermann la cogió al tiempo que le daba las gracias.

—Estoy tan distraído —dijo, a modo de disculpa.

—Y eso que es usted un correo secreto —respondió el teniente.

«Un tipo simpático», pensó Silbermann, mientras veía alejarse el tren. «Todavía hay gente así: gente sin prejuicios, normal, inofensiva. Lo había olvidado. Éste, quizá, no me habrá tomado por un judío, seguro que no».

A continuación, recogió su maleta del suelo.

«Es verdad que debo serenarme», pensó, y sus manos agarraron convulsivamente las asas de la maleta y del maletín. «Que débil y agotado me siento. Es para volverse loco».

Silbermann entró en la sala de espera de tercera clase. Aunque allí llamaba un poco la atención, se dirigió a la cantina y pidió una cerveza. Se bebió el contenido del vaso de un trago y un poco de líquido se derramó encima de su abrigo. Con el pañuelo, se enjugó primero la boca e intentó luego secar la cerveza vertida sobre la prenda. Pidió otra cerveza, la bebió y dio un animado golpe con la palma de la mano sobre el mostrador.

—Todo saldrá bien —dijo en voz alta, lleno de confianza.

—¿Qué? —le preguntó el dependiente.

—Póngame otra cerveza, joven —pidió Silbermann con voz enérgica.

Entonces miró a su alrededor, deseoso de hacer algo. Proyectó el mentón un poco hacia delante y pensó: «Debí ir a ver a ese Dinkelberg de inmediato. Ese hombre puede ser útil. Estoy seguro».

En eso le sirvieron la cerveza. Silbermann cogió el vaso, bebió un trago y lo dejó de nuevo encima del mostrador, levemente repugnado.

—¿Qué le debo? —preguntó.

—Un marco veinte.

Silbermann pagó y se marchó. Había perdido toda su confianza. Tenía un sabor ácido en la boca y ganas de vomitar. Recordó que no había almorzado nada, y se censuró a sí mismo por la estupidez de tomar cerveza con el estómago vacío. Al llegar al vestíbulo de la estación se dirigió, como si fuera algo obvio, a la consigna para dejar su maleta.

«Si pudiera irme ahora a un hotel y dormir diez horas seguidas», se dijo, añorante, mientras salía de la estación. «Podría pasarme días acostado si me dejaran». Estaba convencido de ello.

Silbermann se detuvo delante de un hotel y pensó un instante en entrar. «Mejor no», se dijo. «¡No puede ser! No puedo flaquear ahora, antes de conseguir mi objetivo. Porque esto no es sólo una huida, es una carrera contra la desesperación».

Poco después se vio ante el edificio de la Bismarckstraße en el que, según los datos ofrecidos por Lilienfeld, vivía Dinkelberg. Llamó.

«Habría sido más sensato venir con el pequeño Lilienfeld», pensó.

Le abrieron.

—¿Vive aquí un tal señor Dinkelberg? —preguntó.

La anciana que le había abierto la puerta negó con la cabeza.

—¿Vivía aquí! —dijo—. Pero ayer lo arrestaron.

La señora lo examinó como si lo tomara por un cómplice. Silbermann se sintió muy incómodo.

—Vaya —exclamó—. ¡No me diga! Lo han arrestado. ¿Quién lo hubiera pensado?

«¿Cómo se comporta uno en estos casos?», pensó, desesperado. «Puede que ahora también yo sea sospechoso».

—Pues yo sí que lo pensé —dijo la anciana—. ¡Con las cosas que estaba

haciendo, nada podía acabar bien! Todos los días tenía a una mujer distinta en su habitación, y luego las borracheras. ¡Vinieron cuatro policías! ¡Cuatro! Siempre me pregunté de dónde sacaba tanto dinero si no trabajaba. Un hombre tan joven. ¡Lo robaría!

—Ah, ¿no sabe por qué lo han arrestado? —preguntó Silbermann, al tiempo que pensaba: «Un hombre joven. Yo me había imaginado un cincuentón. Qué raro».

La anciana le clavó una mirada de desconfianza.

—¿Cómo iba yo a saberlo? ¡Vaya a la policía e infórmese allí! —dijo la anciana y cerró la puerta de un golpe.

Cohibido, Silbermann se quitó de nuevo el sombrero y se alejó rápidamente de allí, dobló en tres o cuatro bocacalles hasta que, por fin, se detuvo.

«Y para esto he venido hasta Dortmund», pensó. «Todo parece estar maldito. Apenas salta una chispa de esperanza, y ya... ¿Qué habrá sido de Lilienfeld? Ese pobre hombre debe de estar desesperado. Ahora mismo las cosas no le van mejor que a mí».

Silbermann sintió vértigo, percibía cierto zumbido en los oídos.

«He caminado demasiado rápido», pensó. «Debo tomar un respiro en algún sitio».

Entró a un restaurante y se sentó a una mesa. Pidió algo de comer y solicitó, en un último y descabellado atisbo de esperanza, otra llamada telefónica a París.

«Tal vez, entretanto, algo haya cambiado por allá», se dijo.

Cuando le sirvieron la sopa, se lanzó a devorarla, pero después de varias cucharadas tuvo la sensación de no poder tragar ni un bocado más. Encendió un cigarrillo, dejó que se consumiera en el cenicero y se obligó a acabar el plato.

Cuando el camarero le anunció que su llamada a París estaba en espera, se levantó de un salto y, frotándose las manos, con el ceño fruncido del que tiene infinidad de preocupaciones, se dirigió a la cabina de teléfono.

«Si no queda otra opción, lo llamaré todos los días», decidió. «Que experimente el mismo desasosiego que experimento yo, así se esforzará. El que vive en paz no puede imaginar lo que es la guerra, eso ya se sabe. ¡Pero haré que se mueva!».

—¿Sí? —gritó—. ¿Qué noticias hay?

—Pero, papá. ¡Han transcurrido un par de horas, es imposible que haya cambiado nada decisivo! Acabo de hablar con un hombre muy influyente que quiere dar el visto bueno a la solicitud. Luego estuve otra vez en el ministerio de Exteriores, pero necesitamos paciencia. Tienes que recordar que allí llegan miles de solicitudes. Y los demás también tienen que esperar. No se puede hacer nada.

Silbermann colgó el auricular sin decir una palabra.

—Por supuesto —dijo a media voz—. Palabrería... Nada más que palabrería.

En un gesto de cansancio e indiferencia, se encogió de hombros.

Después de comer, se puso a buscar una habitación. Se le había metido en la cabeza que sería más sencillo alojarse en alguna pensión privada que en un hotel. Creía que en una pensión privada podría posponer algo más el momento de cubrir el formulario para la policía. Se detuvo entonces delante de un edificio en cuya pared podía leerse un cartel con el siguiente anuncio: «Se alquilan habitaciones amuebladas». Entró. La portera le indicó que subiera a la tercera planta, y Silbermann trepó por las escaleras con cierto esfuerzo. «Susig», podía leerse en el cartel fijado a la puerta del piso. Silbermann tocó el timbre. Le abrió la puerta un anciano vestido con una bata con hombreras y pantuflas de fieltro. Observó a Silbermann con detenimiento, se sacó la pipa de la boca y preguntó:

—A ver. ¿Qué quiere?

—¿Alquila habitaciones amuebladas? —preguntó Silbermann.

—Yo no —respondió el anciano con tono digno—. De eso se ocupa mi mujer.

Dicho esto, volvió a meterse la pipa en la boca, se dio la vuelta y dejó allí a Silbermann, sin cerrar siquiera, como si dejase a criterio del visitante la decisión de entrar o de quedarse en la puerta. Silbermann se decidió por lo segundo. Vio al anciano atravesar con paso lento un largo pasillo y desaparecer luego en una habitación. Silbermann aguardó. Pero un minuto después de que el anciano se hubiese marchado, aún no venía nadie. Finalmente, llamó al timbre otra vez.

La puerta por la cual había desaparecido el viejo se abrió de nuevo, y una vez más el anciano se acercó arrastrando los pies.

—¿Su mujer no está? —preguntó Silbermann, de mal humor—. ¿O acaso ya está alquilada la habitación?

El viejo carraspeó.

—Para serle sincero, no tengo ni idea —respondió con una agradable voz de bajo.

—Pero ¿no podría usted llamar a su mujer? —preguntó Silbermann, ahora con voz más enérgica.

—No nos hablamos —le explicó el anciano, en tono de confianza—. En cualquier caso... Es posible que ella misma se asome si lo oye llamar al timbre otra vez. ¡Si es que está, claro!

El viejo se dio la vuelta nuevamente y, con paso tranquilo, regresó a la habitación.

—¡Señor Susig! —gritó Silbermann, que empezaba a dudar de que aquel hombre estuviese en su sano juicio.

El viejo Susig se dio la vuelta.

—En cualquier caso... —dijo.

Silbermann, ahora totalmente convencido de que estaba hablando con un enfermo mental, negó con la cabeza.

—Bueno, me marchó —dijo—. Pero tal vez regrese.

—Es muy posible que mi mujer vuelva pronto —le explicó el señor Susig, mostrando ahora un poco más de diligencia—. Tal vez haya salido a hacer la compra... En cualquier caso... Si quiere usted volver...

—¿No podría mostrarme la habitación?

—La verdad es que yo no me ocupo de ese asunto —fue la respuesta, algo vacilante—. Pero en cualquier caso... Si quiere usted acompañarme...

Silbermann lo siguió. Caminaron a través de un comedor enorme en el que faltaban una estantería y un aparador, por lo que a Silbermann le causó la impresión de que estaba vacío. Llegaron entonces al pasillo trasero y se detuvieron por fin delante de una recámara.

—No es demasiado grande —le dijo, preparándolo, el señor Susig—. Pero en cualquier caso...

El anciano abrió la puerta.

«Un cuarto de criada», comprobó Silbermann, algo indignado.

Con expresión reflexiva, el anciano contempló la habitación que tan bien

conocía.

—Y bien —dijo por fin, con tono digno—. En cualquier caso...

—Me quedo con el cuarto —respondió Silbermann.

El anciano asintió, en gesto de aprobación.

—Pero tendría que hablarlo con mi mujer —dijo—. Si pretende quedarse hoy mismo, son cuarenta marcos mensuales. Puede pagar por anticipado. Sería lo habitual.

A Silbermann le pareció desproporcionadamente caro, pero sacó la cartera sin rechistar.

—¿Tiene cambio para cien marcos? —preguntó.

El viejo cogió el billete, lo examinó cuidadosamente y respondió:

—Ahora no. En cualquier caso...

Acto seguido, metió el billete en el bolsillo de su bata y abandonó la habitación. Silbermann se tumbó en la cama dura y estrecha que ocupaba la mitad del cuarto.

«Vaya pájaro», pensó... «En cualquier caso...». Rio. «¿Veré alguna vez esos sesenta marcos?», se preguntó. No le importaba tanto el dinero, que, en lo esencial, había perdido valor para él; le interesaba más el comportamiento del anciano con él. Al cabo de unos instantes, se quedó dormido.

Soñó con un anciano que viajaba sentado frente a él en un tren y lo observaba fijamente, hasta el punto que Silbermann empezó a temer que el otro supiera algo negativo sobre él. Entonces el viejo empezó a crecer y a crecer, y de pronto se transformó en Becker, que hacía gestos amenazantes dirigidos a su persona.

Llamaron a su puerta. Aturdido por el sueño y por el susto, Silbermann permaneció acostado.

—¿Quién es? —preguntó por fin en voz baja.

—La señora Susig.

Silbermann se levantó y abrió. Vio a una mujer vestida con ropas muy sencillas que, tras disculparse varias veces por la molestia que pudiera causarle, entró al cuarto.

—Quería devolverle los sesenta marcos —dijo—. Y también quisiera pedirle que rellene este formulario. Puedo traérselo más tarde, si lo prefiere. Espero que le guste nuestra casa. El lugar es muy tranquilo, y todos nuestros

inquilinos son gente discreta.

—Es una pena que no tenga libre una habitación más grande —dijo Silbermann—. Ésta es muy estrecha.

—Si hubiese llegado anteayer, tendría una bonita habitación delantera con balcón. Pero se la hemos alquilado a un señor del Partido.

Silbermann guardó silencio.

—¿Es usted berlinés? —quiso saber la señora.

—Sí —respondió él.

—Se le nota en la pronunciación. Por cierto, mi marido puede ir a buscarle el equipaje a la estación. Veo que...

—De eso nada, cómo iba a causarle esa molestia —se apresuró a responder Silbermann.

—No es molestia, de verdad.

—No, no, se lo agradezco. Iré yo mismo.

La mujer echó una ojeada alrededor.

—Le traeré toallas limpias —le prometió—. ¿A qué hora quiere desayunar? Los demás señores desayunan a las siete y media.

—También yo... ¿Cuánto cuesta el desayuno? —preguntó a continuación, a fin de parecer un inquilino normal.

—Está incluido. ¿No se lo ha dicho mi marido?

—No me acuerdo. Tal vez me lo dijo y no lo escuché. En fin, yo también desayunaré a las siete y media.

La señora Susig salió de la habitación, y Silbermann se arrojó en la cama.

«Por los cuarenta marcos lo que quiero es dormir al menos una vez a pierna suelta», pensó. Y a continuación: «¡Un señor del Partido! ¡Eso no podía faltar!».

Silbermann se levantó de nuevo y tomó en la mano el formulario de registro y examinó las casillas una por una. Ya estaba a punto de romper el papel, cuando desistió y lo dejó encima de la mesilla. Una vez más se dejó caer en la cama, cerró los ojos e intentó dormir, pero ya no pudo. Le dolía la cabeza y no podía librarse de sus pensamientos.

Oyó luego un ruido de sillas en el comedor, en el cual, como había visto antes, faltaba también la alfombra. Alguien puso la radio y una música de baile inundó sus oídos. Estuvo dando vueltas en la cama de un lado a otro; empezó a

contar, pero lo dejó al llegar a doscientos. Por fin se durmió, pero al cabo de media hora se despertó otra vez. Había soñado con su madre.

«Qué raro», pensó con asombro. «En los últimos tiempos he pensado mucho en ella. ¿Estoy tan viejo acaso que los recuerdos empiezan a rebobinarse?».

Entonces se acercó al espejo y contempló su cara. Lentamente, se pasó la mano por las mejillas sin afeitarse.

«Tengo un aspecto horrible», pensó, con un suspiro, y se sentó en el lecho. «¿Cuánto tiempo hace que murió mamá?», reflexionó. «Papá murió en 1932... Ella en el 26. ¡1926! Hace doce años. Era una mujer muy curiosa», recordó. «No demasiado emocional. No sabía ni reír como es debido ni llorar. Al menos eso creo».

Al parecer, habían apagado la radio. Ya no oía ningún ruido en el comedor. Volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos.

«¿Cómo era mamá?», se dijo, esforzándose por recordar, a fin de distraerse de sus preocupaciones, pero también para hallar algún vínculo que lo conectara con su vida pasada. Hurgó en sus recuerdos, que eran extrañamente transparentes y lo trasladaban a una época cada vez más remota.

Por fin consiguió verse siendo un niño de unos cinco años, acostado en su cama y contando los barrotes de latón que la rodeaban para evitarle una caída. Sólo conseguía llegar hasta el número ocho o nueve y tenía que empezar desde el principio, una y otra vez. Entonces se incorporaba y se aferraba a los barrotes, veía los dibujos florales del empapelado, que aún se vislumbraban vagamente en medio de la penumbra. Hacía mucho calor y no conseguía dormirse. Delante de la ventana de su habitación infantil zumbaban los insectos, que a veces entraban, revoloteaban un rato por el cuarto y desaparecían otra vez. Él intentaba imitar sus sonidos, estaba un ratito zumbando y luego se acomodaba sobre las almohadas, se alzaba el pijama hasta la altura de las mangas y permanecía en esa posición. Entonces empezaba a contarse una historia, una historia que no acababa nunca. Se la contaba medio dormido.

Era la historia de una tarta y de unas grosellas con espinas, la de un perro salchicha llamado Philipp que pertenecía a su hermano mayor, la de los azotes que su padre le había dado esa mañana de forma muy inmerecida y de los que éste aún se arrepentía. Era también la historia de Judith, que estaba siempre

llorando y era todavía muy pequeña. Judith, con la que él no quería volver a hablar, y la historia de la cocinera Senta, que siempre le preparaba compota, pero que a él no le caía demasiado bien, porque le decía que era todavía un pequeñín. Sólo entonces se quedaba dormido.

Todavía medio en sueños, sentía cómo unas manos lo tapaban y alguien se inclinaba sobre él para contemplarlo. Sin moverse, abría los ojos y parpadeaba un poco bajo el efecto de la luz emitida por la vela que acababan de encender. Los abría sólo un poquito, convencido de que no lo veían. No podía evitar sonreír en esos momentos, y lo hacía como si estuviese soñando. Así de listo era él entonces.

—Deberías dormir —le dijo su madre, sonriendo también.

Viendo que ya no podría ocultar por más tiempo que estaba despierto, le entraban ganas de incorporarse y abrazarla. Pero ella lo empujaba suavemente de nuevo hacia las almohadas y le daba un beso fugaz en la frente, un beso que se esfumaba antes de que pudiera sentirlo. Ya en la puerta, su madre se daba la vuelta otra vez y le decía:

—Duerme.

La manera que tenía de decirlo. ¡Qué voz tan dulce! Ahora no le quedaba más remedio que dormir, y estaba tan cansado...

De repente, se puso a llorar.

Su padre lo había puesto de rodillas y le había pegado; cada golpe iba acompañado de aquellas palabras: «¡Grábate eso! ¡Y pórtate bien!». En realidad, no le había pegado con tanta fuerza, pero sí seguido, a intervalos regulares, con método, y los azotes que caían sobre la tensada parte trasera del pantalón le causaron un dolor que tardaba en remitir.

Más que por el dolor, lloraba por no tener posibilidad alguna de defenderse de ese tipo de abusos por parte de alguien más grande y de mayor edad. Acababa de cumplir los siete años, por lo que estaba a merced de tales arbitrariedades. Sobre él pesaba, además, la amarga convicción de que esa injusta correlación de fuerza y poder sería invariable. Consideraba que jamás crecería, a pesar de que todas las personas mayores le aseguraban que sí y afirmaban que ellos, en otro tiempo, también habían sido niños y niñas. Algo que, a juzgar por su estatura actual, era bastante inverosímil. Lo agobiaba, pues, el temor de tener que vivir cualquier época futura en esa condición de niño pequeño, con un padre barbudo y poco comprensivo haciendo las veces

de tirano.

Como era habitual, debía aquellas palizas a Judith, quien, incapaz de ocuparse ella misma de sus asuntos, buscaba incesantemente la protección de papá para que éste actuara en su lugar. A él no le cabía duda de que Judith era la preferida, y cuando lo pensaba se le saltaban las lágrimas a causa de una profunda desesperación, la del niño que no se sentía querido y que sólo podía fiarse una vez más de la cocinera Senta, su habitual apoyo en cuestiones de justicia. Y con el fin de atar a él para siempre a esa Senta, cuya habilidad para hacer tortitas estaba fuera de toda duda, y que siempre guardaba reservas suficientes de fruta en conserva que estaba dispuesta a compartir con él en todo momento; para atar, en fin, a esa Senta cuya predilección por él estaba clara, empezó él a considerar la idea de casarse y escaparse con la cocinera. Le agradaban de antemano —y hasta lo consolaban en cierta medida— la tristeza y el dolor que causaría entre los miembros de su familia esa última decisión, el dulzor amargo de las presuntas quejas que se exclamarían tras su partida. También sopesaba a veces la posibilidad de una muerte inmediata, y se regodeaba en las lágrimas que su imaginación veía correr en los ojos de toda aquella gente.

Hasta una enfermedad le habría servido de ayuda en esos momentos, pues recordaba muy bien que, cuando seis meses antes había enfermado de paperas, su padre, contrariamente a su rudo comportamiento habitual, se había esmerado en tratarlo con cariño, dando por fin a su hijo Otto el papel central que sin duda le correspondía. Sí, si enfermaba ahora, su padre se sentaría al borde de su cama y permanecería horas con él, le leería un libro y lo cuidaría todo el tiempo. Le hablaría con bondad, y su madre también se acercaría y se quedaría a su lado, y le darían a tomar alguna medicina, y el padre la probaría antes, y cuando él, Otto, la tomara, su madre lo levantaría en brazos, y él sonreiría con coraje, a pesar del dolor, y todos lo querrían y tendrían claro cuál era su valor.

Había dejado de sollozar. Sólo de vez en cuando se le escapaba un suspiro. Así serían las cosas si estuviera enfermo. ¿Qué debía hacer?

Empezó a llorar otra vez, pero en esta ocasión las cosas no salieron tan bien. Su pena había disminuido, y él intentó en vano extenderla un poco más, sumergirse plenamente en ella de nuevo. No funcionó. La aflicción ya no fluía en forma de lágrimas, sino que se solidificaba, y era peor.

Si iba ahora adonde estaba Judith y le daba un empujón, ella correría a buscar a su padre y a él le darían otra paliza. Y él luego volvería a zurrar a Judith. ¿Qué otra opción le quedaba? ¿Acaso debía echar a correr y no volver jamás? A Judith, sin duda, le alegraba que a él lo hubiesen azotado. Seguro que estaría alegrándose. Otto se levantó, malhumorado, y fue hasta la habitación contigua, donde estaba Judith sentada de rodillas, jugando con sus piezas de construcción.

—Lárgate —le dijo él y dio un puntapié al juego—. ¡Desaparece!

—Voy a decírselo a papá —dijo ella, llorosa, pero sin marcharse.

—Ve a chivarte —insistió él—. Ve a buscar a papá, llorona.

Pero Judith, al ver que él no le hacía nada, siguió sentada muy tranquila, jugando con sus piezas.

—¡Esas piezas de construcción son mías! —le dijo él, acercándose.

—Bah... —exclamó ella con soberana indiferencia.

—No debes jugar con ellas —le exigió él, y se sentó también, adoptando aún la actitud del observador que desea saber hasta dónde estaría dispuesta a llegar su hermana.

Judith, a quien la paliza que le había dado su padre le proporcionaba una inmensa sensación de poder y de seguridad en sí misma, le sacó la lengua por un brevísimo instante.

En un primer momento, Otto se quedó sin habla a causa del enfado.

Allí estaba ella, jugando con sus piezas después de haber derribado la torre de Babel que él había construido, ¡y encima de eso le sacaba la lengua! Y él, sin poder hacer nada. Ella tenía a papá de su parte. ¿Qué podía hacer? A partir de ahora, ella podría sacarle la lengua cuantas veces quisiera.

Otto temblaba de ira e indignación. Hubiera preferido echarse a llorar, y en ese momento, en vista de la gran humillación sufrida, hubiera podido hacerlo. ¡Pero eso era lo que ella quería, que su hermano mayor llorara! A fin de cuentas, él era su hermano mayor, ya que ella acababa de cumplir los cinco años. ¿Qué otra cosa podía hacer sino mostrarle su desprecio?

—Estúpida —le dijo con aires de superioridad, y derribó de un puntapié la ridícula torre que Judith había levantado. Su hermana empezó a llorar.

—Se lo diré a papá —lo amenazó ella, pero siguió sentada. Tal vez no estuviera plenamente segura de los efectos que tendría una nueva queja. Por

eso lloraba, y Otto acabó sintiendo lástima. A fin de cuentas, era su hermanita. Dejó que llorara un rato más y luego le propuso:

—Ven, ahora los dos construiremos juntos una torre de Babel.

Lo dijo refunfuñando y con voz ruda, pero ella se consoló.

Al cabo de diez minutos, en los que construyeron varios puentes, edificios y ciudades enteras que, como dioses caprichosos, habían vuelto a destruir, su hermana le dijo con insolencia:

—¡De todos modos, se lo contaré a papá! ¡Me has llamado estúpida, y no puedes hacer eso!

—Tú derribaste la torre de Babel —le dijo él, indignado—. Te pusiste a jugar con mis piezas de construcción. Te chivaste a papá. ¡Y ayer robaste unas uvas pasas de la despensa!

—¡Tú también!

—Yo tenía permiso. Senta me lo dio.

—A mí también.

—No, a ti no.

—Sí.

Los dos guardaron silencio. Cada uno buscaba argumentos con los cuales aplastar al otro de forma definitiva.

—Iré a ver a papá —lo amenazó Judith al cabo de un rato. Pero sus palabras sonaron algo débiles.

—¡Pues ve, corre!

—Lo haré —repitió ella, pero no parecía estar convencida de ello. Tal vez los reproches con que él podía contraatacar la hubieran hecho reflexionar.

—Estúpida —le dijo él nuevamente, con firmeza, a fin de demostrarse a sí mismo la victoria.

Continuaron jugando. Entonces la puerta se abrió y entró su madre.

—Hacéis mucho ruido —dijo ella, sin tono de reproche—. Por favor, hablad un poco más bajito. Quiero acostarme un rato.

Ella pasó por su lado, y los dos niños se encogieron, conscientes de ser culpables. Cuando la madre estaba casi a punto de salir de la habitación, Judith, como si hablara consigo misma, dijo en voz baja:

—¡No soy ninguna estúpida!

De inmediato su hermana echó la cabeza hacia atrás y miró a su madre,

como si esperara que ella le preguntara quién había dicho tal cosa.

—No os peleéis —les pidió ella.

Otto, en cambio, no iba a dejar sin respuesta aquella pérfida traición de Judith.

—¡Judith robó unas pasas! —exclamó con genuina indignación—. Y además...

Pero la madre había abandonado ya la habitación. Con ella uno no sabía bien a qué atenerse.

Judith volvió a enseñarle su pequeña y rosada lengua.

Entonces él se levantó y la dejó allí sola con las piezas para armar, y se marchó a la cocina para declarársele a Senta definitivamente.

Tampoco Judith se quedó jugando mucho más tiempo. Con la marcha de su hermano, ella ya no disfrutaba tanto de aquellas piezas de juguete, así que se apostó a esperarlo delante de la puerta de la cocina.

Cuando Otto volvió, ella le sacó la lengua una vez más, pero él pasó por su lado sin verla, ya que por fin se había prometido con Senta. Ahora se casarían y se marcharían, de modo que Judith podía seguir mostrando su lengua cuanto quisiera. A él ya no le importaba...

Es probable que Silbermann llevara una hora durmiendo cuando lo despertaron unos pasos en el pasillo. Por un instante, los pasos se detuvieron delante de su puerta.

Él se puso al acecho, lleno de miedo.

Pero los pasos continuaron. Silbermann saltó de la cama.

—Esto es un despropósito —murmuró—. Tengo que marcharme. Irme al extranjero. Ya no lo aguanto más. Voy a volverme loco de tanto nerviosismo. Quiero volver a Aquisgrán. Allí intentaré cruzar la frontera.

Se puso delante del espejo, se lavó la cara, se peinó un poco y salió de la habitación. Ya en la puerta, pensó todavía: «Qué estupidez. Es preferible que me quede aquí. Quién sabe cuándo podré disponer otra vez de una cama».

En el comedor, además del matrimonio Susig, estaban sentados a la mesa otros dos caballeros que leían el periódico. Cuando Silbermann, tras llamar brevemente a la puerta, hizo su entrada, lo recibió un *Heil Hitler* a varias voces.

Sin devolver el saludo, Silbermann asintió con la cabeza y se dirigió a la dueña:

—Salgo para la estación. Voy a recoger mi maleta.

—Pero eso puede hacerlo mi esposo. Lo hace con mucho gusto.

—Bueno... —dijo el anciano, y su mujer le lanzó una mirada severa—. En cualquier caso..., ¿verdad? —continuó, y le hizo un gesto a Silbermann, para animarlo.

—No, gracias —dijo—. De todos modos, tengo que hacer algo en la ciudad.

Dicho esto, abandonó el comedor.

«Que gente tan extraña», pensó mientras bajaba la escalera, pero un instante después ya había olvidado a la familia Susig y se ocupaba de sus propios asuntos. Se sorprendió cuando, al cabo de cinco minutos, se vio delante de la estación de ferrocarriles. No había prestado atención al camino.

«Qué pena haber perdido a un hombre práctico como Lilienfeld», lamentó. «Juntos seríamos más fuertes, nos daríamos fuerzas el uno al otro. Yo le di ánimos a Lilienfeld, y él a mí. En el fondo, cada uno se animaba a sí mismo, pero eso fortalece. Muchísimo».

Silbermann pidió un billete de tercera clase para viajar a Aquisgrán.

«¿Es la de Lilienfeld esa voz que habla dentro de mí?», se preguntó al oírse pedir aquel billete en tercera clase. Pero de inmediato consideró que era una buena decisión, ya que en segunda clase había que estar correctamente afeitado si no se quería llamar la atención.

A continuación, recogió su maleta, preguntó el horario de salida del tren y entró en la sala de espera de tercera clase. Sin ordenar nada, se sentó en una de las mesas de madera. A lo largo de varios minutos permaneció allí sentado, cavilando, pero sin pensar en nada concreto.

—En cualquier caso... —se dijo en un murmullo, imitando al señor Susig—. En cualquier caso...

Le parecía que aquella frase resumía muy bien su estado de ánimo, y la repitió otras tres, cuatro veces.

«Ahora uno está ya listo para la aventura», pensó. «Lograré pasar la frontera, todo es posible...».

Sin embargo, tenía la íntima e inamovible certidumbre de que algo nuevo

se interpondría, de que no estaba de ningún modo preparado para las circunstancias y acabaría sucumbiendo.

—Bobadas —refunfuñó—. Otros también lo hacen. ¡Y lo consiguen!

Entonces apoyó los dos codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza.

«No puedo hacer nada más», pensó, desilusionado. «Sólo pensar...».

Tenía la turbia mirada clavada en la mesa.

«Qué sucia está, y agrietada», pensó. «¿Por qué rayos no la pulen? Bueno, tal vez no valga la pena hacerlo en una cantina de tercera clase».

Silbermann miró a las demás personas que estaban en la sala de espera. Junto a la barra había un par de obreros bebiendo cerveza y haciendo mucho ruido, un hecho del que Silbermann tomó nota con expresión reprobatoria.

«Si entregara a cada uno un billete de cien marcos, ¿ganaría unos amigos? Quizá por un par de días. Cien marcos no dan para mucho».

En ese momento se levantó y, más al trote que caminando, enfiló hacia el andén.

«He de viajar», pensó, «seguir viajando; sin embargo, estoy muerto de cansancio. De aquí para allá, de allá para acá. Qué hartito estoy de todo esto».

Silbermann se sentó encima de la maleta y se puso a esperar el tren.

«¿Quién soy en realidad? ¿Qué soy a estas alturas?», se preguntó. «¿Sigo siendo Silbermann, el comerciante Otto Silbermann? Sin duda. Pero ¿cómo ha podido Silbermann llegar a esta situación?».

Respiró hondo.

—Vivo con pérdidas —se dijo en voz baja. Hizo entonces un torpe movimiento y la maleta empezó a tambalearse debajo de él. Con esfuerzo, consiguió que recuperara el equilibrio y se puso de pie. Oyó que el tren se acercaba y alzó la maleta del suelo.

«En realidad, sólo tendría que saltar, dejarme caer delante del tren», pensó. «Todo acabaría entonces, dejaría de tener importancia».

El tren se acercaba.

Silbermann se aproximó al borde del andén.

«Dejarse caer», pensó. «Simplemente, dejarse caer...».

—Retroceda —tronó una voz a su lado.

Silbermann se sobresaltó y retrocedió tres pasos. Acto seguido, el tren se

detuvo frente a él.

«¿Es que me he vuelto idiota?», pensó, presa del miedo, sorprendido ante su propia flaqueza. «¿Voy a ser yo quien se quite la vida? ¿Yo, Otto Silbermann? ¿Todo por culpa de estos nazis? Menuda ridiculez. Llevo aquí treinta y seis mil marcos. ¿Qué persona razonable se quita la vida teniendo en los bolsillos treinta y seis mil marcos? ¿Y todo por miedo a las dificultades, por temor a una frontera ridícula que se cruza en dos minutos si uno le pone coraje? Inconcebible. ¡No cabe hacer tal cosa! ¿Cómo puede uno suicidarse llevando consigo una maleta llena de vida?».

«¡No, no voy a ceder por segunda vez a esa íntima debilidad! Es probable que dentro de veinticuatro horas esté a salvo, y si no es así, seguiré viajando, viajaré de un lado a otro de Alemania hasta que lo consiga. Mientras tenga dinero en la cartera, aunque sea el último billete de mil marcos, y mientras tenga fuerzas todavía, puedo nutrirme de las energías que me proporciona ese dinero».

En un compartimento de tercera clase lleno de humo, en un tren que iba de Dortmund a Aquisgrán, Silbermann se juró continuar viviendo. Se prometió vivir en cualquier circunstancia, en contra de cualquier circunstancia.

Se hizo aquel juramento en silencio varias veces hasta serenarse. Le parecía incluso que estaba preparado para cualquier eventualidad. Abrió entonces la maleta y, tras revolver un rato en ella, sacó los enseres de afeitar y fue hasta los servicios para quitarse aquella barba que empezaba a estar demasiado poblada. Cuando volvió a ocupar su asiento, el cambio de su aspecto llamó la atención de los demás viajeros.

—¿Se ha acicalado? —le preguntó con un tono burlón el obrero que estaba sentado enfrente. Su voz revelaba que no le importaban demasiado tales maniobras, que era un tipo poco vanidoso.

—Me he humanizado —bromeó Silbermann.

Rieron. Silbermann observó entonces a los demás pasajeros: un joven de clase obrera, un señor bastante gordo que —por lo que pudo estimar Silbermann— se esforzaba bastante en hacer notar su gordura, mientras miraba a su alrededor con ínfulas de poderoso, y una muchacha muy joven de aspecto apocado y unos veinte años que estaba ocupaba con alguna labor manual.

Por último, la mirada de Silbermann se detuvo de nuevo en la figura del joven obrero. «¡Qué cara tan demacrada y qué hombros tan caídos!»,

comprobó. «Un minero, seguramente. Ésos envejecen muy pronto. Esta gente, a decir verdad, no le saca mucho partido a la vida. Todo lo contrario, tienen que soportar mucho, aunque tal vez no sean plenamente conscientes de eso. Luchan a brazo partido, sin cesar, por conseguir un trabajo, por tener salarios más altos, luchan por sobrevivir, y no notan cómo el tiempo se les escurre entre las manos. No tienen juventud. La batalla empieza desde que tienen catorce años, y es una lucha en la que se lo juegan todo, la mera supervivencia.

»Lo mismo me ocurre a mí. Veo ya lo cerca que está la muerte, que viene pisándonos los talones. Sólo es preciso correr más rápido que ella. Si uno se detiene, se hunde, se empantana. Sólo cabe correr, correr, correr. También yo me he pasado la vida corriendo. ¿Por qué entonces ahora, cuando más lo necesito, me resulta tan difícil? Cuanto mayor es el riesgo para la vida, uno tendría que estar en condiciones de hacer mayor acopio de fuerzas; pero, en cambio, cuando fracasan los primeros intentos por salvarnos, nos paralizamos».

Sus pensamientos le arrancaron un gesto negativo.

«¡Debo hablar! No sólo andar pensando y cavilando», decidió.

—El tiempo ha vuelto a mejorar —comentó, dirigiéndose a los demás pasajeros.

«La verdad es que estoy muy cómodo y a gusto aquí», se dijo. «Casi siempre es agradable estar entre otros seres humanos. Casi siempre... En todo caso, los efluvios cálidos de la compañía sirven para tranquilizarnos, incluso la compañía en un compartimento de tren, tan fortuita e inesperada».

—Volverá a llover —dijo, con voz avinagrada, el obrero que estaba sentado delante de él, y le dio las gracias a Silbermann por el cigarrillo que éste le ofreció.

—Al contrario —dijo el gordo, dirigiéndose a Silbermann como a un igual—. Al menos a mi juicio, y creo ser de esas personas que intuyen el clima como pocas; así que, a mi juicio... —a Silbermann le pareció que la expresión «a mi juicio» era propia de alguien excesivamente seguro de sí mismo—, mañana tendremos un día realmente bueno. Mucho tendría que equivocarme para que no sea así.

Oyéndolo hablar, no creía uno que pudiera equivocarse.

—Gracias —dijo el gordo, rechazando el cigarrillo que Silbermann le ofreció—. Fumo puros. Son mucho más sanos.

—Pues, sí, esperemos que haga buen tiempo —dijo esta vez Silbermann, con voz sorda.

—¿Es usted viajante? —preguntó el gordo, con expresión de interés.

—Comerciante —respondió Silbermann, distraído.

—Fui viajante en mi juventud —le dijo el gordo—. Luego me hice cargo de la tienda de mi hermana.

—Vaya —dijo Silbermann en tono cortés.

Entonces el señor gordo desplegó un periódico y empezó a leer.

—¿Mucha faena? —le preguntó Silbermann al obrero más viejo.

—Se sobrelleva —respondió el otro, renuente a decir más.

También él sacó un periódico del bolsillo.

«Tengo ganas de charlar», pensó Silbermann. «Quisiera estar charlando horas y horas sin parar».

A continuación, apoyó la cabeza en el abrigo que había colgado y cerró los ojos. Oyó el traqueteo de las ruedas. Pensó:

«Berlín-Hamburgo.

»Hamburgo-Berlín.

»Berlín-Dortmund.

»Dortmund-Aquisgrán.

»Aquisgrán-Dortmund.

»Y tal vez continúe así para siempre. Ahora también yo soy un viajante, un pasajero... Un pasajero que no cesa de viajar. En realidad, ya he emigrado. He emigrado a la República de los Ferrocarriles del Reich. No estoy ya en Alemania, estoy en trenes que viajan a lo largo y ancho de Alemania. Y eso es una enorme diferencia».

Una vez más escuchó el sonido de las ruedas, la música del viaje.

«Estoy en lugar seguro», pensó, «estoy en movimiento. Y es casi agradable. El traqueteo de las ruedas, las puertas que se abren... Podría ser incluso placentero si no pensara tanto».

Entonces sonrió. «Antes los Ferrocarriles Alemanes organizaban los llamados Viajes sin Rumbo», recordó. «Ahora los organiza el propio Gobierno del Reich.⁴ Hubo épocas en las que mucha gente, por mera pereza existencial, se sentía asfixiada con su propia vida y se lanzaba, desesperada, a todo tipo de aventuras, sacudía peligrosamente las poltronas en las que

permanecía sentada con comodidad en busca de un poco de diversión. Uno se proporcionaba las emociones a golpe de cartera. Ahora esas emociones nos las regalan a manos llenas. De niño, soñaba viendo partir los trenes. Cuánto deseaba entonces viajar en ellos, viajar y viajar.

»Y ahora estoy viajando. Estoy viajando».

Los trenes se cruzaban a toda velocidad. Lejanos bocinazos y chirridos llegaban hasta el compartimento; en el de al lado, a su vez, se oía la algarabía de gente riendo. Pero las ruedas seguían trillando sobre los rieles la misma canción: un poste y otro poste y otro poste, siempre en fuga, en fuga, en fuga...

«¿Acaso viajamos? ¡Pues no! Permanecemos siempre en el mismo lugar. Es como la persona que se refugia en un cine: las películas le pasan centelleando por delante de los ojos, pero ella sigue sentada, inmóvil, en su butaca, y sus preocupaciones siguen esperándola a la salida.

»Mucho más se viajaba en aquel tren rápido de juguete que tanto nos deleitaba cuando éramos niños y poníamos tres sillas en fila, una detrás de la otra, cerrábamos los ojos y afirmábamos que viajábamos a una velocidad de vértigo por el país. Viajábamos entonces en nuestro fuero interno. Estábamos en todas partes, y en ninguna, pero no salíamos de nuestra habitación infantil. Ahora ya no se viaja, se “va”...».

Silbermann se alarmó.

«Vuelvo a sumirme en la misma tristeza», pensó, molesto. «En un fantaseo incontenible. Pero debo aferrarme a la realidad, que es como es: lo bastante irreal».

—¿Falta mucho para llegar a Aquisgrán? —preguntó.

Esta vez le respondió la joven.

—Falta todavía —dijo, mirándolo con unos ojos graves y pensativos de color pardo.

Silbermann le dio las gracias. Luego quiso saber si también ella viajaba a Aquisgrán. La joven asintió.

—Me reúno allí con mi prometido —le contó, muy dispuesta; Silbermann, probablemente, le inspiraba confianza—. Vivo en Dortmund, pero los señores de mi Franz, que es chófer, están en Aquisgrán desde hace tres días.

—Vaya, vaya —dijo Silbermann.

—Nos vemos muy poco. Franz trabaja como chófer para un directivo de

Berlín, y yo trabajo en Dortmund.

—¿Y por qué no se muda a Berlín? —preguntó Silbermann, mostrando empatía.

—Me gustaría, pero no puede ser. También tendremos que esperar algún tiempo para casarnos.

—¿Por qué? —preguntó ahora, lleno de curiosidad, el señor gordo, que dejó el periódico sobre sus rodillas.

—Mi prometido no gana suficiente para dos personas, y uno necesita también muebles. Todo eso cuesta sus buenos mil marcos. ¿De dónde los vamos a sacar?

—Bueno, existen préstamos para matrimonios —intervino Silbermann de nuevo.

La joven negó enérgicamente con la cabeza.

—No —dijo—. No queremos empezar de prestado.

—Pero es mejor eso que nada —dijo otra vez el gordo, negando con la cabeza, perplejo ante tanta insensatez.

—No resulta tan sencillo —explicó ella—. Ni siquiera sé si nos lo darían.

Silbermann se inclinó hacia delante, interesado, pero el gordo fue más rápido que él en preguntar:

—¿Por qué no iban a concedérselo? —preguntó, examinando a la joven.

—Franz no está en el Partido.

—Bah, una cosa no tiene nada que ver con la otra —replicó el señor gordo con rotundidad—. Si es sólo por eso, se lo concederán. Basta con que lo intente.

La joven negó con la cabeza.

—No tiene sentido —dijo.

—Entonces, ¿seguirá usted viviendo en Dortmund y él en Berlín? —preguntó Silbermann.

—Yo me marcharía a Berlín, pero allí no dan trabajo a los de fuera —dijo la joven con descontento.

—¿En qué trabaja? —quiso saber Silbermann.

—Soy mecanógrafa.

Silbermann la observó detenidamente.

«No parece una adepta entusiasta del nacionalsocialismo», pensó, al

tiempo que acariciaba vagamente una idea.

—Supongo que le alegraría muchísimo poder casarse, ¿cierto? —le preguntó.

—Ah —exclamó ella, con aflicción—; por el momento no puedo ni pensar en eso.

—¿Es imprescindible tener una vivienda de inmediato para poder casarse? —quiso saber el gordo, asombrado ahora por tan elevadas exigencias con un patrimonio tan exiguo.

—Sí, señor —respondió la mujer en tono categórico—. Necesitamos una vivienda y una máquina de escribir. Así yo podría hacer copias y ganar un dinero extra.

—Tiene usted toda la razón —admitió Silbermann—. Necesita al menos unos mil marcos.

—Sí —dijo ella—. En ese caso, todo sería posible. Hemos ahorrado ya doscientos cincuenta marcos. Aún nos faltan setecientos cincuenta.

—¿Y cuánto tiempo lleva ahorrando? —preguntó otra vez el gordo, complacido.

—Ah, Dios —contestó ella, otra vez algo triste—. Reunirlo todo puede llevarnos unos dos años.

—Y mientras tanto podría estallar la guerra —dijo el gordo, sonriendo—. Los otros ya no nos darán tregua —se apresuró a añadir—. Y entonces ¿qué? ¡Pues entonces lo lamentarán ustedes! ¡Se complican la vida innecesariamente! En vez de solicitar un préstamo matrimonial... —dijo a continuación, sacudió la cabeza y retornó a su periódico—. ¡No tienen remedio! —añadió, preocupado.

—Es que Franz ha estado en un campo de concentración —dijo la joven en voz baja.

Todos la miraron, consternados.

El gordo carraspeó y desapareció detrás de su periódico. El viejo obrero murmuró algo incomprensible y encendió un cigarrillo. El joven trabajador miró a la joven fijamente hasta que ella giró la cabeza.

—¿Y? ¿Ha recapacitado? —preguntó Silbermann, que veía crecer sus esperanzas.

La joven lo miró con suspicacia.

—Al menos se ha hartado de la política —dijo por fin.

—Y hace bien —dijo el obrero más viejo—. A nosotros siempre nos... —
El hombre hizo un gesto desdeñoso con la mano y no dijo nada más.

La muchacha miró por la ventanilla y, pocos minutos después, sacó un pequeño paquete de su bolso para guardar los utensilios de tejer. Luego, plegando cuidadosamente el papel, abrió el paquete con la merienda y empezó a comer los bocadillos que llevaba.

—Su prometido, ¿también es de Dortmund? —preguntó Silbermann, que al verla sintió hambre.

—No, de Aquisgrán.

—Se alegrará entonces de volver a casa de vez en cuando, ¿no?

—Sí —respondió la joven lacónicamente. Tal vez pensara que había hablado demasiado.

Silbermann se dirigió al pasillo para ver si encontraba una máquina donde comprar chocolate. Buscó en vano, y cuando regresaba se tropezó dos veces con un joven de pelo negro y unos catorce años que, según le pareció, lo observaba con enorme timidez, casi con miedo. En las dos ocasiones se había pegado exageradamente a la pared exterior del vagón para dejarlo pasar. Silbermann regresó a su compartimento e intentó retomar la conversación.

—¿Tiene usted un buen trabajo? —le preguntó a la joven, sólo por seguir charlando con ella.

La joven negó con la cabeza.

—Trabajo no me falta —dijo—, pero pagan mal.

El obrero de mayor edad alzó los ojos, al parecer con el propósito de comentar algo, pero se limitó a escupir en el suelo.

Entonces el gordo frunció el ceño y miró a Silbermann.

—¡Siempre hay que quejarse por algo! —exclamó, y su mirada buscó la aprobación de los demás.

—¿Y quién se está quejando? —preguntó la joven en tono agresivo.

«Vaya personita tan resuelta», pensó, con regocijo, Silbermann.

—Pues a ver si no se va de la lengua en alguna ocasión y mete la pata —replicó el gordo en tono significativo.

—Pero señores —dijo Silbermann, intentando poner una nota de calma—. ¿Qué está pasando aquí? —exclamó, dedicando a la joven una sonrisa—. No

ponga esa cara seria. No le sienta nada bien.

Luego se dirigió al gordo.

—De tanto aguzar el oído —dijo, con valentía—, puede uno entenderlo todo al revés y hacerse mala sangre.

El gordo se puso colorado. Se daba cuenta de que estaba tratando con un hombre de una condición social superior a la suya, y aunque aún no tenía claro si el otro tendría algo más que decir, decidió aceptar el reto, por si acaso.

—No soporto oír a la gente quejarse diciendo que hay «mucho trabajo y poco dinero» —dijo, pero sus palabras sonaron mucho más moderadas.

—Pues no se trata de meras quejas —dijo el obrero anciano—, es así.

—¿Me va a decir que antes todo era mejor? —preguntó el gordo, expectante.

—Yo no digo nada —respondió el obrero—. ¡Además, soy miembro del Partido! —añadió, lanzando al gordo una mirada de desprecio.

—Yo también estoy en el Partido —se apresuró a aclarar el otro.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? —preguntó el obrero con sarcasmo.

—¡Eso no le incumbe a nadie! —respondió el señor gordo, evasivo.

—Pero bien que se inmiscuye en las conversaciones de los demás —afirmó la joven.

—Cuando alguien se queja, sí.

—No se dé tanta importancia —gruñó el obrero—. Actúa como si tirara del carro usted solo.

El gordo lo miró con acritud.

—¿Está usted en el Partido? —preguntó.

—¡Desde hace más tiempo que usted!

Los dos guardaron silencio.

Silbermann captó la mirada agradecida de la joven. Los dos hombres del Partido continuaron su discusión.

—¿Cómo puede decir entonces que no debe uno ocuparse de asuntos políticos? —preguntó el gordo—. ¡Eso es puro derrotismo, blandenguería!

—En ningún momento he dicho eso. A saber lo que habrá oído usted. Este señor tiene toda la razón: el que aguza demasiado el oído acaba oyendo mal. No sé cómo se le ocurre que yo...

—Usted dijo...

—Primero demuéstreme que es usted miembro del Partido. Decirlo puede cualquiera, también cualquiera puede figonear. ¡Otra cuestión es que tenga derecho a hacerlo!

—Yo no ando figoneando. Sólo cumplo con mi deber, como debería hacer cualquier alemán.

—¿Andar escuchando es cumplir con el deber? ¿Qué extraña profesión tiene usted? Pensaba que tenía un negocio, ¿no es así?

—No le debo explicación alguna.

—¡Ah! ¿Y yo a usted sí?

—Pues sí —respondió el gordo—. ¡Y enséñeme de una vez su carné de militante!

La última frase sonó como una voz de mando inapelable. El obrero metió de mala gana la mano en el bolsillo y sacó un carné que le entregó al otro.

Este último examinó en detalle el trozo de papel.

—Bien —dijo, poniéndose de pie—. ¡Pero aprenda a dominarse un poco más en el futuro, amiguito! ¡Y lo mismo me gustaría aconsejarle a usted! —añadió, volviéndose hacia la joven. Dicho esto, agarró su maletín y abandonó el compartimento.

Por un instante, todos se sumieron en un silencio angustioso.

«Me he salvado por los pelos», se dijo Silbermann. «Por los pelos».

El corazón le golpeaba el pecho.

«Y siempre, cuando uno menos se lo espera...».

—Quisiera abrir la ventana —dijo el viejo obrero, tras haber pasado un rato con la vista clavada hacia delante y cara de pocos amigos—. ¡Cómo está el aire aquí...!

La joven no dijo ni media palabra. Con la cara muy pálida, alisaba sin cesar, con manos nerviosas, el papel de los bocadillos.

—Hay gente muy exaltada —dijo Silbermann, acentuando la tranquilidad de su voz.

—Venirme a mí con ésas —dijo el obrero—. Hace diez años que soy miembro del Partido. ¡Venirme a mí con ésas!

—Ya ves —dijo el obrero más joven, que había permanecido callado hasta ese momento—, ¡tenía que venirme con sus sandeces ese pedazo de imbécil!

Silbermann salió de nuevo al pasillo. Estuvo unos minutos mirando por la ventana y fue luego hasta los servicios para lavarse las manos. No había cerrado del todo la puerta, y de repente oyó otra vez la voz del gordo:

—Muéstrame tus documentos.

Silbermann se giró bruscamente, aunque, en realidad, no podía estar refiriéndose a él. El gordo estaría hablando con otra persona frente a los lavabos.

—¿Por qué tendría que mostrarle mis documentos? —preguntó la voz temerosa de un niño—. Yo no he hecho nada.

—Policía. ¿Ves la placa? ¡Vamos, los papeles!

—No los llevo encima.

—¡Por supuesto que no los llevas! ¿Adónde viajas?

—Voy a... Voy a Aquisgrán.

—¿Cómo te llamas? ¡Vamos, habla! ¡Y no me mientas, te lo advierto!

—Me llamo Leo Cohen.

—¡Por supuesto! ¿Qué haces en este tren? ¿Eh? ¡Habla! ¿O es que vas a hacerte de rogar media hora? ¿Eh, judío mocososo?

—Han arrestado a mi padre, y yo...

—Merecido lo tiene. ¿Qué llevas en ese macuto? ¿Dinero? Pretendes sacarlo a través de la frontera, ¿es eso?

—No, puede comprobarlo usted mismo. Sólo llevo un traje y algo de ropa.

—¡Lo comprobaré, puedes estar seguro! ¡Y pobre de ti si me has mentido! Venga, andando.

—Pero...

Silbermann oyó al joven tragar saliva.

—Andando, granuja. ¡Vamos, andando! —dijo la voz del gordo.

—¿Me mandarán a un campo de concentración? —preguntó el niño.

—Ya veremos. Vamos, Cohen, ¡andando!

—Pero si yo no he hecho nada...

—¿Qué pretendes? ¿Embaucarme? ¡Lo que te faltaba! ¡Ven, que no voy a comerte, mocososo con olor a ajo! Vamos... Andando.

Los pasos se alejaron. Silbermann abrió la puerta. Pudo ver todavía cómo el gordo empujaba por el pasillo al joven de pelo negro que antes le había llamado tanto la atención.

CAPÍTULO 6

Los reflectores recortaban una amplia extensión de luz blanca en medio de la oscuridad. El bosque, que llegaba hasta la calzada flanqueada de árboles, parecía un espectro. Los árboles se elevaban, mezclándose con la oscuridad y diluyéndose en ella.

Franz conducía casi a la velocidad máxima. Estaba nervioso y alterado. «En una hora tendré que estar de vuelta sin falta», pensaba. «Es el primer viaje clandestino que hago. Y también será el último. Ni siquiera he montado nunca a Gertrud en este coche. Pero son mil marcos. ¡Mil marcos!».

Un coche venía de frente. Franz se apresuró a poner la luz corta.

«Lo arriesgo todo con esto», dijo, enfadado. «Y todo por un judío rico. Pero son mil marcos. Además, Gertrud me habría tomado por un cobarde. ¡Aunque sabe que he tenido suficiente con la que me ha caído! Pero si todo funciona, saldremos bien de esto. Esa chica tiene más coraje que muchos hombres. ¿Y ese pobre tipo que está ahí atrás? Un judío rico, pero ahora las cosas para él tampoco son color de rosa. Si tuviera tiempo, sentiría lástima por él. ¡Pero voy a embolsarme esos mil marcos y me casaré con Gertrud sin más tardanza! ¡Ya quisiera uno tener todas las semanas a un judío rico al que dejar en la frontera! ¡Por mil marcos!»

»¿Y si me atrapan? Bueno, entonces todo habrá acabado. Esta vez no me pondrán en libertad. Pero he arriesgado el pellejo muchas veces por nada, incluso por la causa. ¿Por qué no iba a atreverme a hacer algo por mí aunque fuera sólo por una vez?».

Franz detuvo el coche. Se volvió entonces hacia donde estaba Silbermann, sentado en la parte trasera del auto:

—Es mejor que se baje aquí. Conozco algo el lugar. En el pasado ayudé a

algunos compañeros a cruzar al otro lado. Aunque para ellos lo hice gratis.

—Claro —dijo Silbermann mientras bajaba del coche.

—Sí —dijo Franz—. La verdad es que no simpatizo demasiado con los judíos. Antes tuve incluso un jefe que era judío. ¡Y la verdad es que no era para alegrarse! Sepa usted, y le ruego que me crea, que es la primera vez que cobro un dinero por ayudar a alguien. Y de no haber sido por Gertrud, que me convenció, no estaríamos aquí ahora...

—No pasa nada —dijo Silbermann—. No me tome a mal el tener que ayudarme.

—No, si yo no se lo tomo a mal. Pero esa Gertrud lo tienta a uno a...

—Franz —lo tranquilizó Silbermann—. Puede estar satisfecho. Aquí tiene su dinero. Y salude a su novia de mi parte, dígame que le deseo mucha suerte.

—La suerte es mejor que se la reserve para usted —respondió Franz con hosquedad, y guardó los billetes en el bolsillo sin contarlos—. ¡Esto aquí no es tan fácil! Camine todo el tiempo en línea recta. Llegará a una vereda, ¡pero siga recto hasta llegar al camino del bosque! Por ahí pasa la frontera. ¡Pero usted siga recto! Dará entonces con una calzada, ¡pero usted seguirá recto campo a través! Si se da prisa, en media hora estará en Bélgica.

»Esa maleta debió mejor dejarla en casa. Pero, en fin, ya la tiene aquí. Esté atento a los gendarmes belgas, y viaje tan pronto como pueda a la ciudad grande más próxima. Si le dan voces para que se detenga y está todavía en territorio alemán, deténgase, de lo contrario le dispararán. Puede apostar su maleta a que lo harán. ¡De verdad que nunca he visto cosa igual! Uno que carga con su maleta para cruzar la frontera. ¡Hasta me asombra no verle traer detrás un camión cargado con sus muebles!

Silbermann había atendido bien a las gruñonas explicaciones de su chófer. Entonces preguntó:

—¿Cree que lo conseguiré?

—Me pregunta usted demasiado —respondió Franz—. Ya le he dicho cómo funcionan las cosas. Unos lo logran, otros no. Pero si nada más empezar está cagándose de miedo, lo más seguro es que no lo logre. Los guardias fronterizos belgas han recibido refuerzos, según he oído. Si lo atrapan, lo mandan de vuelta. ¡Eso seguro! Así que ya se verá. Le deseo muchísima suerte. Y otra cosa: si lo pillan, le ruego que diga que llegó hasta aquí a pie. ¡Pero no! ¡Usted se chivará enseguida! ¿Estoy en lo cierto? Todos los burgueses son

iguales.

—¿Ha cruzado usted alguna vez la frontera? —preguntó Silbermann.

—¿Sólo alguna vez? —preguntó Franz, riendo.

—Le doy otros mil marcos si me lleva usted mismo. Temo perderme. No tengo práctica...

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le prometió usted a mi novia?

Silbermann asintió.

—Tiene razón —dijo, angustiado—. Debo tratar de conseguirlo yo mismo —añadió, y le tendió la mano a Franz—. Adiós.

—Ah... Es que lo veo venir —dijo Franz, furioso—. Irá a caer en manos del primer guardia fronterizo con el que se tropiece. ¿Para qué me habré dejado convencer con tanta palabrería? ¡Vaya lío!

Franz bajó del coche.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Silbermann, lleno de esperanza.

—No soy persona de dejar a medias lo que ha empezado —dijo Franz, con disgusto—. Venga.

—¿De verdad que quiere...?

—¡De eso nada! ¡Querer, no quiero! Pero ¿qué otra opción me queda ahora?

—¿Y el coche? ¿Puede quedarse aquí?

—He sacado la llave. Y todo por esos mil dichosos marcos. Si ganáramos dinero... Ay, muchacho, muchacho...

—Le daré otros mil marcos —dijo Silbermann, alegre—. No. Le daré incluso...

—Coja su maleta —gruñó Franz y echó a andar delante.

Parecía conocer bien el camino, pero tenía prisa y, más que caminar, corría. Silbermann tropezaba con raíces, chocaba con las piedras o se estrellaba contra el tocón de algún árbol. Jadeaba a causa del esfuerzo. La maleta era como un fardo de plomo.

Tras diez minutos de avance ininterrumpido —en los que Franz, de vez en cuando, se daba la vuelta para cerciorarse de que el otro lo seguía—, Silbermann, exhausto, dijo:

—No puedo más. Tengo que descansar un instante.

Franz se detuvo.

—Ya me había imaginado que sucedería esto —dijo entre dientes—. ¿Sabe lo que me pasaría si al llegar a casa mi jefe ha llamado para reclamar el coche? Él también hace viajes nocturnos, y es un mal bicho. Te entrega directamente a la policía si decides dar una vuelta con su coche. ¡Y ahora usted afloja! ¡Eso le pega mucho! Traiga aquí la maleta.

De nuevo Franz avanzó delante.

—¿Qué hora será más o menos? —preguntó al cabo de un rato Silbermann, entre susurros.

—Las dos, creo. Suficientemente temprano para que nos pillen.

Para entonces, la maleta también le resultaba pesada a Franz. El chófer se sentó y empezó a imprecicar en voz baja.

—Ya me gustaría saber cómo he llegado a esto: servirle a usted de mozo de equipajes. ¡Qué cosas! Quién me iba a decir a mí que arriesgaría mi libertad por un burgués.

—Es usted un hombre decente —dijo Silbermann, muy bajito, mientras se quitaba el sombrero, satisfecho, y se enjugaba el sudor de la frente.

—No existe la gente decente —respondió Franz—. No, al menos, según la visión materialista del mundo. Pero, en fin, ¿qué va a entender usted de esas cosas?

—Poco —admitió Silbermann.

—Ah, ¿lo ve? —comentó Franz, algo más compasivo—. Pero también habrá notado que siempre hay alguien que hace las veces de diablo para el otro, ¿cierto? Y para la clase trabajadora... En fin, continuemos. Si sigo dándole vueltas, le dejaré aquí plantado.

Silbermann rio.

—Psssstt —le indicó Franz, furioso. Habían llegado al claro.

—¿Falta mucho todavía? —preguntó Silbermann.

—Diez minutos. ¡Pero ahora guarde silencio!

Franz aguzó el oído en dirección a la oscuridad. Luego avanzó muy despacio, sin hacer ruido, poniendo cuidado en cada paso.

Silbermann se deslizaba detrás de él. La compañía del otro le insuflaba tanto valor que casi se olvidaba del peligro.

Por fin llegaron al camino del bosque.

—Le acompañaría un trecho más, hasta donde está Lamberten, un conocido

mío que tiene una taberna, pero ahora debo regresar al coche cuanto antes. Usted siga todo el tiempo recto, hasta llegar al campo del que le hablé, y lo atraviesa directamente. Pero haga el menor ruido posible. Luego llegará a un bosquecillo, lo atraviesa y estará en el pueblo. La cuarta casa es la taberna de Lamberten. Entre. La maleta, claro, déjela en el bosque. No será tan estúpido como para entrar en el pueblo arrastrando una maleta, ¿cierto? En fin: a continuación, le transmite a Lamberten saludos de parte de Franz y él le ayudará. Por cierto, él querrá ganar algún dinero, pero le sacará de allí. Su yerno tiene un coche. Usted habla francés, ¿no?

—Sí, sí —respondió Silbermann.

—¡Claro! ¡Ustedes saben esas cosas! En fin. Hasta la próxima. Adiós.

—Espere. Quiero darle su dinero.

—¡Por dinero puedo poner en riesgo el coche de mi jefe, pero no mi pellejo!

—Pero...

Franz se había dado ya la vuelta, y Silbermann pudo ver todavía un rato la figura delgada y huesuda de aquel hombre, hasta que desapareció en la oscuridad. Silbermann levantó otra vez la maleta del suelo.

—Vaya suerte que tengo —murmuró.

Había empezado a caer una lluvia fina que golpeaba en plena cara a Silbermann, que avanzaba todo lo rápido que le permitía la maleta. Aún le quedaba un ápice de esa sensación de seguridad que antes le transmitía la proximidad del chófer.

«Todo irá bien», confió. «Si tan sólo hubiese dejado esta estúpida maleta en casa...». Por un momento pensó en abandonarla en el bosque, sin más, pero le pareció demasiado peligroso abrirla y ponerse a sacar el dinero. «Si la he traído a rastras hasta ahora, seguiré cargando con ella», pensó cuando tuvo que ponerla de nuevo en el suelo. «De lo contrario todo el esfuerzo habría sido en vano».

Sentía tal cansancio que tuvo que sentarse brevemente.

«¿Tendrá problemas el tal Franz?», reflexionó. «Ni siquiera sé su apellido. Jamás podré darle las gracias. Pero ¡qué suerte! En realidad, tengo que agradecerle a aquel gordo chivato el haber dado con él».

«Bélgica», pensó. «Estoy ahora en Bélgica. Apenas se nota. Debería estar loco de alegría, y en cambio sólo siento miedo. El mismo miedo que tenía

hace cinco minutos, cuando estábamos todavía en territorio alemán. Pero cuando ya...».

En ese momento creyó percibir un ruido y se puso a la escucha. «¿No he oído unas ramas partiéndose?». Silbermann se levantó de un salto, agarró rápidamente la maleta y miró a su alrededor con los ojos fuera de las órbitas.

—No —susurró—. ¡No, no, no! Ahora todo ha terminado. ¡No seguiré más! ¡Me quedo aquí! Me quedaré aquí, y si ellos...

Pero no había ruido alguno. Lo más probable es que se hubiese equivocado. Las gotas de lluvia caían sobre él y tenían un efecto tranquilizador. Silbermann alzó la maleta y se puso de nuevo en movimiento. La ampolla de la quemadura en su dedo índice se había reventado por el roce con la maleta y ahora sentía un dolor incesante. Cambió la maleta de manos.

«¡Que me arresten ahora! ¡Que me manden de vuelta a Alemania! ¡No puede ser!».

Para hacer el menor ruido posible, caminaba ahora muy despacio, palpando con el pie el suelo antes de dar cualquier paso, a fin de no tropezar.

«En todo caso, estoy en Bélgica», pensó de nuevo. «¡De hecho ya lo he conseguido!».

De pronto el bosque se abrió y Silbermann vio un destello luminoso.

«La calzada», concluyó.

Caminaba ahora de nuevo mucho más rápido, sin prestar atención a los ruidos causados por las pequeñas ramas que se partían. Cuando hubo salido del bosque, miró a su alrededor. Parecía imbuido de cierta solemnidad.

«Aquella vida en las sombras ha quedado atrás», pensó. «¡Ahora soy de nuevo un ser humano!».

Tras haber mirado a su alrededor con cautela y no ver nada sospechoso, cruzó la calzada rural. Tenía delante un campo de cultivo. «Todo el tiempo recto», recordó. Saltó entonces por encima de una pequeña zanja y sintió bajo sus pies la tierra blanda y húmeda del sembrado. «Si no hubiera traído conmigo esta maldita maleta», deseó por enésima vez.

Entonces oyó un ruido proveniente del bosque. El ruido de unas ramas al partirse, el brillo de una linterna, luego otra, y a una distancia de veinte metros del lugar que acababa de cruzar, dos siluetas se desprendieron de la oscuridad y caminaron hacia él.

Tras oír el primer ruido, Silbermann se había lanzado de inmediato al suelo lodoso, y arrastraba ahora la maleta hacia donde estaba. Ésta dio un fuerte golpe contra la tierra. Silbermann tenía palpitaciones por la excitación. Respiraba con la boca abierta de par en par. Tenía la cara muy pegada al suelo, todo cuanto se lo permitía su creciente lucha por respirar.

Los hombres, por ahora sólo visibles en forma de vagas siluetas, estaban de pie en medio de la carretera y hacían bailotear los conos de luz de sus linternas de un lado a otro. Parecían no estar de acuerdo en cuanto a qué rumbo había tomado Silbermann; en cualquier caso, se dijeron algo en voz baja y se separaron. Mientras uno de ellos se quedaba en su sitio, el otro caminó hacia la zanja y la iluminó de un extremo al otro, para, finalmente, seguirla en dirección opuesta a Silbermann.

Mientras tanto, el guardia que se había quedado cerca había encendido un cigarrillo y empezaba a caminar ahora lentamente hacia donde estaba Silbermann. Había cierta ironía en la seguridad absoluta con la que este gendarme caminaba hacia él. La había tanto en relación con su colega, que estaba ahora a unos cincuenta pasos de distancia y seguía impávido la dirección equivocada, como con aquel que creía poder ocultarse allí.

«Esto no puede ser», se dijo Silbermann, suplicando para sus adentros. «¡Sencillamente no puede ser! ¡Ese hombre no me ha visto, no!».

Al mismo tiempo, sabía que el gendarme, que estaba ahora a tan sólo diez pasos, tenía que estar oyendo sus jadeos. Silbermann se tapó la boca con la mano.

—*Eh bien* —le dijo una voz serena—. *Voulez-vous rester là?*

La lámpara le iluminó la cara.

—*J'ai le trouvé* —le gritó el gendarme al otro, que ya se acercaba con paso rápido.

Silbermann se levantó con dificultad.

—*Je suis...* —empezó diciendo.

—*Vous avez traversé la frontière* —lo interrumpió el gendarme, que continuaba alumbrándole la cara con la linterna—. *Il faut retourner!*

—*Je suis réfugié* —continuó diciendo Silbermann con voz ronca—. *Je suis juif!*

—*Tiens, tiens* —respondió el gendarme tranquilamente—. *Mais quand-même. Vous n'avez pas le droit de passer la frontière. Il faut venir avec un*

Visa. Alors, venez!

Entretanto, el otro guardia se había acercado.

—Tiene que regresar a Alemania —le dijo en alemán.

—Pero soy un fugitivo... Soy judío. Intentaron arrestarme. Me van a encerrar en un campo de concentración.

—Nosotros no estamos autorizados a dejarle pasar. ¡Venga!

El gendarme lo cogió por el brazo e intentó llevarlo de vuelta al bosque.

Llevaba la maleta el oficial que lo había encontrado, que ahora dejaba la charla en manos de su compañero.

Cuando estaban en la carretera, Silbermann se detuvo.

—¡Protesto! —exclamó—. ¡Yo me quedo aquí! ¡Ustedes no tienen derecho, no pueden hacer esto! ¡Estoy en un país libre!

—Usted ha cruzado la frontera de forma ilegal.

—Pero me vi obligado a hacerlo... Me han estado persiguiendo.

—¡Bueno, no todos pueden venir a Bélgica!

—Pero tengo documentación. Y dinero. Espere, se lo mostraré...

—¡Venga! —El gendarme lo empujó para que avanzara.

Silbermann se resistió.

—Entiéndalo —le rogó—. No puedo regresar. Sólo pretendía pasar un día en Bélgica. Mi hijo vive en París. ¡Yo también quiero irme a París!

—¡Eso se lo explica al cónsul belga en Alemania! Nosotros tenemos órdenes...

—¡Pero es que yo no voy a regresar! ¡Le exijo que me lleve hasta una comisaría! ¡No es mi culpa que haya tenido que cruzar la frontera ilegalmente! Me persiguen.

—Eso no es culpa de Bélgica. Lo sentimos...

Para entonces, habían cruzado la calzada. Una vez más, Silbermann se detuvo.

—¡Esto no es posible! —exclamó—. ¡No es posible de ninguna de las maneras!

Se volvió entonces hacia donde estaba el gendarme que llevaba su maleta.

—Oiga, yo no puedo regresar. Es imposible.

—*Mais oui, mon ami*, sí que es posible —respondió el otro, muy tranquilo.

De pronto, Silbermann se zafó del agarre de los guardias.

—¡Hagan ustedes lo que quieran! —gritó—. ¡Yo me quedo...! *Je reste..., je reste!*

—Si no regresa de forma voluntaria, nos veremos obligados a meterle en el tren en Herbesthal. La siguiente estación está ya en Alemania, y allí se ocuparán de usted los policías alemanes...

—¡No puede usted hacer eso!

—*Mais oui!*

Por un instante, los tres hombres permanecieron en silencio. Entonces los dos gendarmes agarraron a Silbermann enérgicamente por ambos brazos y lo obligaron a avanzar.

—¡Ya conoce el camino! —dijo el hombre que lo había encontrado—. ¡Y no vuelva!

—¡De lo contrario tendremos que meterlo en un tren rumbo a Alemania! —añadió el otro.

Habían llegado a la linde del bosque, pero Silbermann se equivocó al pensar que ahora los gendarmes lo dejarían solo. Lo acompañaron un trecho más. Silbermann se detuvo nuevamente.

—No me iré —dijo, con enérgica desesperación—. Sólo me quedaré un día en Bélgica. Se lo prometo. Continuaré mi viaje de inmediato. Lo tengo todo: dinero, documentos. No soy un hombre sin recursos. Entiéndalo: quieren arrestarme. Si no puedo quedarme, tendré que quitarme la vida. Bélgica es mi última esperanza. Señores, se lo suplico. ¡Yo jamás he violado una ley!

—Tiene que regresar. De nada sirve hablar. ¡Tiene que regresar!

—*Ecoutez* —empezó a decir Silbermann de nuevo, dirigiéndose al primer gendarme—. ¡Les doy cinco mil marcos! Eso es una fortuna...

—¡Usted se ha vuelto loco! *Allez!* —respondió el guardia con actitud tranquila.

—Escúcheme, esto es una oportunidad para usted, y para mí significa la vida. Les doy diez mil. ¡Cinco mil para cada uno!

Un golpe le acertó en el hombro.

—Cierre el pico —le ordenó una voz áspera, ciertamente, pero no muy convencida, según le pareció a Silbermann.

—Quince mil —dijo, aumentando la oferta—. Les aseguro que jamás diré

una palabra a nadie sobre esto. Por mi propio interés. ¡Sean sensatos y humanos! Ustedes son dos, cada uno recibe su dinero al instante. Piénsenlo, siete mil quinientos marcos...

—Aquí estamos en Bélgica —dijo el gendarme, y a Silbermann no le quedó claro si se refería a una disposición moral superior o al inferior valor de cotización del marco.

—Diez mil para cada uno... —ofreció ahora Silbermann—. Con eso pueden ustedes retirarse a descansar y comprar una casa si quieren.

Y dado que estaban en el momento comercial de la aventura, sus palabras mostraron ahora un tono significativamente más tranquilo y seguro.

Los dos gendarmes guardaron silencio. «Si no hubiera recelo entre ellos», temió Silbermann. «Uno no puede ver la cara del otro. En ello reside el peligro».

—Podemos arreglar esto sin más dilaciones —dijo—. Yo abandono Bélgica, y ustedes dos velan el uno por el otro, ya que ambos...

—Cállese —dijo el segundo gendarme con aspereza, tal vez con el propósito de dejar claro a su colega que su fortaleza de carácter era tan grande como la del otro, que se había negado de inmediato.

«Voy a sucumbir por un malentendido entre estos dos», pensó Silbermann, desesperado, y empezó a hablar de nuevo:

—Señores, ustedes son...

Pero en ese momento su acompañante le sacudió el brazo derecho.

—¿Quiere callarse de una vez? —gruñó el gendarme, furioso.

—Le entregaremos al siguiente puesto fronterizo alemán si sigue hablando —intervino el gendarme parado a su izquierda.

—¡Pero es preciso que tengamos confianza recíproca! —les imploró Silbermann, que creía verlo todo con claridad—. Diez mil ahora mismo, para ustedes dos. Calculo que serán unos cincuenta mil francos...

«Si pudieran al menos mirarse a la cara», pensó. «Sin duda aceptarían».

—Basta —dijo el gendarme que estaba a su derecha—. Una palabra más, y partimos ahora mismo en dirección a Herbesthal.

Silbermann se calló. Habían llegado, entretanto, al camino del bosque. Se detuvieron.

—*Eh bien, Monsieur* —dijo muy enfadado el gendarme que había cargado

con su maleta y que ahora la dejaba en el suelo—: Está usted en su país. ¡No se le ocurra darse la vuelta! ¡Sería muy peligroso para usted!

—Pero señores... —les suplicó Silbermann una vez más—. No tenía ninguna intención de ofenderles. Se lo aseguro. Pero piensen por un momento...

—Si vuelve a asomar la cabeza... —gruñó el gendarme.

Entonces Silbermann se dio la vuelta, atravesó el bosque y, dando un tropezón con una raíz, hizo de nuevo su entrada en el Reich alemán.

CAPÍTULO 7

Silbermann se tapaba los oídos con dos dedos. «Un poste y otro poste y otro poste, siempre en fuga, en fuga, en fuga. Un poste y otro poste y... Ay, acabaré idiotizándome», temió. El canto monótono de las ruedas lo martirizaba.

«¿Cómo voy a quedarme dormido así?», pensó y, con la mano izquierda, retiró el maletín que había colocado entre él y el asiento y cuya cremallera se le clavaba ahora en la espalda. La maleta, después de haberle sacado el dinero y de guardarlo en el maletín, la había dejado tirada en la carretera. En el estado en que se encontraba después del intento fallido de cruzar la frontera, le resultaba imposible seguir cargándola.

Una hora y media había estado caminando la noche anterior, hasta que un camión enorme al que hizo señas lo recogió y lo llevó hasta Mönchengladbach. Aquellos dos conductores rezongones le recordaron a Franz, y sus secos comentarios, que dejaban caer de vez en cuando, así como su mordaz visión positiva de la vida le habían hecho bien y animado un poco.

Ahora viajaba de nuevo en un tren de regreso a Berlín. Su fallida aventura lo había deprimido de tal manera que no pensaba volver a intentar entrar en Bélgica. Le faltaba la energía necesaria para tal empresa.

Silbermann abrió la ventanilla y se inclinó hacia fuera para tomar aire fresco. El viento cortante le sentó bien. Pero entonces una partícula de polvo se le coló en el ojo, y pasó cinco minutos ocupado en sacársela. Cuando cerró la ventana, hacía frío dentro del compartimento en el que viajaba solo. Comió un trozo de chocolate y se esforzó por dormirse otra vez. Pero el traqueteo de las ruedas, el balanceo y las sacudidas del tren lo ponían casi al borde de la desesperación.

Caminó varias veces de un lado a otro del compartimento, leyó con gran interés las disposiciones e instrucciones fijadas a las paredes, se sentó, se

levantó de nuevo y salió al pasillo para dar un paseo por el tren. Observaba con indiferencia a las personas que le salían al paso, pero al ver a un hombre al que tomó por judío, frunció el ceño en un gesto involuntario. En la pasarela de tercera clase se cruzó con otro señor que le resultó sospechoso por el mismo motivo.

«Hay muchos judíos en el tren», pensó Silbermann. «Y eso nos pone en peligro a todos. A vosotros tengo que agradecerlo. Si no estuvierais, yo podría vivir en paz. ¡Pero como estáis, paso a formar parte de vuestro desgraciado colectivo! En nada me diferencio de otras personas, pero tal vez sea cierto que vosotros sois diferentes, y yo no soy de los vuestros. Sí. Si vosotros no estuviérais, a mí no me perseguirían. Podría seguir siendo un ciudadano normal. Pero como existís, me exterminarán con vosotros. ¡Aunque no tenemos absolutamente nada en común!».

A Silbermann le pareció indigno aquel pensamiento, pero era lo que pensaba. Cuando uno se ve rodeado de gente que le dice: «Eres un buen tipo, pero tu familia no sirve para nada; tus primos, a diferencia de ti, son gente malvada», uno puede dejarse contagiar por la opinión general.

Y eso era exactamente lo que ocurría ahora con Otto Silbermann, quien, en circunstancias normales, jamás habría tenido nada que ver con esos personajillos tragicómicos llamados «judíos antisemitas». En ese instante, sin embargo, no era capaz de pensar con claridad, estaba en un estado de máxima alteración que entendía la mera existencia de su vecino como una ofensa.

«Vosotros me habéis metido en este lío», pensó con rabia, mirando fijamente, con mala cara, al hombre cuyo aspecto le había hecho suponer que estaba delante de un correligionario. El hombre notó la mirada y se la devolvió de inmediato, irritado.

Abandonó su puesto al lado de la ventana y se acercó a Silbermann.

—¿Le debo yo a usted algo? —preguntó el hombre, enfurecido.

Silbermann, sorprendido, guardó silencio.

—¿Por qué me mira de ese modo? —preguntó el que parecía ser un empleado de poco rango.

Silbermann tampoco respondió esta vez.

—¡Oiga! —gritó el hombre, golpeándole el hombro con el dedo—. ¡Estoy hablando con usted!

—No le consiento ese tono —respondió Silbermann con acritud.

—Si no estuviéramos en el tren... —respondió el hombre, lanzándole unas miradas desafiantes.

—¿Qué pasaría? —preguntó Silbermann con frialdad.

—¡Pues ya vería usted!

Un tercer caballero, quizá un amigo del ofendido, intervino.

—¿Buscando pleito de nuevo, Max? —preguntó, haciendo un gesto de incredulidad.

—Esto no te incumbe.

El otro le puso una mano en el hombro.

—Déjalo ya —le dijo.

—No tengo idea de lo que le pasa a este caballero conmigo —explicó Silbermann.

—¿Le ha dicho acaso que es judío?

—No he dicho absolutamente nada —contestó Silbermann, perplejo.

—De haber sido así, tal vez le habría pegado. No es judío.

—No voy a permitir que nadie me mire como si llevara conmigo toda la tesorería de guerra y bizqueara de ambos ojos —dijo el hombre, ahora en un tono más conciliador—. ¡Pertenezco al Partido, como todo el mundo!

—No tenía intención de ofenderle —le aseguró Silbermann, que a continuación se dio la vuelta y se dirigió al vagón comedor, donde almorzó. Después de comer se sintió bastante mejor y, tras mucho pensarlo, tomó por fin la decisión de viajar a Küstrin para hablar con su mujer acerca del futuro inmediato.

«Tal vez pueda quedarme allí un par de días, hasta que pase lo peor», se dijo, esperanzado. También quería llamar de nuevo a su hijo.

«Estoy curado para siempre de la idea de intentarlo por la vía ilegal», pensó. «No estoy hecho para eso. Sólo soy apto para una vida ordinaria, no para nada extraordinario». Recordó entonces la escena en aquel bosque fronterizo y su posterior marcha a pie. «Tal vez debí intentarlo una vez más», pensó. «Quizá lo hubiese conseguido. ¿Podré salir algún día de Alemania?», se preguntó. Casi con admiración, recordó la energía que había desplegado el día anterior, por vano que hubiese sido el esfuerzo.

Desde el vagón comedor, la aventura perdía buena parte de su dramatismo, y lo que en el instante de estarlo viviendo había sido para él la más cruenta

lucha por la existencia, no era ahora más que un recuerdo poco dramático, casi hasta cómico, por opresivo que fuese, lo cual despojaba a su derrota de todo componente de desaliento.

«Pudo haber sido peor», se dijo. «Habrían podido capturarme los guardias alemanes. Además, todo el asunto no será doloroso sólo para mí. Porque es otra vez de día, y esos gendarmes belgas podrán mirarse a la cara».

La idea le complacía muchísimo, y estuvo un buen rato dándole vueltas. «Les ofrecí veinte mil marcos», recordó. «No estaba en mis cabales. ¿Cuánto habría tenido que darle al siguiente policía que me detuviera? ¿Y al siguiente, y al que viniese después?». Silbermann sonrió. «Además, soy más perseverante de lo que creo».

Entonces pagó y se marchó. Esperaba no encontrarse otra vez con el hombre que había plantado cara a su «antisemitismo». Y, en efecto, no se lo encontró.

La comida, magnífica y copiosa, había puesto a Silbermann de muy buen humor, y al llegar a su compartimento se quedó dormido muy pronto, para no despertar hasta varias horas después, en Hannover. Pidió un café a un camarero que pasó con el carrito por delante de su compartimento, abrió la ventana y miró hacia fuera. Le hizo señas a un vendedor de periódicos para que se acercara, le compró varias revistas que arrojó sobre el asiento y se puso a observar a los pasajeros que caminaban por el andén.

Le llamó la atención una mujer vestida con elegancia que charlaba con otra señora de mayor edad delante de su ventanilla. Sin prestar especial atención a lo que hablaban, captó algunos retazos de la conversación:

—No hables demasiado —decía la señora de mayor edad—. ¡Mientras menos digas, mejor para ti! A fin de cuentas, tienes a tu abogado, ¿no es cierto? Métete esto en la cabeza: causas una mejor impresión al juez si no haces caso a las calumnias... ¡No lo necesitas! ¡Él también es culpable...! ¡Y compórtate con distinción...! Tranquila y con distinción..., así causas una mejor impresión. No aceptes tratos. Si lo haces, pierdes tus derechos... Le dices al abogado que estoy dispuesta a declarar como testigo. ¡Basta con que me escribas! ¡Iré enseguida...! Sé muy bien cómo te ha tratado. Es... Pero ¿dónde está el mozo que carga las maletas? ¿Recuerdas el número? Yo tampoco... Debería una memorizarlo siempre... Nunca se sabe. Ah, por ahí viene... Ojalá que encuentres un buen sitio. No fumes demasiado, no es bueno

para el cutis... Y lo dicho: iré en cualquier momento, sólo tienes que escribirme... E informa como es debido a tu abogado. Por sí solo no puede saber nada... Te has ocupado muy poco del proceso... Y que sigan vigilándolo... Cuanto más... Mira, el revisor ya está haciendo señas. Tienes que subir... ¡Si me escribes, subiré al siguiente tren!

Silbermann se retiró de la ventanilla.

«Todavía la gente tiene esa clase de preocupaciones», pensó, casi con asombro. «Hay que cuidarse de estas mujeres que tienen amigas insatisfechas y con ganas de pleito. Elfriede siempre me ha hecho caso sólo a mí». Suspiró.

Alguien abrió la puerta de su compartimento. Un mozo entró y colocó dos maletas en el portaequipaje, luego salió al pasillo y se quedó a la espera. Silbermann encendió un cigarrillo y hojeó una de las revistas que acababa de comprar.

«Siento curiosidad», pensó.

Oyó al mozo dar las gracias y alguien entró.

—*Heil Hitler* —saludó una clara voz femenina.

Silbermann alzó la vista.

—*Heil...* —dijo en tono poco amable.

Con un interés moderado al principio, observó a la dama de la que ya sabía tantas cosas.

—¿Prefiere que cierre la ventana? —preguntó.

—Oh, no. Déjala abierta —respondió la mujer, y sus ojos de un gris azulado, que brillaban como fuegos fatuos, de un modo muy cautivador, le lanzaron una mirada que tomaba buena nota de su existencia y, al mismo tiempo, parecían dar su visto bueno.

La mujer tenía un rostro atractivo, en efecto, aunque no en un sentido clásico. Pero sus ojos, capaces de mirar con tal viveza, lo absorbían de tal modo que le resultaba bien difícil hacerse un frío juicio crítico basado en meros criterios estéticos sin verse influido por ellos. Tal vez una mujer habría podido determinar que su boca era demasiado grande y su nariz demasiado pequeña, pero Silbermann ya ni procuraba aplicar criterios objetivos. Los ojos de la desconocida tenían algo de esa electricidad que, a su parecer, era inherente a su naturaleza y ahora lo contagiaba, desatando en él una leve oleada de calor que le impedía forjarse una opinión serena.

La dama encendió un cigarrillo, se alisó la falda y abrió el bolso de mano para sacar el lápiz labial y un espejito. Luego apagó en el cenicero el cigarrillo, al que había dado unas pocas caladas, y empezó a renovar el carmín de sus labios con expresión sumamente concentrada.

Silbermann recordó cuánto le habían disgustado en el pasado esos retoques en público. En cambio, ahora le pareció que el espectáculo de una mujer esmerada en acicalarse podía tener un efecto refrescante, y que la coquetería derivada de ello no era censurable en todos los casos. Más bien había excepciones —y él estaba convencido de estar frente a una— en las que el asunto no carecía de cierto atractivo.

Le parecía, además, que había hecho muy bien en pasar a afeitarse antes de partir de Mönchengladbach, aunque no podía establecer una relación directa entre aquel acto de aseo y esta mujer. Contento por la agradable compañía, se puso a hojear sus revistas sin cavilar más.

Volvía a sentirse tan agobiado por sus preocupaciones que, al cabo de diez minutos, cuando la mujer le hizo una pregunta, tuvo que pedirle que se la repitiera, porque no la había escuchado.

—Sólo le preguntaba —dijo, y su voz tenía definitivamente cierto cálido brillo— si el tren hará otra parada o seguirá directo hacia Berlín.

—Creo que para en Magdeburgo y en Oebisfelde —respondió Silbermann, soltando la revista.

—Gracias —dijo la dama, y su mirada no fue esa vez menos expresiva—. He olvidado por completo traer algo para leer.

—Tal vez acepte que ponga mis revistas a su disposición, señora —dijo Silbermann.

—Muy amable. Pero supongo que usted querrá leerlas, ¿no?

—Bueno, no todas. Eso, seguro. Tenga, por favor —dijo, y le entregó dos revistas. A Silbermann le pareció que su mirada transmitía una serenidad infinita—. ¿Hace este trayecto por primera vez? —quiso saber él.

La mujer suspiró. Lo hizo a la manera de alguien a quien la experiencia le ha enseñado a controlarse y a no salirse de cierto marco convencional.

Silbermann, con sumo tacto, guardó silencio.

—Por desgracia, no —dijo ella por fin.

—¿No le gusta viajar? —preguntó, interesado.

—Al contrario, pero hay motivos por los que...

La mujer se interrumpió.

—Tiene razón —dijo Silbermann, suspirando ahora de un modo bastante poco convencional—. Hay cada motivo...

Ella lo miró.

«Fuegos fatuos», pensó Silbermann. «Una danza de fuegos fatuos».

Y dijo a continuación:

—Uno puede viajar para eludir cierta calma. Pero también para conseguirla.

Los ojos de la dama sonrieron. Silbermann estaba seguro.

—Yo, para serle sincera, simplemente quiero llegar a Berlín —dijo ella.

Silbermann rio.

«Estoy casado», pensó. «Soy un fugitivo. No tengo tiempo para pensar en otra cosa que no sean mis tristes asuntos, y tampoco quiero ni puedo dejarme enredar».

—Yo estoy sumamente contento de haber cogido este tren —dijo él, inclinándose hacia delante para estar un poco más cerca de ella—. La compañía... es muy agradable.

Sin responderle, la dama tomó la revista y empezó a hojearla.

Silbermann tuvo la sensación de haberse comportado con una torpeza insólita. Miró por la ventana el paisaje poco cautivador que pasaba volando y sospechó que se había ruborizado. «¿Acaso busco una aventura?», se preguntó. «No, nada más lejos de mis intenciones. Aunque tal vez sería... Pero no, es absurdo».

—¿Tiene cerillas, por casualidad? —le preguntó ella.

—Ya lo creo —respondió él y se apresuró a buscar las cerillas en sus bolsillos. Por fin las encontró y pudo darle fuego a la mujer.

—Gracias —dijo la dama y lo observó en silencio, detenidamente. Entonces, de repente, dijo—: Por casualidad, ¿es usted abogado?

—No, lo lamento —dijo él, sorprendido.

—Nada, es que pensé... Se me ocurrió, sencillamente.

La mujer volvió a sumirse en la lectura de la revista que tenía entre las manos.

—Bueno —dijo Silbermann—. En realidad, en otro tiempo, quise ser

abogado. Estudié incluso dos semestres de Derecho y más tarde me beneficié de esos estudios. A un hombre de negocios no le perjudica tener ciertos conocimientos jurídicos. Si puedo serle de ayuda con alguna información...

—No, no le preguntaba por eso —respondió ella.

—¿Acaso lo parezco? ¿Parezco ocuparme de actas, procesos, de reglamentos sobre tasas y condenas por incumplimiento de obligaciones? —preguntó él, sonriente.

—No. En fin, no lo sé. No soy capaz de determinar cuál es la profesión de una persona sólo con verla.

—¿Puedo preguntarle cómo se le ocurrió la idea?

—¿Tiene importancia eso?

—Es que me interesa. Pero no insistiré, por supuesto.

—Me recordó usted a alguien —le explicó ella.

—Bueno, espero salir favorecido —bromeó Silbermann.

La dama rio, y una vez más lo contempló y examinó abiertamente.

—Resulta difícil comparar —dijo ella por fin.

—Entonces la comparación, al parecer, ha sido desfavorable para mí, ¿cierto?

Los dos rieron.

«Hay algo liviano en esa mujer», pensó Silbermann. «Tal vez sólo me lo figuro, porque sé de ella más de lo que debería. Pero, en todo caso, hay existencias tan refrenadas por la moral vigente que me resultan menos gratas». La miró. «Hay algo febril y agradable en ella», pensó, sin saber por qué le venía a la mente tal expresión.

—¿Me permite una pregunta? —quiso saber él.

—¿Por qué no? —respondió ella—. Me reservo el derecho a responder.

—Quería saber a quién le recuerdo.

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo ella, en un tono más frío.

—Pero a mí, de algún modo, me preocupa.

—Pues dejémoslo ahí —dijo ella, interesándose de nuevo en la revista.

«¿Dejémoslo dónde?», se preguntó Silbermann.

Notó que la dama se acercaba demasiado la revista a los ojos. «Es miope, pero demasiado orgullosa como para llevar gafas», pensó, y sonrió de forma involuntaria. Ese doble defecto le pareció simpático y casi conmovedor.

Adoptó entonces la actitud del que cavila, aunque en realidad contemplaba el rostro relajado de ella mientras leía. «No tiene la frente demasiado alta», comprobó. «En realidad, casi podría decirse que la tiene baja. Estoy seguro de que no es una persona demasiado complicada ni problemática», concluyó. «Aunque quizá sí que lo sea, precisamente». De nuevo suspiró. «En todo caso, yo no lo averiguaré», pensó, lamentándolo.

—¿Tan mal le va? —le preguntó ella, con un tono en parte irónico y en parte comprensivo. A Silbermann, en cambio, le pareció que había bondad en su voz, auténtica bondad femenina.

—Mucho peor —respondió. Había pretendido ser irónico, pero su sonrisa pareció forzada.

—¿Preocupaciones? —quiso saber ella, adoptando ahora un tono en el que se mezclaban el interés y una servicial curiosidad, pero sin parecer desapegada—. Asuntos de negocios, seguramente, ¿no?

De inmediato, sacudió la cabeza con altivez, dando a entender que no comprendía nada del mundo de las transacciones, las conferencias, las filiales y las suspensiones de pagos.

—No —contestó él, lacónico.

El interés de la dama aumentó de un modo visible. Tal vez le resultaran más familiares las preocupaciones de tipo personal, y era probable que adjudicara las suyas a ese ámbito sentimental. Por ajena que fuera para ella la relación íntima implícita en la fusión de dos empresas, sí que sabía algo acerca de las diferencias entre dos seres humanos.

—¿Qué preocupaciones puede tener un hombre de negocios si no son los negocios? —preguntó ella.

Su pregunta no sonaba a curiosidad malsana. Interés, un interés humano, fue lo que Silbermann creyó percibir.

—No todo es dinero en esta vida —respondió él—, aunque yo sería el último en negar su importancia.

—No quise decir eso —acotó ella.

Él calló. Por último, se llenó de valor y preguntó:

—¿Considera usted, señora, que soy una criatura con rasgos humanos?

La mujer sonrió algo perpleja, pero se mostró circunspecta al cobrar conciencia del tono de la pregunta.

—Creo que sí —dijo, y subrayó su respuesta con un enérgico movimiento de la cabeza.

—También yo lo creo —respondió Silbermann—. No padezco eso que llaman «complejo de inferioridad».

—¿Por qué iba a padecerlo?

La pregunta le sentó bien.

—Soy judío —dijo él y la miró con ojos casi amenazantes.

—Ah... —dijo ella, tomando nota serenamente.

—¡Sí, señora! Tal vez se comprometa hablando conmigo, ¿no le parece?

—¿Por qué? —preguntó ella y lo observó con serenidad.

—Bueno, lo pensé. No sólo estamos proscritos, nos han declarado parias. ¿No cree?

—¿Y por qué?

—No sé por qué le cuento todo esto. Cuando uno ha pasado un par de días sin hablar con nadie, la boca empieza a hablar por su cuenta. Estoy huyendo, por cierto. No he violado ninguna ley, y nunca en mi vida he tenido lo más mínimo que ver con la política. Aun así, intentaron arrestarme y han destrozado mi piso. Bueno, no por completo, pero sí en buena parte. Como sabe, están arrestando a los judíos. Pero, en fin, no tiene mayor importancia. ¡Le ruego me disculpe!

Había ido exaltándose a medida que hablaba. La mirada de ella seguía fija en su rostro.

—¿Por qué iba yo a disculparle? —preguntó ella—. Es usted, con mayor razón, quien tendría que disculparme a mí.

—La he importunado con mi historia, bastante poco interesante, por cierto. Me persiguen y estoy nervioso. Y no estoy acostumbrado. Tengo aún muy arraigado el estado de cosas anterior, la vida normal. No sé qué hacer ante todo esto. ¡Hubo un tiempo en el que fui un hombre libre!

—¿No ha podido huir al extranjero?

—¿Adónde voy a ir? —dijo, queriendo gritar, pero se contuvo—. No me permiten entrar. Esperé mucho tiempo, demasiado. Nunca creí que las cosas llegarían a tal extremo. Fui soldado en el frente, caramba. Era un ciudadano como cualquier otro. Y el único intento que hice fracasó en la frontera con Bélgica. Me sorprendieron y trajeron de vuelta a territorio alemán. Desde

entonces estoy viajando. Y en segunda clase, aunque sigo siendo un hombre adinerado. Si me arrestan, le aportarí al Estado un cañón, o un torpedo. No sé exactamente.

—¿En serio es tan grave el asunto? —preguntó la mujer, y su voz vaciló un poco.

Silbermann se esforzó por hablar con mayor serenidad.

—Tal vez esté exagerando —admitió él—. Pero supongo que cuando a uno van a decapitarlo y no sabe por qué, pierde la calma y la sobriedad a la hora de valorar.

—¿Adónde piensa ir ahora? —quiso saber ella, llena de empatía.

—Pienso seguir —respondió él—. No sé qué otra cosa hacer. Me limito a viajar. Viajo de aquí para allá, hasta que me pillen, hasta que alguien de las SA me detenga. Ellos me han puesto en movimiento y ahora tendrán que detenerme.

—Espantoso —dijo ella, y la candelilla de sus ojos brilló como nunca—. ¿Cómo puede soportarlo?

La dama se inclinó entonces hacia delante y lo observó con sumo interés. A Silbermann le pareció que en su rostro alternaban el interés y la curiosidad, cierta compasión y una tensión casi exaltada.

—Esa misma pregunta también podría hacerse a uno de esos artistas del hambre —le espetó él.

Ahora que se había desahogado con sus problemas, éstos lo dominaban, le parecían más irresolubles que nunca. Con esfuerzo, luchaba por mantener el equilibrio.

—Perdóneme —dijo ella—. Mi pregunta no era malintencionada.

—Lo sé, estoy siendo descortés, pero es que llevo tres días...

—Entiendo —respondió ella, y una mirada cálida lo acarició.

Una esperanza creció en él.

«Tengo que aferrarme a esta mujer», pensó Silbermann. «Huir con ella, partir. He de ignorar todas las circunstancias, sólo así me libraré de ellas».

La observó con ojos escrutadores, intentando, a la vez, ganarse su afecto, pero sin otras intenciones.

—¿No tiene a nadie que le ayude? —preguntó la dama—. ¿Nadie que lo proteja, relaciones? Siempre son de ayuda.

—Mis viejos amigos no me han dejado tanto dinero como para comprarme otros nuevos —dijo Silbermann, y al momento se avergonzó de la pomposidad implícita en sus palabras.

«Todavía pretendo impresionar», se dijo.

—¿Le han chantajeado?

—¡Me han expoliado! Pero eso ya no tiene importancia. A los cadáveres se los comen los gusanos, ésa es la norma —dijo, y soltó una risotada disonante.

—Mi marido es abogado —dijo ella, diligente—. También está en el Partido, y muy bien relacionado, pero por desgracia no puedo hablar con él. De lo contrario, él haría algo por usted.

—Con tristeza he de confesar —la interrumpió Silbermann, que había vuelto a tranquilizarse— que conozco sus motivos más de lo que debería. Sin pretenderlo, fui testigo de su conversación.

Por un instante, la mujer se quedó en silencio, desagradablemente sorprendida.

—Ah, ¿sí? Bueno, mi amiga tiene la inveterada costumbre de escenificar en cada despedida una recapitulación que luego beneficia a otros más que a mí.

—En cualquier caso, pude comprobar (aunque lamentándolo) que no soy la única persona que tiene preocupaciones —se apresuró a acotar Silbermann.

—¿De verdad lo lamenta?

—En su caso sí, señora. Aunque sospecho que son mis preocupaciones a las que debo el placer de su presencia.

—Si al menos pudiera ayudarle —dijo ella, desviando la conversación de sus asuntos a los de Silbermann.

—Créame si le digo que es una ayuda hablar con usted.

—¿En serio? —La mujer parecía dispuesta a creerle.

—Sin ninguna duda —le aseguró él.

—No entiendo por qué agreden de esa forma a los de su religión —opinó ella, y en sus palabras había cierta simpatía hacia él—. Tuve una amiga judía. Si no me equivoco, emigró a Palestina. Pero no era eso lo que quería decir. Mi idea era otra. Usted tiene un aspecto tan ario... ¿Eso no le sirve de ayuda?

—¡Mi nombre es Silbermann!

—Ah, bueno. No es un nombre muy afortunado en esta época, ¿no?

—No. Además, de nada serviría llamarme Meier. Mi pasaporte lleva una enorme J de color rojo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó ella, indignada—. ¿Por qué? Suena raro. Y normalmente uno no dice estas cosas, pero usted me parece realmente simpático.

Silbermann hizo una leve reverencia a la mujer y rio.

—Por desgracia, el Gobierno no es de su misma opinión. No me encuentra especialmente... simpático. Sólo dice: «¡Tú, Silbermann, eres judío!». Con lo cual ha decretado que mi persona y mis cualidades no tienen la menor importancia. Lo único que importa ahora es si eres judío o no, no si eres simpático o antipático. Ese título lo decide todo. El contenido da igual.

—Horrible —suspiró ella, y Silbermann creyó notar que la dama estaba un poco hastiada del tema de conversación.

Estaba perplejo y enfadado por su necesidad de hablar. «¿Cómo se me ocurre hablar de mí de ese modo», pensó, «en un sitio como éste, a una mujer con la que no tengo nada que ver, que nada tiene que ver conmigo y que, en todo caso, sólo podría tener un vago interés en el extraño destino de su fortuito compañero de viaje? ¿De qué me sirve quejarme ante ella? Y aunque su curiosidad se deba a un interés real, ¿de qué me sirve? Una mujer que considera que todo es “horrible”. Diría lo mismo si escuchase hablar de un accidente de ferrocarril, si un conocido se tuerce una pierna o si ella misma no llega a tiempo para tomar el tranvía. ¡Horrible!

»¡Mi destino pasa a ser una muletilla! ¡Eso es todo!».

De pronto sintió ganas de aclararle que bien podía prescindir de su compasión, que se lo había contado todo por meras ganas de hablar, para oírse, para aclararse él mismo su situación, no para arrancarle aquel «¡horrible!». No había sido ése su propósito, de ninguna manera. Bien que podía prescindir de todo eso.

—¿Por qué me mira ahora con esa cara de enfado? —preguntó la mujer entonces, sonriendo.

—¿Cómo dice?

—Tiene la mirada alterada. Puedo entenderlo bien, pero también debe saber que yo no tengo nada que ver con todo eso. Quiero decir, en mi modo de sentir. No soy una antisemita.

—¿Y si lo fuera? —preguntó él, con acritud—. ¿Qué cambiaría eso?
Ella le clavó una mirada furibunda.

—Tal vez está usted irritado —dijo ella, en tono ofendido—, pero debo rogarle...

La mujer no supo cómo continuar, guardó silencio por un instante y luego añadió, ya no con enfado, sino más bien con una sonrisa extrañamente ingenua:

—Si yo fuera antisemita, podría causarle ahora bastantes molestias, ¿no es verdad?

—No tengo miedo —respondió él, casi con desprecio—. ¡No y no! ¡Ya no tengo miedo! —repitió, como queriendo convencerse.

—¿De verdad que no? —preguntó ella, y esta vez su sonrisa le pareció a Silbermann no del todo carente de peligro.

—¿Quiere meterme miedo, señora? —preguntó y sonrió a su vez.

—No —le contestó ella en voz baja, y sus ojos mostraron un brillo casi húmedo.

—Hoy en día no hace falta demasiado para representar ante un judío el papel de depredador —dijo él con ironía.

«¿Depredador?». A Silbermann le pareció que aquella mujer se esforzaba por parecer inofensiva del modo más peligroso posible.

—Veo que debo disculparme otra vez —dijo, y pensó: «Sin embargo, te sientes halagado».

—¿Qué va! ¿Por qué? ¿Se refería usted a mí?

Él sacudió la cabeza.

—¡Jamás se me ocurriría! —le aseguró—. Me refiero a la belleza de la fiera, a su peligrosa elegancia, a su... —Silbermann suspiró—. ¡Ni siquiera se me ocurren ya buenos cumplidos! —dijo, y sus palabras denotaron tal aflicción, que ella tuvo que reír.

—¿Por qué los judíos toleran todas esas cosas? —preguntó ella, con mohín serio—. ¿Por qué no oponen resistencia? ¿Por qué sólo huyen?

—Si fuéramos románticos —respondió él, orgulloso de su buen juicio—, difícilmente habríamos sobrevivido los últimos dos milenios.

—¿Es tan importante sobrevivir?

—¡Es importante! Sobrevivir significa superar, vencer. No tiene mérito alguno arrojarse a la primera grieta con la que uno se tropieza en un glaciar,

pero sin duda es muy meritorio vencer la altura de una montaña. Vivir requiere de valor. Para suicidarse sólo hace falta desesperación.

Silbermann hizo una pausa y continuó buscando símiles.

—Es mucho más difícil empujar el carro que dejarlo parado deliberadamente —concluyó.

—¿Y va a vivir uno entonces sólo para empujar un carro? ¿No le parece demasiado poco? A decir verdad, me impresionan más las personas que convierten su vida en una fiesta de tiradores,⁵ que hacen lo que les conviene, no lo que los demás esperan de ellas.

Silbermann rio con benevolencia y aires de superioridad.

—Encantador —dijo entonces—. ¡Esto es encantador! ¿Qué haría usted en mi lugar? Imagínese que es usted judía, que tiene dinero todavía y se ve obligada a huir. ¿Qué haría?

—Pues, si le soy sincera, yo me divertiría de lo lindo —le aseguró ella, radiante—. Empezaría a vivir como si cada día fuese el último, y cada uno de esos días sería para mí más que todos los días de un año entero. Yo haría... Pero, vamos, usted se burla de mí... ¿Por qué se ríe? —preguntó ella, frunciendo el ceño, molesta.

—¿Cómo se lo imagina en detalle? —preguntó él, poniéndose serio de nuevo—. ¿Cree que se divertiría si tres días antes hubiesen asaltado su vivienda? ¿O si supiera dónde se encuentran sus seres queridos, pero no pudiera ir a visitarlos? ¿Se divertiría si tuviera miedo ante cualquier hombre de las SA, ya que éste puede arrestarla si le parece oportuno?

—¿Está usted casado? —preguntó ella, sin responder a sus objeciones.

—Sí, lo estoy...

Silbermann enmudeció. «Quizá ya no lo esté», pensó. «Quizá lo estuve y ahora estoy solo. ¡Solo!».

—¿Y su esposa?

—Ha ido a refugiarse a casa de su hermano, que es ario —respondió él mecánicamente.

—Horrible —dijo ella y sacó de su bolso una pequeña tableta de chocolate. A continuación, le quitó el papel de aluminio, observó la golosina con gesto pensativo y le ofreció a él. Luego partió un pequeño trozo para sí, se lo metió en la boca y lo masticó pausadamente.

—Pero ¿no puede usted defenderse de alguna manera? —quiso saber ella de nuevo, tras un rato masticando en silencio.

—Sí, puedo arrojarme delante de un tren y detenerlo. Estará parado dos minutos hasta que hayan apartado a un lado mi cadáver. ¿Cree de verdad que yo, Otto Silbermann, puedo intervenir en el curso de la historia? Es usted una romántica.

Sí. En realidad, la conversación empezaba a hastiarla.

—Tendría que ver el lado humorístico del asunto —le propuso ella.

Silbermann la miró perplejo:

—No —dijo entonces enérgicamente—. Eso es pujar muy alto. ¿Cuál es el lado humorístico? ¿Quién podría esperar que me ría de mi propia desgracia? ¿Se ríe usted si se parte una pierna? ¿Tan grande es su sentido del humor?

—Tal vez —respondió la mujer, y la excitación de Silbermann le causó mayor impresión que sus palabras.

—No le creo del todo —replicó él—. En cualquier caso, no puedo imaginar que a usted le parezca un buen chiste que alguien le escupa a la cara.

—¡Eso no, claro! —se indignó ella—. ¡Qué cosas se le ocurren!

—No son ocurrencia mía, pero... Dejémoslo.

Se observaron en silencio.

—Sí que existe cierta similitud —dijo ella entonces, en voz baja—. Él también tiene esa seriedad tan aburrida.

—¿Quién...? ¡Ah! ¿El abogado?

Ella no le respondió. Acto seguido, sacó un cigarrillo. Él le dio fuego. En ese instante estuvieron tan cerca que sus miradas volvieron a encontrarse. Silbermann volvió a su sitio.

—Si yo no fuera judío —dijo él entonces, como de pasada—, y por supuesto, si no estuviera casado, le diría que usted ejerce sobre mí una atracción irresistible.

—¿De verdad? —preguntó ella, sonriendo—. ¿Por qué lo dice entonces, si no quiere decirlo?

—No lo sé —contestó él—. Tal vez se dijera solo.

—¿Por qué no consigue otro pasaporte? —preguntó la mujer, cambiando de tema—. Si tuviera un pasaporte a nombre de Gottlieb Müller, todo sería mucho más sencillo para usted. Lo vi una vez en una película: un hombre

cambiaba de identidad. ¿Se dice así? En fin, ¿no se trata simplemente de una cuestión... técnica? A nadie se le ocurriría pensar que es usted judío si no se presentara como Silbermann. A decir verdad, es muy sencillo.

—No tengo la práctica del estafador —le explicó él, muy enfadado con la manera que tenía ella de jugar con cuestiones tan vitales y preocupaciones tan serias para él. Con mirada ofendida y a la vez ofensiva, la examinó de pies a cabeza.

—Pero ¿por qué no? Sería en defensa propia. Con ese nombre podría usted vivir y trabajar. Se libraría de sus agobios.

—Qué bien que su conocido, el abogado, no la está escuchando. ¡Se le pondrían los pelos como escarpas!

—Sí, mi marido es horriblemente convencional. Sólo sabe seguir pautas de conducta, hacer lo que otros ya han hecho antes. Pero a usted, en este instante, le resultará difícil vivir siguiendo un hilo conductor, ¿cierto?

—En todo caso, mi hilo ha sido arrancado. Por otro lado, el hecho de que se cometa un crimen contra mi persona no me da derecho a dar los mismos pasos.

Ella lo examinó con expresión sarcástica:

—Sí, sí, ya sé —dijo—: «Que el hombre sea noble, caritativo y bueno...».⁶ Pero cuando siente miedo de los otros hombres, no le queda entonces más remedio...

—No es una cuestión de miedo, ni siquiera es un tema moral, es cuestión de inteligencia y de sentido de la responsabilidad. Todo el que pierde sus cabales acaba, por lo general, en una clínica psiquiátrica metido en una tina de agua helada, los estafadores acaban en la cárcel y la gente decente...

—... acaba huyendo —dijo ella, ayudándolo a completar la frase y mirándolo a continuación.

Silbermann no tuvo más remedio que reír.

—Llevo sólo tres días huyendo —dijo—. No olvide eso. Un criminal se pasa huyendo toda su vida, aunque cometiendo siempre, tal vez, crímenes distintos. Cualquier persona normal aspira a tener estabilidad en la vida e intenta superar las circunstancias excepcionales, pero no convirtiendo su vida entera en un estado de excepción. A la larga, nadie está preparado para eso.

—Los marginales, los inadaptados también pueden hacerlo...

—Quizá sí —la interrumpió él—. Pero yo, en todo caso, no lo soy. No quiero ni puedo salirme de mi pellejo. Nací burgués y moriré burgués. Tal vez como un burgués a la fuga, pero burgués al fin y al cabo, eso es seguro.

—Según su noble moral, tiene que haber rescatado usted ya buena parte de su patrimonio —dijo ella.

Él no supo qué responder a eso de inmediato.

—Eso no tiene nada que ver —dijo por fin.

—¡Sólo tiene que ver con eso! —afirmó ella—. Al final tendrá que arriesgarse. No podrá escapar a la aventura.

—¡Claro que sí! —respondió él con resolución, y añadió, con sinceridad —: Usted, señora, me cae muy, pero que muy bien. No creo que pueda imaginarse cuánto. Pero, lo que es de la vida... de la vida..., entiende usted tanto como yo de novelas. No se me enfade.

Ella negó con la cabeza.

—Todo el mundo carece de ímpetu, de entusiasmo —dijo ella, sin mostrarse ofendida en ningún modo por la actitud o las palabras de Silbermann.

—¿Entusiasmo, dice? A mí me educaron en el entorno de una vida normal. ¡Necesito orden! ¡Claridad! Y si lo prefiere, también método. Es preciso haber crecido en medio de un torbellino si se quiere estar preparado para esto.

—Alégrese de poder arrancarse alguna vez la costra de la rutina —le dijo ella, con serena actitud reflexiva—. Claro que es una desgracia, pero también me imagino que eso incentiva las ganas de vivir.

Silbermann rio de tal modo que le entró un ataque de tos.

—Es usted conmovedora —le dijo—. Es capaz de felicitar al moribundo y alabar lo sensacional que es.

Silbermann se inclinó hacia donde estaba la mujer y colocó una mano sobre la suya, que la mujer tenía apoyada sobre la rodilla. Ella lo dejó hacer, pero su sonrisa desapareció. Entonces lo miró con ojos casi opacos, inmóviles, expectantes. Él le acarició varias veces la mano y luego la besó.

—Has sabido hacerte la interesante —le dijo él, y en su voz se entremezclaban la admiración verdadera, un leve deje de sarcasmo y un afecto genuino.

CAPÍTULO 8

«No debí hacerlo», pensó Silbermann. «No tengo derecho. ¡Quiero a mi mujer! La culpa la tienen las circunstancias, no tengo duda. No obstante, esas mismas circunstancias deberían obligarnos a mostrar una mayor disciplina. Ya podría haber llegado a Küstrin. ¡Hace rato que tendría que estar allí!».

Silbermann miró el reloj. Las siete menos veinte.

«Una cita amorosa», pensó. «¿Desde cuándo no tenía ninguna? Y precisamente ahora...». Había quedado con ella a las seis y media en el Café am Zoo.

Silbermann aminoró el paso.

«Sencillamente, llegaré tarde», decidió. «Así todo habrá acabado antes de comenzar, y ni siquiera me quedará esa angustiada sensación de haber dejado pasar la oportunidad. Porque quizá tampoco ella haya acudido. En todo caso, no lo sabré.

»¿Qué puede significar para mí esa mujer, Ursula Angelhof? ¿Una aventura? Como si yo la necesitara... Bastantes problemas tengo ya».

Caminó entonces mucho más despacio. Veía ya la iglesia conmemorativa del káiser Guillermo. Se detuvo.

«Tengo que desplegar todo mi buen juicio», se propuso. «¡Sólo necesito considerar las circunstancias para darme la vuelta de inmediato!».

Continuó caminando.

«En realidad esa mujer no significa absolutamente nada para mí», se dijo. «Ahora ya la conozco demasiado bien».

Su paso se aceleró. Faltaban diez minutos para las siete.

«Se habrá marchado ya», pensó sin saber si esa idea lo tranquilizaba o lo inquietaba. «¡Es más: cuento firmemente con que se haya marchado!».

Se detuvo una vez más.

«Yo mismo me veo ridículo», pensó. «Esa mujercita no anda sino a la caza de sensaciones. ¿Me pega eso de convertirme en su nueva distracción? ¿Pone uno en juego el destino de la propia familia por unos ojitos que brillan como fuegos fatuos?».

Entró en el café.

—Ojalá —murmuró, sin saber exactamente lo que quería decir. Recorrió el espacioso local mirando hacia todas partes. No la encontró. «Seguramente no vino», se dijo. «Ha sido una breve experiencia en un tren, nada más». Pero esa actitud no era propia de él. Y tampoco quería haber venido por gusto. «Podía haberme ahorrado el camino hasta aquí», pensó con enfado y se sentó a una mesa. Luego pidió una taza de café.

La orquesta le resultaba irritante.

«Qué modo de hacer el payaso», pensó. «Uno tiene la esperanza de que vendrá, pero al mismo tiempo se dice que ya no la espera, y se cree ambas cosas».

Silbermann puso una moneda sobre la mesa y se levantó.

«*Adieu*, Ursula Angelhof», dijo, despidiéndose en silencio. «Estoy muy de acuerdo en que todo haya acabado así, que no vinieras. En realidad, si quiero verla de nuevo a toda costa», se consoló mientras abandonaba el local, «siempre puedo buscar su dirección en la guía de teléfonos. Pero no me apetece», se dijo y puso rumbo a la estación.

Por el camino, se reprochó haber pensado tan poco en su esposa en los últimos días.

«Sé cómo está», se justificó. «Le escribí y le envié un telegrama. ¡También me he acordado de ella! ¡Incluso a menudo! Aunque en realidad tenía que haber pensado más en ella. Tres días de separación. Nuestra familia ha quedado desmembrada en lo externo, pero por dentro debería permanecer unida. Hemos vivido juntos, y volveremos a estar juntos, pero resulta difícil imaginar que todo volverá a ser como era, como ha sido hasta hace cuatro días.

»¿Acaso puede uno hallar sosiego dentro de sí incluso cuando fuera todo está en calma? Todo ha cambiado. Ya no tengo seguridad de ningún tipo y ahora mi vida depende de una serie de coincidencias fortuitas. Casi hemos dejado de ser sujetos para convertirnos en objetos».

Silbermann llegó a la estación y compró un pasaje para Küstrin.

«Lo hermoso que pudo haber sido», se dijo, pensando de nuevo en Ursula Angelhof mientras subía los escalones de piedra de la estación. «¿Por qué acudí tan tarde a la cita? La dejé ir a propósito, con lo que podría haber significado para mí. Habría sido al menos un vínculo con esa época a la que ella pertenece, que ella afirma y para la que está preparada. Sí», se dijo, lleno de rabia: «Una mezcla de brutalidad y romanticismo, de ignorancia y presunción. Ella tiene el alma de las películas, el carácter de la época. ¡Pero es encantadora! Cosa que no puede decirse de esta época en sí».

Cuando tomó asiento en el tren y se recostó en el blando respaldo, recordó que se había olvidado de llamar a su hermana. «La llamaré desde Küstrin», decidió y se puso a leer el periódico.

Tras bajar del tren en Küstrin, permaneció un rato indeciso en el andén.

«Primero llamaré a Ernst», caviló. «Pero, en fin, si él no está en casa, tendré que responder a las preguntas de los sirvientes».

Vio entonces al jefe de estación —que, con las manos apoyadas en la espalda, daba paseítos de un lado a otro del andén con una expresión vacía pero trascendente, y no dejó que su repentina presencia interrumpiera sus cavilaciones, obligándolo a seguirlo— y le preguntó dónde había una cabina telefónica. Tuvo que repetirle la pregunta para que el funcionario abandonara por un instante la nebulosa de sus quehaceres y le indicara el camino.

Acompañó a Silbermann hasta la caseta, y cuando hubo descolgado el auricular, metido una moneda en la ranura y marcado el número, se dio la vuelta y vio todavía al hombre a través del cristal, de pie delante de la puerta de la cabina, observándolo con sus vidriosos ojos azules.

Cuando Silbermann le clavó la mirada, el jefe de estación se llevó una mano a su boina roja a modo de saludo, se giró y retomó sus rondas.

«Qué raro», pensó Silbermann y sintió un malestar en la boca del estómago. «Quién sabe si mejor no hubiera preguntado».

Su cuñado se puso al teléfono.

—Soy Otto —le dijo Silbermann, nervioso—. Buenas tardes, Ernst. Te sorprenderá la llamada, ¿cierto? Acabo de llegar a Küstrin. ¿Cómo estáis? ¿Cómo se encuentra Elfriede?

Ernst Hollberg no le respondió de inmediato. Por fin, le dijo:

—Vaya. Sí, gracias. Estamos bien. Elfriede también, claro. Hace media

hora que se ha marchado de compras a la ciudad con Hilde.⁷ Qué lástima, de lo contrario hubieras podido hablar con ella personalmente.

—¿Está más tranquila? ¿No le ha ocurrido nada?

—No, puedes estar tranquilo. Y tú, ¿cómo estás?

Hollberg nunca había sido una persona demasiado vivaz, pero, aun así, a Silbermann le molestaba no poco la indiferencia en su tono de voz.

—Ya podrás imaginarte —respondió, con un deje de reproche.

—Sí... Bueno... ¿Y qué tienes en mente? Claro que no es asunto mío. ¡Ni tampoco quiero saber nada en detalle! Pero ¿qué piensas hacer a partir de ahora?

—Si no os importuno, me gustaría pasar un par de días con vosotros, para poder pensarlo con calma. Llevo tres días sin dormir en una cama.

—¡Vaya! Bueno, aquí, por desgracia, no puede ser, ¿sabes? Por Elfriede no hace falta que te preocupes. Ella puede quedarse aquí en casa todo el tiempo que desee, pero tú no, eso es imposible, lo siento. Lo entiendes, ¿verdad? Si los del Partido se enteraran, yo estaría acabado. Pero, oye, si necesitas dinero... En este momento no podría darte mucho, pero un par de cientos de marcos, con mucho gusto. Por supuesto.

—¡Quiero hablar con Elfriede! —reclamó Silbermann, casi vociferando—. No se quedará en vuestra casa ni una hora más. ¡Es una locura! ¡Ahora que te necesito y te pido un pequeño y ridículo favor, me rechazas! ¿Te has olvidado por completo de lo que hice por ti?

—Por favor, no te alteres, Otto —dijo Hollberg, en cuya voz indolente era perceptible ahora cierto tono de hastío—. ¡No puedo destruir toda mi existencia por alojarte a ti un par de días! Nadie puede pedirme que me deje arruinar por tu culpa, sólo porque tú me hayas ayudado en el pasado. Si en el Partido se enteran de que estoy emparentado con un judío, que lo he dejado quedarse en mi casa, puedo ir haciendo también las maletas.

—¿Tienes una idea de lo que he pasado en estos días?

—¡Escucha, Otto! ¡Ese tono dramático no tiene ahora ningún sentido! Alégrate de que Elfriede esté a salvo. ¿Adónde iba a ir? ¿Piensas arrastrarla contigo, cruzar con ella toda Alemania, de un lado a otro? Sé razonable, anda. Me parece muy egoísta de tu parte que quieras exponer a tu esposa a tantos peligros, sólo porque tú estás en riesgo. Y ahora, como no puedes quedarte en nuestra casa, tampoco ella puede quedarse. No sé, Otto. En realidad, te

consideraba más... más hombre.

—¡Y eso me lo dices tú...! ¡Tú, que eres todo un carácter! Elfriede lleva más de veinte años casada conmigo. Pregúntale si alguna vez la expuse a peligro alguno.

—Lo sé, Otto. No te enfades. ¡Pero entiende que no puede ser! ¡Nos comprometerías! Elfriede puede quedarse; a fin de cuentas, es mi hermana. Pero tú... Eso ya es otra cosa.

—*Adieu* —dijo Silbermann, y colgó.

«Los comprometo», murmuró con desamparo. «Los comprometo».

Repitió esas dos palabras tantas veces, que empezaron a perder su sentido. Entonces Silbermann se precipitó fuera de la cabina y se dirigió al jefe de estación.

—¿Cuándo sale el siguiente tren para Berlín? —preguntó a gritos.

—Dentro de diez minutos —le dijo el funcionario, que se detuvo y se quedó mirándolo, como si esperase una explicación a su insólito comportamiento. Silbermann no le prestó atención. Atravesó la barrera y se dirigió con prisa al mostrador de expedición de billetes.

—Uno a Berlín —gritó de nuevo—. Uno a Hamburgo, uno a Colonia. Uno a... ¿Qué otros destinos hay? ¡Propóngame algo!

Asustado, el funcionario lo miró. Silbermann le arrojó un billete de mil marcos y vociferó:

—¡Pasajes, pasajes! ¿Me ha entendido? ¡Quiero pasajes!

—El de Berlín, ¿en segunda clase? —preguntó el funcionario, intentando poner un poco de paz.

—Me da absolutamente igual. ¡Deme pasajes!

El funcionario miró a su alrededor, buscando ayuda.

«Me toma por loco», pensó Silbermann. «Quizá tenga razón, quizá ya esté loco».

Silbermann se dominó e intentó reír.

—Deme ya el billete para Berlín —dijo con esfuerzo, ya que el funcionario lo miraba como si estuviera a punto de pedir auxilio. Haciendo un gesto negativo con la cabeza, se dispuso a buscarle el pasaje.

—¿Por qué grita usted de ese modo? —le preguntó luego, en tono huraño, cuando ya parecía convencido de que el supuesto enajenado no era peligroso.

—He bebido un poco de más —le explicó Silbermann con la voz entrecortada; se daba cuenta de la peligrosa situación en la que él mismo se había puesto.

—Eso no es motivo para gritarle a los demás. ¿No tiene suelto?

Sí, claro, tenía.

Cuando se alejó de la taquilla y se acercó al andén, se esmeró por tambalearse un poco mientras estuviera en el campo visual del funcionario.

«Qué estúpido es todo esto», pensó. «Qué estúpido».

Entonces la decepción y la rabia volvieron a apoderarse de él.

«Son todos unos traidores», se dijo. «Todos, todos, todos. Ninguno resiste el examen. Se escaquean y dicen: “Tendríamos que hacer esto, pero ellos quieren esto otro”. ¿Qué serían las célebres oportunidades sin esos que saben aprovecharlas? ¿Por qué Elfriede se queda en casa de su hermano? ¿No sabe acaso que yo lo comprometo? ¿Jamás le ha pasado por la mente hablar con él para que me acoja por un tiempo? ¿O es que aprueba su actitud? ¡No, eso es imposible! Aunque, ¿qué es imposible?

»Yo estoy viajando, y su hermano está ahí, con todos sus razonables argumentos. Tal vez ella esté lamentando desde hace tiempo haberse casado con un judío. ¡Los tiempos han cambiado! ¡Y de qué manera! Cuando uno es un negocio para sus enemigos, se convierte en un peligro para sus amigos. La desgracia acaba convirtiéndose en culpa. ¿Qué otra cosa tengo para ofrecer?

»Un billete en un tren rápido, nada más.

»En alguna ocasión quizá no me comporté como hubiera debido. Pensé que eso se habría olvidado. ¡Pero ahora me lo recuerdan! ¿No dudé acaso antes de asumir el aval en favor de Ernst? Pero lo avalé. ¡Esto lo ha olvidado, sin embargo no olvida que dudé! ¡No olvida su tiempo de espera! Y a mí se me pueden reprochar muchas otras cosas, casi todas nimiedades, pero ahora todo ello suma para formar los rasgos forzosos del carácter de un judío. No tengo derecho a ser una persona común y corriente. Siempre se me exige más».

Furioso, arrojó el cigarrillo que había encendido.

«Todo cuanto hice», pensó, «cobra ahora un rostro distinto, porque hoy soy un hombre puesto en duda, un judío».

Silbermann subió al tren, que entretanto había llegado.

«¿Habrán de seguir así las cosas? ¿Para siempre? ¿Viajar, esperar, huir?

¿Por qué no ocurre nada? ¿Por qué no me detienen, me arrestan, me golpean? Te acosan hasta llevarte al límite de la desesperación, y ahí te dejan».

Vio pasar a través de la ventana un pequeño villorrio campesino, pulcro y encantador.

«No es más que fachada», pensó. «Lo único real es la cacería, la huida».

Silbermann se recostó.

«¿Por qué acudí tarde a esa cita?», se preguntó con tristeza. «Habría podido ser de nuevo un ser humano». Se imaginó su cara, sus ojos. «Tengo que volver a verla», pensó, y entonces decidió buscar su dirección en cuanto llegara a Berlín e ir a visitarla.

Ya en Berlín, cuando se disponía a salir de la estación, alguien lo abordó:

—Silbermann —le dijo una voz que le sonó familiar—. ¿Sigue usted vivo? Se dio la vuelta.

—Ah —dijo, poco entusiasmado—. Es usted, Hamburger.

Se estrecharon la mano.

El señor Hamburger tendría unos sesenta años, era un poco sordo y siempre ladeaba algo la cabeza, lo que daba a su expresión cierta actitud de empatía, pero también de excesiva obsequiosidad. Su aspecto era el arquetipo del judío, y ya en una ocasión un miembro de las Juventudes Hitlerianas lo había abofeteado en plena calle por no haber levantado el brazo al ver pasar el estandarte del Partido Nazi. Y dado que se defendió, le rompieron los dos incisivos. Vivía desde entonces en permanente alarma, y su cara ladeada le daba el aspecto de una excesiva buena voluntad. Hamburger se aferró al brazo de Silbermann.

—Aunque viviera cien años, que Dios no lo quiera —dijo—, nunca olvidaré esta alegría.

—¿Qué alegría? —preguntó Silbermann.

—La de haberle encontrado. Parece usted un *goy*. A su lado, uno está seguro. Venga, Silbermann. Tomemos una taza de café. Por cierto, han arrestado a Heinz.

—¿A qué Heinz?

—Bueno, a mi hijo.

—¡Vaya! Pero tendrán que ponerlo en libertad pronto.

—¡Eso cree usted!

Salieron de la estación, y Silbermann captó la mirada que un hombre de las SA dirigía a Hamburger.

—No hable tan alto, por favor —le pidió al viejo.

Pero el señor Hamburger era duro de oído.

—¿Qué ha dicho? —siguió preguntando en voz alta—. Pero, dígame, ¿usted cómo está? ¡Parece haber tenido suerte! Los otros, en su mayoría... ¡Bueno, ya sabe! Dígame, ¿adónde pretende ir? ¿Sabe lo que le digo? Permaneceremos juntos.

Entraron a un café. Hamburger atrajo hacia él muchas miradas. Después de que se sentaran, el anciano acercó una silla hacia donde estaba Silbermann y le dijo en voz tan baja como le fue posible:

—Dos mil marcos me ha costado la gracia.

—¿Qué «gracia»?

—Me detuvieron en plena calle. En fin, ¡por todo lo que he pasado! Ayer estuve en Duisburgo, en Esse, anteayer en Múnich. También arrestaron a mi cuñado. Vaya tiempos. ¡Para esto ha cumplido uno sesenta años! Para esto.

—¿Qué tal los negocios?

—¿Negocios? ¡Ni hablar! ¡Ya no hay negocios que valgan! Ni siquiera me atrevo a entrar al banco para sacar dinero. Si los del banco llaman a la policía, ¿qué...? Un café con leche, por favor. ¿Tiene algún periódico aquí? ¿El *Frankfurter*, tal vez?

—No —respondió el camarero, y a Silbermann le pareció ver en su mirada cierta perplejidad por Hamburger.

—¿Qué le pongo a usted? —preguntó entonces el mozo, dirigiéndose a Silbermann en una actitud bastante más amable.

—¡Tráigame una tabla de fiambres!

—A mí, lo mismo —dijo Hamburger—. Y por lo demás, ¿qué tal va, Silbermann? —le preguntó—. ¿No le han molestado?

—He tenido que huir. Estoy viajando...

—¿Sabe una cosa? Viajaremos juntos. Con usted me siento seguro. A los sesenta años uno ya no es tan ágil. Ah, qué tiempos. ¿Acaso es necesario esto, le pregunto? ¿Llegar a los sesenta años para que esos piojosos te saquen los dientes a trompadas? Debí hacer que me enterraran hace mucho tiempo. Desperdicié el momento oportuno. Rosa sí que fue una mujer lista, se murió a

tiempo. Usted estuvo en el entierro, en el otoño del 34. ¿Lo recuerda? Pues desde entonces no he vivido más que desastres. Ella, en todo caso, no se ha perdido nada. Siempre lo digo... —Hamburger volvía a hablar en voz muy alta—, estoy muy satisfecho de ser un hombre mayor. Los jóvenes de hoy en día sólo me dan lástima, yo por lo menos tengo...

—Sin duda, sin duda —lo interrumpió Silbermann, irritado—. Discúlpeme un momento, por favor. Tengo que hacer una llamada. Es breve —dijo y se levantó.

—¡Qué bien haberle encontrado! —repitió Hamburger—. Al menos uno puede hablar. Pero vaya, vaya...

Silbermann se dio prisa en llegar a la cabina de teléfono. El encuentro con Hamburger lo incomodaba cada vez más. «Atrae todas las miradas hacia él, y también hacia mí; y luego toda esa cháchara sosa y cansina. Uno ya anda bastante desanimado como para tener que oír también eso».

Silbermann abrió la guía telefónica y buscó por la letra A. «Dr. Hermann Angelhof, abogado y notario», leyó. «Ése es su marido», pensó. «Difícil que pueda llamarlo a él para preguntarle por la dirección de Ursula». Preguntó entonces en el mostrador si tenían un directorio, pero no lo tenían. Le molestaba que la presencia del viejo Hamburger le impidiese continuar con sus indagaciones.

Cuando el anciano lo vio aparecer de nuevo, gritó por encima de las cabezas de todos los presentes:

—¡Por favor, Silbermann, mire a ver si encuentra un periódico por alguna parte!

Silbermann no reaccionó a su pedido. Con los labios fruncidos, se acercó a la mesa y se sentó. Hamburger dejó su bocadillo.

—¿Qué pasa? —preguntó, inclinando la cabeza más de lo normal—. ¿Le ocurre algo? —Entonces se dio una palmada en la frente—. No debí mencionar su nombre —dijo en voz alta—. Sigo pensando que todo es como antes, me olvido de lo que está ocurriendo. Es que soy un viejo. Por cierto, el muslo de oca está delicioso. Esta gente entiende de eso. Debo admitirlo.

Silbermann comió con moderado apetito.

«Querría estar con ella», pensó. «¡Pero estoy con éste!».

Vio cómo Hamburger mascaba con sus mandíbulas hundidas y oía sus chasquidos al comer. Casi sintió asco.

—¡Este muslo de oca te hace olvidar muchas cosas! —dijo Hamburger, ausente.

Unos minutos después, le dio unas palmaditas a Silbermann en el hombro.

—Permaneceremos juntos —dijo de buen ánimo.

—Bueno, usted me compromete —le soltó Silbermann, irritado y molesto.

Hamburger lo miró. Su rostro perdió aquella expresión de complacencia que había adoptado mientras comía, los ojos se le dilataron y la boca se abrió como si fuera a contestar, pero guardó silencio e inclinó la cabeza hasta prácticamente apoyarla sobre su hombro derecho. Acto seguido se levantó sin decir palabra, recogió el sombrero y el abrigo que colgaban en la silla de al lado y se los puso.

—Hamburger —le dijo Silbermann—. No es eso lo que quise decir. Sólo ha sido un desliz. Me gustaría muchísimo que permaneciéramos juntos. Por supuesto. No he querido ofenderle. De verdad que no. Pero Hamburger... No haga esa tontería. Quédese. Creo realmente que conmigo estará algo más seguro. No se lo tome a la...

Hamburger sonrió con una mueca.

—Tiene usted razón —dijo—. Sin duda lo comprometo. Pero uno sólo piensa en sí mismo. Hasta la vista —dijo, y le tendió la mano.

Silbermann se la retuvo.

—Quédese —le pidió—. Estoy tan alterado. A mí, hoy, me han dicho lo mismo, por cierto. Hace tan sólo unas horas. Ahora veo que no hay ninguna diferencia entre mi comportamiento y el de los demás. Siéntese. Quédese, por favor.

Hamburger negó con la cabeza.

—No, no —dijo muy tranquilo. A continuación, se dio un golpecito con el dedo en el sombrero y añadió—: Hasta la próxima, pues...

Silbermann lo siguió con la mirada.

«Ya no tengo ningún derecho a quejarme», pensó. «Ni Becker, ni Findler, ni Hollberg se han comportado de un modo tan indecente como acabo de comportarme yo en este instante. Ni siquiera me queda ya la opción de la indignación moral, acabo de perder ese derecho. Debería salir corriendo detrás de ese anciano, retenerlo, quedarme a su lado. Pero a estas alturas mi malvada frase ya habrá hecho el resto. Y yo... Para ser un hombre sensible,

soy bastante brutal. Me quedo aquí sentado, lo veo alejarse y, a pesar de todo, me siento afortunado por haberme librado de él».

Con la mirada perturbada, Silbermann miró a su alrededor en el local.

«¿Qué me separa todavía de vosotros?», se preguntó. «Nos parecemos de un modo aterrador».

Silbermann acabó su plato, pagó y abandonó el café.

«Fuegos fatuos», pensó, intentando recordar a aquella mujer. «Sus ojos se asemejaban realmente a...».

Pero, de repente, hasta la mujer dejaba de interesarle. Seguía viendo frente a sí al viejo Hamburger, su paso cansado, su entusiasta manera de comer, y creía oír sus palabras: «¡Para esto ha cumplido uno sesenta años!».

Silbermann se hallaba de nuevo delante de la estación de tren.

«Iba a buscar en el directorio», recordó, pero ya se encontraba frente a la taquilla de expedición de billetes. Tenía personas delante y detrás de él. «¿Adónde voy?», reflexionó.

—Uno de segunda clase a Múnich, por favor.

Se alejó del mostrador con el billete en la mano y sonrió.

«Por lo menos, estoy conociendo Alemania», se dijo.

CAPÍTULO 9

Silbermann recorrió el tren y se detuvo delante de un compartimento de tercera clase a escuchar a dos soldados de la *Wehrmacht* que tocaban el acordeón.

«El tren llega a Dresde a las 14:30», pensó. «Si me doy prisa, alcanzo a coger el tren de conexión a Leipzig. Pero necesito darme prisa. ¿Y qué haré luego en Leipzig? Pues regresar a Berlín, o a Hamburgo, y de Hamburgo... Pero ¿para qué romperse la cabeza ahora con eso? Tal vez haga transbordo por el camino. Cuantas más veces cambie de tren, tanto más seguro estaré. En realidad, debí procurarme un plano de la red ferroviaria. Casi me he convertido en un componente más de los Ferrocarriles del Reich».

El hombre con el que se había tropezado ya tres veces ese día y que, por sus maneras, le recordaba tanto a aquel gordo del tren entre Dortmund y Aquisgrán, se le aproximó de nuevo. Silbermann abrió la puerta del compartimento en el que se encontraban los soldados, entró y tomó asiento.

—Siempre de juerga, ¿verdad? —dijo con voz enérgica.

Los dos soldados sonrieron tímidamente y dejaron de tocar. Silbermann vio aparecer la espalda del hombre que le parecía sospechoso, detenido en la ventana situada justo delante del compartimento.

—Sí —dijo Silbermann, entusiasmado—. La época del servicio militar es siempre muy bonita.

Miró hacia la espalda del hombre.

—Cuando yo fui soldado, en la época en la que probablemente nacisteis vosotros, tuve toda suerte de experiencias. Estuve en la batalla de Verdún. No podéis imaginaros aquello. ¡Cortina de fuego de artillería! ¡Increíble! —dijo, y rio.

Los dos soldados lo miraron algo cohibidos, no sabiendo bien a qué

atenerse con él ni qué responderle.

Silbermann no perdía de vista la espalda del hombre.

—Erais entonces unos bebés —continuó, con voz furibunda—. Unos bebés, y ahora sois la generación determinante. Pues os diré algo —continuó su discurso incoherente—. Tal vez tendréis que vivir una nueva guerra... Estáis en vuestro derecho, claro. Así que procurad divertir os ahora, porque luego será muy tarde. Jajajaja... Éramos cuatro amigos en nuestra compañía... Dos cayeron en combate, dos viven todavía... Becker y yo... Pero fue toda una experiencia... La guerra fue toda una experiencia... Nadie me la va a quitar... Toda una experiencia, sin duda... Por lo menos si uno no estira la pata en ella. Pero ya lo veréis... Lo veréis. Eso será lo que os convierta en verdaderos hombres... O en cadáveres. Pero sí, una experiencia... También estuve en la batalla de Cambrai, con los tanques. Un tanque como aquél era algo más estable... que, digamos, un espejo en un pasillo... ¡Lo veréis! Ya me gustaría a mí... Me encantaría participar, sólo para veros a vosotros... Jajajaja... Os digo, no es nada fácil clavarle una bayoneta a un tipo en la barriga..., menos si él también porta una. Y existen, por cierto, dos tipos de balas... Las que uno dispara y las que te disparan... Bueno, lo dicho... Lo viviréis... Las vueltas a casa... Yo ya no podré. Pero ¿por qué no seguís tocando, muchachos? Tocad... En mi compañía siempre teníamos música... ¡Siempre! Becker tenía una armónica... Chicos, ése sí que sabía tocar, y uno se olvidaba completamente de que había guerra... ¡Tocad, tocad!

El tren aminoró la velocidad. La espalda había desaparecido de la ventana.

—Tengo que hacer transbordo —dijo Silbermann—. Qué pena... Me hubiese gustado contaros otro montón de cosas... Yo estuve allí... También en Rusia. La gran ofensiva del 14... Trincheras, refugios... Me hirieron de gravedad dos veces... Sí... Pero, en fin, tengo que hacer transbordo... Tengo que hacer transbordo muchas veces... ¡Ja!

Silbermann salió impetuosamente del compartimento, corrió a lo largo del pasillo y saltó del tren antes de que se detuviera. Con el maletín muy pegado al cuerpo, corrió por el andén.

—¿El tren a Leipzig? —le preguntó, mientras corría, a un mozo de equipajes que le indicó la dirección.

«Unos chicos simpáticos», pensó Silbermann, recordando a los soldados.

«¿Qué fue lo que dije? Bueno, da igual. No entenderían ni una palabra. Ahora voy a Leipzig, pero bien que podría regresar a Berlín, da lo mismo. ¡No estoy obligado a ir a Leipzig precisamente! En realidad, los sajones nunca me parecieron simpáticos».

Una vez más detuvo a un mozo.

—Perdone, ¿el tren a Berlín? —preguntó.

—Sale dentro de veinte minutos.

Silbermann le dio las gracias casi de manera exaltada y corrió luego escaleras abajo, se acercó con prisa a la taquilla y compró un billete para Berlín. Entonces salió de la estación para respirar aire fresco por un instante.

«Dresde», pensó. «La he visitado con frecuencia. ¿No es aquí donde tienen su sede los de Solm & Co.? Buenos clientes. Podría pasarme por allí directamente y saludarlos. Bueno, mejor no. Eran malos pagadores, de hecho. ¡Las letras de cambio, siempre las letras! Cuando recuerdo aquella letra de cambio de Fanter & Sohn casi me entran mareos. Dieciséis mil marcos perdidos de golpe. ¿En qué estaría pensando esa gente? Una compañía antigua y sólida, y de repente...

Entró de nuevo a la estación. Por hábito, se dirigió otra vez a la taquilla, pero recordó que ya había comprado un billete. Lo sacó del bolsillo, junto con un fajo enorme de billetes de banco.

«En realidad, debería recibir un descuento de la dirección de los Ferrocarriles», pensó.

En ese momento, se sintió mal. El vestíbulo de la estación empezó a darle vueltas. Veía entrar y salir los trenes, oía los bocinazos, los chirridos, el traqueteo de las ruedas, palabras lejanas y cercanas, estridentes, más bajas...

Cayó al suelo.

Una mujer soltó un grito. Unos funcionarios acudieron corriendo y se arremolinó un gentío para verlo. Un señor se inclinó sobre Silbermann, le abrió el abrigo, la chaqueta, el chaleco y la camisa y le puso la oreja sobre el pecho.

—Su corazón late —dijo con voz tranquila—. Es sólo un desmayo pasajero.

Llegaron entonces unos sanitarios, recogieron a Silbermann del suelo y lo trasladaron a una ambulancia.

Cuando volvió en sí, se vio en un cuarto de hospital. Lleno de asombro, se incorporó, miró a su alrededor, se acarició la frente, donde sentía un dolor muy agudo, y se preguntó dónde podría estar.

«Yo estaba viajando», pensó. «El último sitio fue Múnich... No, de allí regresé a Berlín... Luego estuve en Dresde... Después... No, debo de estar en Dresde todavía».

Como si esa suposición lo calmase, se dejó caer sobre las almohadas.

«Salvo por los dolores de cabeza, me encuentro bien», comprobó, no poco satisfecho. Pero entonces se sobresaltó de nuevo.

—¿Dónde está mi maletín? —preguntó en voz alta.

Vio colgando junto a la cama un cable con un timbre. Pulsó el botón dos, tres veces. Apareció una enfermera ya entrada en años.

—Enfermera, ¿dónde está mi maletín? —preguntó de inmediato, incorporándose.

—Tranquílcese —le respondió la mujer, tendiéndole ambas manos.

—¡Quiero saber dónde está mi maletín!

—La habrán dejado en custodia, seguramente.

—¡Señorita, le informo que en ese maletín hay unos treinta y cinco mil marcos!

—¡No me diga! —exclamó la mujer, sorprendida.

—¡Sí! —vociferó él, nervioso—. Treinta y cinco mil. No voy a dejar que me los... ¡Usted no me cree!

—¡No arme tanto jaleo!

—¡Exijo hablar de inmediato con el director!

—¿Qué director? ¿Se refiere al médico?

—Mire, me da igual. ¡Yo sólo quiero mi maletín! Además, estoy bien, y...

—Silbermann sacó las piernas de la cama—. ¡No voy a quedarme aquí!

La enfermera cruzó los brazos.

—Pero vamos a ver —dijo, en tono de reproche.

—¡Exijo mi maletín! —repitió Silbermann con acritud.

—Si está aquí, se lo devolverán.

—Y mi traje —pidió—. ¡Quiero marcharme! Tal vez podría usted antes ordenar que me den algo de comida. Simplemente, me olvidé de comer algo. Eso es. ¡Puedo pagarlo!

—Mire, hágame el favor de acostarse —le pidió la enfermera con voz enérgica.

Silbermann obedeció.

—Pero quisiera hablar con el médico cuanto antes —dijo—. Estoy completamente sano. Y ando ya mal de tiempo. Tengo varias reuniones, ¡reuniones muy importantes! ¡Por favor, que venga cuanto antes!

—¡Está usted en un hospital, no en un hotel! Y no grite tanto. Tenga consideración con los demás pacientes.

—Conmigo nadie tiene consideración —respondió él, en voz bastante más baja.

—Si llevaba usted un maletín —continuó la enfermera—, se lo devolverán. Actúa como si hubiera caído en una cueva de ladrones. Aquí nadie le retiene.

—Permítame entonces comer algo —le pidió otra vez Silbermann—, y también quisiera una botella de vino tinto. Me curo siempre con vino tinto.

Hablaba ahora con total tranquilidad.

—Todavía tendrá que estar aquí un par de días —dijo la enfermera.

—¿Tendré? —preguntó él, alterándose otra vez—. ¿Tendré? ¿Es que pueden obligarme? ¡Tal vez no esté tan desvalido! ¡En todo caso, quiero que me devuelvan mi maletín cuanto antes!

La enfermera puso los brazos en jarras.

—Ahora soy yo quien le va a decir una cosa —le espetó, enfadada—. A usted le han salvado la vida, o en todo caso se le ha prestado ayuda. No le han traído aquí para robarle, sino para auxiliarle, y usted se comporta...

Silbermann saltó fuera de la cama.

—¡Yo no quiero auxilio! —exclamó, mirándola con furia—. ¡En realidad, no quiero nada! ¡Sólo marcharme! ¡Renuncio a su... ayuda!

Le lanzó aquella palabra como si se tratara de un terrible insulto.

La enfermera salió de la habitación y él volvió a acostarse.

«¡Calma!», se dijo a sí mismo. «¡Tengo que tranquilizarme como sea!». Se tomó el pulso. «Fiebre no tengo», constató. «Debí comer algo. He estado comiendo muy poco y de forma muy irregular. Y luego, todos estos sobresaltos de los últimos días».

Tiró de la manta y se cubrió hasta el mentón.

«La verdad es que se está muy bien aquí», pensó. «Debería quedarme un par de días, tranquilo», se dijo, y de nuevo contempló la habitación. «Agradable, limpia», le pareció. «Debería quedarme, realmente. ¡Pero no! ¡No! ¡Esto es una cárcel! ¡Es el preámbulo de la cárcel! Te cuidan para que allí te cosan a golpes».

La enfermera regresó, portando un gran pliego de papel y un lápiz. Silbermann la miró con desconfianza.

—Su maletín y su dinero figuran ahí, por supuesto —le dijo—. Aquí está la lista con todas sus pertenencias. Échele un vistazo y dígame enseguida si nota que falta algo.

Silbermann le quitó la lista de las manos y la estudió sin demasiado interés, pues sabía que había encontrado su posesión más importante.

—Por cierto, el médico también opina que puede usted marcharse —añadió la enfermera.

—Ésa es una gran noticia —dijo Silbermann, aliviado—. Muchas gracias.

La enfermera se disponía a abandonar la habitación, cuando se dio la vuelta a la altura de la puerta.

—¿Es usted judío? —preguntó.

Silbermann se sobresaltó:

—Bueno, sí. ¿Y qué? —preguntó a su vez.

—Oh, nada. Tranquilícese. Aquí nadie le hará nada. Si lo desea, puede quedarse un par de días. Pero tal vez sea mejor que...

—Quiero irme —se apresuró a decir Silbermann—. Usted lo dirá de buena fe, pero yo me quiero ir. Me he recuperado. Sólo fue un simple desmayo, eso se pasa.

La mujer había abandonado ya el cuarto.

«Y ahora, ¿qué pasará?», reflexionó Silbermann. «¿Me dejarán marchar de verdad? ¿Me devolverán el dinero? ¿O acaso...? Tantas cosas son posibles. Nadie deja que un judío con dinero se le escabulla de un modo tan simple».

Bajó de la cama, fue descalzo hasta la puerta, la abrió y miró hacia el pasillo.

«Estoy en una trampa», pensó. «¡Ahora me tienen! ¡Y sobre todo, tienen mi dinero! ¡Todo forma parte del mismo sistema, también este hospital! Es un Estado totalitario y ahora lo tengo en mi contra. ¡En mi contra!».

Vio entonces a un enfermero doblar la esquina y se alejó rápidamente de la puerta para ir a refugiarse en su cama.

«Tal vez, si me quedara, tendría un poco de calma», pensó. «Pero ¿se puede tener calma cuando uno no sabe lo que será de él? ¡Y cuanto más tiempo me quede, mayor será el peligro! El dinero atrae...».

Se sirvió entonces un vaso de agua de la garrafa que estaba sobre la mesilla de noche y lo bebió de un trago.

«Tengo hambre», se dijo. «¿Por qué no me traen nada de comer? ¿Qué piensan hacer conmigo?».

En eso llegó otro enfermero y dejó las prendas de ropa de Silbermann sobre una silla.

«¿Por qué no me ha traído el maletín?», caviló. Se palpó los bolsillos. Estaban vacíos.

—¿Dónde está mi pasaporte? ¿Y mi dinero? —preguntó, dando la bienvenida a la enfermera, que acababa de entrar con una bandeja con comida.

—Se lo entregarán más tarde —lo tranquilizó ella—. Está usted aquí entre gente honesta. ¿Qué se piensa?

—¿Es esto un hospital estatal? —preguntó, desconfiado.

—No. Es municipal, pertenece al ayuntamiento de la ciudad.

—¡Ah! —exclamó y empezó a comer.

Pero en medio de la comida, se detuvo. «Estoy invitando formalmente a la gente a que me robe», pensó, lleno de miedo. «Además, levanto sospechas. Quién sabe lo que estarán pensando de mí». Con prisa, devoró el resto de la comida. «Esto no puede volver a ocurrirme, desmayarme en territorio enemigo».

Media hora después, Silbermann salía del hospital. Le habían devuelto todas sus pertenencias y se sintió perplejo, casi conmovido, cuando tuvo que obligar a la enfermera a aceptar cien marcos. La mujer sólo los aceptó después de que él se mostrara seriamente ofendido por su rechazo.

Apenas dio unos pasos, lamentó haberse marchado del hospital, pues se sentía aún débil y aturdido. En un primer momento, se dirigió a una oficina de Correos desde la cual envió a su mujer y a su hermana sendos giros de dos mil marcos. Enseguida se sintió aliviado, ya que no sólo creía haber cumplido con creces lo que era una obligación, sino también porque así disminuía el riesgo

contenido en su maletín y, por tanto, su responsabilidad.

Consideró regresar de inmediato a Berlín o quedarse un poco más en Dresde, y se decidió por lo último. Después de dar un paseo sin rumbo por la ciudad, subió al funicular que lo llevaba a Weißer Hirsch. Recordó la recomendación de Ursula Angelhof: «¡Si yo estuviera en su lugar, me divertiría de lo lindo!». Y aunque tenía serias dudas sobre su capacidad para llevar a la práctica ideas que le resultaban tan ajenas, creía poder despojar un poco de su aplastante carácter absurdo aquella frenética actividad viajera si intentaba al menos conocer un poco los lugares hacia los que lo llevaban los malos vientos.

«He estado una docena de veces en Dresde», recordó, «pero nunca estuve en Weißer Hirsch. Se supone que hay una bonita vista desde allí».

Mientras el funicular ascendía, pensaba alternativamente en su esposa Elfriede y en aquella otra mujer que había conocido en el tren. «Tengo que verla de nuevo como sea», pensó, añorándola muchísimo, añorando su empatía, su indiferencia, sus tontos consejos, su carácter juguetón. «No es de esas mujeres que se pone a suspirar por todo. Gracias a Dios». Y de repente se vio tramando un plan otra vez: el de encontrarla como quiera que fuese.

Cuando llegó a Weißer Hirsch, intentó comportarse como un turista común y corriente. Contempló la ciudad a sus pies, ya envuelta en penumbras, de la cual sólo podían verse algunas luces aisladas, e hizo un supremo esfuerzo por admirar lo que se le ofrecía a la vista.

«Qué pena que Elfriede no esté aquí», pensó entonces. «La cautivan estas vistas hermosas, y seguramente le habría gustado mucho también el breve recorrido en funicular». Silbermann suspiró. «Ella es la única persona en el mundo que significa algo para mí».

A continuación, entró al restaurante, se sentó a una mesa y pidió unas postales.

—Y una botella de vino del Mosela —dijo, tranquilizando al camarero, que ya temía que sólo pidiera las postales.

«Todavía estoy vivo», pensó Silbermann e intentó sonreír.

Sacó entonces su estilográfica del bolsillo y meditó sobre lo que iba a escribirle a su mujer. «¿Le digo que estoy sentado en Weißer Hirsch, que tengo delante una botella de vino y me esfuerzo casi de un modo desesperado por imaginar que mi estado de ánimo es estupendo? Si su hermano ve la postal,

dirá: “Ya lo ves, ¡está de maravilla!”, y ella, quizá, hasta se tranquilice con ello.

»¡Pero yo no pretendo tranquilizar a nadie!».

Lleno de furia, rompió la postal.

—No puede ser —masculló—. No puedo hacer el papel del... ¡excursionista!

Llamó al camarero, pagó y se marchó.

Luego bajó a Dresde con el mismo funicular. Ya en la ciudad, se apresuró a tomar un tranvía para ir a la estación de Dresde-Neustadt, donde esperaba tomar el tren hacia Berlín.

«En un compartimento es donde uno se siente más a gusto», pensó al subir al tren, un minuto antes de que éste partiera. Viajaba otra vez en segunda clase. En el compartimento, además de él, viajaban otros dos caballeros y una dama entrada en años. Silbermann se puso de inmediato a leer la novela que había comprado en el quiosco. Al cabo de media hora, se sintió cansado. Se recostó, cerró los ojos y se quedó dormido enseguida. No despertó hasta haber llegado a Berlín.

Los dos hombres habían abandonado ya el compartimento; sólo la dama estaba allí todavía, y le acariciaba el brazo insistentemente con el fin de despertarlo.

—Muchas gracias —le dijo Silbermann, adormecido, y se levantó con esfuerzo. La dama abandonó el compartimento, y Silbermann tardó en ponerse el abrigo, luego cogió el sombrero y, cuando se disponía a seguir los pasos de la señora, notó de repente que le faltaba algo. Por un instante se esforzó por recordar, hasta que volvió a pensar en su maletín. Corrió de vuelta hasta su asiento, pero allí no estaba. Trepó rápidamente al asiento para examinar el portaequipaje, pero allí sólo había un par de periódicos. Silbermann salió como un bólido del compartimento.

«¿Lo habré dejado en Dresde?», se dijo, intentando hacer memoria. No, guardaba en él la novela que se había comprado en la estación. «¿De modo que me lo han robado en el tren!», concluyó, mientras corría hacia la salida.

¿La dama entrada en años?

En ese caso, no lo hubiera despertado. Además, aparte de su bolso, la señora no llevaba más que una maletita.

¡Habían sido los dos hombres!

«¿Qué aspecto tenían? Uno llevaba bigote», creía recordar, «un bigote rubio. No abunda la gente con bigote rubio».

Silbermann detuvo a un funcionario.

—¡Me han robado! —gritó—. ¡Un señor rubio me ha robado el maletín, mi dinero!

—Eso tiene que denunciarlo a la policía ferroviaria —le dijo el funcionario y continuó su marcha.

«¡Si al menos recordara el aspecto de esos dos!», pensó Silbermann, desesperado. «Pero ni siquiera sé cómo eran. ¡Esas malditas caras adocenadas!».

Se apresuró a cruzar la barrera y se detuvo tras ella.

«Tal vez los ladrones estén por pasar», confió. «Esperaré aquí». Pero entonces se convenció de que aquellos tipos se habrían dado más prisa que él. Atravesó el vestíbulo de la estación y decidió plantarse en la salida. Pero la estación tenía varias, y él no consiguió aclararse sobre cuál debía vigilar. Además, a esas horas sólo había un par de personas rezagadas, la mayoría de los pasajeros ya se había marchado. Desolado, se dejó caer en un banco.

«Es absurdo», pensó. «Un ladrón no espera a que la persona a la que ha robado aparezca de nuevo para darle caza. Seguramente ya se ha marchado».

Un policía le pasó lentamente por delante. Silbermann se puso de pie de un salto y lo alcanzó.

—Me han robado —le explicó con voz vacilante—. Me han robado alrededor de treinta y un mil marcos en el tren de Dresde a Berlín. Estaban en un maletín de cuero.

El policía, sorprendido, se detuvo, lo observó un instante, dudando, pero luego pareció dar crédito a lo que decía.

—¿Ha ido a informarse si el maletín...? Su dinero estaba en el maletín, ¿cierto? ¿No ha averiguado si se la entregaron al revisor jefe? Yo no me ocupo de esos asuntos, tiene que dirigirse a la policía ferroviaria. ¿Ve aquel cartel? Pues entre allí de inmediato y denuncie la pérdida. También debe acudir a la oficina de objetos perdidos.

—¿La policía ferroviaria? —preguntó Silbermann en voz baja.

—¡Por supuesto! Para eso está. Pero no espere demasiado, dese prisa.

Habían estado caminando y los dos estaban ahora delante del puesto de

guardia.

—Sí —dijo Silbermann pausadamente—. Desde luego, tendría que dirigirme a la policía ferroviaria. Se lo agradezco.

—Pero vaya ahora —le repitió el policía, señalando al puesto de guardia—. No pierda el tiempo con preámbulos y presente la denuncia.

—No sé —dijo Silbermann con voz atormentada e indecisa.

—¿Qué no sabe? —preguntó el agente, ahora algo receloso—. ¿Llevaba un maletín o no?

—Claro que lo llevaba. ¡Con treinta mil marcos! Pero tal vez sea mejor preguntar de nuevo en el andén por si lo entregaron allí.

—Puede usted preguntar lo que quiera. Pero quien se toma el esfuerzo de robar treinta mil marcos no va y los devuelve tan fácilmente.

—Pero quizá lo encontraron.

El policía lo observó algo malhumorado.

—¡Si acaba usted de decir que se lo han robado! ¿Cómo podrían haberlo encontrado?

La situación de Silbermann se volvía en cierto modo crítica. En ese instante, tenía tanto miedo a la policía ferroviaria como a la pérdida del maletín.

«Si pongo la denuncia», reflexionó, «no sólo habré perdido mi dinero, sino que perderé también mi libertad. Pero si no pongo la denuncia, no existe ninguna perspectiva de que vuelva a ver ni el dinero ni el maletín. Y también estaría liquidado. A fin de cuentas, el maletín era mi último activo». Pero entonces, pese a lo improbable que era, recuperó la esperanza de que alguien hubiese encontrado el maletín y lo hubiese entregado.

—Iré a preguntar —dijo y dejó allí al policía, que se quedó un rato siguiéndolo con la mirada, lleno de asombro y negando con la cabeza, y se dio luego la vuelta para regresar al andén.

No fue sino al llegar a la barrera que se dio cuenta de que no tenía billete para acceder a las vías, pero, para su alivio, vio que el tren estaba aún en el andén. Corrió a una máquina expendedora, sacó un billete, corrió luego hasta el andén y abordó al revisor jefe.

—¿Han encontrado algún maletín? —preguntó con dificultad, jadeando después de la carrera—. He perdido mi maletín. ¡Tenía dentro más de treinta

mil marcos!

El revisor jefe resopló sorprendido.

—Treinta mil marcos —dijo, admirado—. ¡Caramba!

—¿No se lo habrán entregado?

—A mí no. Pero tiene que denunciar su extravío en la oficina de objetos perdidos. Aunque, si quiere que le diga mi opinión: no tiene mucho sentido. Treinta mil marcos convierten en ladrón al más honesto. ¿En qué compartimento viajaba usted?

—En segunda clase —respondió Silbermann, que tuvo entonces la esperanza de haber pasado por alto el maletín cuando lo estuvo buscando.

Los dos hombres subieron al tren, pero Silbermann no pudo ya indicar con exactitud dónde estaba sentado. Revisaron entonces todos los compartimentos de fumadores de segunda clase, pero sin resultado alguno.

—Un hombre con bigote rubio —declaró Silbermann, respondiendo a la pregunta sobre las personas que lo acompañaban en el viaje—. Me pareció sospechoso enseguida, aunque tal vez sólo me lo figure ahora. Eran dos hombres, como le decía, y uno de ellos tenía un bigote rubio.

—¿Y la dama? —preguntó el jefe del tren—. ¿No le preguntó a la dama?

—¡Ah! —exclamó Silbermann, angustiado—. Ni pensé en ello. Tal vez la dama hubiera podido darme una descripción más exacta de esos dos ladrones.

—Seguramente —admitió el jefe—. Debió preguntarle.

—Pero se la puedo describir. Tenía un vestido gris...

El revisor jefe miró el reloj.

—Vaya a la policía ferroviaria y a la oficina de objetos perdidos —le propuso—. Ya ve que he hecho lo que está en mi mano, pero no puedo hacer más. Si lo desea, le pido a un funcionario que lo acompañe hasta el puesto de guardia —dijo, se asomó por la ventana y miró a su alrededor.

—No, no —le agradeció Silbermann, presuroso—. Déjelo. Es muy amable, pero ya conozco el camino. Hasta la vista.

Silbermann abandonó el compartimento, bajó del vagón sujetándose a las barras con sus manos sin fuerza, y avanzó con paso lento en dirección a la barrera.

«En realidad sólo he perdido un poco de tiempo vital», intentó consolarse. «Nada más. Ese dinero tampoco podría ayudarme en lo esencial. Eso ya me ha

quedado claro».

Pero esas consideraciones no le proporcionaron consuelo alguno, porque Silbermann tenía clarísimo que había ocurrido algo fundamental en su contra, que con ese dinero lo habían despojado de su capacidad para resistir, de su único punto de apoyo. A la vista del duro golpe, el cual, según creía, iba a ser decisivo en su vida, los peligros que lo amenazaban en ese instante palidecían casi del todo.

«Ha ocurrido algo que no podrá subsanarse», pensó, y aunque intentara refugiarse en cierta apática indiferencia como mecanismo de defensa, lo conseguía sólo de un modo precario. Bajó ahora la escalera de piedra. «Ahora ya no podré ganar más tiempo», pensó. «Con el dinero me han robado también el tiempo que tenía ahorrado».

Estaba de pie frente a la puerta donde se leía: «Policía Ferroviaria».

Silbermann accionó el picaporte, abrió la puerta y miró dentro del recinto.

—*Heil Hitler* —lo saludó una voz malhumorada.

—Vuelvo en un momento —dijo Silbermann, que se dio la vuelta y caminó lentamente hacia el banco en el que había estado sentado poco antes.

«¿Lo denunció?», consideró. «¿Denunció a ese ladrón? ¿Ante quién?». Soltó entonces una carcajada desvalida y malévol. «¿Arrestarían a la persona robada, la llevarían a juicio! ¡No al ladrón!».

Se dejó caer hacia atrás con tanta fuerza que el respaldo del banco crujió. Tenía las manos apoyadas de plano en el asiento, los dedos extendidos.

«Ahora sí que estoy acabado», pensó. «¡Completamente acabado!» se dijo de nuevo y se levantó de un salto para dar unos pasos en dirección al puesto de guardia.

—Poner la denuncia —murmuró—. ¡Denunciar a un ladrón ante expoliadores!

En eso, la puerta del puesto de guardia se abrió y un agente salió. Miró a Silbermann con ojos inquisitivos:

—¿Desea algo?

Sin responder, Silbermann dio media vuelta.

«Es preciso meditarlo. No debo precipitarme», se dijo. Caminó de nuevo hasta el banco y se sentó. El agente lo miró por un instante y siguió su camino. Silbermann lo vio alejarse.

—Mi maletín —susurró—. ¡Quiero recuperar mi maletín! ¡Esto no puede ser! ¡Hace una hora todavía lo tenía!

La cabeza se le hundió sobre el pecho.

«No puede ser», pensó de nuevo. «No son más que imaginaciones. Hace una semana yo era aún el propietario de la Becker Schrott G.m.b.H..., Y hace apenas un par de horas era todavía un hombre con más de treinta mil marcos... Un hombre con futuro, a pesar de todo. Sí, señor. Con treinta mil marcos en el bolsillo uno era todavía un ser humano en condiciones de vivir. Las posibilidades eran innumerables... ¡Habría tenido que aprovecharlas! Los viajes, toda esa lucha, las preocupaciones, tantos tormentos y cavilaciones..., todo ha sido en vano. La vida ha perdido todo su sentido, todo lo que alguna vez conseguí... Uno se paseaba por Berlín y era el comerciante Otto Silbermann... Tenía una familia, amigos..., una vida, una buena vida... Tenía raíces... Bueno, no, raíces no. Uno sólo se lo figuraba... Esto de ahora es la verdadera vida, la auténtica... Este banco, estos bolsillos vacíos, el puesto de guardia al que uno no se atreve a entrar... Ésta es la verdadera existencia de Otto Silbermann. Estoy sentado en un banco... en la nada. Y cuando cierren la estación, me echarán también de aquí».

Acarició la superficie de madera del asiento.

«He aquí lo que he logrado», pensó. «Para esto intenté escabullirme al otro lado de la frontera y le supliqué a dos gendarmes que me permitiesen respirar un poco. ¡Ay! ¡Si lo hubiese intentado al menos una vez más!», suspiró, con expresión extraviada.

Se levantó rápidamente.

—Pero quiero recuperar mi dinero —gruñó—. ¡Mis treinta mil marcos!

Enfiló de nuevo hacia el puesto de guardia de la policía.

«Ahora sabréis quien soy yo», pensó. Lo embargaba una rabia desvalida, pero volvió a detenerse delante de la puerta.

Sacó la billetera para comprobar cuánto dinero le quedaba.

—Doscientos veinte, doscientos treinta, doscientos cuarenta —contó apresurado y a media voz.

Tenía todavía doscientos ochenta marcos en billetes.

«Mañana», decidió, alejándose del puesto de guardia hacia la salida. «Lo haré mañana...

»Con doscientos ochenta marcos», pensó entonces, «vive varios meses un asalariado. ¿Qué va a hacer el ladrón con mi dinero? Ni siquiera sabe que es dinero judío, así que tal vez se asuste y piense que lo persiguen, por lo que tal vez mi maletín seguirá viajando con él por todo el país».

Silbermann se detuvo a la salida de la estación.

«Cuando abrimos la compañía Seelig & Silbermann en 1919», recordó con nostalgia, «mi capital inicial ascendía a treinta mil marcos. Veinte mil eran de mi padre, y los otros diez mil me los prestó Bruno. ¡Esos treinta mil marcos fueron mi verdadero comienzo! Y ahora son el final. Hasta ahora había perdido todo lo que conseguí, pero ahora he perdido también la cantidad a partir de la que lo conseguí todo, con la que tal vez podría haber vuelto a conseguir algo en el futuro.

»Bueno, no debería tomármelo tan a la tremenda», se dijo. «En definitiva sólo acabo de perder el último trozo de un pasado que ya no me pertenecía del todo. ¿Acaso el dinero me ha proporcionado seguridad?», continuó diciéndose, en un intento por consolarse de aquella pérdida. «¡No! Sólo me ha ofrecido la ilusión de la seguridad.

»Pero ¡qué tontería! ¡Ha sido más, mucho más! Eso era todo mi futuro. ¡He perdido veinte años de vida, veinte años! Qué ingrato soy. A lo largo de toda la vida, mi fortuna ha sido un muro entre la adversidad y yo. Y ahora no ha podido ayudarme en estos pocos días, no en la medida que siempre lo había hecho. ¡Y ahora he perdido mi existencia! ¡He dejado que me la robaran! ¡Soy hombre muerto! ¡Estoy totalmente muerto, totalmente!».

Silbermann salió de la estación, enfiló hacia un taxi que estaba aparcado a la espera, y le dio al taxista la dirección de su piso. Había decidido que por lo menos dormiría una vez más en su cama antes de ir a denunciar el robo del maletín, que venía a ser lo mismo que suicidarse.

Cuando el coche pasó junto a una cabina de teléfono, Silbermann dio un golpecito en el cristal del chófer, pues se le había ocurrido una nueva idea.

—Deténgase —le pidió.

El taxista pudo detener el coche unos cien metros después de la cabina. Silbermann bajó, pagó la carrera y se dirigió hacia el teléfono. Entró en la cabina, abrió la guía telefónica y buscó en la letra A el nombre del abogado Angelhof. Tras encontrarlo, subrayó el número con lápiz azul, siguiendo su vieja costumbre, y marcó.

Hubo de esperar muchísimo. Finalmente, se puso al teléfono una voz somnolienta:

—Sí, ¿quién habla?

—¿Es el señor Angelhof, el abogado? —preguntó Silbermann, con la máxima tranquilidad de la que fue capaz.

—Sí, soy Angelhof, pero...

—¿Podría hablar con su esposa?

—¿Con mi esposa? ¿A estas horas? ¿Quién es usted? ¿Qué se piensa?

—Debo hablar con su mujer como sea —le explicó Silbermann y enfatizó —: ¡Es muy, pero que muy importante!

—Bueno, sí, pero ¿tendría la amabilidad de explicarme a mí antes quién es usted y qué quiere? Jamás me había ocurrido que me despertaran a estas horas de la noche.

—Su mujer olvidó en el tren un bolso —mintió Silbermann, pasando por alto la primera pregunta, ya que le resultaba difícil dar un nombre falso. «¿Cómo se me ha ocurrido esto del bolso perdido?», se preguntó a sí mismo. «¡Ah, sí, por mi maletín!»—. Encontré ese bolso —continuó hablando lentamente—, y quiero devolvérselo.

—Pues pase mañana a verme y me lo entrega —le propuso el abogado, más apaciguado.

—Por desgracia, sólo estoy de paso, me quedo muy poco tiempo.

—Pero... ¿esta noche? Es demasiado tarde. ¿No pudo llamar más temprano?

—Por desgracia, no. Además, yo también tengo varios asuntos que resolver —contestó Silbermann con cierta insolencia.

—Sí, claro... Entiendo... Es muy amable de su parte... Pero tal vez pueda pasar mañana, ¿le parece?

—¿Mañana bien temprano? Sí, podría ser. En realidad, sigo viaje a Hamburgo a las nueve y veinte.

«Tengo ya todos los horarios en la cabeza», se asombró Silbermann. «En situaciones como ésta, puede ser de suma utilidad».

—Si tuviera la amabilidad de pasar mañana a verme a las ocho... —propuso el abogado en tono sumamente cortés.

—¿Dónde vive? —preguntó Silbermann.

—En el número 65 de la Kurfürstendamm.

—Sí, la dirección la conseguí en la guía, pero en el bolso hay una carta dirigida a su mujer con señas distintas. Creo que...

Silbermann guardó silencio, pero su esperanza de que el abogado le dijera ahora la dirección no se cumplió. El hombre sólo gruñó con desgano.

—¿Y bien? —preguntó Silbermann—. Estoy en una situación complicada. No sé qué hacer. Creo que su mujer dejó entrever en su conversación que ustedes viven separados.

—¿Por qué me llama a mí, entonces?

—Bueno, tampoco lo sé. No estoy informado con tanto detalle acerca de los problemas en su matrimonio, que, a fin de cuentas, no me incumben. Sólo me pregunto a quién debo llevar el bolso. En realidad, debería entregárselo a su esposa.

—Pues entréguelo mañana por la mañana en mi despacho.

—No sé si tengo derecho a hacer eso, si ustedes...

—¡Mire, ahora me va a dejar en paz! Haga lo que mejor le parezca. Por mí, puede llevárselo a ella. Tal vez ésa sea la mejor solución.

—Lo entregaré mañana en la oficina de objetos perdidos —dijo Silbermann, haciendo un último intento—. No sé si la dirección que tengo es la correcta. Desde la oficina pueden buscar más tarde a su mujer.

—A mí me es indiferente, pero podría tal vez entregar el bolso en la casa de huéspedes Weler, si no quiere confiármelo a mí. ¿Qué dirección aparece en ese sobre?

Silbermann abrió rápidamente la guía telefónica.

—Veré —dijo—. Tal vez, si me queda tiempo suficiente...

—¿Qué dirección aparece en la carta? —preguntó el abogado nuevamente.

—Tendré que comprobarlo —contestó Silbermann—. En fin, disculpe la molestia. Hasta luego.

Colgó. Lleno de esperanza, pasó las hojas de la guía telefónica.

«Tal vez debí preguntarle por la calle», pensó. «Si la casa de huéspedes no figura aquí, ni siquiera podré llamar».

Pero de inmediato encontró la dirección y la anotó. A continuación, salió a la calle.

«Una aventura», pensó casi poseído. «¡Una aventura!».

Cogió un taxi. Al llegar a la pensión, tuvo que llamar al timbre varias veces hasta que por fin le abrieron.

—Quisiera hablar con la señora Angelhof —dijo.

La empleada de servicio, vestida con una bata de dormir, lo miró asombrada.

—¿Ahora? —preguntó, incrédula.

—Sí, ahora —respondió él de manera resuelta—. Estoy sólo de paso en la ciudad y tengo que entregarle algo —continuó, a modo de explicación.

—¿Y no puede dármelo a mí?

—No —respondió Silbermann, quien, a continuación, metió la mano en el bolsillo y le entregó tres marcos a la mujer—. ¿Le importaría anunciarme, por favor?

La joven lo dejó entrar y lo condujo a un gabinete de lectura. Al cabo de diez minutos, cuando Ursula Angelhof entró en la habitación, Silbermann se había quedado casi dormido en el cómodo butacón. Ella lo examinó con calma. Al parecer, no estaba ni contenta ni demasiado sorprendida, sólo moderadamente asombrada. Silbermann se sobresaltó.

—Buenas noches —la saludó, y ya no supo entonces ni por qué había venido.

Ella tampoco parecía saberlo.

—Quería verte de nuevo —le explicó él—. No te encontré en aquel café porque llegué demasiado tarde.

—Pero ¿cómo conoce usted mi dirección? —preguntó ella.

—Le pregunté a tu marido.

Silbermann estaba decidido a mantener el tuteo.

—Ah —dijo ella, y a él le pareció que Ursula sonreía un instante, como con aprobación. Pero entonces se puso seria—. No debiste hacer eso. Sabes cuál es mi situación con él.

—Pero es que quería verte de nuevo —dijo él en voz baja.

—¿Por qué? —le preguntó ella—. No tiene ningún sentido. Por eso no acudí a la cita.

Él no pudo evitar reír.

«Por supuesto, no acudí a la cita».

—Tal vez tengas razón —dijo él, entonces.

Ella sacudió la cabeza, asombrada.

—¿Y? —preguntó ella.

—Es que... No lo sé. No tengo ni idea de qué hacer. ¡Ni idea! Estoy acabado. En el tren de Dresde a Berlín me robaron mi dinero.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, alarmados.

—¿Tu dinero? —preguntó ella.

—Ni sé por qué he venido... Quería verte..., pero no tiene sentido... Todo es... Ya no lo sé.

Silbermann se levantó, le tomó la mano, la miró y finalmente se la besó.

—Adiós —le dijo.

—Pero... no entiendo —dijo ella—. Tú querías algo. ¿Qué era? ¿Te ayudo...? Quiero decir...

—No, no, no —la interrumpió él, casi irritado, negando con la cabeza—. Tampoco tú puedes ayudarme —suspiró.

Con paso lento, caminó en dirección a la puerta. De repente sintió la mano de ella en su hombro. Volvió la cabeza hacia ella y la miró con ojos inquisitivos.

—¿Quieres quedarte aquí? —susurró ella.

Él la miró con ojos vacíos.

—No lo sé —dijo—. Creo que... tal vez sea mejor... que me marche.

—Como quieras —respondió ella, muy calmada—. Pero ¿qué vas a hacer?

—¡No voy a hacer ya nada! —dijo, y se marchó.

CAPÍTULO 10

Silbermann paseaba con su familia por el Tiergarten, el gran parque metropolitano. En realidad, le habría gustado hacer una excursión a Potsdam y visitar de nuevo el palacio y el parque de Sanssouci, pero Eduard, que deseaba practicar el remo en el Neuer See, había acabado convenciéndolo para que cambiara de planes.

Tras imponer sus planes y haber recibido incluso el permiso de su padre para visitar el circo, Eduard estaba de muy buen humor, y también Silbermann estaba muy satisfecho de haberse quedado en Berlín, pues el lunes tenía varias reuniones importantes y quería acostarse temprano.

Hacía muy buen tiempo, y la familia charlaba acerca de las próximas vacaciones de verano.

—Eduard necesita otro traje —dijo la señora Silbermann, indicando con los ojos a su hijo.

—Cuando yo era niño —aseguró Silbermann—, cuidaba más mis cosas. Por cierto, Eduard, ¿has hecho tus deberes? —le preguntó a su hijo.

—Claro —respondió el chico y miró en otra dirección.

—Eso no es una respuesta —le explicó Silbermann—. Recuerda mostrármelos esta noche.

Por un instante, Eduard guardó silencio, y dijo a continuación:

—No entendí del todo la tarea de matemáticas.

—Esto es el colmo —dijo Silbermann, indignado—. ¿Y aun así te atreves a salir de paseo? ¿Y esta tarde quieres ir al circo? ¿A ver, dime, en qué estás pensando? Hasta que no resuelvas la tarea de matemáticas, no puedes ni pensar en venir esta tarde al circo con nosotros.

—Pero si se esfuerza muchísimo —dijo, mediando, la señora Silbermann.

Llamaron a la puerta. Silbermann se sobresaltó.

—Es mejor que Eduard... —dijo, confundido.

Entonces miró a su alrededor. Estaba acostado en su dormitorio, pero solo.

—Vaya —exclamó, y cerró otra vez los ojos.

Volvieron a llamar. Con paso lento, salió de la cama, se puso las pantuflas y fue hasta la puerta, frotándose los ojos a causa del sueño.

«Llegan puntuales», pensó. Suponía que habían venido a buscarlo. Abrió.

—Vengo por lo del recibo de la leche —le dijo una voz femenina.

Silbermann observó a la mujer con expresión pensativa.

—Entonces —dijo lentamente— viene usted por el recibo de la leche, ¿es eso?

—Sí, señor —respondió la mujer—. He estado ya en otras cuatro o cinco ocasiones, pero nadie me abría. Hoy he subido por la entrada principal, porque creía que el timbre de la puerta trasera no funcionaba —explicó la mujer, al tiempo que lo miraba como si le reprochara una maldad dirigida contra su persona—. Son 9,75 —añadió, con énfasis, y le entregó el recibo.

—Espere un momento, por favor —le dijo él y fue hasta el dormitorio a buscar el dinero.

—¿Quiere que le siga despachando? —preguntó la lechera cuando regresó—. Las botellas siguen ahí, frente a la puerta trasera. Hace tres días que no...

—Ya no la necesitamos —la interrumpió él—. Pero puede dejarme esa botella.

—¿Le anoto los treinta y cuatro peniques? —preguntó la mujer—. Por otra parte, si no me la compran más a mí...

—Treinta y cuatro peniques —dijo él—. Es mucho dinero.

—Cuesta lo mismo en todas partes —le replicó ella, con voz avinagrada, ofendida tal vez en su honor profesional.

—Sin duda —dijo él, amedrentado.

A continuación, pagó, cerró la puerta y se llevó la botella de leche al dormitorio. «Qué susceptible está la gente», reflexionó. «La lechera se ha sentido la mar de ofendida porque supone que uno supone que vende la leche un penique más cara. Y eso no tiene por qué aguantarlo. Pero yo... Yo...».

Silbermann abrió la botella de leche y bebió un largo trago.

«Ahora quisiera tomar un café», se dijo, mientras se enjugaba la boca y caminaba hacia el cuarto de baño. Dejó correr el agua caliente y contempló cómo se iba llenando la bañera sin pensar en nada. Luego se desvistió y tomó su baño.

«Cuánto lo echaba de menos», se dijo mientras se estiraba cómodamente en el agua. Permaneció en la bañera por espacio de media hora. Luego se afeitó y empezó a vestirse lentamente. Cuando se hubo atado la corbata, oyó de nuevo el timbre de la puerta, pero esta vez en la parte trasera.

«¿Qué será ahora, el recibo del pan?», pensó, casi divertido.

Era el recibo del pan. Silbermann pagó y, al cabo de pocos minutos abandonó su vivienda para tomar un café en una pastelería situada en la acera de enfrente. Estuvo un buen rato desayunando.

Cuando terminó, tomó la determinación a la que no se había aventurado la noche anterior. Tenía un aspecto muy sereno cuando entró en comisaría.

—Vengo a poner una denuncia —anunció, sin responder al saludo de *Heil Hitler* que le dedicó el agente. Se acercó mucho a la barrera y se apoyó en ella con ambas manos.

—¿De qué se trata? —preguntó la voz malhumorada del agente.

—Me han robado.

—No soy yo el encargado de eso. Sólo me ocupo de las altas y las bajas.

Silbermann aguardó un instante y dijo:

—Tal vez decide usted, no obstante, decirme quién se encarga del asunto, ¿verdad?

El agente se sobresaltó. Conocía aquel tono de voz. Observó a Silbermann, lo examinó para ver si le correspondía tratarlo de ese modo tan brusco y, al parecer, consintió y le respondió con modales mucho más corteses:

—Pase al despacho número tres, por favor.

—¿Y dónde lo encuentro? —preguntó Silbermann.

El agente se levantó, le indicó una puerta y dijo:

—En ese pasillo, la primera puerta.

Silbermann le dio las gracias y, pocos instantes después, estaba delante del despacho número tres. Tocó.

—Pase —gritó una voz bronca.

Silbermann entró. Detrás del escritorio estaba sentado un hombre

corpulento vestido de civil que ahora apartaba el periódico que había estado hojeando y cogía una pila de expedientes.

—Vengo a poner una denuncia —dijo Silbermann y se acercó.

—*Heil Hitler* —saludó el comisario y lo miró con expresión apremiante.

—Buenos días —respondió Silbermann—. Como le he dicho, vengo a poner una denuncia.

—¿Es usted alemán? —preguntó el comisario, y miró un expediente.

—Pues sí —contestó Silbermann.

—Pues me hace el favor entonces de saludar con el saludo alemán. ¡Es una normativa!

—Soy judío.

—¡Ah! ¡Entonces no es usted alemán!

El comisario cerró el expediente y se quedó mirándolo.

—De eso hablaremos en otro momento —dijo Silbermann, al que le costaba dominarse—. ¡Yo he venido a poner una denuncia!

El policía se frotó el mentón.

—¿Sabe que comete un delito si pone una denuncia falsa?

—No tengo intención de poner una denuncia falsa.

—En cualquier caso, le aconsejo que piense bien lo que va a decir.

—¿Quiere oír primero mi denuncia? —preguntó Silbermann.

—¡De modo que es usted judío! —afirmó el comisario.

Silbermann hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡He venido hasta aquí para presentar una denuncia! —dijo por cuarta vez.

—Y es mi obligación llamarle la atención sobre las penas a las que se arriesga si...

—Me han robado un maletín en el tren —lo interrumpió Silbermann, y su cara pálida empezó a enrojecer poco a poco—. Contenia treinta mil marcos. ¿Va a tomar acta de eso?

El comisario colocó un gran pliego de papel delante de él.

—¿Cómo consiguió usted esos treinta mil marcos? —preguntó, y mojó la pluma en el tintero; luego sacudió una pequeña mancha dentro del recipiente y se reclinó en la silla. Estuvo observando a Silbermann un rato, se inclinó hacia delante y empezó a escribir.

—¿Nombre?

—Otto Silbermann.

—¿Tiene alguna identificación?

Silbermann le entregó su pasaporte.

—Bien —dijo el comisario y anotó el número del documento y otros datos.

—La dirección sigue siendo la misma —le comentó Silbermann.

El comisario tomó nota en silencio. Entonces alzó la mirada y dijo con hosquedad:

—Le he preguntado cómo obtuvo ese dinero. ¿No va a responderme?

—Era lo que quedaba de mi patrimonio —respondió Silbermann—.
Alguna vez fui un hombre rico.

—¿Y anda usted por ahí cargando todo ese dinero en un maletín? ¡Eso es, de por sí, bastante raro! ¿En qué tren se supone que ocurrió el robo?

—En el tren de Dresde a Berlín. En un compartimento de fumadores de segunda clase.

—¿Presentó la denuncia ante la policía ferroviaria?

—No, pero informé de ello al revisor jefe del tren.

—¿Por qué no lo denunció a la policía ferroviaria?

—Porque quería denunciarlo aquí.

—Qué raro. En fin, usted afirma que en el tren de Dresde a Berlín, en un compartimento de segunda clase, le robaron un maletín cuyo contenido eran treinta mil marcos.

—No lo afirmo, son los hechos.

—Eso yo no puedo saberlo. ¿Tiene alguna sospecha?

—Viajaba con una dama entrada en años y con otros dos caballeros. Uno de los hombres tenía un bigote rubio.

El comisario soltó una carcajada o una tos, no pudo diferenciarse bien.

—¿Y no sabe nada más? —preguntó—. ¿Podría reconocer a esas personas?

—Pienso que sí.

—¿Cómo era el maletín?

—De cuero marrón, con un cierre de acero. Aquí está la llave.

—¿Recuerda el número del tren?

—No, por desgracia no pensé en eso.

—¿A qué hora se supone que ocurrió?

—Era el último tren a Berlín, creo.

—¡Cree! ¿A qué hora llegó el tren a Berlín?

—Alrededor de la una.

—¿Es todo lo que puede aportar? Usted afirma haber perdido un maletín en el último tren de Dresde a Berlín...

—¡Me la robaron! —lo interrumpió Silbermann.

—¡Hágame el favor de no ponérseme insolente aquí! ¿De acuerdo? No estoy sordo.

—¿Qué piensa hacer ahora? —quiso saber Silbermann.

—Ya veremos.

—Quisiera ofrecer una recompensa del diez por ciento por encontrar al ladrón, deducible de la suma que me pertenece cuando arresten al malhechor.

—En primer lugar, tendría que recuperar su dinero; en segundo lugar, tendría que haberlo perdido de verdad, y en tercer lugar...

—No parece usted tomarse en serio mi denuncia, ¿verdad? Cree que se trata de una broma, ¿eh? —lo interrumpió Silbermann de nuevo, y tomó asiento en la silla situada delante del escritorio, en vista de que había esperado en vano hasta entonces a que le invitaran a ocuparla.

Al comisario le pareció ver en ese gesto de sentarse sin que nadie se lo indicara una falta de respeto, pero no supo qué decir al respecto.

—Le ruego que me deje terminar de hablar —dijo, resoplando—. Mi opinión en este asunto no es objeto de debate. Usted ha puesto una denuncia, y a mí me corresponde verificarla y transmitirla a las demás instancias. ¿Me puede decir ahora cómo es que ha estado usted viajando por ahí con treinta mil marcos en un maletín?

—¿Y quién le ha dicho que yo he estado «viajando por ahí»?

—En todo caso, estaba usted en Dresde.

—¿No tengo derecho a viajar a Dresde?

—¡No estoy obligado a responderle a eso! Pero sí quiero que me diga...

El comisario se calló de pronto, miró el pliego de papel que había llenado y preguntó de repente, alzando los ojos:

—¿Pretendía llevarse ese dinero al extranjero?

—¿Va usted a buscar al ladrón o a sospechar de la persona a la que le han robado? —preguntó a su vez Silbermann, al que el ataque no lo tomó por sorpresa.

—Yo no pretendo nada. Ya se lo he dicho una vez. Yo aquí no soy yo, sino un agente del orden. ¡De otro modo, bien que se sorprendería usted!

—Yo no soy yo —repitió Silbermann en son de burla, sin apenas poder contener más su rabia—. ¿Quién es usted, entonces, si usted no es usted? ¿Desde cuándo los agentes de la policía alemana sufren esa escisión de la personalidad?

El comisario, furioso, pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo se le ocurre? —rugió—. ¿Cree que puede permitirse hacer aquí sus chistes judíos?

Silbermann se levantó bruscamente.

—Tal vez el chiste judío sea —exclamó— que yo ponga una denuncia por robo ante quienes me han robado todos mis derechos. En todo caso, es una realidad ahora en Alemania que usted, en lugar de ponerse a buscar al ladrón, se permite estas insolencias con la persona a la que le han robado. Usted..., señor comisario... Quiero mi dinero de vuelta... Mis treinta mil marcos... Y los quiero cuanto antes... Ocúpese usted de ello. He puesto una denuncia. Y quiero, de inmediato, poner una segunda... Quiero denunciar que unos maleantes han asaltado mi vivienda, han destrozado mis muebles y herido a mi amigo Findler... Tenga... —Silbermann metió la mano en el bolsillo y sacó el distintivo con la cruz gamada—: Se lo dejaron los asaltantes en mi casa... Hágame el favor de levantar acta. ¿A qué está esperando...? Esta segunda denuncia es más importante, mucho más importante, muchísimo más. Escriba, vamos... No se me quede mirando así. ¿Es que cree que yo mismo he destruido mi piso? Anote: Findler, Theo Findler. Él es mi testigo... Le causaron lesiones... Él mismo tenía intenciones de saquearme... Pero ¿qué está esperando? ¿Por qué no escribe nada? Usted es aquí el funcionario del Estado, como acaba de explicarme. Tiene la obligación de proteger los derechos de todos los ciudadanos... Robo con fuerza, allanamiento de morada, señor comisario... Todo eso me han hecho... Lesiones físicas a Findler... Una gran banda de criminales estuvo haciendo de las suyas el día 9 de noviembre, y no sólo a mí, sino en todas partes... A ver, ¿por qué no lo escribe? Se lo digo: son asesinos, señor comisario, ladrones... Salteadores de caminos...

Silbermann se enfurecía más a medida que hablaba.

—¿Soy ahora sospechoso por haber hecho ese viaje? ¿Es eso? Huía de unos criminales, señor comisario, no lo olvide. Entre los derechos de los ciudadanos está el de huir de los criminales, ¿no es cierto? Y un ciudadano también tiene derecho a llevarse su dinero, ¿o no? Y también puede presentar denuncia, ¿verdad? Pregúntele a Findler, vaya y pregúntele a él... Estaba allí... Se lo confirmará, es testigo... Reunámonos en mi apartamento... Haga comprobaciones, verifique... Y también a otros, no sólo a mí... Privación de libertad, lesiones físicas... ¿Y la policía? ¿No interviene? ¿Por qué no interviene? Pues le diré por qué. Porque...

Silbermann miraba al comisario como si estuviera dispuesto a saltarle encima en cualquier momento. Echaba espumarajos por la boca, la saliva le corría por las mejillas. Dos policías lo agarraron y lo llevaron a una celda.

—¡Ladrones! —gritaba Silbermann—. ¡Quiero que me devuelvan mi dinero! ¡Encubridores! Sois todos unos encubridores... Corruptos... Gente que se deja comprar... Criminales... Cómplices... Treinta mil marcos... Os repartís mi dinero... ¡Mi dinero! Exijo que intervenga la policía... Existen leyes...

Los agentes cerraron la puerta de la celda. Silbermann empezó a propinarle puñetazos.

—¡Abran! —vociferaba, totalmente fuera de sí—. Exijo hablar con el comisario. Tengo que poner una denuncia... ¡Tengo testigos! —dijo, y le dio una patada a la puerta—. ¡Devolvedme mi dinero! —gritó—. ¡Voy a emigrar! Os lo prometo... Voy a emigrar... ¡Pero quiero mi maletín de vuelta!

La puerta se abrió de golpe.

—Cierra el pico de una vez —le dijo un policía que lo agarró por los hombros y le propinó unas violentas sacudidas. Silbermann se calló. El agente lo soltó y salió de la celda. Silbermann se tambaleó en dirección a la pared, se arrojó encima del catre y lloró. Permaneció acostado unos diez minutos. Entonces se incorporó de nuevo, corrió hasta la puerta y gritó:

—¡Existen leyes! ¡Existen leyes!

Repitió varias veces esas dos palabras. Finalmente, la puerta se abrió de nuevo.

—¿Se ha vuelto loco? —le gritó una voz.

—¡Existen leyes! —repitió Silbermann, ahora amedrentado, en tono mucho

más bajo.

—¡Lo trasladarán a un manicomio si no cierra el pico!

Al día siguiente llevaron a Silbermann ante el mismo comisario que le había tomado la denuncia y en cuya presencia había tenido su arranque de ira. Por si las moscas, el comisario mantuvo a dos policías dentro del despacho.

—Usted sabe —empezó diciendo el agente, con sequedad, sin levantar la mirada de sus expedientes— que ayer profirió los más graves insultos no sólo contra mi persona, sino contra todo el aparato de funcionarios del Reich. Además, hizo usted afirmaciones calumniosas que ofenden a todo el pueblo alemán en su conjunto. —El comisario alzó la vista—. ¿Qué tiene que decir al respecto? —preguntó.

Silbermann guardó silencio.

—¿Quiere ir a un campo de concentración?

Silbermann siguió guardando silencio.

—¡Se iniciará un proceso en su contra!

Silbermann continuaba en silencio.

Entonces el comisario se puso de pie de un salto.

—¿Qué tiene en la cabeza? —le gritó el policía—. ¿Quiere hacerme el favor de abrir esa boca?

—He presentado una denuncia —dijo Silbermann con la voz tomada—. ¡Me han robado treinta mil marcos! ¡Asaltaron mi vivienda!

El comisario se sentó de nuevo.

—Usted no quiere entrar en razón, ¿verdad? —le preguntó en voz más baja—. Con ese empecinamiento no conseguirá nada. Entiéndalo.

Silbermann, sin atender al comisario, se puso a mirar por la ventana.

—Si quisiera, podría enviarlo ahora mismo a un campo de concentración. Prácticamente me está obligando. ¡Allí le enseñarán a comportarse!

—¿Ha investigado mi denuncia? —preguntó Silbermann—. ¿Han encontrado el dinero?

—¿Va a empezar otra vez? ¡Le ruego que hable sólo cuando se le pregunte!

El comisario mostró entonces el carné militar de Silbermann, que le había confiscado el día anterior en la celda, junto con otros documentos.

—Veo que fue usted soldado —dijo el comisario, en tono más suave—. En la retaguardia, supongo. ¿No?

—¿Es lo que se infiere de esos documentos? —preguntó Silbermann.

—Los documentos pueden falsificarse.

Silbermann no respondió. Se limitó a encoger los hombros.

—No he dicho que sean falsos, he dicho tan sólo que podrían falsificarse —aclaró el comisario—. En fin, ¿qué voy a hacer con usted? ¿Qué me recomienda?

—Yo exijo que se investigue el paradero de mi maletín.

—Qué descaro —dijo el comisario, y se le notaba cierto deje de admiración en el comentario—. ¡Pues haré que lo lleven a un campo de concentración! ¡Allí volverá usted a entrar en razón, y aprenderá cómo ha de comportarse un judío en nuestros días! No crea que no nos ocuparemos de usted.

—Al contrario —respondió Silbermann—. Estoy convencido de que así será.

—¿Por qué entonces se comporta de ese modo?

—He perdido un maletín con treinta mil marcos. Y vine hasta aquí para presentar una denuncia.

—Es usted un insolente... ¡Haré que lo encierren!

—Lo imaginé —dijo Silbermann tranquilamente—. Lo sabía antes de venir.

—¿Por qué vino, entonces? —preguntó el comisario, picado por la curiosidad.

—Porque me da igual lo que pase conmigo. Porque llevo años pagando impuestos, y exijo que la policía cumpla sus obligaciones también cuando se trata de mí.

—¡La policía no está ahí para usted! —gritó el comisario, examinándolo con expresión pensativa—. ¿Estuvo en el frente occidental? —preguntó a continuación.

—¿Eso qué tiene que ver?

El comisario rio.

—Mire, váyase al diablo —dijo, con voz enérgica—. Pero no vuelva a asomar por aquí. ¡Vamos! ¡Márchese!

—Me han robado treinta mil marcos y mi maletín.

—¡Otra vez no! —dijo el comisario—. Usted no puede, de ningún modo,

cerrar el pico. Meier, llévese a este hombre. Que prime la piedad antes que la ley...

—Arriba, judío, acompáñame —dijo el policía y lo agarró por el brazo.

Silbermann se sacudió la mano del policía.

—¿Se refiere a mí? —preguntó—. Mi nombre es Silbermann, y no permito que...

—Jajajaja —rio el comisario—. ¡Le ha tocado a usted el gordo, Meier! En fin: ponga a este sujeto de patitas en la calle. Que se marche. Un soldado del frente conserva siempre algo, incluso un judío.

El agente acompañó a Silbermann hasta la puerta.

—Y a ver si controla esa sucia boca —le recomendó—. No va a tener tanta suerte una segunda vez.

Silbermann lo miró con enfado.

—Recuérdeme mejor a su Harún al-Rashid que investigue mi denuncia. Regresaré.

Le lanzó una mirada malhumorada y se marchó.

—Qué mala suerte —murmuró Silbermann—. Ahora tendré que matarme yo mismo, cuando habrían podido hacerlo ellos.

Estuvo una hora vagando sin rumbo por la ciudad, hasta verse de repente frente al edificio donde vivía su abogado. Entró, subió en el ascensor a la segunda planta y llamó a la puerta.

Le abrió el propio Löwenstein.

—Ah, es usted —afirmó—. Pensaba ya que la policía...

—Y yo pensé que lo habrían arrestado —respondió Silbermann con desgana.

—¿Por qué ha venido a verme, entonces? —quiso saber Löwenstein y lo dejó entrar—. A mí, por cierto, acaban de ponerme en libertad.

—¿Y qué va a hacer ahora? —preguntó Silbermann, haciendo ademán de dejar su abrigo.

—En una hora parte mi tren al extranjero.

—¿Tiene visado?

—No. Pero me han dado la dirección de un hombre que puede sacarme a través de la frontera con Holanda. Inténtelo conmigo, Silbermann.

—¡Ya lo intenté! Además, sólo me quedan doscientos marcos. Me han

robado treinta mil en el tren. Si he venido a verle es porque me dije que quizá Löwenstein conocía un modo de obtener algo de dinero.

—Pero si se lo han robado... Dios nos guarde. ¡Cómo pueden robarle a uno treinta mil marcos! Tiene uno que estar atento. Por otro lado, todos perdemos el dinero en algún momento. Al menos ya no tiene que morir por ello. Alégrese de que haya sido así. ¿Viene conmigo?

—Estoy harto de viajar —respondió Silbermann lentamente.

—¿Y cree que a mí me hace gracia? Decídase pronto, se lo ruego. No tengo mucho tiempo. Aún debo despachar un montón de cosas, y mi tren sale en una hora. ¿Qué me dice?

—No tengo ya dinero suficiente.

—Le prestaré algo. Todavía me vale usted esos doscientos marcos.

—Muy amable de su parte. Hasta la vista.

Löwenstein lo retuvo.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿Qué hace?

—Le deseo mucha suerte —respondió Silbermann—. Pero estoy hasta el gorro de viajar, ¿sabe? Me aburre.

Sin comprender, el abogado lo miró fijamente.

—¿Qué pasa con usted? —preguntó—. ¡Que le aburre, dice! ¡Habrased oído cosa igual! Se trata de su vida, estimado señor. ¿Lo tiene claro?

Silbermann le devolvió la mirada.

—¡Quiero recuperar mi dinero! —dijo—. ¡Treinta mil marcos! Exijo... Yo... Tengo que pensar todo detenidamente una vez más... Pero no le robo más tiempo.

—Usted no está del todo bien —dijo Löwenstein.

—Sí —dijo Silbermann, sereno—. Tengo a menudo esa sensación de que... el mundo ha enloquecido... Es decir, no sé ya a qué atenerme... Eso, en realidad, implica que uno mismo...

—¿Qué dice? —lo interrumpió Löwenstein enérgicamente—. Un hombre razonable como usted. En fin, ¿qué me dice? ¿Viene conmigo? Por desgracia, tiene que tomar una decisión rápida.

Silbermann negó con la cabeza. Luego le tendió una mano a Löwenstein y se despidió.

Mientras bajaba lentamente la escalera, meditó sobre lo que iba a hacer

ahora. «En realidad, debería viajar», pensó. «Pero solo... Ese Löwenstein habla demasiado. Sencillamente, me iré a Hamburgo. Ése siempre ha sido un bonito trayecto. En los vagones del tren a Hamburgo es donde me he sentido más a gusto. Aunque también podría irme a Dortmund. En ese trayecto uno puede al menos dormir a pierna suelta».

Silbermann se detuvo en la puerta del edificio.

«Löwenstein lo conseguirá», pensó. «Es un hombre capaz... No hay nada que lo doblegue. A decir verdad, debería irme con él... Pero ¿y mi dinero? ¿Qué va a ser de mi dinero? Tal vez lo encuentren... ¡Y para entonces yo estaré en el extranjero, sin nada!».

Silbermann subió al tranvía.

«Iré hasta la firma», pensó. «Debo echar una ojeada a la correspondencia que haya llegado en este tiempo. No me he ocupado más de mi empresa... Una imprudencia casi punible».

De un salto, Silbermann bajó del tranvía.

«¿Mi firma? Pero si ya no existe», recordó.

Llamó entonces a un taxi y le dio al taxista la dirección de Becker.

«Tal vez me dé un poco de dinero, un par de miles de marcos. ¿Quién sabe?».

No habían llegado al cruce siguiente cuando hizo parar el taxi y bajó.

«No tiene sentido», intuyó. «¡Nada tiene ya sentido!».

Subió, a continuación, a un tranvía en marcha que pasaba por delante.

—¿Adónde vamos? —le preguntó al revisor.

—A la plaza Adolf Hitler —le respondió el hombre y le validó el billete.

«¿Qué voy a hacer ahí?», se preguntó.

Siguió en el tranvía dos estaciones más y bajó.

«¿Adónde voy?», se preguntó, con miedo. «¿Adónde? Estoy completamente loco. Debí marcharme con Löwenstein. ¡Pero estoy harto de viajar!».

Silbermann entró entonces en un bar, se sentó y pidió una cerveza.

«Me he vuelto loco», pensó de nuevo. «Tal vez sea lo mejor que podía pasarme, lo más razonable. En una época como ésta, es fácil volverse loco».

Pero aquellos pensamientos, y otros similares, lo llevaron a la convicción de que preservaba su juicio, y que, por lo tanto, no podía eludir su obligación

de pensar de manera juiciosa.

«¿Cómo voy a conseguir lidiar con todo esto?», se preguntó, desesperado. «La razón me pide que me suicide. ¡Pero yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, a pesar de todo! Y para ello se necesita conservar el buen juicio, aunque por sí solo no baste y se ponga en mi contra y niegue mi existencia. ¿Qué hago con él? Desespero precisamente porque entiendo», se dijo, finalmente, lleno de desdicha. «Si al menos consiguiera malinterpretar todo. Pero ya no puedo. Y salvo la lista de todo lo que he perdido, ya no me queda nada. Nada».

—¿Qué queda entonces? —se preguntó en voz alta, y la poca gente que había en el local giró la cabeza hacia donde él estaba—. ¿Qué queda? —preguntó otra vez elevando la voz.

Le trajeron la cerveza. Pero Silbermann se puso de pie y pagó.

«Haré que me arresten», se dijo. «Volveré a la comisaría. Tienen que arrestarme. El Estado me ha asesinado, ahora tendrá que enterrarme».

Una vez más se vio en la calle haciéndole señas a un taxi.

—Lléveme a la comisaría de policía más cercana —dijo, pero apenas hubo subido al coche, lamentó su decisión.

«Tal vez», pensó, «tal vez... Bueno, nunca se sabe... ¿No debería marcharme con Löwenstein?».

Dio entonces unos golpecitos en el cristal separador y le indicó al taxista la dirección de su abogado.

«Ya se habrá marchado», pensó Silbermann de inmediato.

Cuando el taxi se detuvo, el conductor tuvo que despertarlo: a Silbermann lo había vencido el agotamiento y se había quedado dormido. Subió de nuevo en el ascensor.

«Se habrá ido, sin duda», pensó cuando pulsó el timbre de la puerta.

Pasaron unos pocos minutos y le abrió de nuevo el propio Löwenstein. Estaba ya vestido y tenía en la mano una pequeña maleta.

—¿Lo ha reconsiderado? —preguntó, salió del piso y cerró la puerta a sus espaldas—. Me he retrasado, así que ha tenido suerte. ¡Venga!

Entraron al ascensor y bajaron.

—He tardado demasiado —comentó el abogado por el camino, con enfado.

—¿Qué va a ser ahora de sus cosas? ¿De su dinero?

—Lo perdido, perdido está —respondió Löwenstein muy tranquilo.

Esa actitud no hizo sino aumentar la admiración de Silbermann. Cuando llegaron a la planta baja del edificio, vieron a dos hombres esperando frente al ascensor. Silbermann fue el primero en salir y avanzó cinco o seis pasos, suponiendo que Löwenstein lo seguiría. Entonces oyó de pronto la expresión «bajo arresto». Se dio la vuelta rápidamente.

Justo en ese instante, uno de los hombres le ponía unas esposas al abogado, cuya cara estaba lívida, mientras daba a entender a Silbermann, con la expresión de sus ojos, que no se detuviera. Silbermann se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, muy sereno.

En ese instante uno de los tipos lo agarró por el brazo.

—¿Conoce a este señor?

—Claro. Era mi abogado.

—Entonces vendrá de inmediato con nosotros a la comisaría. ¿También es usted judío?

—Sí —respondió Silbermann.

Se los llevaron.

CAPÍTULO 11

—Me llamo Schwarz —dijo el recluso y se acercó a Silbermann para estrecharle la mano—. Soy completamente normal —añadió de inmediato—. ¿Y usted qué barbaridad ha hecho?

—Yo, nada —dijo Silbermann y se sentó en el sitio para dormir.

Schwarz lo siguió hasta allí.

—Ése es su truco —dijo—. Claro.

Silbermann frunció el ceño. Su compañero de celda no le resultaba demasiado simpático. Aquella cara desestructurada y fofa, con los ojos pequeños llenos de venitas rojas, le inspiraban cierta repulsión.

—¿Mi truco? —preguntó y se acostó.

—Sólo por eso está usted aquí. Todos simulan. ¡Yo también he simulado! ¡Soy un tipo completamente normal!

—Es probable —respondió Silbermann, cerrando los ojos.

Schwarz lo sacudió por el hombro.

—¡Me quieren esterilizar! —dijo, lleno de miedo.

—¿Que quieren qué? —preguntó Silbermann, incorporándose.

—Eso, que me quieren esterilizar. Robé una cartera, y luego me hice el loco. ¡Y ahora pretenden esterilizarme! Pero no lo permitiré. No soy esquizofrénico. ¡Soy normal! Tengo una prometida. Yo...

Schwarz empezó a caminar de un lado a otro de la celda.

Silbermann se oprimió las sienes con ambas manos.

—Me duele la cabeza —dijo.

Schwarz interrumpió sus paseos.

—¡Ése es su truco! —afirmó, muy seguro—. ¡Pero a usted también querrán esterilizarle!

—Patrañas —dijo Silbermann muy tranquilo.

—¡Nada de patrañas! ¿Qué barbaridad hizo? ¡Dígame!

—Absolutamente nada —le repitió Silbermann, algo alterado—. Soy judío, si es que quiere saber los detalles.

—Ése es su truco —afirmó Schwarz, que enseguida se plantó delante de Silbermann—. ¿Cometió algún delito contra la raza? —preguntó el hombre, y soltó una risita idiota.

Silbermann se giró hacia la pared. El vigilante abrió la puerta y deslizó la comida dentro de la celda.

—Oye —dijo Schwarz—. Éste es judío. ¡No voy a soportar esto! Yo soy nacionalsocialista. No quiero compartir celda con un judío...

—Tú estate quietecito —le contestó el guardia—. Van a esterilizarte pronto.

—¡No! —chilló Schwarz—. ¡No!

El vigilante cerró la puerta sonriendo con cinismo. Schwarz retomó sus paseítos de un lado a otro de la celda. Luego se plantó delante de la puerta y empezó a golpearla.

—¡Fuera los judíos! —vociferó—. ¡Fuera los judíos!

Otros locos se hicieron eco de sus gritos, y de repente se escuchó un caos de decenas de voces gritando: «¡Fuera los judíos! ¡Fuera los judíos!».

Silbermann se levantó de la cama de un salto.

—¡Cerrad el pico! —gritó.

Schwarz lo miró con miedo y se calló. Pero los otros seguían berreando:

—¡Fuera los judíos! ¡Fuera los judíos!

—A ti también van a esterilizarte —le susurró Schwarz, y se retiró a un rincón, lleno de miedo—. ¡A ti también van a esterilizarte, sin duda!

La llave del guardia trasteó en la cerradura, haciendo ruido.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—No quiero compartir celda con un judío...

—Tú aquí no puedes querer ni dejar de querer...

El recluso guardó silencio. Cuando el vigilante hubo abandonado la celda, Schwarz empezó a gritar otra vez:

—¡Fuera los judíos! ¡Fuera los judíos!

Silbermann volvió a acostarse y se taponó los oídos con dos dedos.

—¡Pronto me marcharé! —dijo, alzando la voz.

—¿Que harás qué? —preguntó Schwarz, acercándose—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Por qué hacen tanto ruido aquí? —preguntó Silbermann con voz tenue.

—Son idiotas, todos idiotas —le explicó Schwarz—. ¡Pero al que quieren esterilizar es a mí!

Silbermann se levantó.

—No quiero quedarme aquí —dijo—. ¡Quiero marcharme...! Sale un tren a Aquisgrán a las siete... A las ocho, el tren a Núremberg... A las nueve y veinte, el de Hamburgo... A las diez sale el de Dresde... Hay tantos trenes... Infinidad de ellos... ¡Y yo quiero marcharme!

—Ése es tu truco —dijo Schwarz, convencido—. Ven, grita con nosotros: «¡Fuera los judíos...!».

POSFACIO

El 29 de octubre de 1942, Ulrich Alexander Boschwitz se encuentra a unas setecientas millas náuticas al noroeste de las islas Azores, a bordo del buque *Abosso*, cuando la nave de pasajeros alquilada por el Gobierno británico es torpedeada por el submarino alemán U-575 y termina siendo hundida a las 23:00 horas. Ulrich Boschwitz acaba de cumplir los veintisiete años, y su vida, como la de los demás 361 pasajeros, se borra para siempre. Lleva encima el último manuscrito que ha redactado.

Lo que ha de suceder en caso de muerte con sus manuscritos ya publicados o puestos a resguardo Boschwitz lo estipula detalladamente pocas semanas antes, en una última carta dirigida a su madre, Martha Wolgast Boschwitz. En la misiva, fechada el 10 de agosto de 1942, se habla también de la novela *El pasajero*. El autor informa a su progenitora que ha vuelto a revisar en profundidad el libro —publicado en 1939 primero en Inglaterra y un año más tarde, en 1940, en Estados Unidos—, y que le envía las primeras 109 páginas corregidas del manuscrito con un antiguo compañero de arresto que va camino de Inglaterra. Aún le falta corregir la segunda parte.

Ulrich Boschwitz le aconseja a su madre que solicite la ayuda de alguien con experiencia literaria a la hora de pasar a limpio las correcciones, y se muestra convencido de que esos cambios van a mejorar la novela de manera considerable, así como aumentar las oportunidades de publicarla en una Alemania que espera ver pronto liberada. Sus indicaciones, escritas en inglés, terminan con estas palabras: «*I really believe there is something in the book, which may make it a success*». Parece obvio que Martha Wolgast Boschwitz nunca recibió las correcciones de su hijo, por lo menos éstas no forman parte de sus fragmentarios escritos póstumos, hoy conservados en el Leo Baeck Institute Center for Jewish History de Nueva York. Tampoco su sobrina y

pariente más cercana, Reuella Shachaf, sabe nada acerca de su paradero.

Me puse en contacto con Reuella Shachaf en diciembre de 2015, después de que Avner Shapira, crítico literario del diario israelí *Haaretz*, me pidiera una entrevista con motivo de la traducción al hebreo de un libro redescubierto por mí, la novela de Ernst Haffner *Hermanos de sangre*, del año 1932. Cuando salió la entrevista, Reuella me envió un correo electrónico que Avner Shapira me hizo llegar. En él me hablaba de su tío Ulrich Boschwitz, oriundo de Berlín, cuyos libros habían sido publicados en varios idiomas, pero nunca en su lengua materna. Y posiblemente —seguía escribiendo—, para mí, como editor y compilador, fuera de interés precisamente un libro, la novela *El pasajero*, escrita en 1938, cuya copia original mecanografiada no estaba en Nueva York, como el resto de sus escritos póstumos, sino que había sido depositada desde finales de la década de 1960 en el Archivo del Exilio Alemán de la Biblioteca Nacional de Alemania, en Fráncfort. Todo aquello me sonó tan interesante, que pocos días después de la Navidad de 2015 viajé a Fráncfort y, a lo largo de todo un día, leí la primera y única copia mecanografiada de la novela.

Pronto me sentí cautivado por aquel texto, pero, a la vez, no pude pasar por alto el hecho de que aquella copia nunca había pasado por las manos de un editor, y que el libro ganaría en calidad si se sometía a una labor de corrección y edición. Teniendo en cuenta que el propio Ulrich Boschwitz había contemplado la necesidad de hacerlo —y él mismo, como hemos dicho, hizo una revisión tras la aparición de la novela en Inglaterra y Estados Unidos—, tomé la decisión, tras reflexionarlo seriamente, de obtener el permiso de su familia y hacer el trabajo de edición del manuscrito para su primera publicación en alemán, del mismo modo que lo haría con cualquier otro texto que publico o edito. La única diferencia, en este caso, era la imposibilidad de intercambiar pareceres con el autor. Pero, en fin: ahí estaba yo aún sentado en el reducido y desangelado recinto de la normalmente enorme Biblioteca Nacional, siguiendo por primera vez, en la lectura, el destino de Otto Silbermann, quien, bajo la impresión que le causaron los pogromos de noviembre de 1938 en Alemania, vaga en un viaje interminable por el país, lleno de miedo y sin rumbo, corriendo todo el tiempo el riesgo de ser arrestado o denunciado.

Ese día, cuando salí de la biblioteca al final de la tarde, estaba ya oscuro y

lloviznaba, y todo cuanto percibí durante el viaje hasta el barrio de la estación de ferrocarriles, donde se hallaba mi hotel, me pareció increíblemente triste e incrementó mi estado de ánimo, embebido de la enorme tristeza que me había provocado la lectura. Al llegar al hotel, me puse a recordar todo lo que sabía sobre aquellos terribles acontecimientos ocurridos entre el 7 y el 13 de noviembre de 1938 en Alemania y en Austria, y de inmediato quise saber más acerca de Ulrich Boschwitz, quien, con su novela, creó lo que probablemente sea el primer documento literario sobre aquellas atrocidades.

Existe hoy una amplia y variada documentación al respecto, y se sabe que esos excesos de violencia no fueron expresión de la ira popular que, según Joseph Goebbels, se desbordó a causa del atentado que un judío polaco perpetró en París el 7 de noviembre de 1938 contra el secretario de la embajada alemana en Francia, Ernst Eduard von Rath, fallecido dos días después a causa de las heridas. El atentado realizado por Herschel Grynszpan, que tenía entonces diecisiete años, fue tan sólo el motivo externo para dar instrucciones a los hombres de las SA y las SS en todo el país a fin de que, camuflados como ciudadanos normales, quemaran sinagogas y saquearan comercios judíos, dándose inicio así a la persecución sistemática de ese sector de la población, tras haber despojado a sus miembros, poco a poco, de todos sus derechos.

Si echamos una ojeada a la prensa internacional, que empieza a informar de los pogromos a partir del 10 de noviembre de 1938, queda claro la poca credibilidad que ya entonces se les otorgaba a los comunicados oficiales del régimen nazi. Y es que en 1938 todavía están viviendo en Alemania muchos extranjeros, periodistas, personal de las embajadas, hombres de negocios, así como otros testigos oculares que informan directamente a sus países de origen. La consternación es general, pero ello no da lugar, como cabría imaginarse, a que en el extranjero se incremente la disposición a ayudar y se garantice a más judíos la posibilidad de entrar a esos países. Ocurre más bien lo contrario.

Cuando los judíos que permanecieron en Alemania vieron de pronto con claridad que sólo la huida podría salvarles la vida, empezaron a cerrarse poco a poco todas las puertas. La emigración legal a países europeos como Francia, Inglaterra o Suiza se hizo casi imposible para los ciudadanos judíos. Tampoco podían conseguirse apenas visas para Estados Unidos o los países de Sudamérica, por no hablar de los horrendos costes que implicaba ese tipo de

huida. En una situación sin salida similar se halla Otto Silbermann, el protagonista de esta novela. Pero Ulrich Boschwitz ilustra con su personaje no sólo los casos en que se vieron envueltos cientos de miles de judíos en Alemania, sino que escribe también, desesperadamente, contra el propio destino, y procesa parte de su propia historia familiar.

Otto Silbermann es un hombre de negocios que vive en Berlín, es adinerado y de origen judío, pero su mentalidad es la de un alemán. Ha combatido como soldado en la Primera Guerra Mundial y lo han condecorado con la Cruz de Hierro, y antes de la toma del poder por parte de los nazis es un prestigioso miembro de la burguesía berlinesa. También el padre de Ulrich Boschwitz, que murió pocas semanas antes del nacimiento de su hijo en 1915, era un comerciante con muy buena posición social. Su origen judío, que marcó el destino de su familia a partir de 1933, jamás había jugado papel alguno hasta ese momento, y había llegado incluso a convertirse al cristianismo. Ulrich y su hermana Clarissa crecieron, por lo tanto, en un entorno paterno impregnado por el protestantismo. Su madre, la pintora Martha Wolgast Boschwitz, provenía de la familia Plitt, de Lübeck, de la que salieron diputados e importantes teólogos. La arbitraria exclusión de la sociedad, la estigmatización y la creciente persecución de los judíos a la que también quedaron expuestos Ulrich y Clarissa, implicó para ellos una conmoción enorme.

A raíz de que los nazis se hicieran con el poder, Clarissa Boschwitz retorna de manera consciente a sus raíces judías y huye de Berlín en 1933, en un tren nocturno que la lleva hasta Suiza, donde finalmente se une al Movimiento Sionista. Luego emigra a Palestina y vive en un primer momento en un *kibutz*. Ulrich y su madre se quedan en Alemania hasta 1935. Inmediatamente después de que se aprueben las llamadas «Leyes Raciales» de Núremberg, abandonan el país y se trasladan a Suecia, y un año después se establecen en Oslo. Allí escribe Ulrich Boschwitz su primera novela, *Menschen neben dem Leben* [Gente al margen de la vida], la cual aparece poco después, en el verano de 1937, en la editorial Bonnier, en una traducción al sueco para la que el autor emplea el seudónimo de John Grane y que fue saludada con entusiasmo por la prensa del país.

El éxito del libro le posibilita a Ulrich viajar a París, donde estudia algunos semestres en la Sorbona. En París reside también, en la novela, el hijo

de Otto Silbermann, Eduard, quien intenta en vano conseguir un permiso de residencia para su madre aria y su padre. Dado que el intento fracasa, Otto Silbermann prueba a entrar ilegalmente en el país, pero es detenido por los guardias fronterizos belgas. También esa escena se basa, al parecer, en experiencias propias. Reuella Shachaf recuerda que en la familia se contaba que Ulrich Boschwitz llegó a ser detenido por unos funcionarios de Aduanas en la frontera luxemburguesa.

Muchos elementos de esta novela son portadores de rasgos autobiográficos o familiares. También la desesperación y la sensación de no poder hallar una salida que embargan a Otto Silbermann se extrapolaron a Ulrich Boschwitz cuando se enteró de lo ocurrido en los pogromos de noviembre. En un estado casi febril, escribe *El pasajero* en sólo cuatro semanas, inmediatamente después de los acontecimientos. La novela aparece muy pronto en Londres, en la primavera de 1939, en la editorial Hamish Hamilton con el título de *The Man that Took Trains* y, un año más tarde, en 1940, sale en Estados Unidos, en la editorial Harper, con el título de *The Fugitive*. Ulrich Boschwitz, al parecer, se ve forzado a escribir para contrarrestar su impotencia y dejar un testimonio literario de los crímenes que están teniendo lugar en Alemania y Austria, ante los cuales la comunidad internacional reacciona con una aterradora indiferencia, o por lo menos con total pasividad.

Su héroe, Otto Silbermann, confiere rostro a todas las víctimas anónimas. Pero en su persona se refleja también la escisión padecida por el propio Boschwitz. Otto Silbermann no es, ni de lejos, un hombre totalmente simpático —a veces llega incluso a despreciar a sus propios compañeros de sufrimiento—; tampoco todos los alemanes con los que se tropieza el protagonista en su vana huida son malas personas. Silbermann se encuentra con todos los arquetipos de la sociedad alemana de entonces: los que cometen delitos y por tanto son directamente culpables, gente cuya apatía los convierte en cómplices, personas asustadas que eluden su responsabilidad y otras muy valientes que, imbuidas de empatía, ofrecen su auxilio. Es la mirada de Silbermann a la sociedad y a su gente, a los que todavía se siente vinculado.

En los escritos póstumos de Boschwitz se encuentran algunos pocos poemas de un carácter amargamente satírico, los cuales fueron escritos en 1936. En uno de ellos se dice, por ejemplo: «Mientras queden alemanes que sean *alemanes*, Alemania conservará su libertad». Una esperanza, por lo visto,

a la que no ha renunciado todavía en ese momento; pero Ulrich Boschwitz describe también a los *otrosalemanes*. En un poema que lleva por título «El club de los hombres de bien», se dice en la primera estrofa:

Leales ojos, manos leales,
de ancho pecho y con doble mentón,
de pie derechos como paredes,
pareja está su germana razón...

Otro poema se ocupa de Joseph Goebbels. Al final de «La leyenda de Joseph», se dice:

Joseph, un desempleado,
pequeño redactorzuelo.
Mas hoy, el cambio que ha dado:
es millonario el chicuelo.

Su mente tullida fecunda
la élite de la nación.
Se hizo historia la leyenda.
Compensa lo que se esforzó.

Se trata, en todos los casos, de intentos furibundos y torpes de dar expresión a sus encontrados sentimientos. Porque no faltan líneas en las que él mismo se insufla valor:

Sólo vivirá quien esperanza tenga,
porque quien delante ya nada puede ver
a su espíritu habrá ya renunciado,
antes incluso de haberse ya marchado.

En ese momento tiene veintiún años. Un joven que está solo en París y escribe desesperadamente en contra de la catástrofe inminente. Vida o muerte: ambas opciones son igual de probables, y Boschwitz es muy consciente de ello. Pero antes de que caiga el telón, el destino le tiene preparado algunos

giros tan terribles como absurdos.

En 1939, poco antes de desencadenarse la Segunda Guerra Mundial, Ulrich Boschwitz sigue a su madre al exilio londinense. Como ocurre con casi todos los alemanes que han huido del régimen nazi, él y su madre son internados. Sólo en la Isla de Man, se recluye a veinticinco mil personas. En julio de 1940, a Ulrich Boschwitz lo embarcan en el antiguo buque de transporte de tropas Dunera y lo trasladan a un campo de internamiento en Australia. En el atestado barco, además de los emigrantes judíos y los que han huido por razones políticas, hay también prisioneros de guerra alemanes e italianos, por lo que el ambiente predominante es catastrófico. El barco viaja sobrecargado, la tripulación maltrata a los pasajeros y les roba. Los cincuenta y siete días que dura la travesía se convierten en una tortura que pasará de un modo poco glorioso a la historia de Inglaterra. Entre los llamados Dunera Boys hay muchos intelectuales judíos. En una carta a Reuella Shachaf, un antiguo compañero de cautiverio de Ulrich Boschwitz describe su convivencia, en la cual la cultura desempeñaba un papel importante.

A partir de 1942, algunos de aquellos internados consiguen su libertad, sobre todo quienes están dispuestos a unirse al Ejército británico para combatir contra la Alemania nazi. Ulrich Boschwitz vacila durante mucho tiempo, por miedo a la guerra y la larga travesía, tal vez debido también a otras razones de las que no tenemos constancia. Escribe incesantemente, y le confía a un compañero de cautiverio que más que la pérdida de la propia vida, teme la pérdida de su último manuscrito.

Ulrich Boschwitz murió en octubre de 1942. Su manuscrito desapareció. No obstante, en 2018 fue posible descubrir en el ámbito de habla alemana por primera vez a este autor y, con él, su novela *El pasajero*, un significativo y temprano documento literario que ilustra un oscuro capítulo de la historia de Alemania. Una novela impresionante, asombrosamente equilibrada y de un agudo sentido de la observación, que puede leerse no solamente como un llamamiento en favor de un mayor humanismo, sino que es también ahora accesible para los descendientes de aquellas personas a cuyos abuelos y bisabuelos se dirigía realmente el autor, esos «alemanes *alemanes*» que se sentían comprometidos con los grandes ideales de la humanidad.

No faltaron intentos, después de la guerra, por incluir este libro en el catálogo de algunas editoriales alemanas. Se sabe que fue rechazado por la

editorial Fischer Verlag. Nada más y nada menos que Heinrich Böll salió en defensa de la novela, como consta en una carta conservada junto al manuscrito y a otros documentos en el Archivo del Exilio Alemán. Böll recomendó la obra al editor de Middelhaue Verlag, que en 1949 publicó su segundo libro, el volumen de cuentos *El tren llegó puntual*, en el que se lee: «No puedes permitir que una persona se sienta humillada por tu culpa». Heinrich Böll fue, en la Alemania de la posguerra, uno de los defensores más apasionados de una sociedad humanista que rechazara el olvido. Pero tampoco su recomendación dio lugar a la publicación de esta novela. Tuvieron que pasar décadas para que el libro de Boschwitz viera la luz. Agradezco a Reuella Shachaf que me pusiera sobre la pista de este libro y me otorgara su confianza para publicarlo en su forma actual.

Estoy convencido de que he trabajado el manuscrito con gran respeto y en consonancia con la versión original en la que se basó. Y nada deseo más que no errar en dicho juicio, a fin de presentar a los lectores y a las lectoras la novela de Ulrich Boschwitz en una versión que saca a relucir todas las cualidades de esta deslumbrante obra.

PETER GRAF

NOTAS

¹ La palabra usada por Boschwitz es *Renommiergoj*. Era habitual, entre los judíos asimilados, incluir en sus clubes y asociaciones gremiales o deportivas a algún no judío de prestigio, a los que se calificaba de esa manera. [N. del T.]

² *Mitropa* es el acrónimo de *Mitteleuropäische Schlafwagen und SpeisewagenAktiengesellschaft*, una empresa fundada en 1916, dedicada a la gestión de vagones comedor, coches cama, cafeterías de estaciones ferroviarias y de áreas de descanso de carreteras. Hasta 1946 tuvo el monopolio de esos servicios en los países de Europa central y del este. [N. del T.]

³ Insulto derivado de *Yitzhak* (Isaac), nombre propio y apellido hebreo, yempleado en alemán, por extensión, para denigrar a los judíos. [N. del T.]

⁴ *Fahrten ins Blaue* es la expresión (de amplia polisemia) a la que recurre Boschwitz en este pasaje. Según el *Diccionario de símbolos* de Knaur, *blau* (azul) es también el color de lo misterioso y de lo incierto. De ello se derivan expresiones como *ins Blaue hinein reden* (divagar, hablar sin ton nison), *das Blaue vom Himmel versprechen* (prometer el oro y el moro) o *eine Fahrt ins Blaue machen* (hacer un viaje al azar, sin rumbo fijo). Teniendo en cuenta que en la palabra *blau* está también implícita la connotación del color del mar y del cielo despejado, ya en los «locos» años veinte algunas agencias turísticas alemanas empezaron a hacer publicidad con esa última expresión, organizando *Fahrten ins Blaue* (lo que, en una primera acepción, significaría «viaje sin rumbo, viaje de aventuras», pero con la promesa implícita de una excursión a sitios alejados de la grisura de los cielos alemanes). El sarcasmo en este ingenioso juego de palabras del autor

reside en que, a partir de 1933, la agencia turística que monopolizaba los viajes y las actividades de tiempo libre en el Tercer Reich (la *KdF*) intensificó su publicidad ofreciendo también estos «Viajes a lo Desconocido». [N. del T.]

⁵ La expresión usada es *Schützenfest*, una tradición que se remonta al Medievo, cuando las ciudades debían crear milicias de vecinos para defenderse de bandidos y salteadores. La insinuación del personaje femenino implica aquí tanto la actitud de poner «al mal tiempo, buena cara» como la de rebelarse. «Fiesta de tiradores», que es como se conoce esta tradición, viva todavía en muchas ciudades alemanas, reproduce sólo pálidamente el acierto del original. [N. del T.]

⁶ Versos iniciales de un famoso poema de Goethe, «Lo divino». [N. del T.]

⁷ El lector atento habrá notado cierta confusión de nombres en relación con la hermana del personaje protagonista. Muy al principio, Otto Silbermann recibe una llamada de su hermana Hilde. Hacia la mitad de la novela, al describirse su sueño, se habla de otra hermana, Judith, y ahora Hilde aparece como esposa del hermano de Elfriede, la mujer de Silbermann. Consultado al respecto el editor de esta nueva edición alemana, Peter Graf, éste admite la confusión que eso podría crear en el lector, pero tampoco cree haber hallado indicios suficientes como para atribuir esa variación en los nombres a un descuido del autor y no a su voluntad expresa de referirse a otra hermana de nombre Judith o a emplear el nombre en su sentido simbólico. Nosotros, por lo tanto, hemos decidido dejarlo tal cual está en el original. [N. del T.]